



Manuel Iglesias Hernández

EL SUEÑO DE NEREA



Ediciones
Alféizar

EL SUEÑO DE NEREA
O
LA INFORTUNADA VIDA DEL TENIENTE BRAULIO

Manuel Iglesias Hernández



Ediciones
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 - Alquería de la Condesa - Valencia – España

Revisión: Nerea Tolon Zardoya

Autor cubierta: Enrico Pitton

Teléfono: 34 644 524 524

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

Cuando los acontecimientos parecen tener en apariencia algún tipo de conexión sin existir entre ellos ningún plan o proyecto, se trata de una coincidencia.

A. Clayton Gaulden

ÍNDICE

[Capítulo I](#)
[Capítulo II](#)
[Capítulo III](#)
[Capítulo IV](#)
[Capítulo V](#)
[Capítulo VI](#)
[Capítulo VII](#)
[Capítulo VIII](#)
[Capítulo IX](#)
[Capítulo X](#)
[Capítulo XI](#)
[Capítulo XII](#)
[Capítulo XIII](#)
[Capítulo XIV](#)
[Capítulo XV](#)
[Capítulo XVI](#)
[Capítulo XVII](#)
[Capítulo XVIII](#)
[Capítulo XIX](#)
[Capítulo XX](#)
[Capítulo XXI](#)
[Capítulo XXII](#)
[Capítulo XXIII](#)
[Capítulo XXIV](#)
[Capítulo XXV](#)
[Capítulo XXVI](#)
[Capítulo XXVII](#)
[Capítulo XXVIII](#)
[Capítulo XXIX](#)
[Capítulo XXX](#)
[Capítulo XXXI](#)
[Capítulo XXXII](#)
[Capítulo XXXIII](#)
[Capítulo XXXIV](#)
[Capítulo XXXV](#)
[Capítulo XXXVI](#)
[Capítulo XXXVII](#)
[Capítulo XXXVIII](#)
[Capítulo XXXIX](#)
[Capítulo XL](#)
[Capítulo XLI](#)
[Capítulo XLII](#)

GLOSARIO

Capítulo I

Aquella mañana de julio del año 1967, el Caballero Cadete Don Braulio Ferro Langa, vistiendo el uniforme de Alférez de la Guardia Civil, formaba junto a sus compañeros de la XXIV Promoción en el solariego patio de armas de la Academia General Militar. Lugar donde, una hora después le sería entregado el despacho acreditativo de su ascenso a Oficial. Durante la larga espera, el joven tuvo tiempo para recordar aquel lejano día en que su padre, preocupado por el porvenir de Braulio, le hablase acerca del futuro profesional de su vástago y expusiera a su elección las posibles salidas o alternativas laborales del momento, tanto de carácter civil como militar. Opciones a las que el joven podría acceder con un tanto de sacrificio económico por parte del clan familiar y con su esfuerzo personal como estudiante. Una oportunidad ofrecida por el cabeza de familia que le permitiría salir de la localidad de Santa Olalla y ejercer un trabajo mejor remunerado que el de su progenitor. Aunque a la hora de decidirse y elegir, por supuesto, no debiera hacerlo exclusivamente guiado por el interés material, puesto que no cabía dejar fuera de concurso la opción o repetido deseo de la abuela materna: ver ingresado al nieto favorito en el seminario diocesano para, llegado el momento, consagrar su vida a Dios una vez fuese ordenado sacerdote. Destino que la anciana anhelaba para Braulio.

Bajo la expectante mirada de sus padres, perdidos entre el cuantioso número de asistentes al acto, el joven militar aguardaba con zozobra el momento de iniciar el desfile que le llevaría hasta el estrado, lugar donde recogería el preciado despacho de manos de su General, un acto que acontecería envuelto en los sonos marciales de la *Heroína* de Feliciano Ponsa: la marcha militar que sonó el día que Braulio juró bandera, música que tanto le enardecía y le hacía sentir en lo más íntimo de su ser una inexplicable viveza y una excitante sensación de euforia patriótica. Esa pieza musical que habría de escuchar a lo largo de su vida con repetida frecuencia y que le evocaba tantos recuerdos.

Años antes de este acontecimiento, el Guardia Civil Federico Ferro, padre de Braulio, era destinado al Puesto de la Guardia Civil de Santa Olalla, Unidad de servicio ubicada en la cabecera de la Línea del mismo nombre. En aquel tiempo, Santa Olalla era una localidad poco industrial cuya población estaba dedicada a la labor agrícola. Un extenso pueblo cuyo casco urbano estaba dividido de norte a sur por una rambla por la que corrían, con imprevisible frecuencia, las aguas torrenciales de cualquier inesperada tormenta caída en el municipio. Igualmente, de este a oeste, el lugar era atravesado por la carretera provincial, de la que formaba parte un viejo puente de piedra construido en su día para salvar el cauce de la citada rambla.

El centro de Santa Olalla lo constituían varios edificios decimonónicos, viviendas construidas en el lado oeste del puente de las que eran propietarias vetustas de familias pudientes muy conocidas por los vecinos. Estos edificios se ubicaban alrededor de un solar espacioso conocido por Plaza Mayor. Dicha zona urbana era la parte más antigua del pueblo y sus construcciones conformaban el meollo de la villa junto con el Ayuntamiento, Plaza de Abastos, Casino e Iglesia Parroquial de Santiago Apóstol: emblemáticos edificios que daban una nota de rancidez a lo que se consideraba el corazón de la localidad. El resto de las edificaciones locales se repartían en grupos de casas alrededor del núcleo citado; eran viviendas que estaban distribuidas en los espaciosos cuadrantes urbanos nacidos del cruce de la rambla con la carretera mencionada; edificios cuyos propietarios se dedicaban a las actividades propias del lugar —los distintos y

escasos oficios que coexistían juntamente con el comercio local y la agricultura—, un tipo de construcciones que en su mayoría eran de dos plantas. Con estas viviendas alternaban otra clase de moradas ubicadas en zonas relativamente alejadas del centro y que eran conocidas en el pueblo por el calificativo de “casas baratas”: hogares edificados con la ayuda o protección oficial del Estado y ocupados, mayoritariamente, por las familias de los jornaleros o agricultores y otros trabajadores de la escasa empresa local.

Las mencionadas agrupaciones urbanas constituían grandes y distintos barrios de intrincadas calles, algunos de ellos, parecidos a confusos laberintos. Estaban los que crecían en dirección norte a uno y otro lado de la rambla, como buscando el origen de la misma, y que asentaban sus primeras edificaciones en los márgenes de la misma. Desde allí, remontaban el cauce hasta que su avance era detenido por las plantaciones de naranjos y limoneros. Otros barrios daban comienzo detrás de los primitivos edificios construidos en las inmediaciones de la carretera provincial y se extendían en su crecimiento hacia el sur hasta topar con la vía férrea, frontera donde comenzaban los llanos y moría la rambla, la que, conducida hasta su abocar, era convertida en una red de acequias que se perdía entre hortalizas, alfalfares, campos de algodón, pimientos, maizales y tierras dedicadas al cultivo de árboles frutales.

Rambla y carretera, pues, determinaban la existencia de cuatro grandes grupos urbanos cuyos moradores se atrevían a predecir y a opinar sobre la condición económica, estatus social, costumbres y características personales de los demás vecinos de los otros barrios. Apreciaciones influidas por la ubicación local o el distrito en el que la persona objeto de comentario viviera. Los grandes grupos referidos eran conocidos en el pueblo como circunscripciones, cuyos nombres eran: *La Cárcel*; *El Cuartel* o *El Convento*, indistintamente; *El Campo de la Estación* (de ferrocarril) y *Los Huertos*. El centro de la localidad, como se ha dicho, se conocía vulgarmente por la Plaza Mayor y a su distinguido entorno inmediato se le conocía con el sobrenombre de *Barrio de los Señoritos*.

Federico Ferro Sánchez, Guardia Primero de la Guardia Civil, había sido destinado a la localidad de Santa Olalla a petición propia. En aquellos años, estaba ordenado por la Superioridad del Cuerpo no poder permanecer un guardia civil más de ocho años viviendo en la misma localidad de destino. De hacerlo corría el riesgo de ser trasladado con carácter forzoso a otra localidad cualquiera en la que hubiese una vacante de su empleo y lo más probable era que tal vacante estuviese ubicada en un perdido Puesto de la costa española: destino que no deseaban la mayoría de los miembros del Cuerpo debido a las carencias que existían en los pueblos costeros en general, ya fueran de tipo educacional, sanitario, laboral y bienestar doméstico. A lo cual, se añadía el constante y fatigoso servicio a realizar recorriendo la primera línea de costa, cosa que se efectuaba a pie, o bien, la húmeda y dura permanencia del servicio de apostadero que a lo largo de la costa se mantenía en constante vigilancia y desde determinados puntos señalados; el fin, entre otros, era la detección y represión del contrabando. Por estos motivos el guardia Ferro, destinado entonces en el Puesto de El Espliego, había anticipado su petición de destino al Puesto de Santa Olalla, una vez cumplido el plazo de mínima permanencia exigido en su destino actual y sin espera a cumplir los problemáticos ocho años de servicio en la localidad en la que residía. Así, una vez se produjo una vacante de su empleo en el Puesto que había solicitado fue destinado al mismo. Consecuente con lo dicho, en la primera quincena del mes de febrero del año 1955, y en un camión dedicado al transporte de madera, efectuó el traslado de su familia y enseres al pabellón que le fue adjudicado en la nueva Casa Cuartel de Santa Olalla. Para poder llevar a cabo tal mudanza, tuvo que hablar y acordar este transporte con un vecino de la nueva localidad

de destino, una persona conocida por *El Chispas*, propietario y conductor de un camión destinado al transporte de traviesas de entrevías, mercancía que para ser calafateada era recogida en los aserraderos ubicados en Sierra Santa, montes del término de Santa Olalla, desde donde era transportada la madera hasta la estación férrea de la localidad de La Alborada, punto en la que era descargada y tratada. El guardia Ferro, pues, pidió este favor a *El Chispas* al tener noticia de que de vuelta a Santa Olalla y con el vehículo vacío, solía pasar por El Espliego. Así, tras entrevistarse guardia y camionero, ambos concertaron que por un precio acorde con el sueldo que el militar recibía, se efectuaría el traslado de muebles y familia hasta el cuartel en que establecería su nueva morada. El traslado de muebles y demás enseres efectuado fue el último que llevaría a cabo el guardia Ferro y su familia; pues, una vez asentado en el Puesto de Santa Olalla se mantuvo en él prestando el servicio propio de su profesión hasta el último día de su vida militar.

En aquel tiempo, a la mayoría de los ciudadanos españoles, entre ellos los de la localidad de Santa Olalla, les parecía que las condiciones o modos de vida de la gente iban cambiando y tendían a mejorar, aunque muy lentamente. Habían pasado ya quince años desde que acabara la Guerra Civil y, en algunos aspectos, las formas de pensar y ver las cosas parecían diferentes — salvo honrosas excepciones— a las que se vivieron en los primeros años siguientes al fin de la contienda. Al menos, así lo apreciaba el guardia Ferro; quien, una vez incorporado a su destino, se haría cargo de la lista de personas que le asignara su Comandante de Puesto: vecinos del pueblo que estaban registrados como altas en los rudimentarios Ficheros de Información. Fue de esta manera como él dio comienzo al previsto periodo de conocimiento y toma de contacto con la población, cuyo fin concreto consistía en valorar, obtener y plasmar un parecer objetivo del comportamiento y actividad de aquellas personas que le fueron asignadas. Para lograrlo, atendería a la información que le proporcionarían otros convecinos sobre el proceder de cada uno de los interesados, a lo cual, él aportaría su apreciación personal sobre distintos aspectos como lo eran su supuesta tendencia política, religiosidad, actividad profesional que desempeñaba, nivel económico, costumbres, aficiones y otras formas de actuar en su vida normal. Concluyendo, a Federico Ferro, los correspondientes informados le parecieron formar parte de una sociedad más homogénea y diferente a la que había conocido en otro tiempo. Aunque, como sucediera en gran parte de España, él consideró que el pueblo de su nuevo destino estaba pasando por un periodo de adaptación a la nueva realidad que comenzaba a resurgir en aquella época. Para el guardia Ferro aquel cambio de destino fue algo notable y, por ello, consideró que haber podido acceder a una vacante de su empleo en la nueva localidad donde vivía era un hecho afortunado, tanto para él como para su familia, a pesar de lo costoso que pudiera resultarle la vida venidera ejerciendo allí los servicios propios del Guardia Civil. Era evidente que Santa Olalla parecía evolucionar con rapidez y no fue solo el Guardia Ferro quien apreció tales cambios, sino también su esposa. Adelina Langa advirtió ciertos progresos beneficiosos desde diferentes aspectos y distintos puntos de vista. Así fue como, nada más llegar a la nueva localidad y tener que enfrentarse con las tareas domésticas, descubrió que en el pabellón que habría de ocupar en la Casa Cuartel, lugar que habría de ser su morada, existía electricidad de día y de noche y que la vivienda podría permanecer iluminada en un día gris de lluvia caso de precisarlo o poder escuchar la radio mientras faenaba. Novedad que le parecía increíble después de pasar los últimos años de su vida en una localidad donde al anochecer las familias se alumbraban con candiles y quinqués a la espera de que se produjese la iluminación eléctrica en cada casa. Para Adelina, en su pasado cercano, la electricidad era considerada un bien necesario que aparecía en casa cada noche sin hora fija y que te abandonaba al amanecer de la misma manera, a pesar de que la oscuridad

reinante en el entorno no te permitiese ver.

Igualmente, Adelina quedó gratamente sorprendida al observar que su vivienda gozaba de un soñado milagro casero, algo difícil de disfrutar por muchas mujeres casadas de aquel tiempo. Este portento no era otra cosa que contar con agua corriente en el fregadero de la cocina, en la pila lavadero de ropa y en el lavabo del cuartito de baño, lugar donde encontró una pieza de loza con asiento al que llamaban váter —distinta al clásico retrete de tabla con agujero o a la placa turca— y, también, una ducha para el aseo corporal. Fueron estos descubrimientos la causa por la que llorase de alegría, tras considerar que todo lo hallado era un maravilloso regalo para esa nueva vida que iba a iniciar con su familia. Por eso, daba gracias a Dios al pensar que para dar de beber a su familia ya no tendría que ir y volver *cántaro a cuestras*, a por agua a la fuente más cercana a su hogar. Tampoco tendría que lavar la ropa de los suyos en el arroyo o lavadero local, caso de haberlo; ni contratar a otra persona para que hiciese estos trabajos por un precio, caso de que ella no pudiese, dado que disponía de pila de lavar en casa y no podía permitirse tal gasto. Por lo tanto, Adelina alegre sonreía, porque ella y los suyos podrían ducharse cómodamente en casa, evitando las molestias de tener que meterse en cuclillas dentro de un barreño o tina para poder asearse y porque, de tener que hacer sus necesidades fisiológicas, evitaría visitar el excusado común y exclusivo para las mujeres de la Casa Cuartel, ese recinto maloliente que había estado utilizando hasta no hacía mucho tiempo.

Adelina cada día iba descubriendo cosas nuevas, al igual que el resto de la gente de Santa Olalla, artículos que antes solo habían sido vistos en el cine y otros que ella aún desconocía. Fueron éstos los motivos por los cuales quedó asombrada ante el lujo de ciertas prendas que se vendían y lucían algunas jovencitas, tal lo eran lo que las chicas llamaban “medias de cristal”, aquel tejido transparente, liso, satinado y de varios colores que comenzaban a usar las jóvenes casaderas. También, esa prenda que llevaban sobrepuesta sobre la falda con vuelo, la que llamaban cancán y que aparentaba ser impermeable como lo conocido por *plexiglás*, producto traído de Norteamérica según decían los vendedores en el mercado público.

Adelina, cierto día, quedó impresionada al ver pasear por la calle a un vecino portando sobre la palma de su mano una caja de madera, objeto que mostraba a quien pasaba por su lado. Éste era un artilugio del que pendía un cable y de cuyo interior aun estando en la calle, siendo de día y sin estar conectado a la luz eléctrica, se oía la música como si fuese una radio y daba *el parte* de las catorce treinta, o sea, las noticias nacionales, como lo hiciera una radio verdadera. Lo que más sorprendió a Adelina fue que, con dicha caja de madera sin estar conectada a la red eléctrica y mientras su dueño paseaba por la calle, se pudieran escuchar canciones como las que ella solía oír cada noche en casa, en el programa de discos dedicados de Radio Andorra.

Adelina, pues, se sentía feliz con este cambio de vida y atraída por cualquier novedad. Por esta razón, prontamente, acudía al mercadillo de los miércoles para hacer la compra semanal, algo que le resultaba tan atractivo como asistir a un lugar divertido o festivo en donde los vendedores foráneos te podían sorprender. Estos mercaderes solían montar sus puestos de venta sobre el lecho de la rambla y márgenes de la misma. Establecían sus baratillos bajo tenderetes construidos con un toldo o cubierta de lienzo y cuatro palos, una solución con la que, de algún modo, podían obtener un poco de sombra. Una vez asentados, con alegre y gran alboroto comenzaban a vocear y dar a conocer los variados artículos expuestos a la venta. A tales puestos el público acudía en busca de lo que comúnmente precisaba para la casa y, también, algún que otro raro producto desconocido que, la mayoría de las veces, aparentaba ser o se presentaba como un nuevo descubrimiento. Así lo fue en su día el DDT (sustancia mortal para los molestos insectos parásitos chupadores de sangre, como lo eran mosquitos, piojos, las chinches y garrapatas) o la recién

inventada “cocina de petróleo”, aquel llamativo gran infiernillo que provisto de una enorme mecha y de un depósito de combustible permitía, según el vendedor, cocinar cualquier tipo de guiso y olvidarse de encender el carbón o usar la leña. Don Hilario, aquel señor vasco vestido con traje y corbata, de rostro afeitado y gesticulante, se presentaba como inventor del citado artefacto, soliendo cocinar en él, ante el público presente y en una rápida demostración que él llamaba la salvación del ama de casa: una comida cocinada sin usar leña. Para convencer al cliente, encendía la mecha empapada en gasoil y posaba sobre el quemador una sartén con aceite en la que freía, en un instante, un puñado de patatas y trozos de longaniza, o bien, te preparaba una paella, ágape que después repartía entre el público a la par que hacía notar al respetable el no haber dejado suciedad alguna en el recinto donde el artefacto había estado colocado. Es decir, todo sin haber hecho uso de la leña ni de carbón, motivos por los cuales no había dejado rastros de brasas ni de cenizas.

Así era el mercadillo de Santa Olalla, un enjambre humano que se movía a lo largo de la rambla contemplando los puestos de los vendedores y los artículos que en éstos se ofrecían, un lugar donde, siguiendo una especie de orden progresivo en la visita, los clientes iniciaban su recorrido acudiendo primeramente a los puntos de venta ubicados en la zona llamada las *ollerías*, lugar ubicado donde la rambla hacía su entrada al casco urbano y en el que se exponía la habitual cacharrería de cocina junto a otros productos derivados del barro, tal lo eran tinajas, orzas, lebrillos, fuentes, cántaros, botijos, macetas, alcancías y demás. Después, los visitantes, según costumbre, continuaban su marcha por la zona donde se asentaban los santeros, videntes, curanderos, herbarios y personas con gracia. Llamativos personajes que presentaban, sobre mantas extendidas en el suelo, barajas de la suerte, figuritas de santos milagrosos y estampas con sus respectivas oraciones e indulgencias; artículos que ofrecían al cliente junto a cabecitas de niño o de adulto, ojos, manos, brazos, piernas, pies, pechos de mujer y otras partes del cuerpo humano, figuras reproducidas en cera que se vendían para ser ofrecidas al santo milagroso del cual, tras encomendarse a él, el oferente había obtenido la gracia de ser curado en esa parte de su cuerpo similar a la ofrecida y dando así cumplimiento a la promesa que en su día él hubiera hecho al mismo. Igualmente, en este lugar de venta, el cliente podía encontrar colecciones de resacas plantas medicinales expuestas al público en frascos de vidrio enumerados con un guarismo referido al nombre del producto que era conocido por el adquiriente; o bien, las hierbas simplemente iban envueltas en papeles de seda de distintos colores reconocibles por el cliente y todas con un fin curativo. Allí, tanto se podía adquirir un remedio vegetal para depurar el hígado, pidiéndole al comprador “un trece”, o solicitar un envoltorio de infusiones de “color amarillo” para controlar la bilis.

Entre las formas de curar un mal estaba la de escuchar oraciones milagrosas, preces recitadas por boca de la tía Paloma que le dedicaba al afectado. Con tales rezos liberaba al enfermo del mal que le aquejara, ya fuese el “mal del aliacán”, un “sinapismo incontrolado” u otro padecimiento tan frecuente como lo era el llamado “mal de ojo”: malestar transmitido por cualquier persona con sólo mirarte de cierto modo.

Haciendo el recorrido de puestos de mercado se llegaba a la zona de la recova, espacio donde se comerciaba con huevos y aves domésticas (gallinas, pavos, patos y otras especies). Junto a los recoveros, se asentaban conejeros, cochineros y algún que otro ganadero de lanar o caprino, todos envueltos en una tremenda algarabía. Estos vendedores eran visitados por los supuestos carniceros locales y los cocineros de fonda, con los cuales los mercaderes, rodeados de jaulas y envueltos por el estrépito de los animales bullendo, mantenían largas discusiones en el trato de una posible venta.

Una vez pasado aquel alboroto animal se hallaban los fruteros y verduleros, quienes a gritos ofrecían frutas, hortalizas y otros productos del campo o de la huerta.

Después, aparentemente más asépticos, se encontraban los tenderos de quesos, embutidos y salazones y, frente a ellos, los vinateros rodeados por un barullo de hombres bebiendo o catando los caldos de los que iban a proveerse para pasar la semana.

Rompiendo la secuencia de instalaciones repletas de mercancías percederas, aparecían los estrados de charlatanes, quienes con sus altavoces y músicas se esforzaban en colocarle a un posible comprador tanto un traje de pana como un perfume exótico; una manta borriquera o una guitarra y, en ocasiones, el lote mencionado al completo por un precio aparentemente irrisorio, el estipulado y acordado por vendedor y comprador repentinamente. Los charlatanes gozaban siempre de gran concurrencia, plantaban la tarima en las inmediaciones del puente de la rambla y, con sus chistes y locuacidad engañosa, entretenían al público y convencían al cliente.

Una vez se hubiera pasado el puente, en la parte más baja del ramblizo y frente al convento de las Hermanas de María Milagrosa, se asentaban los vendedores de calzado, ropa interior para señora y señorita, trajes para caballeros y damas, camisas y corbatas para lucir en los festivos y, más allá, los merceros.

El punto final del mercado lo ocupaban los vendedores de inventos, esas personas a los que Adelina llamaba fabricantes de sueños para ayudar al ama de casa. Allí se presentaban variados modelos de planchas eléctricas, sartenes que para freír no precisaban usar aceites, batidoras de huevos hechas de alambre, aspiradoras del polvo de los muebles y del suelo, calentadores para la cama, estufas de aserrín, ventiladores manuales y de pilas, neveras de hielo, cocinas de petróleo y un sinfín de trastos caseros.

El día que el Guardia Primero Federico Ferro decidió petitionar el Puesto de Santa Olalla hubo de tener en cuenta las siguientes circunstancias: la primera de ellas fue el tipo de vacante que petitionaba, la cual debía estar libre antes de que se cumpliesen los ocho años de su permanencia en El Espliego, su último destino; otra era informarse previamente si la localidad de destino a petitionar contaba con un colegio o centro académico en donde pudieran estudiar el bachillerato sus hijos; el tercer requerimiento consistía en que el pueblo objeto de destino estuviese bien comunicado con la localidad donde nació su esposa, sitio en el cual vivían su suegra y Braulio, su hijo mayor. El motivo de estas exigencias era que, de cumplirse, Adelina podría visitar a su madre e hijo con más frecuencia y menor costo posible en tiempo y dinero, o bien, que su madre e hijo viniesen a vivir a su nuevo domicilio.

En cuanto a la posibilidad de formación estudiantil, la localidad de Santa Olalla resultó del agrado de los padres de Braulio, puesto que existía un colegio o academia en el convento de La Santísima Trinidad, punto no muy distante de la Casa Cuartel. Por esta razón, y con la complacencia de Adelina, el matrimonio decidió que Braulio volviera a vivir con sus padres al inicio del curso, donde continuaría hasta que el joven acabase el bachillerato. Respecto a la anciana Dolores, abuela de Braulio y a quien el joven daba compañía en su soledad, de ella desearlo pasaría a vivir a la nueva vivienda de la familia Ferro y Langa.

La Casa Cuartel del Puesto de Santa Olalla acababa de ser recientemente ocupada por la fuerza del Puesto de la Guardia Civil cuando al guardia Federico Ferro y familia le asignaron el pabellón en el cual habrían de vivir. El número de pabellones de este acuartelamiento era de doce, dos fueron asignados al Oficial y Suboficial respectivamente y el resto a los Cabos y Guardias. Las viviendas de tropa tenían setenta y cinco metros cuadrados útiles cada una, repartidos entre cuatro habitaciones, salita-comedor, cocina y cuarto de baño. Los pabellones disponían de luz

eléctrica las veinticuatro horas del día e, igualmente, de agua corriente. La vivienda era todo un lujo para la familia del guardia Ferro, puesto que, en aquellos años, pocos guardias civiles hubieran podido imaginar el disfrute de un tipo de vivienda similar. Por esta razón, el guardia Federico invitó a su suegra a vivir en la nueva morada, junto a su familia.

Una vez completada la plantilla con los últimos guardias civiles incorporados al Puesto, se señaló la fecha para la inauguración oficial de la Casa Cuartel de la Guardia Civil de Santa Olalla. Don Francisco Díaz, Teniente Jefe de la Línea, se encargó de programar los actos correspondientes a aquella fiesta que, resumidamente, consistirían en la celebración de la Santa Misa en el patio del acuartelamiento y, posteriormente, las autoridades civiles, religiosas y demás personal invitado pasarían al lugar previsto donde serían agasajados con una copa de vino español.

En el día de la inauguración, la plantilla del Puesto constituida por un Cabo Primero, un Guardia Primero y ocho Guardias Segundos, mandados por un Sargento Primero Comandante de Puesto, formaría en el patio del acuartelamiento con uniforme de paseo, trinchas y portando arma larga. Por esta razón, días previos al citado acto, el jefe de la Línea ordenó a sus subordinados que practicasen algunos movimientos propios de la instrucción militar en orden cerrado, con el fin de que la fuerza en formación recordase, tuviese presente y no cometiese errores durante la celebración del mismo. Igualmente, dado que después del acto religioso y en compañía de las autoridades locales se haría una visita a alguno de los pabellones-vivienda asignados a la fuerza allí destinada, el Oficial recordó a los guardias que les fuese comunicado a sus esposas, como amas de casa que eran, que además de haber pulcritud y orden en las viviendas, tuvieran en cuenta algunas de las conocidas recomendaciones previstas para el acto de revista de un pabellón. De entre los consejos eran dignos de destacar, por ser muy comentados entre los miembros del Cuerpo, que permaneciese entreabierta la puerta del armario ropero donde colgaban los uniformes limpios y planchados del guardia civil revistado e, igualmente, que se mantuviera levantada la tapa del cofre, arca o baúl en donde el ama de casa guardaba planchada y doblada la llamada ropa blanca (juegos de cama, sábanas, fundas de almohadas, colchas, juegos de mantelería u otros equipos con primores) y, finalmente, que sobre esta parte del ajuar quedase distraídamente visible, sobre la ropa expuesta, la cartilla de haberes del esposo y, de ser posible, dejase patente que la misma contenía dinero en su interior.

Capítulo II

Era el día 2 de febrero del año 1900, cuando el *Maestro* contrajo matrimonio con Nicolasa Achica-Allende en la ermita de San Antonio de Abiña. Ésta era una moza de veintisiete años, más bien pobre y de escasa cultura, nacida en un caserío de la localidad de la provincia de Vizcaya. En ese día, su amiga Nerea Bengoechea, la persona que cuarenta y tantos años después sería abuela del niño Joseba, se alegró tanto al oír sonar las campanas de la ermita repicando a gozo por el tan secreto enlace de su amiga que comenzó a bailar y a saltar por el prado en un arrebató festivo y con tan intensa alegría que, tras perder el control en uno de sus saltos, metió el pie derecho en un hoyo habido en el suelo oculto por la maleza, infortunio que la hizo caer y fracturarse la pierna derecha a la altura del tobillo. Tal rotura dejó a aquella joven, alegre y juncal, convertida en una mujer coja para el resto de su vida. Desde aquel día no pudo caminar sin dejar de inclinar su cuerpo hacia adelante, como si hiciese ademán de iniciar una tímida reverencia ante un poderoso ser invisible, un gesto similar al que solían hacer sus convecinas cuando, estando dentro de la iglesia, pasaban ante el altar mayor.

A partir de entonces, Nerea, aquella mujer de treinta años de edad, esbelta y jovial, renunció a danzar cualquier tipo de *aurresku* y a asistir a los bailes sociales, cambiando su interés por la danza por el arte del *bertsolari*. Nueva afición que comenzó a obsesionarla al persistir en la idea de que, por medio de sus versos improvisados, llegaría a propalar con mayor facilidad entre la juventud de su pueblo las patrióticas enseñanzas del gran Sabino Arana, el esposo de su amiga Nicolasa.

A veces a Nerea, tras pasar las noches en blanco por causa de las dolorosas molestias que le producía la pierna fracturada, la sorprendía el alba repentizando versos patrios inspirados en las doctrinas que defendía Sabino o recitando poemas para enamorados creados por ella en las largas horas de insomnio, o bien, pensando en esas raras cosas que le suceden a algunas personas por causa de esa emoción que llaman amor. Eso que, sin ella entender cómo, había provocado el milagro de unir a Nicolasa con el tan deseado Sabino.

Sí, era cierto, todos los que la conocían lo decían, la chica era una buena mujer, pero aldeana e iletrada. Por esta razón y a juicio de la gente, para aquel hombre al que Nerea admiraba fervorosamente y a quien ella con sus versos le había encumbrado a la categoría de santo y del que —incluso sus seguidores— hablaban de él como del “Jesús Vasco”, Nicolasa no parecía ser la esposa más adecuada. Nerea sabía, porque Nicolasa se lo había confesado, que la celebrada unión con Sabino no contaba con la aprobación, desde el mismo comienzo de su noviazgo, de la mayoría de los correligionarios de su amado. El motivo de tal oposición parecía deberse al origen humilde de Nicolasa. Sin embargo, Sabino, a pesar de la opinión de cuantos se opusieron a su matrimonio, mantuvo ante ella la actitud de un gran enamorado, puesto que, además de amarla, tenía otras tantas razones para querer hacerla suya, como lo eran su sentida atracción por los más de cien apellidos vascos que distinguían a Nicolasa. Un gran aliciente y causa de motivación para el novio, dada su ideología; algo que él debió valorar a la hora de decidir que aquella relación de pareja acabase en boda y que, por su raigambre, fuese la esposa del hombre que estaba llamado a convertirse en el padre de la “patria vasca”. Por tanto, aun a pesar de las supuestas inconveniencias para dicho enlace, la ceremonia de unión se llevó a efecto prácticamente en

secreto e intimidad, evitando la presencia de curiosos. La reserva de la celebración fue tan estricta que los padres de la novia se enteraron del proyectado acontecimiento el mismo día de la boda; porque, de no ser así, posiblemente la alegría les hubiese desbordado y no les hubiera permitido mantener el secreto. En Abiña Sukarrieta sí se conoció que la boda se había llevado a cabo desde el momento en que se oyeron repicar las campanas, porque Nerea divulgó a todos cuantos conocían a Nic el evento acaecido, el que transmitía bailando y con gratas demostraciones de júbilo.

Nerea también contrajo matrimonio. Lo hizo tres años después de casarse su amiga, a la edad de treinta y tres años. El que sería su marido, Teodoro Goizueta, un comerciante navarro con quien tuvo una hija, gastó una fortuna en medicinas, médicos y curanderos, tratando de encontrar la manera de aliviar los dolores de su amada y corregir su cojera. Pasado el tiempo, Nerea, cansada de ver que no prosperaba en salud, propuso a su esposo dar por terminados su empeño y gastos, y así aceptó definitivamente como bueno el dicho popular acerca de cómo debía de ser la casada perfecta, esa sentencia que afirmaba: *“la mujer casada en casa y con la pierna quebrada”*. Con tal disposición reconvirtió su malestar físico en virtud o signo de perfección, pues, tras ofrecer los dolores padecidos por causa de su cojera a Dios, hizo que esta deficiencia cambiara y pasara, de ser un inevitable y doloroso defecto al andar, a ser un gesto reverencial de cortesía que ella le añadía a su saludo, esto es, una gentileza que Nerea dirigía a cualquier persona conocida con la que se cruzaba.

Así mismo, cuando se casaron Nerea y Teodoro, aun siendo ella una persona coja, hubo fiesta en el caserío con música, baile y cohetería, durando la celebración dos días. Desde que comenzó su vida como pareja, ella habría sido más feliz si su marido no hubiera insistido en quererla sanar del mal que le impedía llevar la casa como las demás esposas o ayudar al esposo en sus tareas. Pues Nerea había aceptado su deficiencia y daba por buenas sus limitaciones, le bastaba con el amor de Teodoro y había admitido gustosa la petición que otros maridos, supuestamente, le “pedían” a sus esposas, o sea, aquello que daba contenido al mencionado dicho sobre la mujer casada...

Nerea sabía, por boca de su amiga Nicolasa, que lo que más estimaba Sabino de su relación matrimonial, era ver a su esposa proceder de la manera que a él como esposo le enamoraba, esto es, “verla cumplir con su deber a costa de algún sacrificio”. Pues, para Sabino, uno de los deberes de la casada para con el esposo era ofrecerse sumisa a sus mandatos y obedecerle en todo lo que no fuese contra Dios. De modo que, tal como en su momento Sabino le dijera: «Toda tu felicidad en este mundo, “Nikole” de mi corazón, consistirá en estas dos cosas: en cumplir tus deberes y en ser mía....»

Nerea en sus sinceros encuentros con su buena amiga Nicolasa, los mantenidos cuando ésta acudía a verla en busca de consuelo, escuchaba sus protestas silenciadas y demás disconformidades matrimoniales de las que ella se quejaba. A veces, exageraba sus lamentos diciendo sentirse como esclava, hasta el extremo de llegar a comparar el gesto de sumisión que expresaba ante su marido con el mal que afectaba a Nerea, o sea, con la contorsión que ésta hacía debida a su cojera.

—Las dos sufrimos un accidente el día de mi casamiento amiga Nerea, el tuyo fue caerte mientras danzabas de alegría por mi boda y así te fracturaste el tobillo. El mío fue dejarme voluntariamente encadenar. Sí, por amor. Pero, de igual manera y sin esperarlo, me convertí alegremente en la esclava de un hombre... Por eso amiga mía, de tener que escoger entre nuestros

dos males hubiera preferido el tuyo, porque tú, Nerea, aun estando casada y coja, eres una persona libre y amas...

Así, ante las quejas confesadas por su amiga, Nerea pudo pensar que Sabino era un hombre nada defensor de los derechos de la mujer, pero no lo hizo. No quiso ni pudo creer que el hombre religioso al que ella admiraba tanto fuese tal como Nikole lo mostraba. Nerea creyó que quizá hubo cierta ligereza por parte de Nicolasa al calificar así a su marido. Quiso pensar que, posiblemente, la causa de las quejas de su amiga se debieran a contratiempos habidos entre ellos, los propios de una pareja que llevaba pocos años de casados. O, tal vez, porque aún ella no hubiese descubierto o comprendido los fines mesiánicos del esposo, persona de la que decían sus seguidores haber venido a este mundo destinado por Dios para salvar al pueblo vasco.

Sí, podía ser cierto, tal como Nikole comentara, que Sabino utilizase la religión para reprenderla, como recomendaba la obra de misericordia: “corregir al que yerra”. Pero de hacerlo él, posiblemente, fuese con un buen fin, conseguir la perfección de su esposa. También era probable, según Nerea, que le ordenase hacer algo que a Nicole le disgustara, pero estaba segura que lo hacía con la sana intención de que aprendiera a ser humilde, religiosa y supiese comportarse debidamente cuando se relacionara con la tan católica familia de su marido. Personas para quienes su catolicismo tenía raíces carlistas y era asumido como un componente tan propio de la raza vasca que si los vascos dejasen de ser católicos, según mencionara Sabino, “renegaría de mi raza”.

Nerea, mujer religiosa, creía con la fe que heredó de sus antepasados en las antiguas leyendas nacidas siglos atrás, aquellas de las que el religioso pueblo vasco, siempre bendecido por Dios, se sentía orgulloso por considerarse descendiente directo de un nieto de Noé llamado Túbal. Según los sagrados escritos de la Biblia, Túbal era hijo de Jafet y nieto de Noé. Y, al parecer, como dijera el obispo Isidoro de Sevilla tras recoger la tradición que creara Flavio Josefo, Túbal era el antecesor de los iberos y de Iberia. La otra mítica leyenda que Nerea había escuchado relatar a sus predecesores y en la que confiaba, aseguraba que la lengua vasca había sido traída directamente desde el paraíso por un antepasado de Túbal, la cual, una vez llegada a tierra vasca, permaneció en ella sin mezcolanzas con las demás lenguas. Por esta razón jamás fue considerada una derivación de otro idioma, tal como lo era el castellano respecto al latín. Estas y otras historias que Nerea creía plena de fe, afirmaban su convencimiento de que el pueblo vasco gozaba de la condición de ser pueblo elegido por Dios y, por ello, presumía de la plusvalía de pertenecer a un pueblo que no participó en la muerte de Cristo, como lo era el pueblo judío.

Cincuenta años más tarde, cuando su nieto Joseba se acercara a Nerea esperando que la *amona* le contase historias fabulosas sobre el pasado esplendoroso del pueblo vasco o para que le hablase de aquel personaje que ella denominaba *el arcángel santanderino*: un pasajero del tren en el que viajaba Luis Arana y con quien mantuvo una acalorada conversación cuyo asunto, después, lo comentó con su hermano Sabino y llegó al extremo de inducirle o despertar en éste la idea de la nación vasca. Sí, algo milagroso que, en aquel Domingo de Resurrección, resucitó en su interior moviéndole a establecer las bases del nacionalismo vasco. En consecuencia, cuando la abuela Nerea, sentada en su mecedora, percibía en su nieto el deseo de escuchar historias de tiempos pasados tras acariciarse repetidamente con las palmas de las manos el faldón con que cubría sus piernas hasta los tobillos, ya para aliviar el dolor de los miembros o solo como repetido gesto para alisar su negro vestido, comenzaba a recordar tales relatos: historias o cuentos inquietantes que excitaban a Joseba y que le hacían vivir lo narrado con la misma emoción que ella los vivía; leyendas versificadas que, según ella, tenían un único fin, el de instruir al pueblo o servir de

norma para los oyentes y, de esta manera, lograr que se cumpliera eso que Dios deseaba desde el principio de los tiempos y que no era otra cosa que la unificación de *Euskal Herria*.

De tales relatos el protagonista era Sabino Arana, el “buen padre” que se propuso llevar de la mano al pueblo vasco a la plenitud de su unificación. Por lo cual, toda la narración explicativa de Nerea, favorable o desfavorable para el oyente, sonaba como un nuevo evangelio. Ella daba, con breves y lapidarias frases, datos y fechas de hechos vividos por el fundador del nacionalismo vasco y del poder de su pensamiento, eso que para ella decía ser la doctrina sobre la que se sostenía la esencia vasca.

Capítulo III

El día que Braulio Ferro asistió por primera vez al Colegio de la Santísima Trinidad vestía un pantalón bombacho de color azul oscuro, una prenda que le había confeccionado su madre. En realidad, tal atuendo no dejaba de ser otra cosa que un arreglo llevado a cabo por la señora Adelina Langa, un hábil trabajo de costura sobre lo que fue el blanco pantalón de marinero que Braulio lució en su primera comunión; un acontecimiento ocurrido hacía ya casi cuatro años. Todo aquel apaño modistil de la señora Adelina fue motivado por el crecimiento su vástago más de lo esperado. Pues, tras obligarle a que se probase la citada prenda, observó cómo los bajos de las perneras de aquel pantalón quedaban cortos, un palmo por arriba de los tobillos. Esto es, a una altura comprometida, aunque aún por debajo de las rodillas del niño, algo difícil para que con un simple arreglo pudiera hacer pasar tal prenda por lo que entonces se conocía como pantalón largo. Ante esta circunstancia, siendo Adelina hábil con el manejo de la aguja y no teniendo intención de perder tela, decidió aprovechar el pantalón entero. Así, tras tinter de azul oscuro el blanco pantalón de comulgante de su hijo, lo transformó en bombacho; inspirándose, según Braulio manifestara, en el pantalón que vestía Pedrín, el chico que acompañaba a Roberto Alcázar (los personajes protagonistas de una conocida serie de *cómics* famosa en aquella época). Para tal creación bastó que Adelina pasase por el interior del dobladillo de cada pernera un elástico que presionara sobre la correspondiente pantorrilla. De este modo, la madre de Braulio logró una indumentaria aceptable para su hijo, la que complementó con una camisa blanca y un jersey de lana de elaboración casera e igual color que el pantalón tintado. Esta vestimenta pasaría a constituir, en adelante, la ropa adecuada que luciría Braulio en domingos y días festivos. Terno ocasional que el joven vistió en el día mencionado y que no hubiera lucido de no ser la fecha de su presentación en el colegio e inauguración del nuevo curso. Porque de haber sido un día de labor cualquiera, él vestiría como generalmente solía hacerlo: con el conocido pantalón corto de pana que le asignaba su madre y un jersey verde o marrón —de los tres que tenía— acorde con el color del pantalón a usar. Vestimenta que era complementada con las botas de piel vuelta que ordinariamente calzaban sus pies, en lugar de los lustrosos zapatos marrones que en los días festivos solía llevar.

Los discursos de inauguración de aquel nuevo curso que se iniciaba corrieron a cargo del director del convento, un monje trinitario conocido por el Padre Juan de la Trinidad, y del Jefe de Estudios del centro académico, don Cristóbal de Andrés. Ambos oradores fueron serios. Advirtieron repetidamente al alumnado del deber de observar puntualmente las reglas del centro y los castigos correspondientes en caso de contravenir las normas. Finalizada la parte oficial del acto, los nuevos alumnos fueron invitados a pasear por los patios del colegio y a visitar las aulas correspondientes a cada curso, un modo de mantenerles entretenidos mientras esperaban a que sus respectivos padres acabasen de hablar con el profesorado responsable de la formación futura de sus hijos. Durante la espera, los nuevos alumnos de segundo curso de bachillerato fueron presentados por su tutor al resto de los compañeros. Fue entonces, en aquel día, cuando yo hablé por vez primera con Braulio, el chico nuevo del Cuartel, un alumno más de nuestro colegio y curso, el que después sería mi gran amigo. Fue Braulio quien se aproximó a mí diciendo conocerme y tras explicarme el porqué, recordé haberle visto y comenzó a resultarme su rostro conocido. Sí, era cierto lo que él manifestaba, nos habíamos visto hacía dos años en El Espliego,

pueblo en el que estuve pasando una temporada en la casa de mis abuelos, de esto hacía más de dos años. Sin dudar, comencé a recordar aquellas escenas, jugaba y correteaba en compañía de otros chicos por la calle en la que se ubicaba el domicilio de mis antecesores. Sí, ante las puertas del Cine Principal y muy próximo a la vivienda de mis abuelos, era el mismo chico, ahora un poco más mayor que entonces, tal como yo lo era. El niño desconocido que, al percibir cómo yo contemplaba sus juegos con los demás chicos, me llamó e hizo un gesto con su mano invitándome a participar en sus divertimientos, y a lo que yo tímidamente rehuí escondiéndome tras la cortina de la puerta de casa.

Tras volvernos a ver, entre nosotros, surgió la amistad prontamente. Facilitó la aparición de este lazo afectivo el hecho de ser personas muy afines. La existente entre las vivencias de nuestras cortas vidas nos ayudó a congeniar con rapidez. Ambos habíamos nacido en el mismo año y en la misma localidad, yo dos meses antes que Braulio, aunque su nacimiento tuvo mayor repercusión en el pueblo que el mío, según me contará mi madre. El hecho de vivir sus padres en El Espliego, pueblo en el que vivían mis abuelos, había sido causa suficiente para que nuestras familias se conocieran. Sin embargo, Braulio y yo, cuando nos vimos por primera vez, teníamos diez años de edad e íbamos a iniciar el bachillerato al acabar el verano. Aquel primer curso que yo lo realizaría en El Espliego, alojado en casa de mis abuelos y por decisión de mis padres, tenía como fin principal que yo hiciese compañía a los ancianos. En tanto, Braulio, no llevó a cabo aquel curso en la localidad en la que vivía su familia, pues, al final del verano se ausentó con misión similar a la mía, la de acompañar a su abuela Dolores, una anciana octogenaria que vivía sola en la localidad de Villa Libre. Así pues, a ambos se nos asignó similar encargo por parte de nuestros progenitores, dar compañía a nuestros mayores, personas que dedicaban la mayor parte de su tiempo llorando y rezando por sus muertos, los caídos en la guerra civil española. Mi abuela Angustias vivía o moría con la triste esperanza de que el hijo desaparecido en contienda un día volviera a casa. Este era mi tío Valentín, un soldado de Automovilismo, conductor de una ambulancia del ejército republicano, que desapareció en combate en la Batalla del Ebro. Al igual que, la abuela de Braulio, Dolores, lloraba la pérdida de su hijo Antonio, un Sargento de Regulares del ejército nacional, a quien le segó la vida una ráfaga de ametralladora cuando trataba de ayudar a un compañero herido, hecho acaecido en los barrancos de Ciempozuelos unos días antes de proclamarse el final de la contienda.

Pues sí, el nacimiento de mi amigo Braulio tuvo lugar en un día luminoso de la primavera de 1943, segunda quincena del mes de mayo, jueves y festividad de la Ascensión de Nuestro Señor. Fue mi madre la persona que me habló del alumbramiento de aquel niño, un evento que al parecer tuvo gran trascendencia en Aljama, pueblo en el que nacimos. De tal suceso yo tuve conocimiento cuando Braulio y familia vinieron a Santa Olalla y, tras conocernos en el colegio, nuestros respectivos padres volvieron a verse. Había pasado el tiempo, ahora ambos teníamos doce años de edad. Hablándome de Braulio, mi madre decía que la venida al mundo de mi amigo fue tan dificultosa que no bastó con la colaboración de la partera y, por tanto, fue necesario requerir la ayuda de don Lorenzo, el médico de la localidad. La criatura que habría de nacer se resistía a abandonar su limbo particular y se mantenía en el seno maternal sin apenas responder a los esfuerzos de la parturienta ni mostrar atisbo alguno de desear iniciar su vida en este mundo. Su nacimiento se produjo en Aljama, donde yo nací, localidad levantina donde o en la que estaba destinado el padre de Braulio. El mismo pueblo donde yo había venido al mundo tres meses antes de que él naciese. El parto, según contaba mi madre, resultó largo y penoso para aquella mujer primeriza, pues su duración sobrepasó las seis horas. Para poder dar a luz a lo que habría de

nacer, tuvo que permanecer en pie siguiendo las instrucciones de la partera, por ser esta posición la que haría más fácil la salida del bebé dadas sus enormes proporciones. El peso del recién nacido superó los siete kilogramos.

Los primeros y dolorosos síntomas que sufriera la madre se iniciaron de madrugada. La afectada, nada más detectar lo que se le avecinaba, despertó a su madre, la señora Dolores, mujer que, al saberla cumplida desde hacía unos días, permanecía al lado de su hija y alojada en el pabellón de la Casa Cuartel en el que residía Adelina. La futura abuela, ante las quejas de la hija al iniciarse las primeras contracciones, comunicó tal novedad al Cabo Primero de la Guardia Civil y Comandante del Puesto de Aljama, cosa que hizo por «conducto reglamentario» tal como estaba ordenado; o sea, a través de Lucía, la esposa del Cabo. Es decir, que Dolores, atenta al esperado acaecer, dio exacto cumplimiento a lo que su yerno, el Guardia Primero Ferro, le había detallado.

El Comandante de Puesto, como persona responsable de cuanto sucediera dentro del acuartelamiento, al conocer la incidencia surgida se puso en contacto telefónico con el médico local y le detalló cuanto a la esposa de uno de sus guardias le acontecía. Seguidamente, la citada clase, llamó telefónicamente al señor Luciano, conocido en el pueblo por *El Medialuz*, taxista y esposo de la comadrona, a quien le pidió que con la mayor urgencia se acercase a la Casa Cuartel en compañía de su esposa. A continuación, por medio del Guardia de Puertas, requirió la presencia del subordinado Rodríguez, guardia libre de servicio, para ordenarle que se uniformase y estuviese dispuesto a continuar la correría nocturna que estaba practicando la pareja de turno, disponiendo que, una vez localizada dicha fuerza, sería relevado el Guardia Primero Federico Ferro de su misión, por el motivo de indisposición de su esposa, al estar ésta a punto de ser madre. Así pues, Rodríguez y el otro miembro de la pareja continuarían con el servicio señalado, haciendo constar esta novedad en la papeleta de servicio en el apartado correspondiente y, asimismo, acabada la correría tal incidencia quedaría plasmada en el Libro de Servicio del Puesto.

Acorde con cuanto acontecía, el guardia Rodríguez fue trasladado en el taxi a Los Majuelos, donde se encontraba la pareja de servicio, una aldea de la demarcación que se hallaba en fiestas en honor a San Bernardino, su santo patrón y en cuyo lugar se efectuó el relevo. A aquella hora de la madrugada, la pareja se hallaba cumpliendo la misión de mantenimiento del orden público en la aldea en fiesta, tal y como constaba en la papeleta de servicio. Recogido por el taxista, el guardia Federico volvió a la Casa Cuartel al lado de su esposa y, juntos, estuvieron esperando la llegada de aquel neonato que los habría de convertir en padres.

Pasaba la procesión de niños y niñas comulgantes, aquellos que habían recibido, en ese mismo día y por primera vez, el Santo Sacramento de la Eucaristía. Por un instante, el desfile se detuvo ante la puerta de la Casa Cuartel de la Guardia Civil. Los cánticos, dulces composiciones que cuán flores dedicaban los niños santificados a Jesús y a María, se fueron acallando cuando fue interrumpida su sonora oración por la estrepitosa voz de don Lorenzo, el médico local, quien, en medio de la calle y rompiendo el mantenido orden procesionario, mostraba al público a un recién nacido que llevaba entre sus brazos a la vez que profería gritos de admiración.

—¡Mirad este niño que acaba de nacer! ¡Ha nacido criado! ¡Pesa más de siete kilos! ¡Miradlo! ¡Es tan grande como el Niño Jesús de Praga!

Comparaba el tamaño del bebé que sostenía entre sus brazos con la imagen de Jesús Niño, la que portaban en andas cuatro marineritos. La gente se acercaba a contemplar al recién nacido e, incluso, el cura párroco se aproximó para verle y bendijo al bebé. El Guardia de Puertas sugirió a

don Lorenzo que dejase avanzar la comitiva retenida. Él así lo hizo, no obstante, se mantuvo en la puerta de la Casa Cuartel mostrando orgullosamente al infante mientras que, a su lado, el Guardia de Puertas saludaba militarmente el paso del cortejo.

Con los años ambos crecimos y nos conocimos y fuimos buenos amigos. Los dos permanecimos estudiando en el mismo colegio hasta acabar el Bachiller. La similitud en nuestra manera de pensar nos libró de esas confrontaciones de pareceres propias de los jóvenes de nuestra edad y aunque surgiera alguna que otra disonancia entre nosotros, éstas siempre fueron superadas. No obstante, hubo alguna circunstancia que pudo hacernos más difícil nuestra amistosa convergencia, como pudo serlo el hecho de haberme afiliado al movimiento conocido por Falange Española Tradicionalista y de las JONS, organización en la que a la edad de trece años comencé a militar y en donde continué hasta terminar la carrera de Magisterio. A mi padre, a pesar de no ser seguidor de tal formación política, le pareció aceptable el ideario falangista por ser lo más apropiado para completar la educación de un joven de mi edad en aquellos años. Por eso, prefirió los significados que encerraba el lema de España, “Una, Grande y Libre”, a otros que, en cierto modo diferentes, eran ofrecidos al pueblo por Radio España Independiente o La Pirenaica: emisoras clandestinas que, desde el extranjero, lanzaban mensajes provenientes de perseguidas organizaciones políticas y cuyas doctrinas extremistas y contrarias al Régimen vigente eran impartidas por el Partido Comunista de España o la Acción Republicana Española. Partidos que, aún en la posguerra, siguieron moviéndose y actuando allende de los Pirineos. Digo, pues, que tal vez fuesen éstas las causas que motivaran a mi padre a permitir mi afiliación a lo que, años más tarde, pasó de llamarse Falange a conocerse por Frente de Juventudes y que, poco tiempo después, se denominó Organización Juvenil Española.

En la sede de la OJE, lugar donde concurríamos jóvenes de diversa clase y condición existía un centro recreativo al que Braulio no se acercaba a pesar de su confesado deseo de hacerlo. El padre de mi amigo, como militar y combatiente en la pasada guerra civil, consideraba que nadie de su familia debía estar afiliado a ningún partido político. Decisión paternal que tenía una desventaja desde el punto de vista estudiantil, tener que examinarse en el Instituto de Enseñanza Media de la capital de la asignatura conocida por *Formación del Espíritu Nacional*, prueba que a los estudiantes afiliados a la FET y de las JONS se nos daba por aprobada. Por el contrario, a mi amigo sí le estaba permitido por sus padres colaborar en la organización religiosa conocida por Acción Católica (AC), en la cual Braulio encabezaba un equipo, *Los Lobos*, formado por cinco afiliados dedicados al apostolado. En esta organización se impartía formación religiosa a los nuevos integrantes y se promovía entre los mismos la ayuda al prójimo, preferentemente a gente obrera y familias necesitadas. Una de las ventajas obtenibles por estar afiliado a la AC era la de estar aprobado en la asignatura de *Religión* en los exámenes de fin de curso.

Nuestras distintas misiones en una y otra de las organizaciones citadas a las que pertenecíamos parecían separarnos, no obstante, ambos aspirábamos a conseguir algo que parecía casi imposible, poder coordinarlas. Nuestra pretensión era llegar a una singular fusión entre los patrióticos *ojeistas* de uniformes paramilitares y los caritativos miembros del movimiento católico, cosa que resultaba difícil de llevar a cabo. Sin embargo, una idea nos iluminó mientras contemplábamos a un grupo de chicas de la parroquia conocido por el nombre de *Hijas de María*: una asociación de muchachas jóvenes dedicadas al culto de la Santísima Virgen y otros ejercicios piadosos, como lo era el promocionar el apostolado en el ambiente familiar y social. Chicas que vestidas de blanco y cubierto su cabello con una mantilla, asistían a la iglesia a todas celebraciones religiosas en honor a la Virgen María y ocupaban en el templo un lugar preferente próximo al altar. Ellas llevaban como signo externo de pertenencia a tal asociación una medalla

prendida a un lazo azul que colgaba de su cuello, la cual se la colocaban para asistir a los actos religiosos y, a la vez, portaban en una de las manos un rosario y libro de oraciones. Al asistir a sus particulares celebraciones acostumbraban a entrar al recinto sagrado cantando su himno, el que comenzaba así:

Lo prometí soy hija de María.

Hermana soy del mismo Redentor.

Antes morir, o dulce madre mía.

Antes morir, que perder tu favor.

Esta primera estrofa del himno nos inspiró. Particularmente oír el verso que decía *Hermana soy del mismo Redentor*, escucharlo nos hizo ver la luz. Con nuestra recién nacida idea fuimos al convento de la Santísima Trinidad en busca del Padre Ernesto, ambos deseosos de hablar con él y de exponerle nuestra simbólica ocurrencia. Esta intentaba ser un buen proyecto, crear un grupo de jóvenes católicos, patriotas, dedicados al apostolado, a hacer el bien a los demás y a estar dispuestos a defender a España. Llevaríamos en los actos religiosos la uniformidad de los soldados de época, la de los antiguos caballeros cruzados, y nuestra hermandad se llamaría Hermanos de Cristo Rey. Resumidamente, nuestra idea fue aceptada y el día 8 de diciembre de aquel año, festividad de Nuestra Señora la Inmaculada Concepción, los Hermanos de Cristo Rey entramos en la parroquia de la Santísima Trinidad escoltando a las Hijas de María.

Capítulo IV

Cuando Nerea predicaba su particular evangelio sobre la vida y milagros de su querido y admirado patriota Sabino Arana, según Joseba me contara al hablarme acerca de su niñez y adolescencia, decía así:

»La venida al mundo de nuestro señor Sabino Arana fue de la siguiente manera: Estando desposada Pascuala de Goiri y Atxa, su madre, con Santiago de Arana y Ansotegui, tras varios años de convivencia, la esposa concibió al que sería su octavo y último hijo. Éste nació el 26 de enero de 1865 y sus padres decidieron llamarle Sabino Policarpo de Arana y Goiri; nombre y apellidos de la persona que, pasados los años, se convertiría en el padre de la patria vasca. Aquel niño vino al mundo en la anteiglesia vizcaína de Abando, la casa familiar que su padre mandó edificar en el número diez de la calle Ibáñez de Bilbao. Don Santiago de Arana era un honrado empresario de construcción naval, fundador de la “Empresa de Diques Secos” que, más tarde, se convertiría en la mercantil “Compañía Euskalduna”. El nacimiento de Sabino se produjo en una época de tiempos revueltos, como le pasara a nuestro Señor Jesús. Por eso, antes de que Sabino hubiese cumplido los seis añitos de edad, su padre, ante el acaecer de importantes sucesos, que el ya auguraba, decidió marchar con su familia y pasó a vivir en Francia, similar a como lo hiciera San José cuando se vio obligado a huir con la Sagrada Familia a Egipto.

»Aquello que don Santiago veía venir se inició con el triunfo de la sublevación militar liberal que produjo la caída del antiguo régimen. Era septiembre de 1868 y la reina Isabel II, que se encontraba veraneando en Lekeitio, huyó a Francia. Comenzaron entonces a imperar en la sociedad las ideas liberales centralistas y laicistas, hasta el punto de promulgarse una nueva Constitución que reconocía libertades como las de imprenta, culto, enseñanza, derechos de asociación y reunión y demás. Se estableció, igualmente, el sufragio universal y el nuevo principio de que todo el poder del Reino emana de la soberanía nacional española y, el día 30 de diciembre de 1869, algunos ciudadanos fueron sorprendidos con la llegada a España de don Amadeo de Saboya, la persona que pronto accedería al trono de España.

»Echando cuentas, el niño Sabino tendría cinco añitos cuando la casa donde él nació y vivía con su familia les fue anexionada a sus padres por la villa de Bilbao, vivienda que tuvieron que abandonar. Fue también, en ese mismo año, cuando la reina Isabel II, estando en el exilio, abdicó en su primogénito Alfonso XII y, dos años más tarde, ya en el mes de abril de 1872, se produjo la sublevación carlista en Euskadi y Cataluña. El carlismo era un movimiento político, tradicionalista, antiliberal y legitimista que reivindicaba la corona española alegando que Isabel II ocupaba el cargo de reina ilegítimamente, pues, la ley de sucesión de 1713 excluía a las mujeres del trono. Los carlistas eran partidarios de la línea del infante Carlos María Isidro de Borbón, hermano de Fernando VII, y pedían la corona para él.

»El padre de Sabino colaboró en el levantamiento carlista, ayudó a los sublevados y ocultó a su amigo el General Uribarri hasta el día anterior a la revuelta. Esta colaboración de don Santiago le obligaría más tarde, tanto a él como a parte de su familia, entre ellos su hijo Sabino, a exiliarse a un país extranjero, Francia.

»El 11 de febrero de 1873, abdicaba Amadeo I como rey de España y el 11 de junio de ese año

se proclamaba la República Federal. Pues bien, fue en ese mismo día cuando nació yo, Nerea Bengoechea. En el mes de agosto siguiente a la fecha de mi nacimiento, los seguidores del alzamiento carlista, que en diciembre anterior se habían proclamado con éxito en Euskadi, iniciaron el cerco a Bilbao. Ante tales sucesos, doña Pascuala de Goiri y sus hijos Sabino, Luis y Paulina, se trasladaron a Hendaya donde se hallaba su padre, desde de allí, marcharon a Bayona (Francia). En este país extranjero el niño Sabino, como Jesús nuestro Señor, vive con sus padres y obedece, estudia y crece.

»En los años venideros, Sabino comienza y lleva a cabo su formación escolar. Comenzó sus estudios en el colegio San Luis Gonzaga de Bayona. Su padre, muy cristiano, prefería que su enseñanza fuese impartida en colegios de religiosos católicos y, por ello, renunció a enviarle a las escuelas francesas de tendencia jacobina, poco religiosas y de un radicalismo político violento. En 1875, en la iglesia parroquial de la ciudad francesa citada, Sabino Arana hacía su primera comunión. Al parecer era un niño muy religioso y por esta razón la familia se planteó, como posible, su ingreso en un seminario. Sabino estudió, durante determinados periodos de tiempo, con distintos profesores particulares, incluso con un Oficial carlista alavés asentado en la ciudad de San Juan de Luz.

»Eran los finales de 1874, cuando se produjo la proclamación de la restauración monárquica por el General Martínez Campos y Alfonso XII de Borbón es coronado rey de España. En el mes de febrero de 1876, Carlos VII huye a Francia y con ello se da por concluida la última guerra carlista. En mayo de ese mismo año Sabino aprueba su examen de ingreso para cursar el bachillerato, que iniciará en Hondarribia. En el mes de julio de ese año quedan suprimidos los fueros de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya. En octubre, la familia de Sabino deja Francia y regresa a Abando (Bilbao). En ese mismo mes, Sabino ingresa en el Colegio de Jesuitas de Orduña, centro donde acabará el bachiller.

»Durante el tiempo que transcurre como estudiante de bachillerato, periodo comprendido entre los once y los diecisiete años, el joven Sabino iba observando, aprendiendo y asimilando de cuantos hechos llaman su atención. Por ejemplo, ve por vez primera como los jóvenes vascos son convocados en sus ayuntamientos y acuden a alistarse para cumplir el servicio militar obligatorio fuera de su país. Entonces, en su interior, Sabino comienza a sentir dudas sobre ciertos acontecimientos que, a su entender, aparentan ser discutibles. La ideología carlista infundida por la familia, el catolicismo como sentimiento religioso arraigado al concepto de pueblo vasco y el fuerismo le llevan a sentir íntimamente un controvertido impulso que con el tiempo irá creciendo y evolucionando a más. Por esto, durante en el año 1881, estando Sabino enfermo de tisis, circunstancia que le obliga a guardar reposo, dedica su tiempo a ordenar sus ideas y contrastar pareceres. La enfermedad, de larga duración, llega al extremo de exigir que se le permita examinarse en casa del curso de bachillerato correspondiente, para no perder un año de estudios y, tras aprobar el mismo, obtuvo el apreciado título de bachiller superior.

»La vida de Sabino Arana, cuanto yo sé de ella, me fue relatada por mi amiga Nicolasa, su esposa y, en ocasiones, por él mismo. Cierta día, con motivo de visitar a Nikole —como Sabino la llamaba—, ésta me narró una historia que él solía contar en algunas ocasiones. Trataba de cierto comentario que a su hermano Luis Arana le hiciera un viajero santanderino, persona con quien coincidió en el tren. Un desconocido con el que Luis mantuvo conversación durante uno de sus viajes a Madrid. Este individuo, al que yo, desde el momento de conocer la historia, comencé a llamarle el *arcángel santanderino*, era alguien desconocido con quien Luis conversó y el que haciendo referencia a la insignia fuerista que Luis lucía en la solapa, le dijo: «*Pues mira, eso es*

lo que no entiendo bien. Si los vizcaínos sois españoles y vuestra Patria es España, no sé cómo queréis gozar de unos fueros que los demás españoles no tienen y eludir obligaciones que a todos los españoles deben comprender por igual ante la Patria común. Gozando de los fueros no servís en el ejército español, ni contribuís con dinero al Tesoro de la Patria. No sois buenos españoles...».

»Luis, después de meditar lo expuesto, dio por sentado ser cierto cuanto le había reprochado aquel santanderino y, ante dicha verdad, se le planteó la duda de si él era español o simplemente vizcaíno. Consecuente con lo admitido, tras regresar de Madrid y con ocasión de visitar a su hermano, aún convaleciente de la tisis, le comentó lo antedicho. Y Sabino, que se consideraba carlista, quedó perplejo cuando Luis criticó duramente el españolismo del carlismo. Los debates que se produjeron entre ambos hermanos no finiquitaron tan prontamente. Luis consiguió imbuir la duda en el modo de pensar de Sabino, hasta el extremo de que éste decidió estudiar la lengua, la historia y las leyes de Vizcaya, pretendiendo con ello conocer más a su pueblo. En la mañana del Domingo de Resurrección de 1882, después de dar un paseo con su hermano, Luis quedó convencido de que Sabino había adquirido una conciencia nacional vasca. Y, pasado un año, fue el propio Sabino Arana quien, una vez resueltas sus vacilaciones ideológicas, cambió su lema fuerista “Dios y fueros” por el nacionalista “Dios y ley vieja”, llegando al extremo de manifestar lo siguiente: «Más al cabo de un año de transición, se disiparon en mi inteligencia todas las sombras con las que oscurecía el desconocimiento de mi Patria, y levantando el corazón hacia Dios, de Vizcaya eterno Señor, ofrecí todo cuanto soy y tengo en apoyo de la restauración patria... Y el lema *Jaungoikua Eta Lagizarrak* se grabó en mi corazón para no borrarse nunca más».

Acabadas las consabidas conferencias informativas sobre el heroico pasado de Sabino Arana, Nerea acostumbraba a reafirmarse en sus creencias con elogios al *Maestro* y a su doctrina, esa misma que enseñó a su nieto Joseba, según su saber y entender, y con la misma asiduidad y convicción que lo hace el sacerdote que explica el evangelio que nos ha de salvar. Así, de aquella fuente, su *amona*, bebió el joven Joseba Txakarita Goizueta, a quien Nerea soñaba ver convertido en el futuro en un buen cura vasco y caso de no poderlo ser —¡Dios no lo quiera!, decía—, que fuese un buen cristiano y *abertzale* como lo era Sabino Arana. Así, con este fin y para que se cumpliera ese deseo visionado por ella, intentó forjar el destino de su nieto explicando las enseñanzas del *Maestro* de esta manera:

. Hijo, el verdadero pueblo vasco se siente orgulloso de ser un pueblo elegido por Dios, pues es descendiente directo de Túbal hijo de Jafet y nieto de Noé.

. Vizcaya, hijo mío, siempre ha sido y será, con el apoyo divino, vencedora de los enemigos invasores. Así venció a los iberos, celtas, romanos, godos, musulmanes y a cuantos quisieron conquistarla... Por eso, nunca fue un pueblo sumiso a los monarcas españoles, quienes jamás fueron considerados reyes de Vizcaya, sino solo Señores.

. Buen *abertzale*, Joseba, es la persona que renuncia al nacionalismo español y al fuerismo original en pro del “vizcainismo” independentista. Buen *abertzale* es el vasco que tiene por lema *Jaungoikoa Eta Lagizarrak*.

. El *Maestro*, Sabino Arana, fue el hombre que inspirado por Dios nos habló de nuestro catolicismo y de nuestra histórica independencia vasca, esa que establecen los antiguos fueros.

. El independentismo vizcaíno fue en origen quien invitó a los demás territorios vascos a integrarse en un proyecto contrario al autonomismo o regionalismo fuerista. La independencia de Vizcaya fue el inicio de la recuperación de nuestra identidad perdida; el resto de las provincias vascas de España y de Francia habrán de llegar a alcanzar su independencia y procurar la unión de todas en una *Euskadi* federal, tal como Dios lo quiere.

. Nosotros los vizcaínos, hijo mío, poseemos características étnicas, religiosas, históricas y de idioma diferentes y superiores en todo a las de los hispanos. Éstos son una raza degenerada, afeminada e inferior. Lo dicho es extensivo a aquellos vizcaínos “españolistas”.

. Nuestro catolicismo nos ayuda y justifica nuestro deseo independentista. Ser católico es una característica constitutiva y esencial de la raza vasca. Si los vascos no fueran católicos, decía el *Maestro Arana*, «renegaría de mi raza: sin Dios no queremos nada».

. La condición de ser un pueblo elegido por Dios y no haber participado en la muerte de Cristo, marca nuestra diferencia y nos distingue de los demás. Nuestra ideología religiosa es integrar a nuestra raza y constituir un pueblo. Ella marca una diferenciación entre Iglesia y Estado. No acepta la existencia de una Iglesia fragmentada en diócesis estatales y defiende la unión universal de los católicos.

. Nuestra raza es característica esencial de nuestra identidad como pueblo y lo que nos diferencia de los españoles. La raza vasca es superior a la raza española. El *euskera* y nuestra raza como elemento étnico nos distinguen y nos hace superiores.

. Para el buen vasco debe ser motivo de dolor comprobar que otro vasco no sabe *euskera*. Pero es más doloroso aún que un *euskaldun* no sea “patriota”. Mas lo peor para Euskadi es un español que hable *euskera*.

. Los “maquetos” son la causa de los males que afectan a nuestra raza. Los “maquetos” por ser inmigrantes que proceden de otras regiones de España —por lo general trabajadores— son los invasores del país vasco que destruyen nuestros modos y formas de vida tradicionales, los odiamos no por ser forasteros o extraños en nuestra tierra, sino por tener ideas distintas o contrarias a nuestro nacionalismo.

. Decía el sabio Sabino Arana: «El roce de nuestro pueblo con el español causa inmediata y necesariamente en nuestra raza ignorancia y extravío de inteligencia, debilidad y corrupción de corazón, apartamiento total, en una palabra, del fin de toda humana sociedad».

. La única forma de acabar con la degeneración de la raza vasca es recuperar la independencia de España. ¡Lucha, pues, como un *gudari*!

Paradojas de la vida. Al parecer, un *maqueto* que en cierta ocasión se hallaba escuchando una de las soflamas de Nerea, agraviado por la sarta de ofensas que decía contra el ciudadano español no vasco y la letanía de halagos que dedicaba al modo de pensar y proceder de Sabino Arana, tuvo el valor de comentar ante el público presente su desacuerdo con la charlista y aclarar que, a pesar de la admiración que la oradora sintiese por su *Maestro*, la habrían tildado los vecinos del pueblo del oyente ser *sabina* y *arana*. Pues, en el lugar donde el replicante decía haber nacido, la palabra *sabino* era sinónimo de *rosillo*, esto es, *caballería de pelo sucio*, *mezcla de blanco*, *negro y castaño*, o sea, con capa de tres colores y confusa estirpe. Y, respecto a la palabra *arana*, el vocablo significaba tanto *embuste* como *estafa*. De este modo, aquel espectador evidenció su sentimiento de español dolido ante los disparates que él había estado escuchando, algo que no pudo reprimir. No obstante, aquello no quedó así, pues, pasados unos días de este suceso, por Abiña se comentaba que el citado *maqueto* había perdido el puesto de trabajo y hubo de marchar de la localidad vasca en la que residía.

Capítulo V

Nerea Bengoechea también lloraba a sus muertos. Cuando lo hacía, sacaba a la luz una serie de recuerdos que se remontaban a hechos acaecidos en el año 1936, los que ella aireaba antes de continuar con otros y, así, hasta dar fin a sus lamentaciones. Las remembranzas de Nerea comenzaban con la trágica y lastimosa primavera de 1937, concretamente del 31 de marzo al 1 de julio. Entre los fallecidos en aquel infausto periodo de guerra civil española estaba su esposo Teodoro, el abuelo que Joseba no conoció y de quien ella le hablaba mientras derramaba lágrimas por sus ojos repitiendo ante el nieto, por enésima vez, la trágica historia que vivió Vizcaya.

»España, hijo mío, andaba muy revuelta... La Junta de Generales había nombrado Jefe del Estado al General Franco. Esto ocurría el 1 de octubre de 1936. En ese mismo día se aprobaba el Estatuto de Autonomía Vasco en las Cortes. Por lo cual, el día seis de octubre salía la ley y, al día siguiente, en la Casa de Juntas de Guernica juró el cargo de presidente José Antonio Aguirre, militante del PNV y primer *lehendakari* del Gobierno Provisional del País Vasco. Una persona que se declaró combatiente y dispuesta a luchar al lado de la República: «Ante Dios humillado, en pie sobre tierra vasca, con el recuerdo de los antepasados, bajo el árbol de Guernica, juro cumplir fielmente mi mandato».

»Sí, Joseba. Por entonces las cosas estaban muy complicadas... En apenas nueve meses que duró el Gobierno vasco, *Euskadi* alcanzó una autonomía que equivalía a una “casi-independencia”. Sin embargo, las fábricas de armas de Eibar (ametralladoras, fusiles y pistolas) como las de armas cortas y munición de Durango y Guernica dejaron de producir, todas se mantenían cerradas y los trabajadores de las mismas estaban en paro. El motivo de esta inoperancia era debido a la carencia de las materias primas necesarias para fabricar armamento. Estas materias, hijo, no nos eran proporcionadas por los países abastecedores debido a que éstos habían firmado el “Pacto de no Intervención” en el conflicto bélico que se había iniciado en España. Sin embargo, otros aliados como lo eran Italia, Alemania y Portugal si respondieron debidamente a las peticiones que les solicitaron los sublevados sobre cualquier tipo de armamento...

»Ante esta situación, querido Joseba, en pleno mes de agosto Telesforo Monzón, el que por entonces era miembro de la Junta de Defensa de Guipúzcoa, pidió a la *Generalitat de Catalunya* que les fuesen proporcionados mil fusiles como ayuda; el armamento que la Autonomía necesitaba para defenderse. Monzón, tras disolver los Cuerpos de la Guardia Civil y Guardia de Asalto republicanas, sustituyó a estas fuerzas por otro nuevo Cuerpo policial al que llamaban la *Ertzantza*. Una fuerza de patriotas vascos que se encargaba de defendernos del enemigo fascista a una población concentrada en un territorio cuyo frente tenía más de doscientos kilómetros de recorrido y en donde se encontraban miles de personas sin nada para alimentarse. Por aquel tiempo, en *Euskadi* corrían rumores de que los seguidores del General sublevado gozaban de ayuda militar y víveres, cosa que los vascos no teníamos. Incluso, se oía decir que algunas posiciones republicanas habían sido bombardeadas con bollos de pan y que, en la población, el reclamo del pan blanco había sido determinante para que varias plazas se rindieran. Algo explicable *bihotza*, pues nada resultaba más desmoralizador que luchar contra un enemigo que no conocía la pobreza ni el hambre.

»No solo lo dicho fue lo único malo, *maitia*. Porque después llegaron Mola y los suyos,

¿sabes? Sí, hijo, sí... Mola era un General que vino dispuesto a acabar con la guerra en el norte. Lo advirtió desde el primer momento dándole un aviso al enemigo, que éramos todos los vascos. En él decía lo siguiente: «Respetaré la vida y la hacienda de quienes rindan sus armas sin haber cometido ningún asesinato». Y, ante lo dicho, Vizcaya y Guipúzcoa, representadas por el PNV afecto al bando republicano, se negaron a rendirse a las fuerzas franquistas. Ante esta heroica actitud, Mola respondió: «Si la rendición no es de inmediato, arrasaré Vizcaya hasta sus últimos cimientos». Y cumplió lo prometido.

»Ya ves, Joseba... En cambio, el PNV de Álava y Navarra se lo pensaron detenidamente y se unieron prácticamente al completo al bando de los nacionales. Y, por lo tanto, el Partido Nacionalista Vasco quedó dividido en dos bandos... ¿Y qué pasó? Pues que en el mes de junio de 1937 tuvimos que soportar duros combates en Vizcaya. Los sublevados, tras una larga y sangrienta ofensiva llegaron con sus tropas ante las puertas de la capital. La ruptura del frente antifascista no se haría esperar, pues las diferencias entre cenetistas, troskistas y comunistas facilitaban su desintegración; aunque, aun así, el enemigo para lograr vencernos tuvo que arriesgar mucho para conseguir romper el llamado Cinturón de Hierro: el sistema de fortificaciones formado por túneles, búnkeres y trincheras establecido a través de la costa y montes que rodeaban Bilbao... Sí, Joseba, los ataques llevados para poder penetrar dentro de la ciudad fueron intensos... Incluso llegó a decirse que el ingeniero que dirigió la construcción de dicho baluarte, un tal Alejandro Goicochea, temeroso de lo que se avecinaba desertó y se unió al bando nacional e informó de los puntos débiles de la línea defensiva...

»Sí hijo... Así lo pienso yo también... Acorde a cuanto ocurría en aquellas fechas, los dirigentes de la defensa de la ciudad debieron haber sopesado la posible amenaza que suponía la repetición de un bombardeo, máxime conociendo lo sufrido en Guernica dos meses antes. De haberlo hecho se habrían planteado si merecía la pena resistir y hacer necesario que bombardeasen Bilbao para que, después, esta plaza acabase rindiéndose...

»¡Ay, qué lástima Dios mío!... En el ataque aéreo que realizó sobre Guernica la Legión Cóndor alemana y la Aviación Legionaria italiana, en aquel lunes 26 de abril de 1937, me arrebataron la vida de tu *aitona* y la de cientos de ciudadanos. Sí, de mi marido Teodoro Goizueta, que Dios guarde... El pobre había acudido al mercado de Guernica como tenía por costumbre y allí le sorprendió el bombardeo más intenso que hubo en ese día. Fue en plena tarde y cayó bajo el fuego enemigo cuando trataba de huir de aquel infierno transportando a varias personas en su camioneta...

»Como consecuencia, el día 19 de junio del 1937, fue tomada Bilbao por los rebeldes y, prácticamente, con ella cayó por entero el País Vasco. Dos meses después, el 28 de agosto, festividad de San Agustín, el Papa de Roma declaraba que el único gobierno legal que había en España no era otro que el de Burgos, del cual el General Franco era el Jefe de Estado. Una declaración que su Santidad hizo, a pesar de que antes una comisión del clero vasco hubiese participado al Vaticano los ataques y persecución que habían sufrido algunos sacerdotes vascos por parte de las fuerzas franquistas; sucesos que, al parecer, no fueron tomados en consideración por la Santa Sede. Por lo tanto, tomada Bilbao, el nuncio de su Santidad, monseñor Antoniutti, recibió a las autoridades vencedoras y mostró su adhesión al franquismo y, tras él, lo hicieron los demás obispos. El clero vasco, en respuesta a lo acontecido, se mostró contrario a estas decisiones, en particular, los curas más lejanos de la jerarquía eclesial. Fue por todo lo dicho, mi pequeño *gudari*, que nosotros los de antes, los verdaderos vascos, aún continuemos siendo lo mismo que fuimos siempre, un pueblo religioso, patriótico y deseoso de ser independiente, incluso de la autoridad eclesial.

Todo lo narrado eran sucesos históricos ocurridos en la Guerra Civil Española y formaban parte de los relatos que aquel condenado Joseba, de sobrenombre de *Txakar*, decía haber escuchado de boca de su abuela. Historias que me fueron contadas por él con ocasión de las sucesivas entrevistas que mantuvimos en la prisión de Zamora.

Contra todo pronóstico, el preso al que yo visité en la cárcel durante cierto tiempo y con relativa frecuencia, en nuestros primeros encuentros me habló de sus seres queridos, de su infancia y añoranzas, más de lo que yo esperaba que él me contase. Mi interés en saber de su vida y demás facetas de su historia personal lo motivaba el querer comprender como dos personas desconocidas y distantes confluyeron en un determinado momento de sus vidas sin razón ni explicación para ello, ni proyecto común alguno. Por eso, las respuestas y comentarios de Joseba no esperados me sorprendieron, al diferir de cuanto en su carta él me advertía, puesto que en ella me aclaraba que, aunque no le importunaba el ser visitado, sí podría molestarle sentirse interrogado por un desconocido sobre su vida pasada, cosa que consideraba pertenecer a su intimidad personal y de la que no estaba dispuesto a hablar. Así, tras leer su misiva, respuesta dada a mi solicitud de poder visitarle, entendí que el preso accedía a lo que yo le había pedido quizá para agradar al padre Isidro o, simplemente, por curiosidad. Pero lo cierto fue que aceptó la petición que yo le hice a través de este sacerdote, una persona que prestaba servicio religioso en la Cárcel Concordataria de Zamora, centro en el cual *Txakar* cumplía condena. Isidro, amigo y vecino mío cuando ambos vivíamos en Santa Olalla, fue la persona a quien pedí que intercediese por mí ante quien hubiera de autorizarme para poder visitar al citado preso. Resumiendo, lo que constaba en el escrito que el preso me remitió me hizo perder la esperanza de llegar a saber algo de su vida anterior, porque, aparte de los requerimientos exigidos para aceptar mi petición, él me aclaraba y justificaba como sería su proceder diciéndome: «[...] descubrir o revelar algo de mi vida pasada me supone el gran esfuerzo de encontrar, fijar e inmovilizar en mi mente algún hecho que ya para mí no existe o que he de reavivar o, mejor dicho, arrancarle del olvido de mis hechos pasados. Intentar esto, es para mí resucitar sucesos de los que no quiero acordarme. Además, hay días en los que, tras levantarme y mirarme al espejo, me pregunto quién soy yo realmente, y como un loco desmemoriado acabo convencido de que nunca lo he sabido. Entonces, la respuesta más adecuada que a sí mismo me doy es un «no lo sé», porque jamás me detuve a averiguar y analizar quién en realidad soy yo. Es por ello, y puede darlo por seguro usted, que de haber tenido en mi vida respuesta a tal interrogante hoy, posiblemente, no estaría en el lugar donde me hallo [...] o tal vez sí, ¿qué sé yo?... Porque, después de cuanto le he expresado y dada mi falta de interés en querer saber nada más de mí, dudo que usted pueda aclarar con lucidez y fundamento lo que ha sido mi vida pasada, ni lo que en realidad es la presente... Y, tal y como me digo a mi mismo, le respondo, solo sé de mí historia lo que en el origen fui: el hijo de mi madre, el nieto de mi abuela y el discípulo de un cura y poco más...».

La Cárcel Concordataria de Zamora era una prisión que existió en España durante el régimen del Generalísimo Franco. Aquel establecimiento lo constituía un pabellón de la antigua prisión provincial, recinto que fue habilitado para que pasasen en él su periodo carcelario los sacerdotes y religiosos que fuesen condenados por algún tipo de delito. El mencionado lugar estaba separado de los demás pabellones ocupados por otros presos, tanto políticos como comunes. Por Zamora pasaron varios curas y religiosos, la mayoría condenados por motivos políticos y sindicales. Muchos de éstos eran religiosos y curas vascos acusados de estar comprometidos en colaborar con el separatismo independentista de *Euskadi* o con la lucha obrera vasca.

Tal como estaba acordado, fui recibido por el preso conocido por Joseba Txakarita o *Txakar* en el día señalado y a la hora prevista para las visitas. Encontré en él a una persona de treinta y tantos años de edad, de 1.80 metros de estatura, delgado, cabello oscuro con visibles entradas, ojos azules y aspecto de ser un hombre fuerte. Alguien que había nacido, según él me dijo, en un pequeño pueblo cercano a Bilbao, situado en la orilla izquierda de la ría de Mundaca y al pie del monte Sollube, lugar donde el ahora penado había sido feliz junto a su madre y abuela, hasta que tuvo uso de razón. Hechas las oportunas presentaciones por el padre Isidro, comenzamos a hablar de cosas baladíes. Y, una vez solos, Joseba se mostró aparentemente tranquilo, dispuesto a charlar y a contemplar cosas del pasado o, como él decía, posibles sucesos que fueron el origen del desastre de su vida. Callado a veces, como tratando de pescar en aguas insondables, se sumergía dentro de sí al encuentro de cualquier vivencia u olvidada historia. Y cuando en alguna ocasión tropezaba con una añoranza que le carcomía el alma o era sorprendido por alguna imagen inquietante que le hiciera sufrir, con apariencia afligida a veces y otras con ira, se lamentaba del ayer y, molesto, escapaba de lo hallado sin dar respuesta sobre qué circunstancia le había llevado hasta el extremo de jurar de forma iracunda contra esa escena o tal emoción que, en un indefinido día de su vida, él pudo vivir.

Durante las primeras entrevistas tomaba la palabra para hablarme de los días felices todavía no olvidados, de su lejana infancia y de cuanto a él le divertía en aquel tiempo. Hacía así aflorar, según su decir, aquellos hechos que aún alcanzaba recordar. De este modo, llegó a contarme como habiendo cumplido doce años de edad acudió a la *ikastola* del maestro cura, el religioso pasionista que le enseñó el *euskera*, leer, escribir y las cuatro reglas de la aritmética, y, también, quien grabó en su alma el lema que, según dicho sacerdote, todo buen vasco debía conocer y sentir: «Nosotros para *Euskadi* y *Euskadi* para Dios». Sí, ese mismo mensaje que, según decía su *amona*, Sabino Arana defendía junto a la lengua, la raza y la fuerte religiosidad del pueblo vasco... Entonces, reviviendo su niñez, evocaba juegos y aventuras, divertimentos a los que, al salir de la escuela y acompañado por su amigo Montxo, dedicaba el tiempo libre. Expediciones que, la mayoría de las veces, solían emprender a fin de explorar los alrededores de uno u otro caserío en busca de ese mítico animal legendario y amigo de las brujas, y al que Montxo tanto odiaba, el gato.

Así me relató cómo una tarde, tras salir de clase, Montxo le propuso perseguir y capturar gatos adultos, esos animales tan familiares que, más que vivir, reinaban en los caseríos y casas de campo. El motivo del encono que su amigo mostraba a estos felinos se originó un día en que Montxo encontró a su *ama* acariciando a un desconocido minino que había entrado en casa. Desde aquel día, según Montxo con pesar le dijera, el animal le arrebató el puesto que él ocupaba en el corazón de su madre y en su casa, hasta el extremo de que su *ama* prefería dormir en compañía de aquel miador que con él. Porque, según la madre le confesó un día, oyendo el agradable ronroneo del mizo lograba descansar mejor.

Muy de mal se sentía aquella mañana —le dijo Montxo— cuando encontró a su canario casi desplumado en el centro de la jaula, el gato estaba próximo a ésta y acosaba a la avecilla con intención de devorarla. La escena produjo en el joven tan desmedido furor que decidió castigar a la bestia. Mas el astuto felino, intuyendo su posible fin, huyó despavorido por la misma ventana por la que en su día entrara a la casa de su recién enemigo, para jamás volver. A partir de aquel día, la persecución gatuna era para Montxo un deber más que un entretenimiento. Una pulsión que él mantenía con la esperanza de dar un día con aquel su enemigo y, así, poder liquidarle. Por tal motivo, ambos amigos espiaban cualquier casa en donde hubiese gatos, recorrían los establos y corrales anexos a las viviendas, localizaban la presa, la observaban hasta conocer sus costumbres

y movimientos y, después, colocaban trampas subrepticias para capturarla, o bien, intentaban atraer al animal con halagos, comida e intimaban con él, para, una vez confiado, conseguir apresarle y encerrarle en un lugar previsto por Montxo y, seguidamente, acabar con él al instante. Creían hacer justicia persiguiendo a los gatos en general, ese tipo de bestia demoníaca que invadía y se adueñaba de la casa de uno y era capaz de robarte hasta la madre si te descuidabas. Esos seres ladrones de derechos que entraban en el domicilio pidiendo conmiseración como desvalidos y a quienes se les ayudaba al sentir lástima por ellos, para después, los traidores engañaban a los dueños de la morada con arrumacos y ronroneos, y luego, se hacían los amos de la mansión y reinaban en ella.

Luchar por los derechos de uno, según decía el maestro cura, era correcto... Sí, y por eso, pasado el tiempo y siendo los dos amigos ya mayores de edad, extrapolaron la situación gatuna y aplicaron a otro ámbito las conclusiones obtenidas en su infantil lucha. Esto es, decidieron luchar por una *Euskadi* libre de los *maketos* que les invadían como hacían los gatos.

Hubo otras ocasiones en las que Joseba, sumido en la nostalgia, recordó y habló de las dulces veladas pasadas en invierno junto al fuego y en compañía de Nerea, *la bertsolari*, nombre por el que era conocida en el lugar, debido a su afición a repentizar. A él le gustaba estar al lado de su abuela y escuchar sus improvisadas creaciones patrióticas, las que a veces eran cantadas y comentadas por la *amona*. Como de costumbre, una vez habían cenado, Joseba se quedaba acompañando a la abuela hasta llegada la hora de dormir. Ambos gustaban de oír la radio, en particular, el programa nocturno de discos dedicados de Radio Andorra, la emisora del Principado de Andorra, que entonces solía emitir. Aunque, realmente, ésta era la excusa y a la vez la introducción al espacio radiofónico que real y secretamente Nerea deseaba escuchar, y que no era otro que el emitido por la conocida “Radio Pirenaica” dedicado a *Euskadi askatuta*. Fue de esta manera como, según Joseba decía, ambos tuvieron noticia de que se impartía una especie de cursillo sobre formación nacionalista vasca. El que llevaban a cabo un grupo conocido por EKIN (Actuar), y el que en sus comienzos estuvo compuesto por nueve jóvenes que, al parecer, lo impartían de forma clandestina. Nerea se mostraría encantada tiempo después, cuando el representante local de las juventudes del PNV y, por mediación del maestro y cura don Elías Arangoa, le pidiera ser acogidos en su casa para celebrar una reunión con algunos de los chicos de EKIN y, además, para agradecerle el haberse ofrecido a colaborar con ellos.

No pasó mucho tiempo para que llegaran a un acuerdo entre EKIN y el grupo de las juventudes del PNV, EGI (*Euzko Gaztedi Indarra*) o *Fuerza de Juventud Vasca*. Pero tampoco tardaron mucho tiempo más en comenzar las discordias entre estos grupos. El motivo fue que, durante la formación ideológica impartida por miembros de EKIN, alguno de sus dirigentes mencionó y censuró el autoritarismo que mostraban los mandos peneuvistas de EGI y, por ello, alguien de este grupo en represalia hizo público los nombres de la cúpula de EKIN, acción con la que puso en peligro la seguridad de esta organización clandestina. A partir de aquel hecho, tanto los militantes de EKIN —agrupación cada vez más activa y radical— como los del PNV permanecieron enfrentados.

El padre Elías y la *amona* Nerea, los dos simpatizantes del PNV, en sus charlas repasaban cuanto se decía por los de EKIN y veían si lo predicado respondía o no a lo que Sabino Arana, siempre presente en la memoria, hubiera deseado. Por lo general los dos solían quedar decepcionados y hasta llegaron a creer lo que en su día comentaron los *abertzales* del PNV sobre los cabecillas de EKIN, esto es, que tales dirigentes formaban parte de un comando creado para destruir la unidad habida en EGI.

Ante los referidos comentarios y siendo la actitud activista de EKIN cada vez más radical, Nerea, temerosa, no dudó en hablar con don Elías para pedir su consejo. Así, pensando en el beneficio de *Euskadi* y en lo que sería más acertado para su nieto, aprovechó toda una tarde para charlar con don Elías acerca de la conveniencia de orientar la vocación de Joseba hacia el sacerdocio y, caso de no lograrlo, influir en su ánimo para que llegara a ser un buen vasco.

Capítulo VI

A Paula Aledo Ortiz le encantó aquel proyecto de cartel que por encargo del convento de la Santísima Trinidad se iba a imprimir. En el boceto que le mostró el padre Ernesto figuraba ella representando a la hermandad de jóvenes Hijas de María, puesto que había sido la elegida por la mayoría de las Hijas para este cometido. Ese mismo modelo de anuncio que se le había mostrado sería multicopiado, repartido por las afiliadas y expuesto en diversos locales de Santa Olalla (almacenes, comercios, tiendas, despachos, mercerías, oficios y demás). Con tal distribución y bajo el lema “Jesús y María, santidad y alegría”, se invitaba a la juventud del lugar, chicos y chicas, a afiliarse en alguno de los grupos religiosos existentes en la parroquia conventual: los Hermanos de Cristo Rey o las conocidas Hijas de María. En el póster aparecían las imágenes de Paula y Braulio entrando solemnemente a la iglesia, seguidos por un cortejo de chicos y chicas de las citadas hermandades. Las chicas iban vestidas de largo y de color blanco. Sus vestiduras eran semejantes a las usadas por las damas del medievo que aparecían en las películas que se proyectaban entonces referidas a esa época. También llevaban sobre la frente una diadema de flores de azahar de la que pendía un largo velo azul que, cubriéndoles la espalda, llegaba a arrastrar por el suelo. En sus recogidas manos portaban un ramo de azucenas y sobre el pecho el emblema de las Hijas de María. Los chicos vestían como los guerreros cruzados, cabeza y tronco cubiertos por una cota de malla conformada por supuestas anillas de acero y la cintura ceñida por un ancho cinturón de cuero del cual colgaba, al costado izquierdo, la espada de caballero. Igualmente, cubrían sus espaldas con una larga capa roja prendida sobre sus hombros y sobre el pecho lucían una Santa Cruz teñida de color negro.

Para los jóvenes de la localidad que contemplaron aquel cartel, el sentimiento *alegría* que expresaba el lema y el vistoso atuendo que chicos y chicas lucían fueron estímulos suficientes para que a más de uno les moviera el deseo a afiliarse en dichas hermandades. Máxime, tras haberse anunciado que en la próxima romería a la Ermita de la Virgen Blanca, participarían como escoltas de la Virgen cuantos afiliados lo desearan de uno y otro sexo.

Por supuesto, los figurantes más visibles de aquel aviso publicitario eran Paula y Braulio, a quienes la chavalería les comparaban, basándose en no sé qué semejanzas, con el rey Arturo y Ginebra, protagonistas de la película “Los Caballeros del Rey Arturo”, que por entonces fue interpretada por famosas estrellas de la pantalla como lo eran Ava Gardner (Ginebra), Mel Ferrer (Arturo) y Robert Taylor (Lanzarote). También es cierto que hubo otros tantos jóvenes, tal vez más patrióticos, que vieron en la pareja del póster a los famosos y conocidos protagonistas del *cómic* “El Guerrero del Antifaz” creado por Manuel Gago García (una de las series de *tebeos* más conocida, popular e influyente de la historia de este género en España) cuyos personajes eran don Adolfo de Moncada “El Guerrero”, su novia doña “Ana María” y don “Fernando”, el joven amigo de don Adolfo.

Siendo Braulio, al igual que yo lo era, estudiante de quinto curso de bachillerato se enamoró secretamente de Paula, cosa nada extraña puesto que enamorados de esta chica lo estaban otros tantos estudiantes de nuestro colegio. Todos los admiradores de la joven solían alabar sus cualidades, en especial su dulce sonrisa y la belleza de su rostro, comparando su hermosura con la de doña Ana María, hija del conde de Torres, la dama del Guerrero del Antifaz.

Braulio vio a Paula por vez primera cierto día, al cruzarse con ella. Sucedió este encuentro momentáneo en el gran patio de la Casa Cuartel, cuando la joven iba a visitar a su amiga Rosarito Viñuelas, la hija mayor de un guardia del Puesto de Santa Olalla. Pronto Braulio se interesó en saber quién era tal belleza, pues aquella jovencita le había impresionado. La segunda vez que volvieron a verse él se presentó a la chica. Fue durante la celebración del acto de presentación de la hermandad Hermanos de Cristo Rey y, ese día, Paula, por designación del padre Ernesto, tendría por compañero a Braulio en el ofrecimiento de flores a la Inmaculada Virgen María. Es decir, que Braulio hubo de mantenerse a su lado el tiempo que duró el recorrido a efectuar desde la entrada a la iglesia hasta el altar mayor, lugar donde Braulio haría ofrecimiento de un ramo de azucenas que su acompañante portaba, el cual sería depositado por el varón a los pies de la Virgen. Tras la ofrenda la pareja se separó sin haber intercambiado palabra alguna, pasando ambos tomar asiento en los respectivos lugares que tenían asignados a uno y otro lado del altar. Después de finalizar la solemne ceremonia religiosa, en ese día no volvieron a verse.

Mariano Aledo, padre de Paula, era un industrial muy conocido en Santa Olalla y comarca. Su empresa, «Harinas y Piensos Aledo», abastecía a la mayor parte de las panaderías de la zona, fábricas de pasta, confiterías y similares. Igualmente, y en lo que a la alimentación del ganado se refiere (caballerías, ganado ovino, de cerda y demás) la mayoría de los ganaderos y granjeros se abastecían de sus productos. Entre sus clientes, por llamarlo de alguna forma, constaba el Puesto de la Guardia Civil de la localidad y algún que otro de los Puestos aledaños afectos a la Línea de Santa Olalla. La razón de ser cliente un Puesto de la Guardia Civil de esta empresa era que algunas de estas Unidades contaban con caballerías para la prestación de determinados servicios propios del Cuerpo y, por ello, para atender a la alimentación de los animales debían de proveerse periódicamente de grano y paja, pienso o alimento para el animal, que eran abastecidos por la industria de don Mariano. En consecuencia, este ciudadano siempre estuvo dispuesto a colaborar en el aprovisionamiento del pasto necesario para las caballerías de la Guardia Civil, siendo considerado por la fuerza del Puesto como persona adicta al Cuerpo, esto es, un vecino de la localidad colaborador, amigo de la Guardia Civil y apreciado por ésta.

Junto con su esposa Rosa y sus dos hijos, Paula y Enrique, Mariano Aledo vivía en Santa Olalla en una bonita mansión situada en el número quince de la calle Sol, dos calles detrás del edificio del Ayuntamiento, en el distinguido barrio de la Plaza Mayor. El antiguo molino industrial, que más tarde pasó a llamarse “Fábrica de Harinas y Piensos Aledo”, y las cocheras donde se guardaban los vehículos dedicados a la distribución de los productos comerciales, estaban ubicados en la zona alta del pueblo, pasado el barrio de *Los Huertos*. Allí, la familia era dueña de una antigua casa de campo con torreta lucernario y numerosas habitaciones, anexa al edificio se hallaba la piscina. La vivienda estaba rodeada por un huerto de naranjos cercado a su vez por pinos y palmeras. Desde este lugar, conocido por *La Alberquilla*, finca de la que era propietaria doña Rosa Ortiz, podía contemplarse enteramente el pueblo de Santa Olalla. En esta mansión, también conocida como la villa de “los antiguos señores de Ortiz”, había venido al mundo doña Rosa, para Braulio, señora de don Mariano y madre de Paula.

El muchacho no era feo, tampoco podía decirse que fuese una lindura. Braulio tiraba más a ese tipo de personas de faz generalmente seria y que al sonreír se le ilumina el rostro y se transforma de modo positivo. Más bien alto, delgado, de cabello castaño o casi rubio y ojos azules era alguien que no solía pasar desapercibido. Desde que tuviera a Paula de compañera en aquella ofrenda floral, acudía con más frecuencia al centro de reunión parroquial del barrio de *El Convento*, lugar donde estaba la sede de Acción Católica y a la que él concurría acompañando a

su amigo Ángel, el cabeza visible de esta organización masculina. La realidad era que Paula y Braulio coincidían y solían verse allí, pero a ella aquel joven parecía interesarle poco. Sí, también era cierto que al coincidir tan repetidamente en el mismo lugar se habituaron a saludarse, a contactar con la mirada y a mantener fija la misma uno en la otra y viceversa. Así, debido a tal persistencia de gestos o señas, conforme pasaron los días llegaron a intercambiar sonrisas al mirarse, pero nada más. Se hubiera podido decir que a Paula aquel chico, hasta cierto punto le era indiferente e incluso, ante ella, podía pasar desapercibido. ¿Por qué?, porque Braulio no respondía al perfil de jóvenes de la clase y condición social de ella y, además, por su seriedad o supuesta timidez, su modo de vestir, su estatura y delgadez, su laconismo y no sé qué cosas más. En fin, que para Paula, según mi entender, Braulio no era mucho más que un simple militante del grupo masculino de Acción Católica con el que coincidió ocasionalmente, y nada más.

Con motivo de la romería a la ermita de Santa María la Blanca, en el tradicional baile que se celebraba en la plazoleta de la ermita, Paula percibió que Braulio la miraba con persistencia pero sin atreverse a acercarse a ella ni para preguntar si le concedía la gracia de bailar. También la miraban otros chicos, e incluso Paula llegó a bailar con alguno de ellos, pero aquella tarde Paula apreció en la mirada de Braulio algo distinto, llamativo y resolutivo; como si estuviese dispuesto a salvar la poca distancia que a los dos les separaba de producirse un mínimo gesto o insinuación por su parte. Esto es, Paula le vio capaz de derribar el muro de su timidez para pedirla bailar con ella, por ejemplo. Cosa que Paula imaginó y le pareció agradable. Así, nada más comenzó a sonar una nueva pieza, ella caminó hacia donde Braulio se hallaba y, en ese momento, él de pie bajo el pórtico de la ermita y sin dejar de mirarla inició unos tímidos pasos para ir a su encuentro. Todo ocurrió en un instante, el tiempo en que tardaron en estar frente a frente, y, nada más sugerir Braulio su deseo Paula lo aceptaba gustosamente. Bailaron *Fascinación*, un vals cuya melodía era música de una película cuyo título no recuerdo y, también, canción muy conocida en los programas radiofónicos de discos dedicados. La letra de inicio de dicha canción decía:

*La primera vez que te vi,
yo me enamoré locamente de ti...*

Braulio, antes de aproximarse a Paula para pedirla que bailase con él, temía un no rotundo dado por parte de la chica. Por el contrario, Paula, para sorpresa de Braulio, había adivinado lo que éste temía y fue ésta la razón que la movió a acercarse a él, hasta el extremo de estar dispuesta a preguntarle si él deseaba bailar. Pero sí fue Braulio quien se adelantó y formuló tal proposición, a lo que ella aceptó antes de que acabase tal petición, dando así satisfacción al deseo del joven con quien, desde aquel momento, comenzó a mantener un trato más fluido y amigable, hasta el extremo de llegar a quedar con él para salir a pasear juntos.

Sí, Santa María la Blanca, patrona de la localidad de Santa Olalla, hizo aquel milagro. La mencionada Virgen tenía su ermita en Sierra Espada, lugar donde sus devotos celebraban todos los años una romería en su honor en el tercer domingo del mes de septiembre. Peregrinación que era organizada por los hermanos de la Cofradía de La Virgen Blanca, hermandad de la que eran colaboradoras las Hijas de María.

Al domingo siguiente, veintiocho de septiembre de 1958 —nunca Braulio olvidaría esta fecha—, fue la primera cita con Paula. A la hora convenida se encontraron los supuestos enamorados en los jardines que daban acceso al convento. Paula, bajo el jazminero cercano a la cantarina fuente y a la vez monumento a los Caídos por Dios y por España, esperaba con expectación tanto la aparición Braulio como el atuendo con el que el joven la sorprendería. No, por supuesto, no vestiría como el rey Arturo ni tampoco llevaría la perpetua uniformidad del Guerrero del Antifaz,

pero si esperaba ver a un Braulio con vestimenta normal. Alguien arreglado con algo más llevadero y menos notorio que lo que él acostumbraba «lucir» de diario. Por lo cual, Braulio, tal vez imaginándose las expectativas de Paula, en esta su primera cita estrenó un pantalón largo: el *vaquero* azul que su madre, días antes, había adquirido para él en “La Japonesa”, lo que complementó con una camisa blanca de manga corta y una chaquetilla de lana también de azul oscuro, la que portaba colgando del brazo.

—¡Hola, Braulio! Me alegro de volver a verte —fue el saludo de ella, adelantándose—. ¡Vas muy elegante!

—¡Gracias, Paula! Perdona si me he retrasado —dijo él—. ¡Gracias de nuevo por esperarme! —insistió—. Me siento muy afortunado al estar contigo... ¡Estás guapísima!

No. “La Japonesa” no era una persona ni un almacén de ropas conocido en Santa Olalla ni un comercio especial ni nada que se le pareciese. “La Japonesa” era el nombre de una empresa levantina dedicada a proveer de uniformes reglamentarios a los guardias civiles y otras diversas prendas de su uniformidad, como lo eran los conocidos tricornios forrados de tela verde y cogotera que usaban los guardias en los servicios de correrías en época de calor o, también, los dorados sombreros de gala, capas, capotes, saharianas, camisas verdes, gorros de cuartel, hombreras, galones, botones, carteras de servicio, fundas de armas, trinchas, cartucheras, corrajes y todo tipo de calzado. Entre sus ofertas, incluían para las familias que vivían en los cuarteles, pantalones de caballero y vestidos de señora, cortes de tejidos para la confección de trajes de mujer o de caballero y vestimentas apropiadas para niños y niñas. La citada empresa trasladaba sus mercancías en furgonetas a los acuartelamientos y sus visitas eran anunciadas previamente al Comandante de Puesto; de modo que, el día de su llegada, se encontraba presente prácticamente toda la fuerza del Puesto y sus familias. Los niños que jugaban en el patio del acuartelamiento admiraban a estos visitantes tal si fuesen los Reyes Magos. En un momento, los vendedores montaban sus tenderetes y a su alrededor se agolpaban los guardias y sus respectivas esposas con un único fin, mirar, y después decidir como abastecerse, según sus posibilidades económicas, de aquellas prendas que necesitaban. Era ésta una forma de venta al público muy particular, con precios acordes al sueldo que reflejaba la cartilla de la nómina de un guardia civil de aquella época, en realidad, costes más económicos que los de cualquier otro comercio de la calle te pudiera ofrecer.

Se cogían de la mano mientras caminaban cuando creían no ser vistos por persona alguna. Pasaron por los jardines del parque anexo al convento de la Santísima Trinidad y, tras manifestar cada uno lo que mutuamente sentía por el otro, decidieron acercarse a la glorieta de San Miguel, situada al final del paseo existente en la barriada del mismo nombre, lugar donde aquel anochecer se celebraba la verbena en honor a dicho santo, del cual era la festividad el siguiente día. Allí se encontraron con una pareja amiga, Rosarito y Ángel Bueno, amigo de Acción Católica y compañero de curso de Braulio.

Las dos parejas pasaron juntas el resto de la tarde, bailaron y se divirtieron hasta la hora de recogerse. Entonces, Braulio acompañó a Paula a casa, o sea, hasta la esquina de la calle más próxima al domicilio donde la chica vivía y no más; pues, estando en el inicio o primer día de cortejo y siendo ambos únicos concededores de este íntimo secreto, era conveniente solo mostrarle al posible observador local la existencia de una simple amistad, sin dar más motivos a que alguien llegase a pensar que lo visto podía ser considerado algo más que una incipiente relación. Con este proceder, daban cumplimiento a la costumbre admitida por la gente del pueblo sobre cómo se debía acompañar a una chica hasta su morada, lo cual, previamente, exigía haber paseado por la

localidad con la joven durante un tiempo estipulado, después acompañarla hasta cerca de casa por ser mero pretendiente, y, caso de ser novios, llegar hasta la misma puerta de su domicilio. Esta última formalidad, para ser llevada a cabo, exigía contar con el consentimiento del cabeza de familia, o sea, del padre de la chica. Lo que se pretendía con esta usanza era que los enamorados diesen información notoria al posible espectador, por medio de una serie de aproximaciones sucesivas a la puerta de la vivienda de la galanteada, del avance o retroceso en la relación afectiva y de cómo el sentimiento amoroso se iba consolidando a pesar de las naturales fluctuaciones amatorias que pudieran surgir. Un objetivo que guardaba cierta correlación entre el progreso amatorio y la variable distancia al punto de despedida, aproximaciones o retrocesos habidos entre la esquina de la calle de la primera despedida y la puerta de la vivienda de la cortejada.

Una vez llegado el momento oportuno, o sea, la hora de la verdad, ese instante en que el galán habría de celebrar una temida entrevista con el padre de su amada al objeto de hacerle saber sus intenciones o interés amoroso hacia la chica, el pretendiente, una vez aceptado por el progenitor como tal, podría esperar la salida de la joven en la puerta del domicilio a la hora convenida y, también, despedir a su enamorada en la misma puerta a su regreso. De esta manera, el avance prometedor de la relación amorosa, quedaba consolidado a la vista del curioso observador.

Braulio fue invitado a entrar en el hogar paterno de Paula, nueve meses después de haberla conocido, el motivo fue la celebración de su fiesta onomástica.

Capítulo VII

El joven Joseba leía los panfletos de EKIN que caían en sus manos. Esos que, a escondidas, traían a casa determinadas personas de Bilbao que visitaban a Itxaro, su madre.

Recordando su adolescencia me habló de aquel día que acompañando a su *ama* entró al cine del pueblo y vio en NO-DO a Franco, el Jefe del Estado Español en una de sus inauguraciones. NO-DO era un noticiario que se proyectaba en pantalla antes de dar comienzo cualquier película, algo habitual por entonces en todas las salas de cine de España. La aparición del Caudillo movió, como con frecuencia sucedía, a un grupo de espectadores de la sala a manifestar sus protestas con el consabido griterío siguiente y, así, hasta que comenzara la sesión cinematográfica. Allí, Joseba escuchó vocear a un grupo de *abertzales* alborotados el *¡Gora Euskadi Askatuta!* También oyó a Itxaro gritar, casi con apagada voz, el dicho: «¡En *Euskadi* nos sobra agua y en *Iparralde* francos!». Asimismo, iniciada ya la película, Joseba descubrió cómo alguien del público ocupó la butaca próxima a la que se encontraba su madre y, discretamente, dejó a sus pies un abultado paquete que ella guardó de forma apresurada en la bolsa de la compra. Un envoltorio que después, en casa, supo su contenido, revistas propagandísticas informando acerca de EKIN con un fin, el de hacer adeptos.

EKIN, en principio, fue un grupo de activistas clandestino dedicado a la *formación nacionalista* en el país vasco, lo que hacía por medio de cursillos. Este grupo fue poco a poco creciendo a pesar de sus enfrentamientos con los peneuvistas y, apenas hubieron pasado cuatro años desde su creación, llegó a contar con más de cincuenta dirigentes activos y cientos de simpatizantes. Por entonces, estos activistas pretendían reorganizarse en una nueva agrupación de más entidad, más radical y más resolutive que la existente desde sus comienzos, el objetivo pretendido era totalmente diferente al de los *abertzales* del PNV.

A Itxaro, conocida por la viuda de Txakarita, se la consideraba una simpatizante y colaboradora de la organización EKIN, aunque Nerea, su madre, se mostraba contraria a la cooperación que su hija prestaba a aquel grupo tan diferente a cuanto para ella el PNV o EGI representaban. Fue, a finales de julio de 1959, cuando los mismos fundadores de EKIN disolverían esta agrupación para sustituirla por otra más radical, la que bautizarían con el acrónimo resultante de las iniciales de un lema con el que sus seguidores se solidarizaron, este no era otro que ETA (*Euskadi Ta Askatasuna*).

Joseba Txakarita Goizueta confesaba haber sido educado por su abuela, por eso él siempre se consideró ser el vasco que su *amona* quería. Decía de sí mismo que de niño era un chaval espigado, flaquito, pero fuerte e inquieto. Hablaba bien el *euskera* y era muy aficionado a su deporte favorito, la pelota vasca. Jugaba a *esku pilota* a mano en el frontón de la ermita, donde tenía la escuela don Elías y se le consideraba un buen *pelotari*, según el decir de los amigos.

—Raras veces perdía y si ocurría me peleaba o discutía con los compañeros cuando así sucedía... La cuadrilla decía que tenía muy mal perder...

Su otra afición era el fútbol y su equipo el Atlético de Bilbao.

—Aún sigo siendo seguidor del *Athletic* y todavía no entiendo por qué la Real, siendo un equipo vasco, mantiene en su plantilla a jugadores no vascos...

Otra cosa que él, desde niño, no entendía y se preguntaba era:

—¿Por qué el *Athletic* era el equipo vasco que más seguidores no vascos tenía en España?

Expresaba esta pregunta sin entender que los «forofos» incondicionales que seguían a este equipo lo hacían, entre otras razones, porque entre sus filas no existía jugador extranjero alguno, sino que todos sus jugadores eran españoles.

Aún vestía pantalón corto cuando comenzó a *festejar* a Marutxi, prima de Montxo, una jovencita de su edad con flequillo y trenzas que se alargaban hasta la mitad de la espalda. A Nerea, las “confianzas” o familiaridades que Joseba mantenía con aquella *neska*, la soliviantaban. Ver a su nieto con aquella muchachita, la que siempre se hacía la encontradiza para llevarle a Dios sabe dónde, le hacía pensar y temer que pudiera producirse un “imprevisto” que invalidara a su nieto para ser un buen curita *gudari*.

—Cuando sea más mayor me iré con Marutxi —decía Joseba a la *amona* para enfadarla— y la haré madre...

A Nerea se la llevaban los demonios cuando escuchaba a su nieto decir aquellas cosas. Veía en Marutxi a una *chicaza* que le tenía “sorbido el seso”, como ella decía. Atribuía las ocurrencias de Joseba al influjo de las malas compañías con las que el chico iba, en particular la de Montxo, el amigo más rebelde de los que formaban la cuadrilla. Era por estos motivos que, en casa, Nerea regañase a Joseba diciéndole que le resultaba hartito extraño que él, siendo tan joven, pensara y hablase como lo hiciera un viejo chicarrón.

—No. Yo no conocí a mi *aita*, a Txakarita, apellido por el que mi padre era conocido en el pueblo. A él le mataron o murió cuando intentaba pasar a *Iparralde* cruzando el Bidasoa. Aunque, es cierto que ninguno de los compañeros que le acompañaban cuando intentaban cruzar el río supo dar razón acerca de su paradero. Su cuerpo nunca fue encontrado. El día que desapareció, según cuentan, él huía junto con otros *gudaris* porque eran perseguidos por los *txakurras*. El delito cometido fue ser un buen *abertzale*. Según mi abuela decía, se le acusaba de haber participado en una *ekintza* contra unos *faxistas* de la Falange, motivo por el cual era buscado...

Itxaro, *ama* de Joseba, también intentó educar a su hijo como un buen vasco, pero no supo o no pudo. Por ello, cansada de no lograr ver en el joven progreso alguno, dejó esta misión en manos de Nerea, persona con la que madre e hijo vivían. Entonces, según decía Joseba, Itxaro pasó a desempeñar la función de juez y verdugo, o sea, era la persona encargada de calificar los actos censurables y sentenciarle o castigarle. Resumiendo, Itxaro era la persona que le hacía a Joseba la vida imposible. No obstante, cuando ambas mujeres no aguantaban al *mutiko*, le conducían a la ermita para que se entrevistara con el señor cura y le explicase a dicho religioso las supuestas maldades que había cometido; era entonces cuando don Elías hacía las funciones de padre...

Sí, el cura, ante quien ellas me llevaban para ser reprendido por mis errores o excesos, era mi maestro. Él me mantenía atareado con deberes inexcusables y siempre relacionados con los temas que ellas decían ser mi mal comportamiento o mi incorrecto modo de pensar. Este preceptor, además de ser la persona a la que mi madre me entregaba para que me reformase, era también un colaborador, en lo que a la actividad política se refiere, de EKIN. Esto es, receptor y distribuidor de panfletos propagandísticos e informador de las actividades que debían de ejercer los seguidores locales del mencionado grupo. Como sacerdote amigo de la familia, era consejero personal y guía espiritual de mi madre, la persona con quien ella se desahogaba... De modo que si yo como huérfano eché de menos no tener un *aita*, como el que tenían los amigos de la cuadrilla a quien poderle hablar, consultarle y que me escuchara y defendiera, mi madre, igualmente, necesitaba el apoyo de un hombre que le ayudara a paliar sus dudas y necesidades como persona... Pero don Elías no era mi padre, aunque todos le llamábamos así, porque mi *aita* había desaparecido cuando huía hacia *Iparralde* dos meses antes de que yo naciese..., quiero decir que

yo nací huérfano y mi madre se convirtió en una joven viuda...

Joseba hablaba y entendía bien el *euskera*, lengua usada en casa con la familia y con los compañeros en la escuela. Aunque, también Joseba y sus amigos utilizaban este idioma para divertirse y burlarse de los *maketos*, a quienes les hablaban en *euskera* para insultarles, puesto que ellos no les entendían. A Joseba ser *euskaldun* le hacía sentirse vasco, esto es, un ciudadano distinto al resto de los españoles.

»Sentirme vasco —me decía Joseba— se lo debo a mi gente y también al padre Elías. Desde pequeño ellos me enseñaron que la lengua, la raza y el catolicismo vascos son los pilares básicos por los que habríamos de luchar contra los opresores españolistas para, de esta manera, poder mantener pura nuestra raza y religión en *Euskadi* y *Nafarroa* y liberar de ellos a nuestra patria. Mi lengua, pues, es el *euskera* y no el castellano. El *euskera* y nuestra religión nos identifican como un pueblo distinto al español y luchar por ello forma parte de lo que un buen vasco debe hacer. Por tales razones desde niño soñaba con ser fuerte, para poder luchar por mi pueblo y nuestra independencia.

»Mi *ama* confiaba en que yo pronto me haría un chicarrón y que ayudaría al sostén de la casa trabajando en las faenas del campo. «Cuando cumplas los catorce años abandonarás la escuela y pasarás a trabajar con nosotros» —decía mi madre—. Pero se equivocaba, yo soñaba con ser *pelotari*. Don Elías lo sabía y le decía a mi madre que él podría ayudarme y librarme de la esclavitud que supone trabajar la tierra. Así, le propuso que, una vez estuviese libre de la enseñanza obligatoria, fuese internado en un seminario. Porque, para él —según le decía—, entre ser cura o vasco *abertzale* no había diferencia, ambos eran patriotas y partidarios de una religión y de un país libre, y porque, de tomar los hábitos, mi vida sería más llevadera...

Al padre Elías y a sus camaradas, acabada la Guerra Civil, les propusieron decidir entre seguir siendo curas o solo vascos, y optaron por ser curas. Pues, según él decía no había diferencia alguna, ya que «ser vasco era estar cerca de Dios, más que ningún otro pueblo del mundo», tal como lo afirmaba Arana.

Por eso, oyendo estos pareceres y la insistente proposición familiar, Joseba decidió esperar que llegase el día de poder ser cura, profesión con la que, según decía, obtendría como único beneficio, caso de llegar a serlo, el quedar liberado de hacer “la mili”...

En lo que se refiere a Marutxi, la buena amiga de Joseba, nunca dudó que seguiría amándola, fuese cura o no. Y aunque esta cuestión parecía no preocuparle, él solía pensar: «falta mucho tiempo para que me ordenen sacerdote, dado que aún no he decidido definitivamente si entraré o no en el seminario..., pero, de llegar a serlo, viviré con Marutxi, esto lo tengo claro. Todos los curas tienen una mujer en casa, sea sirvienta, sobrina, prima, tía, hermana o madre...».

Capítulo VIII

Se podría decir que Braulio comenzó a enamorarse de Paula siendo un adolescente, cumplidos los quince años de edad. El joven quedó prendado de ella el día que bailaron en la romería de la Virgen Blanca. Sin embargo, Braulio nunca quiso hablar de ese supuesto enamoramiento, porque guardaba íntimamente una serie de sentidas situaciones que no eran fáciles de explicar ni ser comentadas con otra persona, aunque ésta fuese su mejor amigo.

Los sentimientos amorosos que Braulio experimentaba le resultaban a veces complicados o confusos. A pesar de ello, respecto a su relación con Paula, él parecía deducir o quería convencerse que ambos habían nacido para amarse. Pero, lo cierto era que entre ellos, parecía subsistir una invisible barrera difícil de sobrepasar, obstáculo que en determinadas ocasiones parecía ser salvado de manera súbita e impensada... Sí, tal como ocurriera en aquella tarde del día de San Marcos, cuando fuimos invitados a merendar el grupo de amigos a la finca de la *Alberquilla* o, también, como aconteciera después, en alguna otra ocasión inesperada para Braulio, aunque fuesen éstas menos llamativas que la primera vez.

Los que conocíamos a Paula y a Braulio, desde el principio de su romance, nunca dudamos que la relación mantenida por esta pareja concluiría en noviazgo. A partir del día en que se encontraron, bailaron e intimaron comenzó a arder en sus corazones un amoroso fuego sin tregua. Todos los amigos hacíamos comentarios acerca de aquel galanteo y esperábamos que los dos acabasen prometiéndose. Del mismo modo que nosotros pensaban el padre Ernesto y los demás hermanos de Acción Católica que les conocían, todos aguardábamos que se produjese el tan profetizado compromiso. Pero esto no ocurriría así. Años después, supe por boca del mismo Braulio que, aunque Paula supuestamente le amaba, él nunca llegó a sentirla como su novia, entendiendo por novia la mujer que mantiene relaciones amorosas con intención de casarse con el hombre amado. Intención que Braulio suponía que no existió nunca en ella ni por la cual él se atrevió a preguntar.

Braulio, el joven enamorado, creía vivir un sueño irreal al lado de Paula, por este motivo y temiendo perderla, jamás le pidió a la chica que le confirmara la intención de cumplir el fin del noviazgo. Tampoco a Paula le preocupó lo que Braulio pensara sobre el futuro de la relación mantenida, ni se detuvo a especular acerca del final que tendría la misma ni reparó en lo que en su momento pudiera ocurrir. Así se mantuvo aquella relación entre ellos, la que duró demasiado tiempo y en la que nunca hubo un compromiso explícito o hablado. Ciertamente, aunque de modo más comedido, Braulio podía haber pedido a Paula —tal como hiciera nuestro buen amigo Ignacio, un amigo de la cuadrilla— que le dijese, no públicamente, si en verdad le amaba. Ignacio sorprendió a su chica mientras bailaban con esta difícil pregunta: ¿me quieres, quieres ser mi novia? Interpelación que hizo a viva voz, en medio de la pista de baile en la que danzaban y justo en el preciso instante en que hicieron silencio aquellos potentes altavoces. Esto ocurrió una noche de agosto, en la fiesta del día de San Roque. Por entonces, el modo de declararse a una joven era así de sencillo: elegías sitio y momento oportunos, manifestabas a la chica con dulces palabras lo que por ella sentías y tu promesa de casamiento y, si ella aceptaba, con un recatado beso, como mínimo, quedaba sellado el compromiso... A partir de aquel instante tu chica sabía que se obligaba a no permitir que chico alguno le acompañase a pasear ni a bailar e, igualmente, mantendría los oídos sordos para no escuchar palabras amorosas o cálidos piropos que cualquier

otro mozo le dijera y, así, hasta el día en que llegaran a casarse para formar una familia.

Pero, no, esta pregunta para saber si era amado no fue efectuada por Braulio, por lo cual, compromiso amoroso entre ellos, nunca existió. Comprometerse a este convenio amoroso entre dos personas suponía cumplir una contraída obligación impregnada de fidelidad y, así, hasta que llegara el momento de casarse y quedar unidos para siempre. Pero, no..., Paula era una mujer distinta que necesitaba libertad y prefería no tener ninguna atadura.

—Nunca llegué a imaginar que Paula hubiera dejado de ser o actuar tal como ella sentía por respeto a un compromiso conmigo y, menos, proceder del modo que por costumbre se le exige a una novia. —Me dijo Braulio cierto día.

Paula quería a Braulio, pero no deseaba mantener una relación de compromiso plena de exigencias, sujeciones y ajustada a la vida y costumbres del pueblo, según él me confesara.

—Si yo hubiese conocido que el deseo de Paula era casarse conmigo, hubiéramos seguido juntos hasta el día en que ella decidiese hacerlo. Pero ella nunca tuvo este deseo ni existió en ella tal pretensión ni me insinuó siquiera dicho propósito...

Tampoco Braulio deseaba, en la extraña relación que ambos mantenían, estar supeditado a los deseos de la joven y vivir bajo la sombra de un oscuro presentimiento tal pudiera ser que, llegado el día, acabase todo lo que ella mostraba sentir por él y perderla. Por lo tanto, si Braulio actuaba acorde y satisfecho con la voluntad de la joven, proceder que marcaba el modo de mantenerse y relacionarse la pareja, era porque él lo consentía y no le incomodaba, pues se sentía a gusto al lado de Paula. Era ella quien imponía el momento y modo de proceder en toda decisión que tomaba la pareja, Braulio la dejaba hacer lo deseado sin preocuparle el resultado. Aunque, Paula sí sabía lo que hacía y sentía. Lo expuso muy bien aquel día que, entusiasmada, confesó:

—Teniéndote a mi lado, Braulio, me siento tan dichosa como lo estuviera la reina Ginebra. ¡Tú eres mi Lanzarote! “El más amado y leal de los caballeros...”.

Sí. Ella se sentía reina antes de que ambos se conocieran, hablaran, bailaran y saliesen juntos, o sea, antes del día en que se celebró aquel desfile de presentación de los Hermanos de Cristo Rey, en el cual Braulio fue su simple caballero acompañante. De esta circunstancia Braulio se daría cuenta tiempo después, cuando percibió que su relación era como un velado juego donde Paula era la reina y él, el vasallo enamorado. En esta coyuntura, ¿tenía presente Paula la diferencia de clase social que existía entre ellos? Yo creo que no. Como tampoco creo que Braulio, al principio, se detuviese a pensar en este detalle cuando comenzó a salir con ella. Aunque sí lo hizo tiempo después, pero entonces ya estaban, a su manera, ambos enamorados...

Ocurrió lo referido el día en que Braulio sopesó y valoró ser el hijo de un sencillo guardia civil y descubrió que Paula era la hija de unos nuevos ricos y nieta de los fallecidos «señores de la *Alberquilla*». Esta circunstancia le aclaró cuál era su realidad y le hizo sospechar de los supuestos cuchicheos que algunos vecinos de Santa Olalla hacían cuando les veían a los dos paseando juntos. Sí, entonces supo que había personas que apreciaron y valoraron la diferencia social existente entre ellos y que les resultaba anómala su amistosa relación, un hecho que era objeto de comentarios en el pueblo. No había manifestado tal extrañeza el padre Ernesto ni tampoco los amigos que la pareja tenía en sus respectivas hermandades, pero sí el resto de la gente, jóvenes y adultos del pueblo. Al parecer, todo parecía estar relacionado con ser el propietario de un molino de harinas y tener una fábrica de piensos, como lo era Mariano Aledo padre de Paula, recursos que formaban parte del atractivo emporio comercial que mantenía en la comarca y por lo que era considerado uno de los hombres más ricos de Santa Olalla. Pero, aún había algo más, una ocurrencia que a Braulio le resultaba llamativa y afectaba a Paula, ésta no era otra que, cuando alguien se refería o hablaba de Paula, solían llamarla “la señorita de la

Alberquilla” y no como “la hija del molinero”, apelativo este por el que era conocido su padre, sino haciendo referencia a sus abuelos maternos, “los señores de la *Alberquilla*”. A Braulio, lo mencionaban como el chico que paseaba con Paula y se le conocía por “Braulio, el del Cuartel”, un modo escueto de identificar a un iluso joven que parecía tener quiméricas pretensiones y que, por tal motivo, parecía tratar de conquistar algo imposible.

Consecuente con los recuerdos de aquellos días, Paula y Braulio eran vistos como dos jóvenes enamorados, otra pareja más entre las existentes de su edad que iniciaban los escauceos amorosos propios de nuestra adolescencia. Puede que, por este motivo, yo no fuese capaz de detectar en Braulio o en su comportamiento, gestos ni señales que mostrasen su descontento por lo que socialmente era. Según mi opinión, desde el momento en que Paula se fijó en él y comenzaron a salir juntos, le vi ser una persona a quien le bastaba estar cerca de Paula para sentirse feliz. En cuanto a Paula, en ella jamás aprecié el menor reparo, expresión de malestar, distanciamiento o menosprecio producidos por el estatus de nuestro común amigo. Por tanto, jamás supuse que uno de ellos pudiera, en un determinado momento, sentirse afectado por la particular circunstancia de carácter social del otro.

Si los dos sentían lo mismo mutuamente, como parecía ser, era porque estaban enamorados o algo parecido, sin importarles la clase, linaje o relevancia social. De no haber sido así y vivir con estos prejuicios se sentirían afectados o no tan dichosos como ambos se mostraban. Lo cierto es que nunca recuerdo haber visto a Braulio triste por estos asuntos y siempre le creí ser un feliz enamorado.

No sé por qué causa, ahora, en este instante, recuerdo algo que a Paula le entusiasmaba. Me refiero al espontáneo deseo de organizar, cuando el grupo de amigos estaba reunido, una fiesta improvisada con la que poder divertirnos. Generalmente, solía celebrar estos divertimentos en la *Alberquilla*, en la antigua casa de sus abuelos, próxima a la industria molinera del padre ubicada en *Los Huertos*. Pero, ahora, la fiesta que aparece en mi mente tuvo lugar hace mucho tiempo y se celebró en la residencia familiar y habitual domicilio. Fue la primera fiesta a la que los amigos fuimos invitados y a la que, según recuerdo, Paula ilusionada invitó a todo el grupo a celebrar su onomástica.

Finalizaba el mes de junio, la joven invitó a Braulio que aquella tarde acudiese la cuadrilla a la casa paterna, donde se habría de celebrar una fiesta por ser día de su onomástica. Incluso rogó que llevásemos consigo nuestros instrumentos musicales (guitarras, laúdes y bandurrias) por si nos apetecía tocar y cantar, lo que generalmente solíamos hacer en reuniones y fiestas de amigos o en las noches de ronda. Por entonces, la pareja parecía sentirse muy feliz, los dos estaban contentos por haber acabado el curso correspondiente con excelentes resultados. Braulio había finalizado el Bachillerato Superior y aprobado la reválida, y dudaba entre iniciar estudios universitarios o decidir otra opción para el próximo año. En tanto, Paula, tras haber aprobado quinto curso, solo aspiraba a dar por acabados sus estudios de bachiller en el siguiente.

Los amigos sabedores de la festiva noticia, ante las dudas de Braulio de asistir o no a la fiesta por celebrarse en el domicilio paterno de la chica, decidimos unánimemente acompañar a éste en su primera visita al domicilio de Paula, lugar en el cual, tal como temía Braulio, estarían presentes los padres de la joven. Le sugerimos, una vez hecho el oportuno recuento pecuniario, comprar como regalo para homenajearla un bonito *bouquet*, ramo floral que Braulio le entregaría a Paula en nombre del grupo de amigos y en el suyo propio.

El día indicado, cuando nos presentamos a la hora prevista en el lugar de la celebración, nadie de nosotros imaginó lo que habríamos de encontrar una vez cruzar el umbral de la suntuosa

vivienda; pues, ninguno del grupo había visitado antes tan grande y espléndida residencia. Igualmente, poco o casi nada sabíamos de sus dueños y moradores, pues, conocíamos solo lo que habíamos escuchado contar a Paula al hablarnos de sus padres o lo que la gente del pueblo de ellos comentaba, en particular de su progenitor, un señor muy rico que casó con una rica señorita y al que apodaban “el molinero”, pero nada sabíamos acerca de aquella enorme mansión.

La realidad era que Paula apenas solía mencionar a su familia y lo que supuestamente conocíamos acerca de ésta eran los comentarios de la gente del pueblo y nada más. Braulio, por justificada razón, sí era conocedor de cómo Paula admiraba y quería a sus padres, pero poco más. Por lo tanto, él tenía la impresión de lo que la chica le había comunicado, pues, cuando Paula le hablaba de su predecesor lo hacía tal si fuese un ser excepcional, como una persona que había renunciado al mundo y a sus pompas para dedicarse por entero a su trabajo y a la familia. Respecto a su madre, doña Rosa, según le comentara Paula a Braulio, era persona orgullosa de su rancio abolengo y estatus social, presumía de su estirpe y contaba que entre sus antepasados hubo alguien que fue santo. También, decía, era una constante sufridora debido a las alocadas amistades de sus hijos, de esta circunstancia hacía culpable al padre a quien su hija tanto se parecía, persona abierta que no hacía distinción alguna entre los que eran sus amigos, razón por la cual ella se preocupaba, al no conocer ni quiénes eran las amistades de su hija, ni cuál sería el asegurado porvenir que a sus retoños les esperaba.

Una vez los cuatro amigos penetramos en aquella mansión acabamos en presencia de doña Rosa, ante ella fuimos conducidos por una sirvienta que, tras invitarnos a pasar, nos rogó que la siguiésemos. Al entrar en aquel gran y lujoso salón, los cuatro quedamos asombrados. Allí, con simulada amabilidad, fuimos recibidos por la señora. Todo esto acaecía mientras un pick-up de la época enmudecía y las notas de un piano rompían el instantáneo silencio con un vals, Danubio Azul. Paula detectó nuestra presencia, nos miró y saludó agitando la mano. Bailaba con Arturo Cortés, conocido también por *Arturito*, hijo único del registrador de la propiedad de Santa Olalla y amigo de Enrique Aledo, el hermano de Paula, la persona que al piano interpretaba la conocida pieza de Johann Strauss.

Doña Rosa, con fugaz mirada, examinó nuestro aspecto y reclamó, con un sutil gesto de su rostro, que le entregásemos el florido regalo, lo cual hizo Braulio sin decir palabra alguna. La señora, llevando el lindo ramo entre sus brazos, nos pidió que la siguiésemos hasta el lugar donde se hallaba un variado *buffet* servido sobre una amplia y artística mesa de madera a cuyo alrededor se encontraban nuestras amigas: Encarnita, Charo, Juani y Angelita, quienes charlaban sonrientes al igual que otras personas invitadas menos conocidas.

Al producirse el descanso musical, Paula se acercó a donde nos encontrábamos. Entonces, Braulio, asumiendo el papel de portavoz del grupo, con actitud infantil recriminó a Paula que le hubiese pedido traer a sus amigos con los instrumentos de cuerda que usaban en la parranda, cuando a ella le sobraban en su fiesta músicos, instrumentos y danzantes con los que entretenerse. Paula, consciente del enfado por causa de algún efecto negativo o impacto desafortunado en la fortaleza amorosa de Braulio, quiso disimular y no dar muestras de preocupación por tan inoportuna advertencia. Aunque, por un instante, debió recordar que fue ella quien eligió a aquel enamorado ahora enojado por los celos y, también, quien le había permitido tener un lugar en su mundo. Realmente había sido Paula quien había accedido a él y quien le infundía la alegría de sentirse feliz a su lado. Ella era la persona que había abierto algunas puertas de su alma para hacerle creer que se conocían de siempre... Se separó, pues, de Braulio y, acercándose a donde nosotros aguardábamos nos pidió por favor que la siguiésemos y tocásemos una piezaailable. Anunció a los asistentes el nombre de los músicos y lo que iban a interpretar. Y, al instante, sonó

un famoso vals, la Suite número 2, de Schostakovich...

Volvía Paula al lado de Braulio con el intencionado propósito de invitarle a bailar cuando doña Rosa, acompañada por Arturo Cortés, se interpuso en su camino y la detuvo para advertirla acerca de no sé qué cosa. Paula, enterada del aviso, se aproximó a Braulio para pedirle disculpas por tener de nuevo que dejarle durante unos instantes y, al tiempo, prometiéndole que enseguida estaría con él. Madre e hija, acompañadas por *Arturito*, desaparecieron tras cerrarse una puerta que daba al gran salón, la misma que comunicaba a una especie de salita o recibidor adjunto al mismo. Apenas transcurridos unos minutos los dueños de la casa entraron en la gran sala, pero esta vez acompañados por el señor registrador y su esposa e, igualmente, seguidos por los vástagos de ambos matrimonios. Aún seguía sonando la Suite y Arturo rogó bailar con Paula, a lo cual y, por indicación de su madre, ella accedió. La pareja era observada con deleite por sus respectivos progenitores y demás invitados, y, con gran decepción por parte de Braulio.

Nada más acabada la pieza, Paula presta dirigió sus pasos hacia el lugar donde Braulio había quedado esperando, mas no le encontró. Trató de localizarle entre los invitados que se hallaban a su alrededor cuando ella le dejó, pero no le vio. Entonces miró hacia la puerta de salida del salón y observó que el joven se dirigía hacia el vestíbulo con intención de marchar. Paula rogó a Juani y a Charo que fuesen tras él y trataran de alcanzarle. Ella salió cuando pudo, tras pedir disculpas a unos recién llegados y, un momento después, las tres chicas fuera del edificio intentaban localizar a Braulio. Había anochecido y, a través de los transeúntes habidos en calle Sol, lograron localizarle al final de la misma, algo distante ya del domicilio de los Aledo y Ortiz. Le llamaron a gritos y él se detuvo en la esquina donde solía despedir a Paula cuando acompañaba a ésta en su regreso a casa. Envueltos en una nefasta niebla de dolorosos desengaños, decepciones, confusión de intenciones y tristes sentimientos, ambos intentaron entenderse. Ella, llorosa, pidió a Braulio que volviese a la fiesta. Él, orgulloso, rehusó a lo peticionado con una absurda disculpa, la de no sentirse bien por sufrir un injustificado ataque de celos, eso que él llamó una horrible jaqueca.

Volvían las chicas al domicilio de la homenajeadada cuando los amigos de Braulio, portando los instrumentos musicales, abandonamos la vivienda. Con un «muchas gracias por todo» y un «hasta que nos veamos mañana», nos despedimos de Paula y de nuestras amigas.

Capítulo IX

Sabino Arana defendía su catolicismo carlista con el conocido lema “Dios y Ley Vieja”, lo que equivalía a decir: “Dios y Euskadi, Euskadi para Dios”. Pero con el paso de los años todo había cambiado. Aquel Dios católico y carlista que él reverenciaba fue transmutando a un “Dios-nación” haciendo del independentismo nacionalista una nueva religión.

En tanto estos cambios se producían, la anciana Nerea, siempre acorde con las viejas ideas de Sabino, seguía viviendo el nacionalismo que él predicaba como “un sistema político vasco” que, en lo religioso, establecía la “conformidad de sus costumbres, de sus leyes y de sus actos de Gobierno con los preceptos de la religión cristiana”, o lo que era lo mismo, que la Iglesia era libre para realizar dentro del Pueblo Vasco su misión divina sin la intromisión del poder civil en el culto, enseñanza, oficios y otros actos propios de dicha tarea y, recíprocamente, sin existir entrometimientos de ésta en los poderes del Estado Vasco.

Consecuentemente, para Joseba, ser un auténtico vasco equivalía a ser un buen católico, tal como le enseñó su abuela y lo estableciera Arana, el fundador del PNV. Esta forma de ser, que durante mucho tiempo se observó en el País Vasco y se mantuvo enraizada en el pueblo, subsistió hasta que apareció la organización ETA y comenzó a matar. Un resultado curioso, porque lo que constaba en la propia carta fundacional de dicha organización, publicada el 31 de julio de 1959, era que, a pesar de declararse organización “apolítica y aconfesional”, el Gobierno Vasco en el exilio sería “el depositario de la fe y la voluntad de nuestro pueblo”. Lo que venía a confirmarle a Joseba y que él así quería creer, que el sentimiento religioso aún parecía subsistir entre los vascos a pesar de la ferocidad y el radicalismo que después se le achacara a esta banda independentista.

Eran mediados de septiembre y Joseba, sentado en un viejo banco del cementerio y cerca de la sepultura en la que descansaba Nerea, pensaba sobre la brevedad de la vida y otras cuestiones que, últimamente, comentó con su abuela. Hacía poco más de un mes que Nerea había fallecido y casi dos meses del nacimiento de ETA. Mientras escuchaba dentro de sí las palabras y recomendaciones que a lo largo de su vida le hiciera la *amona*, Joseba mantenía su mirada en la tumba. Intentaba comprender sin éxito lo que en *Euskadi* estaba sucediendo, esa nueva irrupción que la reciente organización provocaba en el pensamiento del pueblo vasco y que levantaba un viento de agresividad y pánico entrelazados. Al parecer, no bastaba con la aspiración de EKIN de impartir “formación nacionalista” ni tampoco salvaguardar las tradiciones y la consecuente reprobación a todo lo que se opusiera a la independencia de *Euskadi*, sino que, atendiendo a cuanto en secreto se hablaba de ETA, parecía haber detrás de lo mencionado algo más; porque, desde el mismo día de la fundación de ETA, para Nerea esta organización representaba a un monstruo con seis brazos dispuesto a conseguir la independencia de los vascos a pesar de todo, cosa que nadie, aun conociendo en qué consistía ese “todo”, parecía comprenderlo.

Joseba, tras acceder furtivamente a la documentación que Itxaro en secreto recibía y que a él le ocultaba, llegó a conocer lo que cada uno de los brazos de ETA suponía para la cabeza de esta nueva organización, o sea, lo que suponía para su dirección constituida por el mismo grupo de militantes que dirigía EKIN y, a la vez, responsables de una misión distinta cada miembro directivo en la lucha por la Liberación del Pueblo Vasco. Concluyendo, en sus secretas indagaciones Joseba descubrió que los brazos de ETA eran seis modos de actuar muy distintos a la forma de proceder hasta entonces y con un sólo objetivo, la independencia de *Euskadi*. Seis

“ramas” o tipos de actividades que habría que coordinar en la lucha contra el opresor, con nombres como: *Publicaciones* (prensa, radio y televisión); *Grupos* (creación y adoctrinamiento); *Fomento del Euskera* (la enseñanza del idioma en las *ikastolas*); *Acción Legal* (acción de masas y orden público); *Propaganda* (propaganda y agitación) y *Acción Militar* (órgano coordinador del resto de las demás ramas y cuya actividad comenzaría con la lucha interna).

Por un instante Joseba, tras salir de sus cavilaciones, se dio cuenta que había pasado parte de la tarde sumido en sus pensamientos y que se sentía como abstraído, cansado y lento. Percibió estas sensaciones al presentir que alguien caminaba a su espalda, como aproximándose al lugar donde él se encontraba. Fue entonces cuando se irguió y, ya de pie, miró a su alrededor. Sí, allí había un visitante del cementerio no muy lejos de él y que parecía dirigirse hacia donde él estaba. El sol caía y, a contraluz, no era capaz de identificar si se trataba de algún conocido. Joseba se mantuvo quieto, observando y sintiendo como latía su corazón. Cuando la persona estuvo relativamente cerca de él, llorando gritó:

—¡*Kaixo* Joseba! Te estaba buscando, pues...

Entonces reconoció la voz de la joven que le visitaba. Sorprendido, fijó sus ojos en su silueta e hizo un gran esfuerzo para evitar que se les escapara una sola lágrima.

—¿A mí? —preguntó compungido.

No quería mirar la cara de la chica y que ésta le viese llorar, pero, allí estaba Marutxi, como vestida como para la ocasión, blusa oscura, falda de igual tonalidad y zapatos negros. Ella se acercó, tomó su mano para consolarle y le expresó el dolor que sentía por el fallecimiento de su abuela. La joven acababa de volver de Mondragón, donde había pasado el verano en compañía de sus padres y quienes, por motivos de trabajo, habían decidido quedarse a vivir en dicha ciudad. Apenas hubo llegado al pueblo, fueron las amigas quienes le comunicaron la triste noticia de la muerte de Nerea. Joseba advirtió, con sorpresa, correr las lágrimas por las mejillas de Marutxi y descubrió que sus ojos eran de color azul oscuro. Igualmente, reparó en su pelo largo y renegrido que, al caer en cascada sobre la espalda, brillaba con la luz de la tarde. Y, poco a poco, contemplándola detenidamente, fue completando aquel agraciado rostro de gruesos labios, sonriente boca, semblante agradable y risueño, lo que hizo cambiar su estado de ánimo. Joseba agradeció su compañía y consuelo con un beso y, al tiempo, se sintió fuertemente atraído por ella y deseoso de abrazarla y sentirse abrazado. Los dos, pues, se consolaron y besaron, y él volvió a ser de nuevo el mismo de siempre.

Marutxi le habló a Joseba de su trabajo actual y de la ayuda que el padre Elías les prestó a ella y a su familia para poder conseguirlo. Como los dos sabían, por ser miembros de Acción Católica local, el sacerdote mantenía una gran amistad con el padre José María Arizmendiarieta, propulsor de las Hermandades Obreras de Acción Católica (HOAC) de Mondragón. Este jesuita, preocupado por el bienestar del obrero, en su debido momento, promovió la transformación de unos talleres dedicados a construir aparatos de uso doméstico, concretamente cocinas de petróleo, en una corporación cooperativa registrada con la marca Fagor. La acertada consecución de este objetivo permitió que, más tarde, tanto HOAC como JOC (Juventudes Obreras Católicas) dominaran el panorama laboral en la ciudad y que, por mediación de estas organizaciones, fuese posible encontrar en Mondragón trabajo tanto Marutxi como sus padres.

Marutxi propuso a Joseba verse y salir juntos durante los días que permaneciese en el pueblo. Ella estaba alojaba en casa de su tía, madre Montxo, y ardía en deseos de hablar y estar con el joven, pero sin la presencia de amigos y familiares. En aquel verano que estaba acabando, Marutxi había vivido una experiencia interesante; esta fue pasar a residir a un lugar distinto a su pueblo natal y encontrar un puesto de trabajo aceptable. Quería, por ello, comentar tranquilamente

con Joseba su experiencia e ideas y comunicarle sus nuevos proyectos, en los cuales Joseba estaba presente y formaba parte de los mismos. También deseaba confesarle que le seguía queriendo.

El cuerpo de Marutxi rebosaba energía y aunque siempre fue una *neska* muy activa, tras aquella corta separación parecía que su viveza había crecido en todos los aspectos... Por el contrario, Joseba había sufrido en este tiempo con la dolorosa enfermedad de su abuela, la que acabó con su inesperada muerte. Era pues este, el motivo por el que parecía sentirse triste o afligido. No obstante, era un joven alto, fuerte, buen deportista y le ilusionó mucho poder estar con Marutxi...

Joseba en el mes de marzo del próximo año cumpliría diecisiete años, era casi seis meses mayor que su chica. Su familia era muy conocida y querida y gozaba de buena reputación en el pueblo. Por eso, el fallecimiento de Nerea fue muy sentido por todos los vecinos. Su madre mantenía gran amistad con don Elías, el párroco, y fue por este motivo que Marutxi le vaticinara a Joseba que pronto él dirigiría alguna sección de la Acción Católica local. Por lo demás, Joseba, aunque aún seguía afectado por la pérdida de su *amona* no era una persona tímida ni pusilánime y, dada esta forma de ser, sobresalía entre los miembros de su cuadrilla debido su arrojo, circunstancia a la que se añadía ser considerado un buen vasco. Era cierto que parecía ser un poco callado, pero esto solo era pura apariencia, pues se mostraba locuaz ante sus conocidos y, de ser necesario, llegado el momento oportuno para serlo. Sí, Joseba era amante de su tierra y católico por tradición, defensor de la idea nacionalista y también un buen parroquiano de la nueva iglesia *batzoki* o similar.

Marutxi, en sus salidas con Joseba, trató de convencerle de que marchase con ella a Guipúzcoa, concretamente a Mondragón. Allí actuarían, según aquel confuso sueño vocacional de la joven, como misioneros *abertzales* y, de pasada, impartirían juntos formación nacionalista. Ella le hablaba de aquellas nuevas organizaciones de la Acción Católica en donde tendría cabida como miembro de la HOAC o de la JOC, y le aseguraba que, de marchar con ella, conseguiría un puesto de trabajo en los talleres de la Fagor.

Con sus largos discursos plenos de entusiasmo, Maurtxi intentó persuadirle de la grandeza de la misión que le proponía. Le hablaba del padre José María creador del cooperativismo y de los trabajos llevados a cabo por él y de su gran triunfo en Mondragón. Le explicó cómo, gracias al genio de este gran hombre, las dos grandes organizaciones de la Acción Católica trabajadora habían comenzado a desarrollarse, aunque se quejaba de que, actualmente, andaban distanciándose cada vez más del control de la iglesia franquista.

Joseba, la escuchaba en silencio. Él era católico y *abertzale*, lo que para él siempre soñó Nerea, pero no le atraía integrarse en hermandades que, más que religiosas, eran de carácter sindical y estaban dominadas por la izquierda política vasca. Aún pensaba, recordando las prédicas de su abuela, que él podía servir a Dios y al pueblo vasco de otra forma más activa y decorosa que siendo político.

—¡Tú lo que tienes es miedo a comprometerte! —dijo Marutxi molesta.

La chica se levantó de su asiento y le dejó solo. Marchó furiosa y llena de desdén, alejándose de su lado por la actitud que Joseba mantenía y que ella no esperaba. Pero al siguiente día, Marutxi ya había olvidado todo lo ocurrido y volvió a verle y a insistir sobre el mismo tema. Pasaron unos días sin esperanza alguna, y ella cambió su estrategia. Inició su propuesta hablando del cariño que sentía por él y, después, le comentó lo dichosos que serían viviendo juntos. Claro que esto sucedería a su debido tiempo y cristianamente, como debiera ser. Pero antes, estando los dos en Mondragón, podrían verse con frecuencia y gozar del placer de sentirse unidos.

—Marutxi —dijo Joseba con benevolencia mientras la tomaba entre sus brazos— ¿por qué no

dejas de sermonearme y haces lo que tú deseas, el amor conmigo...?

—¡Eh! ¿Estás loco...? —replicó la *neska*, tratando de rechazar esa libidinosa propuesta que ambos deseaban llevar a efecto.

Marutxi comenzó de nuevo a hablar sin concierto, como siempre que le proponía el ayuntamiento carnal, un modo de justificar su conciencia ante tal asunto...

A Joseba le pareció revivir lo sucedido en otra ocasión, aunque a la inversa. Aquella vez, era él quien proponía a Marutxi unirse en matrimonio llegado el día, para formar una familia y vivir siempre juntos. Pero Marutxi, que entonces era mucho más niña, al escuchar su proposición y sin pensarlo dos veces exclamó:

—¡Yo jamás me casaré! ¿Lo has entendido bien? ¡Debes hacerte a la idea de que jamás tendré hijos contigo ni con nadie!

Joseba, cuando escuchó esta respuesta, quedó perplejo y se preguntó: ¿Acaso sabrá Marutxi cómo se hacen los niños? ¿Habría tenido ocasión de ver cómo nacen? ¿Por qué este rechazo a ser madre? Mas luego, tuvo conocimiento que esta forma de pensar de Marutxi acerca del matrimonio y de la sexualidad femenina, le había sido reforzada, al igual que otras enseñanzas de tipo religioso, por las hermanas del centro educativo al que asistía hasta que fue una adolescente. Una vez fuera de allí, la chica pasó a la *ikastola* parroquial, pero, cuando lo hizo, ella ya estaba persuadida de que quería ser monja. Tras conocer a Joseba y hacerse amigos, la joven le habló de su vocación y de su sueño de marchar a tierras lejanas como misionera. Sin embargo, Joseba, enamorado de ella, esperaba que una vez pasase el tiempo esta idea vocacional de la chica se fuese diluyendo o que, al menos, cambiase de algún modo.

—Ahora tengo trece años y tú acabas de cumplir los catorce. Pero cuando yo tenga los dieciséis años y tú hayas cumplido los diecisiete ya habremos terminado en el colegio y nos podremos casar por la Iglesia y vivir juntos...

—Pero Maruxi, ¿tal vez nuestros padres se opongan a esta idea, no?

—¿Sabes, Joseba? De oponerse nuestras familias a nuestro casamiento nos fugaremos y entonces no les quedará más solución que aceptar nuestro matrimonio...

—Y, ¿para qué casarnos?, no lo entiendo, si me dices que te gustaría ser monja.

—Porque deseo marchar a tierras de misión y necesitaré la compañía de alguien. Y tú eres ese alguien que deseo por acompañante, la persona que quiero. Es por esta razón por la que estaría dispuesta a casarme contigo, Joseba. La misión que Cristo nos encargó no fue exclusivamente para los sacerdotes, religiosos o laicos consagrados, la misión podemos cumplirla todos los bautizados. Y tú, estando a mi lado, podrías ayudarme...

Joseba la miró como si no entendiera nada. Y ella continuaba diciendo:

—Nos casaremos, sí, para poder vivir juntos y no estar en pecado por ello. ¡Te necesito a mi lado! Pero viviremos como si yo fuese monja y tú sacerdote. ¿Me comprendes?... Juntos, pero sin practicar lo que llaman hacer el amor. Y, una vez haya pasado el tiempo necesario, con la ayuda de Dios obtenida por medio de nuestras oraciones, nos acostumbraremos a dominar nuestros apetitos carnales y hasta puede que lleguemos a dormir en la misma cama y a vernos desnudos sin lascivia ni deseos de copular.

Quizá fue aquella absurda vocación misionera de Marutxi, lo que incitó a Joseba a burlarse de la joven y, por ello, comenzó a repetir con sarcasmo la oferta de amor platónico de ella, su idea de santo matrimonio y la labor misionera que a él le había asignado y, al tiempo que la acariciaba, trataba de tentarla con la proposición de acostarse juntos. Tal invitación provocó una brusca reacción en Marutxi, haciendo que saliesen de su boca, como furibundo torrente, todos los

descalificativos, protestas e insultos que ella conocía y demás... Aunque, después, tras sentirse consolada, abrazada y besada por Joseba, comenzó a experimentar una extraña voluptuosidad y satisfacción indefinibles y a soñar convencida que Joseba marcharía con ella a Mondragón, emociones sentidas por ambos que seguirían creciendo mientras hacían el amor...

Capítulo X

Aquel día, la Casa Cuartel de la Guardia Civil de la localidad de Santa Olalla mostraba un aspecto diferente. Tanto su fachada principal, como los muros laterales exteriores del edificio e interiores del gran patio deslumbraban por su blancura.

Las tareas de encalado de paredes, limpieza de patios y arreglo de los jardines existentes en torno al acuartelamiento se habían iniciado días previos a la tan esperada y festiva fecha. Trabajos llevados a cabo por sus moradores, los guardias civiles destinados en el Puesto de Santa Olalla, quienes dedicaron su tiempo libre de servicio a enlucir y adecentar el entorno del acuartelamiento. Igualmente, las esposas de los citados militares se ocuparon de la ornamentación de balcones y ventanas de sus viviendas, exponiendo sus coloridas macetas de flores y en donde colgarían el día señalado mantones de seda, banderas nacionales y guirnaldas de papel multicolor confeccionadas por ellas.

El despertar de Braulio aquel día de la festividad de Nuestra Señora la Virgen del Pilar, Patrona del Cuerpo de la Guardia Civil, fue vivido por el joven con alegre sobresalto, pues el sonar de la cohetería anunciando la fiesta en honor de Nuestra Señora le provocó una alegre emoción repentina e inexplicable.

El plan de actividades previas a la festividad de cada familia que ocupaba pabellón en la Casa Cuartel ya había sido pergeñado desde días anteriores. Las esposas de los guardias, por ejemplo, habían entregado a sus maridos el *listado de suministro* o relación de víveres necesarios para proveer al hogar y en él incluían, además de los alimentos habituales para el mes correspondiente —como lo eran harina, azúcar, aceite, legumbres y algunas conservas—, otros extras para consumir en el festivo día de la Patrona, como lo eran el café portugués, algún que otro chorizo o salchichón, carnes enlatadas de Noreña (Asturias) y conservas de productos del mar. Sin llegar a faltar, entre las citadas mejoras, la tableta de chocolate negro para fundir. Estos alimentos a suministrar eran solicitados a través del Puesto y recogidos por un guardia civil comisionado a tal efecto. La adquisición de los mismos tenía lugar en el Economato de la Jefatura de la Comandancia, establecimiento ubicado en la capital de la provincia correspondiente.

El reparto de los comestibles peticionados se hacía respetando la costumbre de todos los meses; las familias se reunían en un recinto vacío del acuartelamiento, generalmente un local en donde se guardaban enseres de la Unidad, ya las monturas u otros pertrechos de caballería asignados al Puesto o bien las bicicletas oficiales usadas en la práctica del servicio correspondiente. Era cosa normal para los asistentes a dicho reparto que, antes de dar comienzo la distribución de los productos entre los peticionarios, se les anunciase por el guardia encargado del reparto cuales de estos venían faltos o incompletos. La causa era debida a que la mayoría de las ocasiones el economato no podía facilitar las cantidades solicitadas de determinados alimentos peticionados, debido a existir escasez de dichas provisiones. Por esta razón, la distribución de los productos escasos se solía hacer atendiendo a la proporcionalidad habida entre la cantidad solicitada por cada familia y el total del producto recibido; fórmula que producía frustraciones e inconvenientes casi siempre... Por ello, algunas familias descontentas con lo asignado, una vez realizada la distribución del suministro, comenzaban a ofrecer transacciones o intercambios de los productos percibidos, siendo frecuente escuchar en esta fase del reparto el conocido dicho: «¡Cambio dos latas de sardinas por una de carne!».

La noche anterior a tan esperado día festivo en cada vivienda o pabellón se desarrollaba la tarea familiar planeada: repaso y limpieza de trajes y uniformes a lucir; abrillantado de calzado y correajes y reparación de algunas prendas deterioradas por el uso o su sustitución por otras nuevas. El Guardia Civil en el día de su Patrona vestía de gala, es decir, lucía el uniforme de paseo adornado por los siguientes efectos militares: cinturón, funda de pistola, tirante bandolera y sombrero de gala, todos de color amarillo gualda; guantes blancos; reluciente calzado de color negro y, de tenerlas, sus condecoraciones. La uniformidad cambiaba si los guardias civiles iban en formación. Así, el correaje al completo con cartucheras sustituía al tirante en bandolera y a la funda de pistola y, además, cada guardia civil portaría entonces como arma un fusil en lugar de pistola. En vísperas, tanto la placa metálica del cinturón, las hebillas del correaje como los botones de la guerrera debían ser bruñidos manualmente con bayeta y limpia-metales, no debiendo olvidarse en esta labor el uso de la protectora tablilla de madera, con la que se evitaban las posibles manchas que, sobre la guerrera, el abrillantador pudiera dejar alrededor de los botones. El ama de casa, una vez finalizadas las labores previstas, era la encargada de revisar las tareas asignadas a cada miembro de la familia y, en particular, dar el visto bueno al vestuario que se habría de llevar en tan señalado día. Ante un fallo detectado a última hora, se aplicaba alguna solución de su ingenio o hacía uso de sus habilidades personales y recursos para solucionarlo, consiguiendo siempre el milagro de hacer desaparecer el problema. Por último, tras dar su aprobación al planchado de uniformes y vestidos a exhibir por la familia, todo quedaba listo para ser lucido al día siguiente.

Aquel año, la fiesta del Pilar a celebrar se planeó de forma tan atractiva a nivel popular que resultó un tanto difícil su control económico. Al mismo Teniente Díaz, Jefe de la Línea de Santa Olalla, se le fue de las manos el control de gastos, resultando ser más que una celebración patronal una fiesta de carácter local. La causa de este exceso la motivó en parte dicho Oficial. Ilusionado en proporcionar un día feliz a las familias que habitaban la Casa Cuartel y en agasajar debidamente a las autoridades locales, dispuso que la fiesta fuese de tal manera atractiva que, conforme se hacían propuestas de festejos para el día de la Patrona, mayores eran sus ocurrencias para divertir a las familias de sus subordinados e invitados. Así pues, desde la idea primitiva y concreta de una fiesta normal a celebrar en el acuartelamiento, se pasó a un sorprendente festejo al que nadie estaba acostumbrado. Planteamiento que comenzó a cambiar desde que se le comunicó al Oficial que, en ese día, visitaría la Casa Cuartel el Ilustrísimo Señor Alcalde de la localidad acompañado por el resto de la Corporación Municipal.

La honrosa visita tenía como fin hacer entrega al Puesto de la Guardia Civil de una Bandera Nacional donada por el Ayuntamiento y, así, dar oficialmente inaugurada la nueva Casa Cuartel. Ante lo dicho, el Teniente no se arredró sino que envió por conducto reglamentario un escrito dirigido al Jefe de la Comandancia, en él le informaba de la visita oficial de la Corporación Municipal Local en pleno, en tan señalado día. Así pues, junto a lo expuesto, invitaba a esta Superior Autoridad del Cuerpo a asistir a los actos previstos y, a la vez, le hacía saber de la carencia de medios de todo tipo para atender y obsequiar debidamente a tan ilustres Autoridades y asistentes al honorable acto. Por supuesto, el citado Jefe hubo de declinar su posible asistencia a dicho acontecimiento, alegando no gozar del don de la ubicuidad, es decir, «por verse comprometido a asistir y participar en otras Unidades a similares actos y con idéntico fin».

Sin embargo, el Teniente Díaz, a quien parecían acosarle los contratiempos, sin quererlo cayó en la cuenta de tener en la plantilla del Puesto solamente a un subordinado al que pudiera pedirle que, en ese esperado día y mientras se izaba la bandera, tocase con la corneta el Himno Nacional.

Ante esta circunstancia, el Oficial no estaba decidido arriesgarse a la simple actuación de dicho corneta, pues aún conservaba un recuerdo *muy confuso* de la última vez que escuchó tocar a su subordinado tal instrumento de viento. Un hecho que se produjo hacía ya varios meses y con ocasión del entierro de un viejo amigo, un Sargento de Caballería oriundo del pueblo. Suboficial que, estando destinado en el centro de procreación caballar o parada de sementales, falleció en acto de servicio a resultas de la violenta coza de una yegua. Por consiguiente, fuese ya por causa de no sonar adecuadamente el Himno Nacional mientras sepultaban a su amigo o por otras razones de peso que ahora no recordaba, el Teniente decidió renunciar a su idea de hacer que interviniese el corneta y pasó a pedir al Alcalde que, como Jefe Local del Movimiento, tuviese a bien ordenar que la Banda de Cornetas y Tambores de Falange Española y de las JONS participase en el acto de entrega de la Bandera, con el fin principal de que sonara el Himno Nacional mientras la enseña era izada. A lo solicitado, la mencionada Autoridad asintió gustosa y, además, propuso que desfilaría por el pueblo una Sección de Falangistas dando escolta a la bandera hasta la Casa Cuartel. Unidad que participaría formada en el patio del acuartelamiento durante el acto que se hubiera previsto.

El Teniente Díaz, de momento, quedó satisfecho con la decisión de la Autoridad Local. Pero, tras una imaginaria visión del desarrollo de los actos en el gran patio del acuartelamiento, apreció lo poco o escasa representación de la fuerza del Cuerpo en formación, al estar constituida por tan solo un Pelotón de Guardias Civiles con arma larga, ante la uniformada y vistosa Sección de Falange acompañada de la correspondiente Banda de Tambores y Cornetas. Esta contingencia fue la que movió al Oficial a ordenar que se contactase con el Cabo del Somatén de la localidad, para sugerirle que éste participase al mando de los componentes de dicha agrupación en calidad de invitados de honor del acto a celebrar. Solo le rogaba que, en tan señalado día, acudiesen los afiliados luciendo sus distintivos e insignias del Somatén, puesto que formarían al lado de la Guardia Civil. Con esta idea, la representación de las fuerzas perseguidoras del crimen de la localidad sería algo más visible ante la unidad de jóvenes falangistas.

A la Santa Misa, acudió gente muy ilustre de Santa Olalla que pasó inadvertida ante la gran afluencia de público. Ofició el acto religioso el padre Ernesto y, durante la ceremonia, participó un coro de jóvenes cantores de ambos sexos, pertenecientes a las Hermandades de las Hijas de María y Hermanos de Cristo Rey.

Lo único que no había previsto el Teniente Díaz fue la inesperada sorpresa que iba a recibir y que se produjo una vez acabado el discurso de entrega de la Bandera por parte de la Autoridad Municipal. Ésta sucedió cuando apareció el cadete de Falange que portaba la enseña a entregar y que resultó ser su hijo, Víctor Díaz, un joven que acompañando al señor Alcalde portaba en una bandeja la insignia de la Patria, la que le fue entregada al Oficial para que fuese izada mientras sonaba el Himno, fundiéndose después, padre e hijo, en un emotivo abrazo.

Muchos de los asistentes, vecinos y amigos del Cuerpo, aportaron tantos regalos en ese día que no fue necesaria la ayuda económica que había sido solicitada a la Jefatura de Comandancia con el fin de agasajar a los invitados. Ante tal generosidad manifestada por parte de la gente del pueblo, se hubo de utilizar como despensa las cocinas del deshabitado pabellón de solteros, recinto vacío por falta de moradores célibes, y en él fueron depositados los citados obsequios, productos comestibles y gran variedad de bebidas que, una vez preparados en cocina, iban saliendo para ser servidos a lo largo del día a cuantos visitantes acudían, abasteciendo así las mesas preparadas en el patio para este fin.

La tarde festiva fue más para la juventud que para el personal adulto. Paula y Braulio se

encontraron momentos previos al almuerzo. Ella iba acompañada por Rosarito y Ángel. Y, tal como Braulio esperaba, Paula había acudido a la celebración en compañía de su padre quien, como miembro del somatén, fue invitado a los actos al igual que lo fuera el resto de su familia. Los jóvenes comieron juntos y charlaron acerca de sus estudios y curso que acababan de iniciar. Paula parecía animada y dispuesta a afrontar el reto de terminar el bachillerato en ese año escolar recién comenzado. Braulio confesó tener dudas de hacia dónde encaminar sus pasos o, lo que era lo mismo, sobre qué carrera elegir. Por esta circunstancia, según él dijo, había decidido cursar Preuniversitario, ante la novedad de poder realizar dichos estudios en Santa Olalla durante aquel año. Una posibilidad que valoraba como muy oportuna por el ahorro económico que le supondría a sus padres y que le permitía disponer de tiempo suficiente para pensar qué profesión elegir, tras valorar los pro y los contra de las mismas. A Paula le alegró mucho saber que ambos permanecerían durante aquel curso en la misma localidad y establecimiento académico: el antiguo centro de enseñanza femenino, recién reformado y ampliado, y que permitiría el acceso de estudiantes de bachillerato superior, magisterio y preuniversitario. No obstante, para Braulio y compañeros de su curso, a la hora de someterse a los exámenes parciales previstos y otros controles exigidos, habrían de viajar a la capital de la provincia a realizarlos en el Instituto, corporación de enseñanza a la cual el centro académico Santísima Trinidad era afecto y, por lo tanto, su alumnado.

Después de los postres, Paula y Braulio salieron y pasearon por el jardín que rodeaba el acuartelamiento. Sentados sobre el muro de piedra que protegía a la Casa Cuartel y a la vez separaba al citado jardín de la vía urbana, ambos, a la sombra de la espesa enramada de un naranjo, se hablaron y dijeron aquello que sólo a ellos les estaba permitido escuchar. Así, en aquel encuentro recordaron los nefastos momentos vividos en la fiesta onomástica de Paula, celebración a la que Braulio y sus amigos acudieron en el inicio del pasado verano. En su dialogar intentaron evitar zaherirse mutuamente con sus reproches. Braulio, en su descontento, mencionó a Arturo Cortés y también a doña Rosa, madre de Paula. En tanto, Paula hizo alusión a la incomprensible actitud de Braulio de marchar de un domicilio a donde había sido invitado, sin despedirse de la anfitriona. Al tiempo que expresaba esta su queja, Paula reiteró su deseo de que Braulio, en aquel día, hubiese estado presente y a su lado durante toda la fiesta, modo de proceder que de él esperaba y que no sucedió por circunstancias imprevistas de las que ella no se sentía culpable, puesto que, en verdad, a ella le hubiera complacido y hecho muy feliz estar junto a él...

Braulio, ante lo comentado, enmudeció por unos segundos y lleno de perplejidad se preguntó: ¿para qué me necesitabas Paula? Él creía ser una persona no necesaria para ella en aquel día, solo alguien que valía para darle compañía y admirarla caso de haber sido llamado por ella. Sin embargo, no recordó haber sido requerido o necesitado para cosa alguna. Bueno, puede que, como otras veces, Paula se hubiera atrevido a solicitarle, si así le apetecía o si ambos lo deseaban, eso que practicaban a veces..., pero no, tal proceder hubiera sido muy arriesgado. A pesar de lo acontecido, Paula era la chica por la que Braulio estaba dispuesto a dar la vida y hubiera hecho por ella cuanto le pidiese, su callado amor por Paula era un sentimiento arraigado que mantendría secretamente guardado y así permanecería mientras ella siguiese representando lo que para él era algo deseado e inalcanzable. Era por esto que, acerca del sentir de Paula, él se preguntaba: ¿para qué me necesitaba? o ¿qué clase de ayuda que ella necesitase podría ofrecerle?...

—¿En qué piensas? —irrumió la chica mientras tomaba su mano, como si tratase de hacerle volver a la realidad.

—En nada en concreto..., recuerdo y me arrepiento de lo sucedido...

Braulio se negaba a mencionar cuanto cavilaba, aunque imaginó que ella no pararía hasta

lograr con insistencia que confesase lo que se reservaba. Él continuó diciendo:

—Me pregunto... que... ¿para qué me necesitabas a mí aquel día, Paula?

—Pues, no sé..., somos más que amigos, ¿no? Te prefería a mi lado...

—Sí. Pero en tu mansión y con los tuyos, ¿para qué podría serte útil?... Yo me sentí ante tu presencia ignorado, me vi no significar nada para ti. Tuve la sensación de pasar a ser algo de lo que, hasta entonces, no había sido consciente. Me sentí como un extraño... Y por eso, aún sigo creyendo que lo acontecido en tu onomástica solo pueda explicarse desde lo que yo llamo *el efecto estatus*, la posición social que marca nuestra condición dentro de la sociedad o la pertenencia a un diferente grupo social.

—No lo sé, ni creo que eso que dices a mí me afecte... Tú te marchaste y yo salí en tu busca porque te necesitaba, porque quería que estuvieses a mi lado en aquella mi fiesta... Fuiste tú quien me dejaste... Bueno, ¡dejémoslo ahí! No quisiera acabar llorando hoy también...

—Sin embargo —respondió Braulio con tono afligido—, durante el almuerzo has dicho que, una vez termines el bachillerato, te gustaría pasar a estudiar a la ciudad y vivir sola. ¿No es así?

—Sí. Lo he dicho... ¿Por qué te extraña mi deseo...?

—Porque pensaba que te alegraría que siguiéramos juntos durante este curso, dado que yo podía hacer preuniversitario permaneciendo en la localidad, más después, he quedado sorprendido al oírte decir que gustosa marcharías el próximo año a continuar tus estudios en otro lugar..., sin hacer mención de mí ni interesarte por dónde estaré yo cuando tú no estés conmigo...?

Paula comenzó a reír.

—¿Acaso tú no vendrás a estudiar también a la capital como yo, si has de iniciar una carrera? Estaremos juntos los dos, estudiando allí, en la ciudad...

—Te digo que me iría contigo si tú me lo pides. Aun sin saber cómo me las habría de componer para subsistir y estudiar al mismo tiempo... Sí, tú lo deseas yo me iría...

—¿Lo ves?, te complicarías la vida por mi culpa. ¡Déjalo!

—Creo que tú no..., no me necesitas

—Por favor, Braulio, no volvamos a la discusión inacabable que mantuvimos en el día de mi santo... ¿Por qué otra vez la palabra amar...? ¡Tú sabes que te quiero, que tengo gran cariño y amistad hacia tu persona, que prefiero estar a tu lado y siento por ti un vivo afecto y te deseo... y, todo eso..., es lo que yo siento por ti!

—Pero no es amar. Amar es, además de lo dicho, el vivo sentimiento y apasionado deseo que se tiene hacia la persona única con la que has decidido y quieres vivir tu vida. Y, ¿acaso es eso lo que tú sientes?

—Tú eres la persona que quiero y necesito, a la que tengo cariño y en la que confío...

Abrazados Paula y Braulio, sintiendo próximos sus cuerpos, bailaban. En el pick-up sonaba una versión de *Melodía Encadenada*, canción del compositor Alex North, la música de una película estrenada en 1955. Unas diez parejas, tal vez alguna más, estaban reunidas en el salón comedor del pabellón de solteros de la Casa Cuartel. El joven Víctor y sus amigos habían conseguido un tocadiscos y prepararon todo lo necesario para pasar una tarde divertida. Disponían para beber zumos, bebidas gaseosas o refrescos y algún que otro licor. También se hizo notar a la hora de consumir una mezcla un tanto novedosa, una bebida que estaba de moda, un combinado de ginebra y Coca-Cola. Para comer, disponían de un variado surtido de dulces caseros y pastelitos de confitería. Recuerdo como Paula mordía una galleta mientras bailaba y la compartía con Braulio, al tiempo que, dulcemente enlazados, escuchaban la lenta melodía. La penumbra como mágica sombra llenaba la estancia. Braulio sintió que una excitante sensación

dominaba su cuerpo. Paula le miró a los ojos y él sonrió. La besó en la frente y ella respondió juntando su mejilla a la de su pareja. Entonces fue cuando él la besó en el escondido hueco encontrado en el cuello de la chica, bajo el lóbulo de la oreja izquierda, cercano a su nuca. Después, acarició su pelo, besó sus párpados y buscó la boca, ahí sintió los labios de ella temblar al rozarse con los suyos. Por un instante, el cuerpo de Paula se mostró tensó, después trémulo, como si se hubiese percatado de algo que ella temiera... Mas, luego, suspiró y, mirando a su alrededor, se relajó... La música seguía sonando suavemente, las parejas danzaban con la vivida sensación de encontrarse solos en la estancia y, Paula no rehusó a aquel segundo beso...

Después de lo vivido en este encuentro, Braulio no necesitó mucho para sentirse feliz. Ni siquiera se planteó si Paula seguiría sintiendo por él algo más que el deseo de su compañía, tampoco se propuso averiguar en qué consistía tal deseo. Ambos parecían estar satisfechos con haber vuelto y estar de nuevo amistosamente unidos. Él pasaría a ser nuevamente el caballero enamorado, aquél que nunca le declararía su amor a la dama pero que se sentía dichoso viendo cuán feliz era ella con su compañía. De tal situación, Paula parecía no preocuparse o lo simulaba.

Capítulo XI

En los dos primeros años que Joseba pasó en prisión, no pudo dejar de pensar en otra cosa. Al parecer su comportamiento diario aún seguía domeñado por los hábitos adquiridos para obtener seguridad, esa práctica disciplinaria imbuida por Pakito que le llevaba a recelar de cualquier desconocido. Desconfiaba de cuanto sucedía a su alrededor y vivía alienado por el miedo a una sola idea, la de poder ser eliminado. Para él todo cambió de repente desde el mismo momento en que le detuvieron y desde entonces su pensamiento comenzó a girar en torno a esa angustia constante. Los presos que fue conociendo durante ese tiempo le comentaron haber padecido, en los primeros años de condena, ese mismo mal que a él le aquejaba y que consistía en creer que no volvería a ver nacer un nuevo día. Por esta sinrazón, la aurora matinal le sorprendía despierto e intentando analizar esa cadena de sucesos que, según él creía, le habían conducido necesariamente a la absurda situación en la que se encontraba. Esta manera de proceder no estaba motivada, evidentemente, por el deseo de conocer los misterios de su destino, sino porque le resultaba costoso pervivir sin saber dónde estaba el error por él cometido; esto es, conocer si el fallo estuvo en él o si tuvo la culpa el fin u objetivo elegido o tal vez si, ante la misión asignada, fue la forma de actuar o de llevarla a cabo la que le condujo al lugar a donde ahora se hallaba.

Buscaba el principio decisivo que le acarreó esta adversidad, trataba de ordenar los porqués que posibilitaron tal hecho y, en esta búsqueda, parecía haber obviado esa ley natural que afirma: «todo cuanto existe tiene un principio u origen y, también, un fin». Extremos por donde, posiblemente, él debiera haber comenzado a indagar.

Aquel día Joseba me explicó, cómo le había sorprendido el aviso de mi visita, puesto que no me esperaba. Según él hubiera preferido tumbarse en la cama a reflexionar como solía hacerlo tantas otras veces. Me comentó cómo contemplando las paredes de su celda se sumergía rápidamente en sus pensamientos hasta conseguir un encuentro con el pasado, cosa que, según me aclaró, antes no parecía sucederle con frecuencia. De esta manera, si topaba con algún recuerdo del ayer con el que entretenerse, como pudiera ser un día feliz vivido junto a la *amona* Nerea escuchando sus patrióticas historias o alguna de las discutidas peripecias corridas con Montxo y sus gatos o cualquiera de los lances con Marutxi en los días de antaño, cuando libremente solían llevar a cabo miles de aventuras para divertirse, de conseguirlo, podía conciliar el sueño y pasar una tarde la mar de entretenida.

Pues bien, nos encontramos en esta ocasión en el lugar que los concurrentes llamaban “sala de visitas”, un recinto amplio y frío, y allí estuvimos charlando durante una hora, tiempo que resultó muy escaso, según Joseba, tras comparar la duración de la entrevista con el tiempo que a él le quedaba para cumplir su condena.

Joseba estaba ansioso aquel día, levantó la mano antes que yo terminase de hacer mi primera pregunta sobre el motivo de encontrarse allí, en prisión, en Zamora. Hizo el mencionado gesto mascullando mis propias palabras y profiriendo insultos contra sí mismo y otras pecaminosas imprecaciones. Sin embargo, pronto alcanzó esa extraña quietud que se siente cuando uno descarga, con furia y a su modo, la tensión emocional que le altera y, a la vez, se le permite hablar o exponer sus razones... Por lo tanto, tras meditar un instante y sin dejar de acariciar sus labios con la yema del pulgar derecho, dejó escapar una sola palabra, un vocablo que apenas pude escuchar con claridad, Marutxi...

Nada más pronunciar este nombre de mujer, se esforzó en aclarar lo que él suponía que yo no sabía, que era sacerdote y que por esta razón se hallaba ingresado en la Cárcel Concordataria de Zamora; prisión elegida por el estado español para que los sacerdotes y religiosos condenados por algún tipo de delito cumplieran en ella su condena. Pero la verdad era, y él así lo había entendido, que mi pregunta interesaba una respuesta más allá del sitio físico en que cumplía su pena y por ello deduje que, tal vez, la persona nombrada tuviese algo que ver con la causa de su condena, razón por la que de su boca escapara ese nombre de mujer...

Arrancó su monólogo aclarando que tenía doce años cuando conoció al padre Elías Arangoa. Continuó informando acerca de que en aquel tiempo —habían pasado ya más de quince años de que acabase la Guerra Civil— las demandas del pueblo vasco seguían siendo las mismas de siempre, libertad e independencia. Añadió diciendo que una parte mayoritaria del clero vasco, de la que formaba parte el sacerdote Elías Arangoa, consideraba que era conveniente hacer algo más que impulsar el renacer de la cultura vasca y extender el *euskera*, actividad que por entonces ya se había iniciado en las *ikastolas* con la ayuda de la Iglesia vasca. Recordó que fueron los sacerdotes vascos quienes, en el año 1955, hicieron que el movimiento religioso conocido por Acción Católica volviera a resurgir y que, con este renacer, aparecieron nuevas organizaciones como las JOC y, poco más tarde, las HOAC. En consecuencia, que aprovechando este despertar, una parte del clero se inclinó por cambiar los métodos hasta el momento usados y se dispuso a dar preferencia y apoyo a las demás peticiones del pueblo vasco, eso que algunos de los curas denominaban la liberación de *Euskadi*. Igualmente, también hubo otra parte de la curia que tendió a favorecer la actividad laboral de las nuevas organizaciones dimanantes de la Acción Católica reavivada, y que irrumpió en el mundo laboral creando talleres y cooperativas en ayuda a los obreros. Así, hasta el punto de que por medio de una de ellas, la HOAC de Mondragón, emergió una cooperativa, Fagor, que sería conocida y famosa en Guipúzcoa y, más tarde, en el resto de España; organización de matiz religioso que acabaría pronto influenciada por la política y sindicatos.

La situación laboral era boyante en Mondragón cuando el padre de Marutxi, tío de Montxo, encontró trabajo en dicha ciudad, motivo por el que decidió trasladarse con su familia a vivir en la misma. Era el mes de septiembre, terminaba el verano cuando Marutxi volvió a su pueblo natal con el propósito de pasar unos días en casa de su tía Itziar, hermana de su padre y madre de Montxo. La intención de la joven, entre otros muchos motivos para visitar el pueblo, era verse con Joseba cuya abuela, según le informaron, había fallecido recientemente. Una vez que ambos jóvenes se encontraron, Marutxi aprovechó la situación apenada que afectaba a Joseba por causa de la muerte de su *amona* para consolarle. Aflicción o duelo por él vivido que ella estaba dispuesta a confortar invitándole a cambiar de vida y de paisaje o, lo que era lo mismo, proponiéndole que marchara con ella a Mondragón. Este sueño a realizar era tan simple como estar una temporada juntos, teniendo la oportunidad de verse a diario y viviendo un ambiente propio de los verdaderos *abertzales*. Eso que para él la abuela Nerea siempre deseó. Así, Marutxi, para conseguir animarle, prometió a Joseba que convencería a su primo Montxo a que se uniese a ellos y les acompañara en esta aventura. Ella sabía que su tía Itziar había hablado con su hermano, el padre de Marutxi, a fin de que le ayudara a encontrar un puesto de trabajo para su chico en Mondragón o aún mejor, de ser posible, que ingresase como alumno en la Escuela Profesional del municipio guipuzcoano de las oportunidades laborales. De seguir el consejo de Marutxi, Joseba estaría con sus dos amigos de siempre aunque fuese lejos de la casa familiar, lo cual resultaría de lo más atrayente que pudiera sucederle en aquel tiempo y situación, además de suponerle un fuerte estímulo el comenzar a trabajar y el inicio de su aventura como *abertzale*.

Las familias de ambos amigos, una vez decidieron dejarles partir, solicitaron la ayuda del padre Elías. Alegaron que los chicos estaban afiliados a la Acción Católica local y, por esta circunstancia, pedían la mediación del sacerdote para que fuesen admitidos en el centro de formación profesional de la Corporación Cooperativa de la HOAC de Mondragón, para que, de esta forma, los jóvenes pudieran aprender un oficio y trabajar de ser posible. Por consiguiente, cuando en otoño dio comienzo aquel curso en el citado centro, los dos amigos estaban admitidos. Montxo quedó alojado en casa de sus tíos, mientras que Joseba, con ayuda de la Hermandad, había conseguido alquilar una habitación en el domicilio de una señora, madre de dos niños y viuda de un obrero cerrajero.

El curso de iniciación en un oficio tenía la duración de un trimestre, por lo que se daría por finalizado una vez acabara el año 1959. Los jóvenes comenzaron su preparación sin tener un plan determinado acerca de su futuro, es decir, no esperaban ni tenían un objetivo profesional concreto, para ellos todo consistía en probar; aunque, sí estaban de acuerdo en algo y esto era que, de no resultarles grato el oficio o si por cualquier otra causa no desearan continuar en él, volverían de nuevo al pueblo a casa de los padres.

Maruxi había tramado toda aquella peripecia para arrastrarme a su lado —me dijo Joseba—. Ella me conocía y sabía cómo yo pensaba, por eso, me ofreció esta aventura y algo más....

La abuela Nerea, de siempre, fue colaboradora de EGI (Fuerza Juventud Vasca) y una entusiasta seguidora del grupo desde que éste se fundó en 1904 hasta su desaparición. EGI, bajo el control y la protección del PNV, aspiraba a mover a la juventud vasca desde un punto de vista democrático y plural, esto es, pretendía ser una organización participativa, independentista y humanista. Por tales razones EGI se presentaba como un grupo defensor de la identidad de los pueblos y de los derechos humanos. Su meta era una *Euskadi* independiente.

Itxaro, en cambio, se hizo simpatizante de EKIN desde el mismo momento en que las juventudes nacionalistas de EGI, grupo al que ella pertenecía, dispusieron entrar en contacto con aquellos jóvenes que en la clandestinidad impartían “formación nacionalista”. Ella se presentó voluntaria para ser colaboradora de estos educadores del pueblo, pero muy pronto comenzaron las desavenencias entre peneuvistas y partidarios de EKIN, debido al radicalismo de este grupo y sus críticas al autoritarismo del PNV, cosa que hacía imposible la unión de ambas corrientes. No obstante, Itxaro continuó colaborando con EKIN. Las diferencias entre las dos agrupaciones llegaron a ser tan importantes que, en el año 1958, tuvo lugar la ruptura de las relaciones que mantenían. Ante lo ocurrido, los militantes de EKIN decidieron reorganizarse y formar una nueva agrupación activista, más radical y resolutiva y fácilmente distinguible del grupo EGI, grupo formado únicamente por los *abertzales* del PNV. Como resultado de tales confrontaciones, en el 31 de julio de 1959, un mes antes de la muerte de Nerea, quedó estructurada una nueva organización a la que sólo le faltaba por determinar el nombre de la misma, cosa para la que, en principio, hubo dos propuestas. La primera opción era *Aberri Ta Askatasuna* (Patria y Libertad), un lema que no resultaba convincente porque cualquier grupo y en cualquier lugar de España podía convertirse en un defensor de esta consigna. Además, el acrónimo, ATA (pato, en vasco), no era de lo más llamativo y plausible. En cambio, la opción segunda, *Euskadi Ta Askatasuna* (Patria Vasca y Libertad), parecía tener el poder de que se solidarizase fácilmente con ella cualquier vasco. De esta manera fue el elegido este lema y, con ello, se dio fin al largo periodo de conversión de EKIN en ETA.

Tras la muerte de Nerea, Itxaro desconectó con la recién estrenada ETA. Ella había observado en los momentos previos al nacimiento de la nueva organización que, mientras EKIN desaparecía,

se iba produciendo una importante transformación que afectaba a todo tipo de cuestiones, tanto ideológicas como metodológicas y, al tiempo, aparecían en su lugar otros nuevos métodos e ideas que nunca habían existido en EKIN. Fue tal el cambio que, según la prensa comentara, lo que era EKIN quedó convertido en “una organización laicista, de ideología marxista-leninista, partidaria de la *acción directa* y anunciadora de ser un movimiento de resistencia vasco”. Así se decía ser ETA, en el principio. Por eso, ante esta perspectiva, Itxaro se detuvo un momento para discernir lo bueno de lo malo y, después de hacerlo, optó por moderar sus actividades y actuar siguiendo un comportamiento más cercano al sentimiento vasco, aquél que Nerea, su madre, predicaba. Asentada, pues, en su pueblo natal, tomó las riendas de las fincas y se instaló en la casa de labor vasca o caserío y dispuso de las mismas. De esta forma pasó a ocupar el lugar que su madre le había dejado.

Joseba y Montxo comenzaron el curso de formación profesional en el mismo centro, pero en distintas secciones. Joseba pasó a ser un alumno del aula de electricidad, por existir en ella vacante de la especialidad que a él le atraía, mientras que Montxo, por idéntica razón, fue a parar al área de chapa, pintura y montaje. A los dos jóvenes la actividad elegida les resultaba entretenida. Fue este un tiempo de trabajo donde no se cobraba por la labor que desempeñaban y lograban aprender. No obstante, la cooperativa tenía prevista una ayuda económica para quien la necesitase. Esta cubría alojamiento y comida, un préstamo que podía solicitar el alumno por el tiempo de duración de un curso y que le era abonado por la “Sociedad Cooperativa de Crédito”, entidad que después pasaría a ser conocida por Caja Laboral Popular, una especie de caja de ahorros. La ayuda concedida, le sería descontada mensualmente al solicitante una vez comenzase a trabajar en la empresa. El aliciente de este periodo de formación para el trabajo estaba en que, aprobada la fase de aprendizaje, el alumno podía ser admitido a trabajar en alguno de los talleres de la cooperativa y, a la vez, pagar así la deuda contraída con la empresa. Marutxi, tras observar el imprevisto cambio que había producido su propuesta tanto en la vida de los dos amigos como en la suya, se sentía alegremente complacida y feliz.

Capítulo XII

El habitáculo ubicado en la segunda planta de aquel viejo edificio, era demasiado pequeño para lo que se pretendía. Cuatro metros de anchura por seis de longitud era una amplitud escasa para acoger al número de asistentes a las reuniones que allí se pretendían celebrar. Persianas bajadas, ventanas cerradas, unas sillas alrededor de una mesa de camilla colocada en el centro de una habitación e iluminado el recinto por solo una bombilla, producían o daban la sensación al visitante de estar encerrado en un agobiante calabozo, algo demasiado tétrico.

Con forma de una semiesfera invertida hecha de alambre y forrada de un tejido florido que en su día pudo ser de color verde, aquella lámpara, de cuyo borde circular pendían flequillos de cristal del mismo color que tuvo la tela, cobijaba en su interior la única la única luz incapaz de iluminar lo preciso. Su escasa luminosidad arrojada sobre el sucio mantel que cubría la redonda mesa, te hacía dudar que ésta pudiera permanecer mucho más tiempo irradiando sin extinguirse. Más allá, al fondo, en un rincón, escondido entre las sombras que habitaban aquella especie de celda, se hallaba un camastro o catre y, cerca del mismo, varias sillas con asientos de enea haciéndole compañía. En el exterior, en la calle, podría ser de día o de noche, cosa difícil de distinguir para quienes estuviesen reunidos dentro de aquel sombrío recinto. Aunque, sí se escuchaba el sofocado rugir de cualquier vehículo a motor que pasase por la calle y, por esto, uno podía deducir que aún había vida fuera del edificio.

Marutxi había invitado a los dos chicos a asistir a aquel conciliábulo, petición que les hizo insinuándoles que cosa cuanto allí ocurriera sería beneficiosa para todos los concurrentes. Aunque, al final, solo fueron cuatro los asistentes: dos hombres, una mujer y un tal Pakito, el único entre los presentes que tenía algo que exponer. Pakito era un joven sacerdote, coadjutor de una parroquia, de unos veinticuatro años de edad, bien parecido, cuerpo espigado e inquieto. Él, con cierto tono místico, se dirigió a los dos únicos varones, Montxo y Joseba, quienes escucharon cuanto él les decía como si hubiesen acudido allí para aprender algo trascendental e importante, eso que no conociesen ni hubieran podido nunca imaginar.

Marutxi, callada, miraba a los varones. Aquella tarde, Joseba le había confesado ver en ella a una chica esplendorosa, a pesar de que luciera su vestimenta de diario: vaqueros azules y blusa a cuadros verdes y rojos sobre un fondo azul oscuro. Pero, ahora, Joseba, mientras soportaba el consabido discurso de aquel “servidor” del pueblo, parecía no querer mirarla. Pues desconocía el fin de aquella reunión a la que la chica les había llevado y se esforzaba en atender, para lograr saber, con qué objetivo ella les condujo allí, quién era el tal Pakito y qué les proponía éste con su discurso.

El desconocido les sorprendió cuando comenzó hablarles de lo que él llamó *nuestra causa*, al mencionar estas dos palabras se refería tanto a Marutxi como a sus acompañantes. El orador pretendía anticiparles, según Joseba me contó, ciertos hechos que sucederían en tiempos que pronto habrían de venir. Como un profeta, parecía saber, quizá por estar informado por Marutxi, que tanto Montxo como él pertenecían al movimiento Acción Católica, concretamente a la organización HOAC, y que debido a esta circunstancia los dos habían sido admitidos en la escuela profesional de Mondragón, de la que ya eran alumnos. También conocía la orientación política de las familias de los recién llegados y, asimismo, llegó a mencionar a Nerea, la abuela de Joseba,

elogiando su fidelidad al pensamiento de Arana y por ser fiel seguidora del PNV. De la madre de Joseba, incluso llegó a decir que era conocida por la viuda de Txakarita y sabía que, durante un tiempo, fue colaboradora de EKIN. Respecto a Montxo y refiriéndose a su *aita*, mencionó de él que militó en el partido comunista y que fue asesinado por las fuerzas represoras franquistas en el año 1945, cuando se disponía a atravesar la frontera para pasar al País Vasco Francés. Finalmente, recordó al padre Elías Abengoa, fiel servidor de Dios y de la Patria Vasca y conocido de Arizmendiarieta...

Fue después de lo dicho, cuando Pakito pasó a informar de los dos grandes grupos procedentes del movimiento Acción Católica, HOAC y JOC, hermandades que, por entonces, ejerciendo su derecho de servir a Dios y de luchar por la libertad de *Euskadi*, habían elevado protestas a las jerarquías eclesíásticas sin ser escuchadas por estas autoridades. Debido a esta circunstancia, las dos agrupaciones obreras habían procedido, desde hacía un tiempo, a limitar sus relaciones con dichas jerarquías, desentendiéndose del control ejercido por las mismas. En consecuencia, según decía Pakito, más de un sacerdote cooperante en HOAC o JOC había pasado a colaborar e incluso a integrarse en la reciente organización nacida de EKIN. Por estos motivos, y dados los pasos que las citadas organizaciones iban dando, parecían estar muy interesadas por jóvenes vascos como ellos, trabajadores y, principalmente, residentes en las zonas rurales, a los que estaban dispuestas a pedirles su colaboración en el desarrollo de una intensa *campana de concienciación nacionalista* que pronto se llevaría a efecto. El objetivo final pretendido con la mencionada campaña era conseguir que durante el año 1960, a punto de comenzar, se produjese un llamativo incremento de la militancia en la recién nacida ETA.

Pakito, el sacerdote portador de este sobrenombre, era un joven predicador y conocedor de cuanto decía, en su alocución se extendió de tal manera que convirtió la misma en una lección de historia del pueblo vasco. Habló de los conocidos orígenes, una raza descendiente directamente de Adán y Eva. También del paraíso terrenal, la extensa y rica zona que estaba comprendida entre el río Deva y el Bidasoa. Afirmó ser cierto el hecho histórico de que fue un descendiente de Noé, llamado Túbal, quien asentó su pueblo en la tierra en la que hoy se pretendía que hubiese una *Euskadi Libre*. Asignó a dicho personaje bíblico el haber traído la lengua (*euskera*), la ley (*fueros*) y la religión (*monoteísmo*), esta última base del cristianismo. El orador, tras comentar lo referido, les animó a luchar y sentirse como cruzados. Les recordó el tiempo en que los primeros cristianos comenzaron su andadura y comparó a las víctimas de aquellas persecuciones con las sufridas por el pueblo vasco en busca de su independencia... Pero, de lo dicho, el curita olvidó en su arenga que el cristianismo consiguió derrotar al mal enarbolando un mensaje de paz y amor, nacido y hecho público en el seno del pueblo cristiano, esto es, en el lado de aquellos que sufrían.

Efectivamente, tal como les dijera Pakito, parte del clero vasco parecía estar dispuesto a prestar ayuda a las organizaciones nacionalistas, oponiéndose al régimen político del momento y a la opinión y control de las autoridades jerárquicas eclesíásticas.

Según lo comentado por Joseba, la *causa* que supuestamente defendía Marutxi no le parecía acorde con lo que ella decía ser su objetivo vocacional, ni tampoco era la actividad más adecuada para una chica de su edad que manifestaba querer ser monja. Igualmente, los padres de la joven no estaban conformes con las razones dadas por ella a la hora de justificar su forma de actuar junto a Pakito, aunque la *doctrina* hubiese sido inculcada por un miembro de la iglesia. Referente a Marutxi, todos estábamos de acuerdo en un detalle preferible este era que su sentimiento religioso y deseo de entrega y de ayuda a los demás lo desarrollase o llevara a cabo a través de un convento, como solían hacerlo la mayoría de las monjas. Por eso pensábamos que a Marutxi su

inclinación religiosa la engañaba. Según la opinión de sus padres, esta confusa vocación fue el motivo por el cual ellos decidieron incitarla a que fuese a visitar a su tía Itziar al pueblo y, también, a autorizarla a que ella invitara a su primo a visitar Mondragón e igualmente, de desearlo, a “algún otro amigo”, tal como lo era Joseba. Y todo con un objetivo, alejarla de aquel extraño ambiente.

La relación entre Marutxi y Joseba, para aquellos que les conocían, parecía ser algo más que una simple amistad. Por eso sus padres acertaron al sugerir a la chica que la idea de invitar a visitar Mondragón, además de su primo, podía ser ampliada a otro amigo, ante lo cual, tal propuesta la hizo extensiva a Joseba a quien le pidió que dejase el pueblo y marchase con ella al lugar donde ahora vivía y, a ser posible, para quedarse allí juntos para siempre.

El galanteo entre Marutxi y Joseba, después de aquella reunión mantenida con Pakito, comenzó a ser como una especie de juego, una secreta relación amorosa dentro de la clandestinidad del grupo al que ambos pertenecían. Habían iniciado sus encuentros una vez que Joseba comenzó el curso en la escuela de formación profesional. Al principio, cada fin de semana se encontraban en diferentes cafeterías o discotecas donde pasaban la tarde. Después, Joseba, ya conocedor del oculto cuchitril en donde fue presentado a Pakito, le propuso a Marutxi, poseedora de la llave que permitía el acceso al mismo, citarse en dicho aposento los días que ambos acordasen. Los dos procurarían que ni Pakito, ni Montxo, ni los padres de la joven supiesen de sus encuentros. Así, esos días, juntos los dos ocuparían el oscuro local en el que, de vez en cuando, Pakito convocaba alguna de aquellas reuniones. Acordaron ambos aprovechar el local para sus encuentros porque allí podrían dedicar su tiempo en hablar a cerca de ellos mismos, de sus ideales y aspiraciones, de su destino y del futuro del pueblo vasco; del bienestar en un país ideal, libre y solo propiedad de los vascos y de cómo acabar con el malestar de sentirse oprimidos... Así, elucubrando, llegaron hasta el instante de amarse, al momento en que los cuerpos comienzan a buscarse y quieren encontrarse y entrar en contacto encubiertos por aquella oscura y muda soledad... Sí, para mirarse sin verse y, en silencio, besarse o susurrar callados requiebros..., para acariciarse y hacer el amor hasta la extenuación, bañados en sudor y sin memoria...

Para Marutxi estos contactos moralmente prohibidos, confesables y perdonables, pronto eran devorados por el olvido. Al aceptar Joseba el deseo de Marutxi de no querer ser madre, ella se abrió contenta al amor y sus ojos a un nuevo despertar, tal lo era imaginar que, quizá un día, también pudiera llegar a ser monja...

Para los enamorados, iniciada la semana, los días solo tenían sentido por ese encuentro venidero que acostumbraban mantener durante la misma. Tras vestirse y salir separados del refugio, ellos se volvían otra vez enamorados clandestinos. Pues, quienes al cruzarse les viesan en la calle nunca imaginarían que tales personas se conocían muy íntimamente. El trabajo y las reuniones nocturnas de captación y concienciación de jóvenes, a veces, separaban a la pareja por más tiempo del que ellos deseaban. Odiaban estar alejados o no coincidir, porque su mejor aliciente, el único acontecimiento merecedor de ser vivido, era volver a encontrarse para estar juntos y hacer el amor de desearlo...

Marutxi escuchó a Pakito. Habían quedado en el interior de la iglesia del barrio tal como el coadjutor había propuesto, junto a la capilla del Cristo Crucificado. A la hora señalada Pakito contactó con la joven. Ella, de rodillas, le esperaba orando ante los pies de la imagen. Ante el confesionario, Pakito le avisó que la *célula* debía reunirse por un asunto de importancia a tratar. Ella comunicó a Montxo la fecha y hora en que habrían de encontrarse, y éste hizo lo procedente con Joseba. La cuadrilla se reunió en el mismo local y refugio de siempre y Pakito les informó de

las novedades habidas. Comenzó diciendo que la acción de concienciación nacionalista iba consiguiendo los objetivos propuestos y que gran parte de la población comenzaba a ayudar con dinero a la organización. Por lo tanto, ETA aplaudía lo conseguido hasta aquel momento. Añadió que el grupo nuclear de la organización ETA estaba dispuesto a apoyar económicamente a los simpatizantes comprometidos en impartir cursillos de idealización e, igualmente, al clero colaborador por la incondicional ayuda prestada, ya alojando a militantes buscados o difundiendo las publicaciones de ETA. Esta decisión de la organización favorecería a los presentes económicamente de llevarse a cabo. Les comunicó que algunas hermandades, como HOAC y JOC, habían empezado a tener problemas sociales por sus críticas y ataques al régimen franquista. Explicándoles que se habían producido redadas con éxito por parte de las fuerzas policiales, todo debido, a un fallo producido al no mantener el secreto debido en las *acciones* a llevar a cabo por algunas *células*. La culpa estaba en la falta de previsión o exceso de confianza y de disciplina por parte de algunos militantes de la organización. En consecuencia, y por estos motivos, ETA proponía como misión a llevar a cabo “la detección y limpieza de chivatos y colaboradores de las FOP (Fuerzas de Orden Público)”.

Finalmente, se les marcó como objetivos o *acciones* previstas a realizar, las llamadas *pintadas*: “pintadas en paredes con insultos”, delatando de este modo a amigos, simpatizantes y colaboradores de las FOP; “pintadas de aviso” a los opresores del pueblo, jefes de empresa, industria, comercio, etc., medidas previas a las cartas de petición de apoyos económicos o donaciones de colaboración, las que los señalados luego recibirían; “pintadas de dianas”, en cuyo centro aparecerían los nombres o rostros de los señalados como enemigos de la organización o de los llamados a contribuir con su capital a la causa de ETA; “pintadas de aviso de un mal” dedicadas a los compañeros, amigos o familiares de personas censuradas o señaladas, para infundirles temor con amenazas por relacionarse con ellos...

En tanto todo esto sucedía, el pensamiento de Marutxi, que como una militante más asistía a la reunión convocada, volaba hacia otro mundo. Ella se esforzaba en concentrarse en el asunto que Pakito trataba, pero no podía conseguirlo. Se veía lejos de allí en cualquier lugar de África o Sudamérica, cuidando a niños necesitados que vivían en poblados selváticos o desérticos, integrada en un grupo de monjas misioneras... También, en esa fantásica misión estaba presente un sacerdote, un padre misionero o pastor que dirigía aquel rebaño y, colaborando con ellos, Joseba...

Volvía a la realidad e intentaba prestar más atención a lo que se comentaba. Quería escuchar a Pakito, pero de nuevo era absorta por sus fantasías. Ahora revivía un encuentro amoroso con Joseba, la persona que su mente ocupaba. Y ella se veía allí, en la misma habitación en la que estaban todos reunidos, en el rincón oscuro donde se hallaba el desvencijado catre y, sobre este, tendida semidesnuda... De repente salió de su sueño, algo la hizo volver en sí y escuchó como Pakito daba instrucciones a Montxo por ser dirigente de un grupúsculo de jóvenes “agitadores” de la localidad, seguidores a quienes él habría de convencer de que la actividad a desarrollar se consideraba muy importante para la organización... Después, vio como los tres hombres se alentaban hablando de esa “lucha” que no acababa de empezar, dado que, en el hoy por hoy, todo era cambiante y que el objetivo final pretendido parecía estar infinitamente lejano...

Marutxi volvió a cerrar ojos y oídos. Pues, para soñar prefería sus propios sueños... Cansada de todo aquello se preguntaba ¿por qué? y ¿cómo pudo haber cometido tan estrepitoso error?... Parecía estar firmemente convencida de que nunca debería casarse, aun siguiendo amando a Joseba... ¿Por qué? Pues porque de hacerlo perdería la opción a ser la monja misionera que ella deseaba... Sí, ella sabía de la religiosidad de su pueblo, de esa libertad que su gente reclamaba,

pero lo pretendido no le afectaba caso de ser monja y estar destinada en una misión... ¿Para qué su lengua o la necesidad de independencia?... De nuevo se preguntaba: ¿qué le había llevado a proceder del modo como lo estaba haciendo? o ¿por qué había traído a sus seres queridos a este infierno que comenzaba abrir sus puertas?... Entonces, miró a Joseba, otro *abertzale* partidario de una *Euskadi Askatuta* en la cual ella no veía atractivo alguno y, al contemplarle, descubrió que a ella no le importaría que Joseba fuese un curita, eso mismo con lo que Nerea soñaba y lo que ella decía que Joseba tenía que ser cuando les sorprendía a los dos paseando juntos... Sí, debía ser cura, se dijo Marutxi calladamente, pues «de serlo, nunca me importaría vivir con Joseba y ser su cuidadora...».

Finalizó la reunión y, todos conformes, estaban dispuestos a marchar. Entonces Marutxi pensó y concluyó que, caso de atreverse, le habría de contar a Joseba en su próximo encuentro todo cuanto en esa tarde ella había estado cavilando. Al levantarse, ella fue la primera que se dispuso a salir a la calle. Joseba la miró y, después, tras dejar pasar el corto intervalo de tiempo convenido, salió el siguiente y, así, uno tras otro, lo hicieron los restantes.

Capítulo XIII

La agrupación Juventud Obrera Cristiana (JOC) empezó a emerger con fuerza en Santa Olalla en el año 1959 y sus afiliados eran, en su mayoría, seguidores de Acción Católica local. Aunque el proceso evolutivo fue totalmente normal, sin embargo, el obstetra que intervino en todas las fases de su nacimiento, desde el inicio del mismo hasta el resurgir del grupo, fue un sacerdote de los que entonces comenzaban a ser llamados por la gente “curas modernos” y después “curas obreros”. Este cura conocido por don José María, fue coadjutor de la Parroquia de Santiago Apóstol.

La JOC nació en la localidad, inspirándose su promotor en el movimiento católico belga del mismo nombre, creado por Joseph Cardijn en el año 1924. El nuevo grupo aparecido en Santa Olalla estaba formado mayoritariamente por jóvenes trabajadores de ambos sexos, algunos de ellos ya pertenecientes a la Acción Católica local y cuyo primordial objetivo era desarrollar la actividad propia de AC en un ámbito de vida determinado, concretamente, en el mundo laboral. La aparición de la JOC fue un hecho esperado. El número de componentes de Acción Católica local había crecido de manera ostensible, debido a la labor de apostolado llevada a cabo por sus afiliados a toda clase de personas y ambientes, siendo la gran mayoría de sus prosélitos estudiantes. En consecuencia, la actuación evangélica de los mismos tuvo tal repercusión en el mundo laboral local que atrajo a la repetida organización a muchos seguidores del mundo del trabajo. Aunque también influyó en el mencionado crecimiento las variadas noticias que llegaban provenientes del ámbito laboral y referida a la relación de la AC nacional con el mundo del trabajo en el extranjero. Tales circunstancias en aquel tiempo eran muy comentadas en el centro de Acción Católica de Santa Olalla, los proyectos de cooperativas y colectivos surgidos en Aragón y en Guipúzcoa eran deseados en nuestra localidad. Concretamente se hablaba de Arrasate, donde un cura de Acción Católica llamado José María Arizmendiarieta, había conseguido que una de las Hermandades Obreras de Acción Católica fundase un taller y, luego, una serie de talleres de cocinas de petróleo, creando la primera cooperativa conocida por Ulgor. La misma que, al parecer, sería conocida por Fagor en el año 1958. Aquel logro que había favorecido a muchos trabajadores fue divulgado en todas las hermandades HOAC y JOC de España. Fue por ello que, durante un cierto tiempo, en cualquier idea creadora de bienestar laboral o movimiento a favor del mismo, estuviese promovida o respaldada por los nuevos curas y a la vez era muy aplaudida en el ambiente obrero.

Don José María, el nuevo coadjutor de la Parroquia de Santiago Apóstol, era un hombre joven, alegre y dicharachero, cuyo comportamiento, a veces de dudosa adecuación cuando se dejaba llevar por su exceso de confianza, era cuestionado por algunos parroquianos al compararle con el serio proceder de los sacerdotes que hasta entonces ellos habían conocido, aquellos cuyo trato parecía ser más circunspecto y formal. Incluso, hubo contadas ocasiones en que los susodichos vecinos llegaron a alarmarse ante ciertas actuaciones de este clérigo, llegando a calificarlas de improcedentes intromisiones en asuntos poco eclesiásticos.

Pues bien, este sacerdote, apenas un principiante en el ejercicio de su ministerio, volcó toda su energía en el logro de dos objetivos que consideró prioritarios en su misión evangelizadora: la ayuda al necesitado y la acogida del mismo en el redil de la Iglesia. Así pues, consecuente con

este afán, comenzó su labor contactando con la gente del pueblo, coordinando y dinamizando a los afiliados de AC con un fin, el de desarrollar las actividades por él planteadas y lograr con la colaboración de los mismos que, antes de que acabase el año, se celebrase lo que él llamaba un Cursillo de Cristiandad: una clase de “ejercicios espirituales” impartidos por maestros de la enseñanza pública, jóvenes profesionales universitarios, expertos en el mundo del trabajo y algún que otro sacerdote oriundo de la localidad. Estos cursos de escasa duración que se realizaban por vez primera en Santa Olalla, tuvieron lugar en el mes de diciembre, días antes de celebrarse la Navidad, y su duración fue los tres últimos días de un fin de semana. En ellos se habló del amor cristiano que debía reinar entre los hombres y se pidió a gritos imponer una justicia social creada por los hombres y para los hombres. También se anunció el reino de Dios concretando lo que, según decían, Jesús quería ver: «un pueblo restaurado y transformado según el ideal de la Alianza». Lo que venía a ser, un pueblo libre de esclavitud en donde poder disfrutar de la justicia, pacífico y sin ser explotado por nadie... Para, después, una vez dicho esto, pasar sin tregua y de forma velada a criticar al régimen político existente; enfrenar al capitalismo con el proletariado; admitir como justas las protestas y tumultuarias manifestaciones habidas en pro de ciertos salarios e ir en contra de supuestos recortes de tipo social inexistentes, amén de otros temas. Sin la menor duda, en aquellas proclamas se ignoraba que el amor al prójimo era la justicia salvadora del Dios en que creían y el único modo de vencer al mal. Sin embargo, se expusieron casos donde expresaban su disconformidad con los altos cargos de la Iglesia por seguir éstos dando apoyo al régimen vigente y, por el contrario, aplaudieron las actuaciones de aquellos nuevos curas conocidos como “sacerdotes modernos”, a quienes unos llamaban “curas obreros” y otros “curas comunistas”. En fin, un *totum revolutum* que concluía con el ofrecimiento del seminario conciliar de la provincia como centro de formación y acogida para todos aquellos jóvenes que sintieran la nascente vocación de ser sacerdotes y, también, para aquellos otros que, careciendo de posibilidades, deseaban iniciar estudios mientras esperaban que en su interior naciera y creciera la llama de la vocación.

La nota disonante de estos primeros cursillos cristianos, fue dada por un grupo de asistentes encabezados por alguno de los mencionados oradores, quienes, una vez terminados, recorrieron las calles de la localidad cantando ciertos “villancicos” y otros cantos donde se hacía crítica alusiva al pacto ejecutivo entre España y EEUU, ratificado ese año 1959 con la visita de Dwight Eisenhower a nuestra Patria. Pacto por el cual, y de acuerdo con lo acordado en el mismo, el Estado español permitía el establecimiento de bases militares norteamericanas en su territorio a cambio de ayuda monetaria, económica y militar.

Entre las canciones populares que sonaron por Santa Olalla en aquella Navidad, abundaron las interpretadas por algunos cursillistas y que fueron aprendidas en dichos cursillos tan cristianos:

Con el pacto americano
ya no hay nada que temer,
tomaremos leche en polvo
en vez de tomar café.

.....

(estribillo)

¡Menos pactos y menos leches
más salario y poco inglés,

que los buenos españoles
castellano han de saber!

Braulio, una vez acabadas las vacaciones navideñas y dar comienzo el nuevo año, dejó de acudir con la frecuencia que acostumbraba al centro de Acción Católica. Le parecía ver que, en cualquiera de las actividades que se planeaban o realizaban, existía una doble intencionalidad. Como si las actuaciones que se acordaban tuviesen otra meta o fin y encubrieran un segundo objetivo oculto, o sea, tal como si lo promovido por un sencillo sentimiento cristiano impulsor que busca dar solución a un problema se ocultase y fuese investido por un fin de carácter político-social, con el cual se criticaba su injusta existencia.

—¿Estaría en la profunda transformación política y social del Estado, la solución de los supuestos problemas de los españoles? —llegó a preguntarse Braulio.

Las cosas tenían que cambiar, pero, ¿era la Iglesia precisamente la institución que debiera poner en cuestión el poder del Estado?, o más bien, debiera seguir la norma de “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”.

Braulio no estaba preparado para dar una respuesta adecuada a sus propios interrogantes. Si Franco había salvado a la Iglesia de ser destruida y perseguida por los llamados rojos, ¿era humanamente lógico que los obispos y otras altas jerarquías omitiesen el pedir disculpas al pueblo por mostrar su afección al Régimen? Igualmente, las protestas socio-laborales de aquel tiempo a Braulio le sugerían preguntas acerca de cuál sería el camino correcto a seguir: si actuar en ayuda de los demás dejando de lado a los que sufren, poniendo nuestra esperanza y esfuerzo en la lucha contra el poder que gobierna, un objetivo solución del problema; o bien, atender lo que la fe proclamaba acerca del reino de Dios, mensaje de paz con el que Jesús nos invitaba a un nuevo estilo de vida para, así, acabar con los odios entre hermanos y superar la vieja “ley del talión”. Llegado a este punto, a Braulio le parecían demasiado profundas las brechas dejadas por la Guerra Civil Española. Pues, habiendo transcurrido veinte años desde su finalización, aún seguía dividida la sociedad en dos bandos resentidos por los efectos de la contienda y porque, en el momento aquel, estaban apareciendo “nuevos pastores” que, movidos por las mismas tendencias político-religiosas de antaño, pretendían nuevamente formar dos enemistados “rebaños”...

—¡Habríamos de parecernos más al Dios que se hizo Hombre! —pensaba él.

La vida de Braulio dio un rotundo cambio. Sentirse de nuevo cercano a Paula le había proporcionado cierta seguridad y ánimo para disponerse a conseguir una meta profesional aceptable. Aunque lo difícil estaba en elegir con acierto el tipo armadura con la que luchar en la vida o, dicho de otro modo, decidir con acierto lo que profesionalmente deseaba ser. Por el momento, su objetivo inmediato era acabar sus estudios de Preuniversitario y, una vez conseguido, determinar qué tipo carrera estaba dispuesto a iniciar. Le intranquilizaba no tener disponible aún el nombre de la profesión futura a elegir, para, de este modo, poder comentar con la chica que amaba sobre el beneficioso recurso del que en su día él dispondría para vivir y, de este modo, saber de Paula su opinión o parecer. Ingenuo ofrecimiento que, aunque ahora solo era un incierto sueño, podría hacerse realidad en tiempo venidero. Concluyendo, que después de buscar en su mente lo qué habría de ser, lo único que consiguió fue vislumbrar entre una oscura nube algunas supuestas posibilidades profesionales, entre ellas, las profecías que sobre su futuro un día le hicieran sus mayores. Sí, aquellas frases acerca de su porvenir que le dedicaban siendo un niño. Esperanzas formuladas por personas que le amaban según sus anhelos, eso que a ellos les hubiera gustado que en el futuro llegase a ser: «tú, de mayor, serás un buen cura y puede que llegues a ser obispo...»; «mi niño será militar, como su padre, tal vez capitán o puede que más...»; «no será

médico, sino militar y, si luego él así lo desea, que sea médico militar...». Ciertamente, sobre estas predicciones él nunca mostró preferencia ni hizo distinción alguna. Las consabidas frases que le repitieron en la niñez sonaban dentro de su cabeza como vanas recomendaciones deseables de las personas que le querían, pero ninguna de ellas había conseguido despertar en él interés suficiente para poder determinar la carrera a elegir.

Esta preocupación de Braulio pasó a ser un doloroso interrogante desde el día en que, sin él quererlo ni desearlo, escuchó que doña Rosa Ortiz decía a otra persona que Arturito Cortés, un amigo de su hija Paula, había acabado sus estudios musicales con gran brillantez y conseguido plaza para ejercer de profesor de piano en el Conservatorio Municipal de la capital. A partir de oír lo dicho, Braulio, sin pararse a distinguir si el día era festivo o laboral, comenzaba cada jornada prestando atención a una profesión cualquiera, tal si estuviera cumpliendo una apremiante orden, e investigaba los pasos necesarios que debiera dar un estudiante para conseguir ser un titulado o profesional de la misma. Además de lo mencionado, analizaba cuál y de qué modo sería la actividad personal a desarrollar, como tal titulado, en esa profesión, valorando el desempeño por la consideración y estima que un conocido profesional de ese tipo, vecino del pueblo, hubiera conseguido de la gente del lugar.

Sin embargo, pronto le sobraron días entre los muchos que tenía previstos dedicar a la mencionada investigación, esa manera de valorar la profesión que para él buscaba siguiendo su analítico método. Pero sucedió que, una tarde, cuando Braulio paseaba con su chica por los jardines del convento, Paula comenzó a notar cierto desasosiego ante el laconismo de las respuestas que daba Braulio a sus preguntas o pareceres. Apreció su sensación de ausencia, como si él no escuchara ni respondiese adecuadamente a lo que ella inquiría. Tal si estuviese concentrado, ensimismado o abstraído en algo que le preocupase.

—¿En qué piensas? —preguntó Paula.

Él no respondió, dando la sensación de no haberla oído.

Paula insistió, tomando su mano e intentando conseguir su atención.

—¿Qué te sucede, Braulio? ¿Estás bien? ¿Qué te preocupa?

Él se disculpó diciéndole que nada le preocupaba, sin aclarar con su respuesta nada en concreto.

Se sentaron en uno de los bancos del paseo y, tras insistirle, Braulio abandonó su obnubilado estado para mirar a Paula. Sus ojos, abiertos y tristes, parecían estar fijos en algo lejano o invisible y, como si extrajese de su interior un profundo e inesperado secreto, sorprendió a la chica diciendo:

—No me gustaría que nuestra amistad acabara por culpa de la profesión que un día yo haya de ejercer. ¿Qué opinas tú, Paula, acerca de la carrera que un día he de elegir o de la profesión que deba de desempeñar?

Ella sonreía, mientras meditaba qué responder a tan inesperada pregunta.

—Pues, pienso que, uno debe ejercer una profesión honrosa, digna y honesta, y en cuanto a su misión debe estar presente la ayuda a los demás, ya sea cuidando a las personas, sus bienes y derechos, o bien, defendiéndolas de malvados y protegiendo a los desvalidos, en fin, luchar por la libertad y la justicia, por el bienestar del género humano y por la paz. No sé qué más decirte, pero algo así sería una labor muy bonita. ¿No te parece?

Braulio la escuchaba y guardaba silencio. Asentía tras de cada palabra y, pasado un momento, agregó:

—Me gusta lo que sugieres, eso que dices me parece bien. ¿Y tú, que deseas ser? ¿Cuál será la carrera que elegirás?

—Yo amo el arte. Busco la belleza y me inclino ante lo bello, en particular, la música y la danza. Sin embargo, me pregunto: ¿qué sería del mundo sin gente dedicada a lo que acabo de desear o a lo que tú seas? A muchos humanos con otros intereses nos salva la generosidad de las personas que piensan, sienten y actúan como te he dicho, aquellos que dedican sus esfuerzos e incluso dan su vida ayudando a los demás...

Habían decidido continuar paseando cuando, repentinamente, Braulio propuso a Paula ir al cine. La chica sin más insistencia aceptó y los dos dirigieron sus pasos hacia la entrada principal del conocido Cine Rosa. El citado acceso a aquella hora se encontraba pleno de personas esperando que abriesen las taquillas de despacho de tiques, para así poder acceder y ocupar la correspondiente butaca en la sala de proyección antes de que la sala se llenase. La película que iban a ver, sin elección previa, tenía por título *La fiel infantería*.

Por entonces, para la mayoría de las parejas de enamorados, el día festivo solía darse por acabado una vez finalizada la película proyectada en la primera sesión, es decir, una vez se hubiese salido del cine o, aproximadamente, siendo las veintidós horas. Paula y Braulio, de vuelta al domicilio de la joven, caminaban sin prisa alguna. Pensativos, apenas habían hecho comentario o referencia a las llamativas escenas o tensas situaciones del film que acababan de ver. Pero, inesperadamente, sorprendiendo a Paula, Braulio comenzó a recordar y glosar algunos momentos de la película que a él le habían impresionado, hasta el extremo de llegar emocionarse y dejar que afloraran sus sentimientos. La proyección que acababan de ver estaba ambientada en la Guerra Civil española y basada en una novela de igual nombre que el film, una obra publicada en 1943 de la que era autor Rafael García Serrano.

Braulio, mientras le hablaba a Paula, se sentía cada vez más aislado de cuanto le rodeaba. Inmerso en las situaciones bélicas contempladas en la pantalla y, estando por ello emocionado, se distanció de la realidad externa circundante, la que era percibida en su conciencia como una realidad enmudecida o a modo de sonidos atenuados. En tanto, la guerra visionada, parecía ser el acontecimiento principal de su vivencia en aquel momento y, para él era de destacar como parte importante la lucha noble por una España mejor entre los españoles de distintos bandos. Así, el respeto por la actitud del enemigo, a quien se le trata sin rencores bélicos; la camaradería y el heroísmo en las trincheras; los hechos heroicos llevados a cabo por aquellos combatientes en cumplimiento del deber o exigidos por el honor; la tentadora opción de morir por la patria; el ansia de reconciliación y el sueño de la paz..., inundaron de virtudes su alma.

Los murmullos de la calle o alguna frase de Paula comenzaron a ser escuchados por Braulio y pusieron fin a aquel mágico estado. Sus últimas palabras, las que él creyó decir al responder a la chica, fueron: «seré militar y espero no desilusionarte». Con ellas le explicitaba lo que él habría de ser en el futuro y también su deseo de permanecer junto a ella, una ilusión compartida o noción idealizada del amor, eso que parecía existir o haber entre ambos.

Capítulo XIV

De la divertida fiesta celebrada en *La Alberquilla* aquel día de San Marcos, yo guardaba un recuerdo muy confuso. Hasta que Braulio, pacientemente, se esforzó en recuperar escenas de lo vivido durante esa tarde, sucesos que él procuró resucitar hábilmente en mi memoria.

Hubo un tiempo en el que por chanza, cada vez que nos reuníamos los amigos que estuvimos invitados por Paula a merendar en *La Alberquilla*, alguien de los presentes hacía un particular comentario sobre algo acaecido en la fiesta, hecho que siempre ocurría cuando nos juntábamos para tomar una copa. Por lo general, era una anécdota distinta la que salía a relucir, como si fuese un suceso que supuestamente hubiera acontecido en aquella tarde del citado día de San Marcos. Era entonces cuando el recordador de turno hacía referencia a un evento ocurrido que nadie había percibido o a una incidencia sobre la que nadie había reflexionado. Y, así, sin pruebas ni justificación alguna, irónicamente aducía tal ingeniosidad como si fuese algo real que se hubiera producido y, de esta manera, lograba entusiasmar a los oyentes con cierta fantasía graciosa o escena amorosa inventada o qué sé yo, poniendo al supuesto anónimo protagonista del relato en cierta tesitura. Lo normal era que el protagonismo de ese relato inventado por el fabulador que hablaba se pudiera atribuir a cualquiera de los presentes, pero, caso de ser dificultoso de endosar a ninguno lo narrado siempre había un supuesto elegido y éste era Braulio.

En el transcurso de las conversaciones que mantuve con Braulio tratando de hacerme recordar lo que él pretendía, recuperé numerosas vivencias olvidadas durante la mencionada fiesta, aquella que disfrutamos al ser invitados por Paula a merendar en la casa de campo de sus padres, y en tan señalado día. Celebración a la que acudimos aprovisionados de los correspondientes hornazos y monas de pascua, como la costumbre demandaba.

La imagen más significativa y que pronto recordé sobre aquel festivo lunes de abril, fue la de Braulio sentado en un doble sillón de mimbre al lado de Paula, en ella le veía gozar con deleite de la compañía de la joven en la tarde primaveral y, además, de experimentar el encanto único de disfrutar del paisaje que, desde el mirador de la finca, se divisaba.

Sonaban las guitarras y laúdes. Se respiraba el aire de los huertos perfumado por el azahar. Las chicas cantaban mientras preparaban, en una de las terrazas, la mesa donde habríamos de merendar, justo frente a la entrada de la villa. Después, en el transcurso del refrigerio, hubieron bromas, risas y canciones. Algunos de los presentes, a pesar de la festiva confusión reinante, advirtió como pregunté a Encarnita, la joven con quien había comenzado a salir, con toda la seriedad que merecía una broma, si estaría dispuesta a casarse conmigo una vez que yo acabase mi carrera, vaticinio que se cumpliría ocho años después. También, en aquel festín, se produjo alguna que otra sorpresa, como lo fue el proceder de Dorita, una chica de las allí presentes, a romper el huevo cocido de su mona de pascua en la frente del chico por el que ella estaba interesada, una usanza tradicional y propia de ese día. El remedo de comedimiento o supuesto buen comportamiento que mostrábamos los reunidos en principio, fue cediendo, poco a poco, conforme iba cayendo la tarde.

La fiesta comenzó con la manifestación de una animada alegría, que se hizo más apreciable tras despedirse doña Rosa Ortiz y su esposo de los presentes, alegando que los compromisos de carácter social les obligaban a estar en el pueblo para poder ser atendidos. Por ello, lo divertido de la fiesta comenzó nada más los padres de Paula marcharon, cosa que hicieron tras dar

instrucciones a los guardeses de la finca para que nos atendiesen en lo que necesitásemos y, también, para que vigilaran atentamente nuestros actos.

Al sentirnos libres de la vigilancia paterna, por un instante, quedamos perplejos. Pero esta sensación se esfumó rápidamente y pasamos de inmediato a organizar y mejorar la fiesta proponiendo el mejor de los divertimentos, bailar. La música del pick-up que hizo sonar Paula nos agrupó a todos alrededor del tocadiscos. *La vie en rose*, cantada por Edith Piaf, unió a chicos y chicas por parejas, todos dispuestos a danzar. Se escuchaba el suave frufrú producido por el movimiento de los danzantes, lo que era vivido de un modo sensual que nos enardecía incontroladamente...

—No. Yo no besé en público esa tarde a Paula, ni se me ocurrió besarla —dijo Braulio con enfado, al oír el insidioso comentario de alguien que, aún años después, evocando la fiesta, decía tal cosa que Braulio no hiciera—. Bueno, sí se me ocurrió besarla, pero no lo hice...

De lo que Braulio si me habló, intentando hacerme recordar cosas sucedidas en aquel alegre día, fue lo siguiente:

«Aquella tarde, mientras bailábamos, Paula no quería disimular lo que ella calladamente deseaba e insistía en sugerirme. Yo pronto entendí lo que ella sentía y, por eso, me contuve. Paula no coqueteaba, de eso yo estaba muy seguro y, por este motivo, me resistía a ceder. No, no me era grato ser el objeto sexual manipulable que da satisfacción a un deseo, aun cuando la idea en principio me excitara. Tampoco quería que ella se diese cuenta que me resistía a su apetencia o que pudiera pensar que la rechazaba. Por eso, mientras bailábamos, hubo momentos en los que danzando separábamos nuestros cuerpos, dejaba de mirarla o le comentaba cualquier historia que pudiera distraer su mente».

Paula y Braulio se alejaron del lugar donde bailábamos para ir, según dijeron, en busca de unos pastelitos y bebidas con los que obsequiarnos, para este fin ambos pasaron al interior de la mansión. La idea partió de Paula, por supuesto. Solo transcurridos unos minutos estaban de vuelta. En sendas bandejas portaban dulces variados y varias botellas de refrescos. Luego, la pareja continuó bailando como hacíamos el resto de los invitados, hasta que a Paula se le ocurrió preguntar a quiénes les apetecería tomar un cubalibre más tarde. Todos nos apuntamos. Y Paula y Braulio marcharon en busca de las bebidas: ron, ginebra y Coca-Cola.

«Nada más nos ausentamos, Paula caminó hacia la bodega de la vivienda y yo seguí sus pasos. Una vez dentro, Paula cerró con llave la puerta de acceso a la misma. Bajamos a aquel sótano, se trataba de una nave rectangular en cuyas paredes, empotrados, se encontraban diversos toneles de gran tamaño y perfectamente alineados; recipientes que, según Paula, contenían diferentes tipos y clases de vino. Igualmente, alternando con estos grandes envases continentes, había armarios con anaqueles para botellas y otros con puertas acristaladas donde se guardaban frascos de licores, vasos y juegos de copas. En este recinto, de sus vigas del techo, pendían banderitas y guirnaldas de distintos colores como un ornato verbenero y, en un rincón del mismo, acumuladas, se hallaban apiladas varias mesas y sillas plegables de madera, similares al resto del mobiliario que contenía la estancia. ¡Ah!, también, un gran sofá, una mesita y dos sillones, muebles que se hallaban colocados al fondo de la nave. El sofá apoyaba su respaldo en un alto muro de piedra donde existía un ventanuco o especie de lucernario que comunicaba con el exterior y daba luz natural al espacio ocupado por el tresillo. Desde allí y, a través de dicha lumbrera, escuchábamos la música, risas y comentarios de los invitados».

En la bodega, Paula no dijo nada, tras recoger las bebidas necesarias las dejó apartadas sobre la mesita y, después, lentamente se acercó a Braulio, rodeó su cuello con los brazos y comenzó a dar unos pasos de baile. Él pensó que ella deseaba bailar, sonaba un bolero *Toda una vida*, de

Antonio Machín, y ella simplemente le besó.

«Aquel beso fue decisivo, Paula lo sabía. Como una explosión en cadena se desataron mis reprimidos instintos. Ella empezó a desvestirse y a desvestirme, yo intentaba detenerla besándola, pero mi apetito sexual ayudaba más a sus enardecidos propósitos. Quería dudar de su intención, pero al verla desnuda me aproximé para abrazarla, besarla y dar la satisfacción que me pedía... Sin apenas decirnos nada, sobre el sofá, desnudos, hicimos el amor desenfrenadamente. Al comienzo todo fue precipitado, los fogosos besos en las hambrientas bocas, juntos los cuerpos, ambos anudados uno contra el otro, así, copulamos hasta quedar exhaustos... Después, tendidos, cogidos de la mano, escuchamos las risas de nuestros amigos y el sonar de la música que de arriba nos llegaba. Sí, volvimos a besarnos y disfrutamos serenamente de nuestras recíprocas caricias. Gozamos del placer de tenernos, sin prisas, valorando las gradaciones del gozo recién descubierto, hasta quedar plácidamente satisfechos».

Había pasado más de una hora cuando Paula y Braulio regresaron y se unieron de nuevo a la fiesta grupal. Sin embargo, durante su ausencia, nadie pareció interesarse por ellos ni les echaron en falta. Posiblemente, alguno de los invitados pudo pensar, entre las muchas cosas posibles que se le ocurrieran, que quizá la pareja, paseando, hubiese ido a buscar las bebidas al lugar de venta más próximo, el bar de *La Cruz*, por ejemplo, establecimiento más cercano al sitio en el que nos encontrábamos reunidos, y de ahí su tardanza en volver.

Aunque parezca extraño, fue preciso que pasasen meses desde aquella celebración para que aflorara en cada uno de los presentes lo que calladamente pensó acerca de la consabida ausencia. Eso que cada invitado elucubró sobre tal desaparición, la historia no argumentada de lo que pudo suceder cuando no estaban y con la que dar sentido a su tardanza en volver. Sin embargo, transcurrido el tiempo y una vez escuchados los comentarios de algunos de los invitados, pensé que, de estar aún interesados en aclarar tan comentada desaparición, yo, con mucho gusto, estaría dispuesto a darles una respuesta satisfactoria a sus interrogantes. Esta réplica no sería otra que recomendarles que fantaseasen sobre su propia experiencia, caso de haber podido ausentarse ellos aquel día de la reunión en compañía de su pareja.

¿Pero qué lazo afectivo unía a Paula y Braulio? ¿Eran novios o amigos? ¿Estaban realmente enamorados? Por entonces, yo pensaba que Braulio sí estaba enamorado de Paula, aunque a él le fuese costoso confesar que ella era su único querer. Paula podía ser fácilmente querida por sus pretendientes o enamorados, ya por su belleza personal como por el conjunto de valores de todo tipo que la adornaban. Pero, amar a Braulio era cosa menos sencilla y más personal. Él no gozaba de una corte de admiradoras que le siguieran, Braulio era solo lo que mostraba ser y así había que conocerle y aceptarle. Buen estudiante sí lo era y, nada más. Los valores morales que le habían enseñado en su casa eran los que poseía, suficientes para poder sobresalir como una persona decente en el futuro, los otros que hubiera de tener después serían los que él mismo consiguiera con su esfuerzo, pues, la ayuda familiar era la justa. Por eso, siempre pensé que era él quien necesitaba ser querido y escuchar la declaración de amor de la persona que poseía todo lo que él no tenía. Braulio sabía de su escaso valor social o de estatus que, como pretendiente, tenía de ser comparado con la mujer a la que amaba. Todo, completamente todo lo que él habría de ser en la vida estaba por llegar, para él todo estaba por venir. Nada tenía que ofrecer. Pero era orgulloso, por eso nunca declararía su amor a quien no le pidiese compartir la vida con él, tal como era su idea de amar, y en recíproca correspondencia.

Por eso, pasado el tiempo, él cambió a otra forma de amar más sentida pero menos demostrativa por su parte. Esa forma amistosa que adoptan muchos hombres que aman sabiendo que no serán correspondidos. Los que viven por y para su dama, pero sin la esperanza de llegar a

ser consorte de la mujer que quieren. Este cambio en Braulio, lo aprecié tiempo después de que él me hiciese mención de lo vivido en su particular e inolvidable día de San Marcos, día que amorosamente celebró con Paula en la bodega de la casa de *La Alberquilla*.

Lo que Braulio sentía por Paula era difícil de explicar, máxime cuando su relación con la joven comenzó a complicarse. Por eso, a pesar de quererla tanto, nunca le propuso que entre ellos hubiese compromiso alguno. Es verdad que él bebía los vientos por ella. Pero entre los dos parecía existir una barrera invisible, algo que les separaba y que, a veces, Paula evitaba reaccionando de forma súbita o no esperada... Ella prefería pasar al acto amoroso antes de decir: «tú eres el hombre con el que siempre he soñado». Sí, así lo explicaba él o algo parecido, aquello sucedido el día de San Marcos en la bodega y, también, en otras ocasiones que me refiriera...

Efectivamente, Paula y Braulio estuvieron saliendo juntos prácticamente desde el día que se conocieron. Fue un largo periodo de tiempo sin interrupción alguna, tal vez tres años o más, pero nunca se comprometieron a ser novios. Mientras Braulio estuvo saliendo con ella, no tuvo relación alguna con otra mujer y él se sentía el enamorado más feliz de la tierra. Vivía solo para ella, atento a las peticiones y deseos de Paula desde el mismo momento en que se hicieron amigos. Ella siempre fue su reina y él su fiel caballero. Braulio hubiera entregado su vida gustoso por la mujer que quería, como lo hiciese el hombre más enamorado del orbe por la mujer amada. Pero, pasado el tiempo, cuando fríamente pensó con detenimiento qué era en realidad él para ella, descubrió que Paula nunca insinuó desear tener con él compromiso alguno, ni le habló de noviazgo ni de proyectos para el futuro de ambos, ni manifestó amarle y ser suya para siempre en un instante de arrobamiento... Paula nunca manifestó el anhelo de estar unida siempre a él, jamás le habló del remoto sueño de formar ambos una familia.... Fue por eso, que Braulio quedara convencido sobre lo que él representaba para Paula.

Ciertamente Paula sí decía sentirse atraída por Braulio, como las demás mujeres decían sentirse atraídas por el hombre del que estaban enamoradas. Pero ella no admitía como conveniente la unión simplemente por amor, precisaba que la emoción de amar estuviera ligada a otras virtudes substanciales, en especial, a la creación de belleza por parte del hombre que te ama como persona y para ofrecerla a su amada. Un extraño modo de entender ese apasionado afecto que una persona siente hacia otra persona y que llaman también amor.

Por tal razón, Paula podía amar a aquel hombre con toda la pasión que una mujer pudiera imaginar, atraída por su físico y sentimientos, sintiéndose cautivada por sus virtudes humanas, pero sin el deseo de ser una novia, esa fase en la que ya se mantienen relaciones amorosas con intención de casarse. Nunca ansió Paula vivir al lado de Braulio y fundar con él una familia. Ella, simplemente, le quería, pero nunca pensó establecer con Braulio compromiso conyugal alguno.

«Me encontraba en los bajos del Casino Local, estaba sentado mientras repasaba la prensa del día y, una vez acabada la lectura, dediqué mi tiempo a contemplar, a través del gran ventanal, a la gente que pasaba por la calle principal. Era un día de mercado, la mayoría de los viandantes eran mujeres cargadas con la compra semanal. De repente, alguien tocó mi hombro y dirigiéndose a mí, preguntó: ¿Eres tú Braulio, *el del cuartel*, el amigo de Paula? Me giré sin levantarme del asiento y miré hacia atrás interesado en saber quién era la persona que a mí se dirigía. Conocí al individuo prontamente, era Arturo Cortés, “Arturito” para sus íntimos, profesor de música y un amigo de Enrique, hermano de Paula. Personaje al que yo solo conocía de haberle visto pasear por el pueblo. Mi respuesta fue afirmativa. Dije que sí era Braulio y quise saber en qué podía serle útil. Nada importante —respondió él—. Añadiendo que solo deseaba saber si yo salía con Paula como amigos o si existía entre nosotros algún compromiso como pareja... Interpreté que en su pregunta

había cierto tono despectivo y a la vez irónico, lo cual no me sorprendió. Pues, la formulación literal de dicha cuestión me llevó a recordar algo sobre lo que yo había meditado y, la posible respuesta a dar, caso de ocurrir. Por eso, después de una corta pausa y sin dudarlo, mi respuesta al interesado fue decirle que, lo que pudiera existir entre Paula y yo, eso era un asunto o tema entre dos personas, ella y yo. De modo que, no podía responder a lo que me preguntaba sin el consentimiento de Paula o, al menos, sin estar ella presente. Ante mi réplica, Arturo Cortés manifestó que, posiblemente, yo tuviese razón; para, nada más pasar un instante, añadir estar interesado por Paula, joven con la que tenía intención de hablar y aclarar con ella el contenido de su pregunta. Tras lo referido, continuó diciendo que, caso de ser aceptada la petición que él a la chica le formulara, trataría de acompañarla y salir a pasear con ella las veces que le fuese posible».

Después de lo hablado marchó, sin más. El silencio que envolvió a Braulio se le hizo tan insoportable que decidió levantarse del asiento, salir del local donde se hallaba y marchar a casa. Esperaba que, en un día cualquiera, lo advertido por aquel taimado pretendiente de Paula se produjese. Había comprendido que la decisión de su inesperado interlocutor era firme e irrevocable y, además, comenzó a darse cuenta de que la invisible barrera que presentía existir entre Paula y él, era demasiado gruesa y prácticamente insalvable.

Braulio nunca pidió a su chica ser novios aunque por la relación que mantenían y a la vista de la gente, parecían serlo. Ser novios en Santa Olalla, para una joven, conllevaba no salir a pasear sola, ni ir acompañada por otro chico que no fuese el novio, salvo que fuese un miembro de la familia. Tampoco bailar con varón que no fuese su prometido, sobre todo, en su ausencia; ni debía prestar atención ni poner oídos a cualquier requiebro que otro joven le dijese pues, acorde con el modo de pensar de Braulio y la costumbre local, así debía proceder la mujer que estaba comprometida, la misma que un día se habría de casar con el hombre por ella elegido, y la que sería la madre de sus hijos.

Capítulo XV

Los tres estaban preocupados. Aquella redada, que no era la primera, había provocado un desconcierto entre la militancia y un descenso notable de la misma. Las felicitaciones a los cuerpos policiales, aparecidas en la prensa franquista, eran incensaciones por su éxito profesional en el control, vigilancia y seguimiento de los rebeldes separatistas.

Sentados en aquel parque y sin apenas mirarse, los tres observaban a la gente pasear bajo la persistente lluvia de otoño. Las hojas caídas y pegadas al suelo se resistían a desaparecer y, al ser pisadas por los transeúntes, provocaban algún que otro resbalón como protesta. Marutxi elevó su mirada al cielo y le comentó a Joseba:

—No creo que haya sido una traición, es el secreto en las actuaciones lo que ha fracasado. Ya lo había advertido Pakito. Las detenciones solo significan que algo falla en la propia organización ETA y, por eso, espero que se tomen medidas y se refuerce en lo posible lo que al hermetismo de las acciones se refiere.

—Es posible que sea como tú dices —respondió Joseba—. Y por este motivo una de las decisiones que se van a tomar será observar qué hacemos los colaboradores y confirmar si realmente somos o no fiables, para poder seguir contando con nosotros. Puede que se dediquen a comprobar si pertenecemos a lo que ellos llaman chivatos o amigos de los *txakurras*, cosa que no me agrada, aunque a los presentes no nos afecte. Pero sí pienso que si ETA no se hubiera distanciado de los grupos *abertzales* ni hubiese roto sus relaciones con el PNV, ahora no estaríamos ante el dilema de si endurecer más el *hermético secreto* del que presumen o adoptar decididamente el modelo del IRGUN judío, como también pretenden, esto es, copiar el movimiento terrorista de Menachen Begin y plagiar sus medidas de seguridad y modos de acción.

Montxo se mostraba pensativo mientras sus compañeros hablaban y, una vez dejaron de hacerlo, insinuó que si dudaban de la efectividad de ETA podían quitarse de en medio y regresar al pueblo por un tiempo, hasta que las cosas se serenasen. Después dirigió su mirada a Joseba, como preguntando qué opinaba y, seguidamente, dijo:

—Aunque las relaciones entre ETA y PNV están rotas, Joseba, te aseguro que así van a seguir en el futuro. Porque hoy, ETA sigue contando con un compromiso que equivale a un importante pacto firmado. Este no es otro que el respaldo moral del clero vasco, el del grupo de sacerdotes que firmaron la *Carta de los 339* remitida a los obispados de Vitoria, San Sebastián y Bilbao. Su contenido era más que una protesta contra la represión del pueblo vasco y la jerarquía eclesiástica, esa misma que aún sigue fiel al Régimen de Franco. Quiero decirte con esto, acorde con lo que opina Pakito, que la tendencia de la organización será armarse y que la Rama Sexta de ETA será la que, pasado el tiempo, dirigirá una posible acción armada contra el Régimen, con la cual se espera que la situación de la organización acabe pronto estabilizándose.

—Te entiendo —respondió Marutxi—, pero lo que tú nos cuentas no me gusta nada. Ese no es el modo más lógico de conquistar el paraíso terrenal en el que vivieron nuestros antepasados, ni se parece en nada a lo que nos predicaba Pakito. No, no creo que la violencia sea la manera más acertada para conseguir una *Euskadi askatuta*.

Joseba miraba y escuchaba con atención a los dos. El desengaño de Marutxi era también el suyo e igual su desilusión. Él tenía las ideas muy claras y, por eso, no quería participar en aquel enfrentamiento dialéctico de los primos, además, no le importaban nada sus comentarios.

—Sabéis lo que os digo —respondió por fin Joseba—, que mi pensamiento es el mismo de siempre. Aquel que me enseñó mi *amona* Nerea y que es lo único que tiene valor para mí. Me da igual que la Sexta Rama sea la que dirija la acción de ETA o que el obispo de *Bilbo* mande en la organización. Yo si he de luchar será para conseguir “*Una patria para Dios, un Dios para una Patria*”, que decía Arana, o sea, lo que haría un buen *abertzale* para lograr una *Euskal Herria* liberada. Así es y lo tengo claro. Una vez se consiga este objetivo marcado, ya os lo digo, regresaré al caserío con mi *ama* y me dedicaré a vivir al modo como lo hicieran mis abuelos.

Marutxi y su primo continuaban enzarzados en una discusión inacabable.

—Nunca he admitido razón alguna que justifique matar a otra persona, salvo la legítima defensa, y menos acabar con la vida de otro ser humano por medio de actos violentos ejecutados desde la sombra para infundir el terror, modo de actuar que pretende ETA o a lo que parece estar abocada —dijo Marutxi, tratando de aparentar calma.

Mas, como Montxo se mantuviera en silencio ante lo que acababa de afirmar, ella continuó hablando:

—No apruebo el asesinato de una persona indefensa para, de esta manera, conseguir dominar por el terror y, por esto, me niego a seguir a quienes copian al IRGUN judío. Aún me duele y me resulta un crimen horrible la muerte de la niñita de veintidós meses, quien, por causa de un atentado de ETA, murió a finales del mes de junio pasado.

Marutxi siguió argumentando motivos condenatorios contra el execrable asesinato de la niña y aludió a la *Carta de los 339*, misiva firmada por ese número de sacerdotes que fue presentada como protesta ante la jerarquía eclesial vasca aquel pasado día 30 de mayo de 1960. En este escrito los curas, entre sus muchas quejas, argüían a cerca de la represión del sistema policial y denunciaban que “se emplea el tormento como método de exploración y búsqueda del trasgresor de la ley...”. Pero la realidad e importancia de este manifiesto no era otra que, indirectamente, se estaba aportando un muy necesario apoyo moral de parte del clero a las acciones criminales de ETA, soporte al que la organización respondió muy poco tiempo después con un incremento de la violencia. De modo que, tal como Marutxi dijera, antes de haber transcurrido un mes desde que se publicase la *Carta*, ETA asesinaba a una niña en una estación de ferrocarril de San Sebastián. Una forma de matar indiscriminada llevada a cabo mediante la deflagración de un artefacto incendiario colocado en el interior de una maleta que estaba depositada en la consigna de dicha estación. Así, ante este hecho, ella dolida, preguntaba a Montxo si creía que esta acción era o no violencia, y, también, si las quemaduras producidas en el noventa por ciento del cuerpo de la inofensiva víctima, las mismas que le produjeron la muerte, estaban o no justificadas. Y, aún hubo más, porque en ese mismo día se produjeron cinco atentados: uno en un furgón del tren correo Barcelona-Madrid y los otros cuatro en consignas de Barcelona y San Sebastián (una en la estación del Norte y otra en la de Amara). Con la fatalidad de ser el atentado de Amara el más grave de los que hubo en ese día y el que produjo la primera víctima mortal de ETA.

Joseba callaba mientras seguía escuchándoles. No entendía por qué mantenían tal discusión Montxo y su prima y viceversa, o más bien, él no quería saberlo. Se levantó del banco donde permanecía sentado, dejó el cobijo de la pérgola que le protegía de la lluvia y se dispuso a estirar las piernas caminando por el estrecho paseo de aquel parque. En silencio, esperaba que sus amigos acabaran su litigio. Mientras caminaba, sin proponérselo, comenzó a visionar en su mente escenas de la película de su vida, esa que aun siendo tan corta tenía algunos momentos interesantes. Se enfureció al recordar las *acciones violentas* ocurridas en los comienzos del pasado verano, atentados que nada más conocerlos calificó, como lo hiciera Marutxi, de una muy

mala noticia y, por lo cual, pidió a la chica que hablara con Pakito sobre tal asunto. Consecuentemente, Marutxi dio cuenta a Pakito de su disconformidad total con lo ocurrido y, este, tras entrevistar a la pareja, trató de calmarles de una forma no muy convincente, según opinara Joseba. Después de aquella charla, Pakito se limitó a aconsejar a Joseba que mantuviese la calma y tranquilizase a Marutxi, que no se preocupase por cuanto hubiera sucedido en la estación de Amara, pues nada tenía que ver con la organización ETA ni con la actividad de la *célula* a la que ellos pertenecían.

Joseba no se fiaba de aquel curita. En el tiempo que estuvo colaborando a su lado en la campaña de *concienciación nacionalista*, había observado que el sacerdote manejaba con gran habilidad a los jóvenes participantes. Con sus charlas y sermones les convencía y ganaba su voluntad, tal si en verdad fuese un santo patriota bajado del cielo para hablarles. Luego, tras explicar a los seducidos la sagrada historia del pueblo vasco y su divino derecho a ser un país independiente, les llevaba al aula parroquial donde responsables en formar en *agitación y propaganda*, enviados por la Rama correspondiente, les instruían desde la simple confección de una pancarta o una *ikurriña* hasta la forma de conseguir la movilización de un grupo de manifestantes y generar un tumulto. Los aspirantes en este recorrido formativo aprendían desde la escritura de un lema o mensaje convincente que debiera aparecer en un lote especial de propaganda divulgativa de ETA hasta la creación eslóganes o cómo hacer pintadas en pro del nacionalismo y de la lucha por la independencia de *Euskadi*, o bien, a adquirir experiencia en escritura de cartas con recomendaciones serias o duras advertencias amenazadoras dirigidas ya a un determinado organismo estatal, a un simple gremio o a una cierta clase de ciudadanos.

Sin proponérselo Joseba, cierto día, explorando la sacristía llegó a descubrir que en el sótano de la misma se guardaba toda clase de material de protesta y hostigamiento, pertrechos y demás efectos para ser utilizados en cualquier manifestación contra los *txakurras*. Asimismo, encontró una caja de botellas preparadas que él creyó ser *cócteles molotov* e, igualmente, depositados sobre un estante halló parte del material confeccionado por él, tal como lo eran ciertos circuitos eléctricos con temporizador, que, en su día, le fueron pedidos y preparados por encargo de Pakito, un trabajo que éste le pidiera a la *célula durmiente* a la que decían pertenecer.

En aquel año de 1960 se incorporaron numerosos miembros del clero y curia vasca religiosa a las filas de ETA, gente que decía estar dispuesta a participar en la lucha armada por la libertad de *Euskadi*. El Régimen de Franco, informado del proceder de esa parte de la iglesia vasca, acusó al clero vasco de “separatista” y apoyó a los obispos vascongados. En el último trimestre del mencionado año, fueron numerosas las redadas llevadas a cabo por las fuerzas policiales, servicios que provocaron un llamativo descenso de militancia en la organización. Así, por estas y otras razones, comenzaron a correr rumores acerca de que antes de comenzar el invierno la Rama Sexta tomaría el mando de la lucha armada y se reemprenderían las actividades violentas. Pero lo cierto fue que todo cuanto se comentó parecía ir encaminado y a concluir en un solo objetivo, y este era que, bajo el título de Rama Militar, la Sexta Rama solo pretendía ser la verdadera y única representante de ETA.

Se despidieron en el parque donde se encontraron. Montxo marchó en dirección contraria a la tomada por Marutxi y Joseba, y estos caminaron juntos hasta dar con la primera puerta de salida del parque y, allí, tras besarse tomaron diferentes caminos. El escaso tiempo que antes anduvieron juntos, la pareja volvió a conversar sobre aquello que Joseba temía, esto es, que la policía llegase a descubrir algún día entre los restos de alguna de aquellas maletas deflagradas en los atentados, rastros de los artilugios por él fabricados y que, a través de los mismos, pudieran llegar hasta él y

le acusasen de la autoría o participación en los actos terroristas acaecidos a finales de junio. Mientras rememoraba con ella estos temores, miedos vividos durante el pasado verano, Joseba sentía un frío interior inevitable, confundible con la sensación de soledad y deseo de huir lejos de Mondragón. Marutxi, dispuesta a ayudarle y reprimiendo su llanto, le animaba a confiar diciendo que a él y a su primo ETA no les dejaría verse en tal apuro sin que antes detuvieran, primeramente, al mayor responsable de tales acciones criminales, el que para ella no era otro que Pakito. Le consoló tratando de convencerle de que, de las grandes redadas policiales llevadas a cabo desde el inicio del otoño, el grupo al que pertenecían nunca fue avisado por ETA para que estuviese en alerta y así evitar una posible detención, un hecho que le daba seguridad a pesar de las numerosas detenciones que se habían producido. La razón de su confianza era que, al formar ellos parte de una *célula durmiente* a la que la organización nunca le había encomendado la ejecución de misión alguna, estaban libres de sospecha y, por tanto, era suficiente con llevar la vida normal de un ciudadano cualquiera. Ahora, pues, no les quedaba otra cosa que esperar. Aguardar con calma hasta que el tiempo convirtiera todos estos temores en olvido y los deseos en esperanza.

Callaron por un momento. Después Marutxi, mientras caminaba bajo la lluvia, comenzó a soñar con la luz de un soleado día en un lejano lugar, tal vez tropical, con palmeras y próximo al mar, donde paseaba acompañada por Joseba. Sabía que eran bobadas las cosas que soñaba. Que debería pensar más en ellos mismos y en la clase de vida que el nuevo año que se avecinaba les depararía, especialmente, si endurecía ETA su línea combativa, tal como lo había prometido. Pero ella quería creer en lo que deseaba, que su fantástico sueño pudiera ser algún día una realidad. Algo posible de conseguir a través de la magia del vínculo afectivo que compartía con Joseba, eso que les uniría para toda una vida transformándose en el verdadero AMOR: amor a los desheredados de la tierra, amor entre ellos mismos y más amor hacia Dios... ¡Todo un milagro!

No le confeso con rotunda claridad a Joseba todo lo que estaba pensando. Pues imaginaba que a él no le parecían admisibles las necedades con las que ella fantaseaba. Pero le habló de su vocación, de ese sentimiento interior que le incitaba a marchar a otras tierras a servir a los necesitados, partir a otro lugar donde su ayuda fuera más necesaria que lo era en su patria. Absorta, pues, en sus delirios, ella se veía viviendo en la misión, en un poblado formado por chabolas restauradas que estaba rodeado de árboles extraños, salvo las palmeras y algún otro arbusto que casualmente conocía. Allí, un superior que dirigía lo que hacer y al quien ayudar, quizá un médico o un sacerdote misionero o tal vez alguien con ambas dedicaciones a la vez y, también niños, muchos niños a los que cuidar y educar como si fuese una madre, la madre que ella renunciaba ser...

Sí, lo había consultado. Sabía qué pasos debía de dar para ser monja, esto es, una religiosa misionera de alguna de las órdenes aprobadas por la Iglesia. En todas estas órdenes la regla exigía, entre otras condiciones, el celibato o soltería, requerimiento que ella aceptaba, aunque no estaba dispuesta a renunciar a Joseba. Sí renunciaría a la maternidad y a estar casada, pero se comprometía a servir a los demás, aunque no se hacía a la idea de vivir separada de Joseba, el ser amado. Si el hecho de no ser virgen no era impedimento para ser monja, si haber tenido acceso carnal con un hombre siendo mujer soltera tampoco le impedía serlo, ¿por qué habría de renunciar a vivir con el hombre que amaba? Ella sí tenía vocación, ella sí era una apasionada por servir al prójimo y su vocación no era simplemente creer en lo que no se ve, sino un don, ese algo muy particular que ella dentro de sí sentía... Por eso, volviendo a su sueño, se vio vestida con un hábito blanco que denotaba su función religiosa en un soleado día, en un lugar tal vez tropical, con palmeras, próximo al mar y acompañada en su paseo por Joseba, como siempre...

Capítulo XVI

«Hubiese querido saber de boca de Paula lo que en verdad sentía por mí durante esos años que estuvimos saliendo como pareja. En escasas ocasiones, por no decir casi nunca, escuché de sus labios decir algo parecido a que me quería. Al principio de conocernos, puede que me dijera un “me gustas o te quiero” pero expresado con otras palabras o de alguna otra forma, según la ocasión. La mayoría de las veces que yo le preguntara qué sentía por mí o me interesara por este sentimiento, ella solía evadir la respuesta con una caricia, un beso, una sonrisa... Yo, entonces, me decía íntimamente, *hechos son amores y no buenas razones*, y me consolaba aplicándome este refrán. Lo cierto es, que en muy concretas situaciones la escuché decir te quiero y que nunca me dijo “te amo”, para, así, expresar en ese instante ocasional lo que sentía por mí».

«Con el tiempo, acostumbrado a sentirme querido sin conocer el porqué, me bastaba oír cualquier respuesta o apreciar una sonrisa para sentirme querido y feliz. Mas llegó el día y momento crucial en el que tuve la necesidad de escuchar de su boca decir que me amaba y saber la clase de amor que me profesaba. Paula, como siempre, al plantearle semejante cuestión quiso eludir pronunciarse, ante lo que parecía tener el aspecto de ser todo un compromiso. Quizá por esta causa, la última vez que esperé escuchar de sus labios si en verdad me amaba y el porqué, ella me respondió con otro interrogante en lugar de evitar mi pregunta: «¿Por qué motivo crees que te elegí a ti cuando nos conocimos?». Se estaba refiriendo al día de la romería de la Virgen Blanca, cuando en pleno baile, de entre todos los chicos que la acosaban se acercó a mí para pedirme y permitirme bailar con ella... Mientras me formulaba esta pregunta, mantenía sus ojos fijos en los míos y continuó diciendo: «¿Qué piensas que me movió a hacer el amor contigo en la bodega en la tarde del día de San Marcos?». Al responder así, me daba a entender que era yo quien tenía el problema o la dificultad de determinar si ella me amaba y que, por ello, pedía pruebas evidentes con las que convencerme de su amor. De ser esto así, según Paula, yo debía responder a mis propias preguntas y no ella. Pero esto yo ya lo había hecho, y sabía que yo era un don nadie ante la *señorita de la Alberquilla*, esto mismo que comentaba todo el pueblo y, por esta razón, yo deseaba convencerme de ser su amado o sea, algo más que ser el simple paje de la dama o un capricho. Por este motivo, nunca le declaré mi amor a Paula y, por eso, siempre esperé y seguía aguardando que fuese ella quien confesara el sentir por mí tal sentimiento, el mismo que manifestaban las parejas al declararse su amor y el que expresase que era yo, Braulio, la persona con quien quería unirse y vivir juntos el resto de nuestros días. Esto era lo que yo quería oír».

Según Braulio, Paula vivía controlando sus grandes verdades y encontradas negaciones. Mientras, él no era capaz de comprender cómo podía Paula distinguir los afectos nacidos de tan diversas y fantasiosas ilusiones que habitaban en su cabeza. Ella manifestaba sentir un sensible deleite espiritual con la música y corporal con la danza, artes de cuya belleza estaba enamorada, según confesó, y que definían la realidad de lo que para ella era y llamaba el verdadero amor. Mas, para vivir esta emoción del modo más humano, parecía precisar a su lado la presencia de otra persona fascinada por el arte, alguien que, como ella, fuese capaz sentir el efecto de la emoción amor a partir del impacto que causa la expresión artística desde el momento de iniciarse su creación. Esto es, soñar mientras surge y vivir lo bello y, además, sentir corporalmente sus efectos: contemplar o escuchar la obra artística, gozar con su presencia y dulce sosiego la emoción de lo bello según produce y alcanzar el clímax con la magia de tal creación.

Paula era una mujer libre, aunque ante los demás aparentaba ser también persona religiosa, amante de la casa y sumisa a su familia. Le gustaba contemplar en compañía las puestas de sol, el baile de las llamas en el hogar, saborear la quietud y disfrutar la calma... Pero en realidad vivía entre dos mundos, dos civilizaciones, dos tipos de amor vinculados entre sí y de difícil separación. No soportaba las costumbres arraigadas de hacer las cosas por mera práctica, ni admitía que a un día le siguiera otro igual. Necesitaba cambiarlo todo, caminar por diferentes senderos, encontrarse con nuevos horizontes y escapar de las limitaciones impuestas a su vida por quienes la rodeaban... Pero, sobre todo, buscaba lo que amaba y esto era encontrar la belleza de la danza y de la música fusionadas con la esencia de la vida amorosa para, así, ser feliz.

En la vida ordinaria de Paula, nada de lo conocido por Braulio explicaba ese anhelo. Jamás él hubiera sospechado la profesión a la que ella aspiraba de no habérselo confesado. Ocurrió aquel día en que Paula, rebosante de alegría, le mostró el título de Bachiller Superior recién obtenido. Braulio, emocionado, la felicitó, besó y, al mismo tiempo, sin saber por qué razón, sintió pena: le pareció que aquel tan esperado y feliz acontecimiento tuviese cierta connotación de despedida.

—Y, ¿sabes? —dijo Paula radiante de gozo—. El próximo curso iniciaré primero de Magisterio en la Escuela Normal, en la capital. También me matricularé en la Escuela de Danza y asistiré a clases de piano en el Conservatorio Municipal de la ciudad. Así, una vez obtenga el título de Magisterio, podré ejercer como profesora de Música y Danza...

Braulio, después de la inesperada entrevista que mantuvo con Arturo Cortés y de la aclaración no pedida que éste le hizo sobre su interés por Paula, comenzó a temer que algo, aún no definido, pudiera cambiar o entorpecer su relación con ella. Por tal circunstancia, en la primera ocasión que se vio con la chica tras el mencionado encuentro, Braulio hizo saber a Paula el sospechoso intento de Arturo de indagar sobre la relación sentimental que ellos mantenían y, consecuentemente, le repitió a Paula la respuesta que él dio a la persona que pretendía entrometerse en la vida de la pareja.

Una casi imperceptible y afectuosa tonalidad de ironía apreció Braulio cuando, tras escuchar Paula su indignada queja, ésta respondió: «¿Por qué desea acompañarme, si él me ve en casa cuando lo desea?». Aludía a las veces que Arturo visitaba su domicilio acompañando a su hermano Enrique.

Braulio, humillado y casi furioso, aclaró a Paula que él no transigiría que Arturo Cortés fuese admitido por ella como nuevo acompañante. La joven alegó ante Braulio, que siendo Arturo amigo de su hermano y teniendo en cuenta la amistad que existía entre la familia de aquel y la suya, le resultaría a ella muy difícil, a la vez de ser una descortesía, despedir o no permitir ser acompañada por un conocido como él cuando este lo pretendiera o se lo pidiese. De esta manera, tras explicar los motivos de no poder ceder a tal exigencia y tal como sucede las más de las veces cuando se enfrentan contrapuestos pareceres en la pareja, Braulio accedió a llegar a un remedo de acuerdo con Paula, en el cual no cabía la rotunda dureza y sequedad prohibitiva con la que él le pedía que la chica actuase, pero tampoco estaba dispuesto a presenciar y aceptar impasible cómo ella iba o venía con otro hombre sin, al menos, ser saludado por parte de Paula e invitado a acompañarles o a permanecer juntos los tres en feliz compañía.

A veces, el enamorado se permitía dar libertad a su pensamiento para escapar del agobio que le angustiaba y, de este modo, retornar al tiempo pasado de los días felices, ese ayer que ahora le parecía tan lejano. Así, mentalmente, se dedicaba a evocar los instantes más dichosos vividos con ella sin sentir el temor ni la sospecha de que la mujer amada pusiera su cariño en otra persona. Braulio, pues, rememoró el último atardecer que al lado de Paula disfrutó en el mirador de *La*

Alberquilla. Era un día de verano y Paula, con ocasión de encontrarse sola en la villa, invitó a Braulio a pasar la tarde con ella. Los dos, una vez salieron de la piscina y terminaron de secarse, se sentaron en el mirador a contemplar la belleza de una puesta de sol mientras tomaban un refresco. En dicha ocasión, hablaron acerca de ellos y también de su futuro inmediato. Así, Paula le confirmó que en la primera quincena de septiembre comenzaría el curso de música y danza, en cuyos respectivos centros había conseguido plaza. Braulio, por el contrario, aún parecía dudar qué hacer tras haber aprobado el examen de Preuniversitario, pues, tal como él le había sugerido, la vida militar le atraía. Paula le insinuó que si cursaba estudios universitarios podrían verse todos los días caso de coincidir ambos en la misma ciudad. Braulio sonrió tristemente tras escucharla y le aclaró que el sueldo de un Guardia Civil, como era el de su padre, no permitía mantener a un hijo estudiante en la capital y, a la vez, alimentar a la familia. No obstante, le prometió que procuraría estar a su lado cuantas veces le fuese posible, si ella lo deseaba.

A Braulio le bastó saber que Paula quería estar cerca de él para decidir de inmediato su profesión de modo definitivo. Fue por esta razón que le hizo saber su intención de iniciar estudios para opositar e ingresar en la Academia General Militar de Zaragoza. Por tanto, de poder llevar a efecto sus intenciones, asistiría a las clases preparatorias que se impartían en un establecimiento militar, un Cuartel de Artillería sito en la capital, centro dirigido por militares y al que acudiría, al menos, dos días por semana. Paula, al conocer tan inesperada noticia, exultante le abrazó y se besaron. Después, sonrientes decidieron tomar una copa de champaña para celebrar cuanto habían decidido para el próximo curso y, cogidos de la mano, se encaminaron hacia la bodega a buscar una botella.

«Sucedió una tarde que, como tantas otras, nos vimos en el bar *El Bomba*, lugar donde esperaba mi salida de clase, local sito frente al centro de preparación militar al que yo asistía y en donde solíamos quedar los días señalados. Una vez juntos, comenzamos a vivir la exasperación de siempre, porque, nada más de acabar las clases y estar yo fuera del centro, los dos cronometrábamos el tiempo disponible con el que contábamos, periodo que frecuentemente nos resultaba escaso. De tan angustiosa excitación era culpable el horario de salida del último tren, único y último medio de transporte que yo tenía para volver a Santa Olalla y, también, nuestro deseo irrefrenable de estar juntos, anhelo que, a veces, por esa falta de tiempo no podíamos satisfacer... Eran estas circunstancias por las que Paula en la mayoría de nuestros encuentros se quejaba de tener que separarnos sin haber compartido íntimamente nuestro amor; aquello con lo que, recordando a Pablo Neruda, ella decía soñar y que apasionadamente esperaba:

*Oh la boca mordida, oh los besados miembros,
oh los hambrientos dientes, oh los cuerpos trenzados.
Oh la cópula loca de esperanza y esfuerzo
en que nos anudamos y nos desesperamos.*

«De esta manera, la mayoría de las veces que nos veíamos en la ciudad, vivíamos la falta de tiempo disponible sintiéndonos molestos por esta situación al recordar pasadas banalidades de antaño en presencia del ardiente deseo que cada uno de nosotros por el otro sentía. Así, pronto nos sorprendía la hora de partir y tener que dejarnos. Después de despedirnos fogosamente, mientras caminaba hacia la estación férrea, yo iba recordando de la tarde que acababa cada instante vivido a su lado y, durante el viaje en tren, retrocedía a otro tiempo y recordaba los

momentos disfrutados en *La Alberquilla* cuando, siendo dueños de nosotros y de nuestro tiempo, hacíamos el amor y nos hablábamos sin premura... Años más tarde, ambos ya distantes, aún seguía preguntándome qué pudo llevar a Paula a resolver, del modo como lo hizo, la vinculante ecuación que representaba nuestro afecto recíproco sin acabar de explicarme qué clase de amor era el que ella por mí sentía».

«Fue el día de Navidad cuando por fin nos vimos. Los días anteriores Paula estuvo comprometida con los exámenes trimestrales. Yo tampoco había podido asistir al centro donde me preparaba, estuve griposo durante una semana, la última y previa a las vacaciones navideñas. Aquella mañana festiva, el salón de actos culturales del Centro Municipal de Coros y Danzas de Santa Olalla estaba rebosante de público. Se celebraba un concierto de piano y violín, musicado para ballet y sobre temas de obras tan conocidas como *Giselle*, *El Lago de los Cisnes*, *El Carnaval de los Animales*, entre otras. Los intérpretes eran Arturo Cortés y Enrique Aledo, al piano y violín, respectivamente. En dicho acto participaba Paula, la que vestida con una larga y blanca túnica se mantenía sentada junto al pianista. Su misión era colaborar como *pasa páginas* de su maestro. La actuación fue un rotundo éxito. Paula, bellísima, me miró y saludó desde lejos... Una vez acabado el concierto no esperé más, salí del local y marché a casa. Imaginé que Autoridades locales, músicos y familiares de los actuantes se dirigirían a algún restaurante local donde celebrar tan rutilante triunfo. Por tal razón, dando por sentado que ese día no podría verla, pase el resto de aquella festividad en mi domicilio, en compañía de mi gente, aunque me sentí enormemente solo».

Recuerdo que en la localidad se habló de aquel concierto los siguientes días de las fiestas navideñas. Con Braulio me encontré una tarde en casa de Inocencia, esta chica era una amiga común que había invitado a sus amistades a la fiesta de cumpleaños y onomástica, por tanto, a nosotros los chicos. Acompañando a Encarna, mi novia, nos presentamos en la fiesta. A Braulio, que ya había llegado, lo encontré en la sala de celebración reunido con el resto del grupo de amigos. Él había acudido sólo, sin la compañía de Paula. Al verle nos saludamos y le pregunté por la joven. Braulio sonrió y, girando su cuerpo, como si buscara por la sala entre los asistentes a alguien invisible, exclamó: «¡Eso digo yo! ¿Dónde estás que tan difícil es encontrarte?... ¡No, no la veo!... ¡Tal vez no haya venido!». La simulada indiferencia y la expresión de su rostro me hizo suponer que algún inconveniente o incidencia de última hora pudiera haber surgido y afectara a la pareja. Apenas pasaban unos minutos de la hora señalada para dar comienzo la fiesta, apareció Paula acompañada por la anfitriona. Se le apreciaba apresurada, pidió disculpas, saludó y felicitó las Navidades a todos los presentes y, luego, se dirigió hacia donde se hallaba Braulio. ¿Se dijeron algo?, no lo supe. No obstante, instantes después, bailaban... Braulio parecía estar más apaciguado, como si hubiera encontrado la calma que precisaba al sentirse acogido en los brazos de Paula. Ella, sin mostrar embargo alguno, se dejaba llevar por él envuelta en los sonos musicales de la *Petite Fleur*, de Sydney Bechet; canción cuya letra, como si de una premonición se tratara, hablaba del fin de un amor.

Es cierto que, luego de celebrarse el famoso concierto de Navidad, hubo comentarios por parte de los asistentes conocedores de la pareja para todos los gustos. También dieron su opinión algunos amigos de Paula y de Braulio, pero, desde un punto de vista más personal. Por eso, la aparición de Paula en la fiesta acalló las predicciones hechas por más de uno de los allí presentes. Yo mismo llegué a pensar, tras encontrarme con Braulio, que su fingida indiferencia hacia Paula se debía a la ayuda que esta le prestara a Arturito en su actuación al piano, durante aquel concierto. Incluso temí que el mencionado pianista se presentase en la fiesta acompañando a la chica. Lo

evidente, por lo llamativo, fue la indiferente conducta mostrada por Braulio cuando ella apareció, la cual pareció estar condicionada, en parte, por la inesperada aparición de Paula, aunque, una vez ambos se hablaron desapareció su desinterés y pronto recuperó su forma o modo de ser de siempre.

La creencia sobre el ascendiente que Paula ejercía sobre Braulio, me sería confirmada por él como un hecho cierto.

«¿Compromiso amoroso entre Paula y yo? ¡Qué va! ¡Nunca existió! Si ella me amaba lo hacía a su manera y de un modo que nunca supe, ni respondía a la forma de querer que los jóvenes de entonces conocíamos. ¡Vamos, que no era la forma de amar que generalmente entendíamos cuando decíamos querer a una chica, o bien, cuando una joven amaba a un chico! Paula en la relación afectiva que mantuvimos, llámese como se quiera, imponía el camino que cada uno de nosotros debíamos seguir en nuestro singular apasionamiento y, por lo tanto, esto era lo que generalmente prevalecía. Por este motivo, mi modo de proceder en nuestra particular relación afectiva dependía mucho de su modo de ver las cosas a la hora o momento de actuar, y nada más. No obstante, aunque entre ambos existía esta especial y admitida forma de “querernos”, los inconvenientes comunes que solían obstaculizar el establecimiento de una relación de pareja al uso, como pudieran ser la clase y condición social de los enamorados y de sus familias; la categoría personal a nivel social de cada miembro de la pareja; las cualidades que a cada uno de nosotros nos definían y todas las demás dificultades que a cualquiera se le pudieran ocurrir, añadir o comentar viéndonos juntos, éstas, para Paula, no eran causas suficientes que constituyesen barrera alguna, salvo que, por circunstancia muy especial, ella las considerase como tal. En Paula lo que predominaba era su forma de sentir y desear, eso que ella, a veces, convertía en cosa común, sin más. Esto es, en una emoción que nos implicaba a ambos, tal lo fuera el romántico deseo de bailar abrazados un vals de Strauss de su predilección o la premura de hacer el amor en un inesperado momento u otros hechos que ella decidía y en los que se incluían: cómo debíamos desaparecer de la vista de un grupo de invitados, justificar una ausencia o el modo de explicar el lugar donde habíamos estado perdidos durante una tarde. Sí, es cierto que, tal como sucediera en el recordado día de San Marcos, cuando Paula precisaba intimidad para los dos y consideraba adecuado que hiciésemos el amor, no le importaba que fuese en el huerto o en la bodega. Para ello, solo le bastaba encontrar una excusa que dar a los presentes para ausentarnos, como pudiera ser ir en busca de unas bebidas».

En fin, la realidad fue que, tras el famoso concierto navideño, entre los vecinos de la localidad, tanto asistentes como no asistentes al mencionado acto, se produjo todo tipo de comentarios: unos, felicitando a los músicos por su actuación, especialmente a Arturo Cortés; otros, diciendo que tal acto cultural no era otra cosa que un arreglo o maniobra entre dos familias pudientes del pueblo para, de este modo, dar a conocer el valor artístico-profesional de sus hijos, y, en cuanto a los demás, éstos glosaron la manera de comprometer a Paula, nieta de los señoritos de *La Alberquilla*, con Arturito Cortés, hijo del registrador de la propiedad de Santa Olalla.

Sea como fueren dichos y glosas de aquel acontecimiento, de pasada, se criticó todo lo habido y por haber sin estar relacionado con el artístico acto, tal como: si era o no admisible el noviazgo entre el hijo de un simple Guardia Civil y la nieta de unos señoritos; si Paula y Arturito habían sido vistos por vecinos del pueblo paseando por la capital como dos enamorados; si Paula miraba a Braulio por encima del hombro desde el mismo día en que se conocieron, porque ella se consideraba una reina y él, para ella, no era más que un paje o escudero, o sea, un “mandado” y, así, más...

Respecto de doña Rosa Ortiz, se llegó a decir que a esta señora no le agradaba el tal Braulio y

que, por esta razón, la familia se opondría a dar el visto bueno a un pretendido noviazgo de Paula con dicho pretendiente. Llegaron hasta tal extremo las murmuraciones que, según el decir de personas de entera confianza de doña Rosa, se atribuía a esta dama haber manifestado en privado que «Guardias Civiles y gitanos se parecían mucho en determinados aspectos, pues, una vez casados con cualquier mujer del pueblo por donde pasaban, al no tener un hogar fijo o casa en propiedad, no solían vivir en asentado sitio, sino que pasaban la vida errabundos con sus familias y mobiliario de uno a otro pueblo». Por estos comentarios o habladurías populares, las malas lenguas decían que doña Rosa, la madre de Paula, esperaba con ansia el día que marchara de la localidad el Guardia Ferro con esposa y retoño incluido, para así, de una vez por todas, dar por acabado el absurdo romance de su hija con un don nadie...

Mi opinión, basada en el conocimiento que tenía acerca de la pareja amiga, disentía con las murmuraciones de la gente, por lo tanto, ante lo que se decía de los enamorados hacía oídos sordos. Tampoco creía que tanto Paula como Braulio se mantuvieran impasibles al saber lo que en el pueblo se comentaba sobre ella y Arturito, es decir, con lo que se cotilleaba. Aunque, ciertamente, si alguien debiera sentirse afectado por estas murmuraciones ese debía de ser Braulio, sobre todo por la extraña situación en la que él quedaba. Así que, por causa de esta sarta de habladurías, conversé con mi amigo sobre la popular y fabulada relación que mantenían Paula y él, y conocí, escuchándole, los últimos chismes comentados que se hacían o las más de mil razones dadas para que ese idilio acabase en ruptura. En cambio, Braulio me confirmó que no existiría entre ellos rompimiento de compromiso alguno, porque, según él me dijo: «Nunca entre nosotros hubo un compromiso».

«La tarde que nos vimos en casa de Inocencia, una vez acabada la fiesta, acompañé a Paula hasta la puerta de su domicilio. Charlábamos y caminábamos amigablemente cuando, inesperadamente, en el trayecto nos cruzamos con Arturo Cortés. Este, al vernos, apenas se detuvo para saludarnos y dedicarle unas palabras a Paula en tono amigable y cortés, muy acorde con su apellido y condición. Ante aquel encuentro no esperado el comportamiento de Paula cambió, pasando de sentirse alegre y dicharachera, como venía siéndolo hasta ese momento, a mostrar un talante afectado de velada tristeza y mustia conversación, reacción ésta que yo atribuí al encuentro sorpresa... Seguimos caminando y ya próximos a su domicilio, pregunté a Paula si ella creía conveniente que, dado el momento que vivíamos en el pueblo de tantos chismes y murmuraciones, debiéramos seguir viéndonos o bien dejar de hacerlo, todo con el fin de acallar las habladurías que acerca de nosotros en el pueblo se hacían. Ella, con voz entrecortada me respondió: Tú sabes como yo soy y como te quiero, y no digo te amo porque tú conoces lo que para mí es ese sentir... Sí. Estoy segura que amor es para mí una emoción unida a otras, como son la belleza por el arte de la música o la danza, sentimientos que me hacen vivir en otra realidad, esto que alguna vez te he comentado. Pero tú no estás ahí, en ese contexto, lo que nosotros hemos sentido y vivimos es más humano... Quizá pienses que invento, pero es lo que siento al hablarte de amor... Al fin y al cabo, hubo alguien que dijo: *amor es un particular sentimiento que algunos nos inventamos para poder vivir...* Tal vez, eso sea así en mí. ¿Me entiendes?...».

«Entonces, escuchadas estas palabras, me sentí desnudo de sueños y no ser la persona que hasta ese mismo momento creía haber sido... De modo que, callado, miré su rostro y vi a otra Paula, alguien *que me quería pero no me necesitaba...* y, con un simple adiós, de ella me despedí...».

Capítulo XVII

Desde el día que ocupó la celda asignada en la cárcel zamorana, lo que más le afectó a Joseba fue el frío insoportable que en ella sentía. Recién ingresado en prisión llegó a creer que los carceleros abrían las puertas de todas las estancias cada noche para que aquel frío permanente inundase todos los habitáculos y, de esta manera, acabar con los presos por congelación, una manera de terminar en un invierno con la clientela carcelaria. Después, conforme fueron pasando los días, descubrió que percibía dentro de la celda y de modo constante la misma gelidez ya hiciese frío o no, fuese invierno o verano. Esto le ayudó a comprender que su melancólico helor, ese extraño frío que él sentía, estaba muy unido a su soledad, esto es, al sentimiento de verse separado de las personas que amaba, sensación que en Joseba se acentuaba cuando estaba a solas y sentía la ausencia de sus seres queridos. Así era, entre otros males, aquel padecer o pesar o melancolía vivido desde que se separó de Marutxi, una frialdad anímica que se le hacía costosa aceptar y que estaba producida especialmente por su irremediable ausencia y añorar cuanto ella le amaba.

Pero no hubo otro remedio que aceptar tal frialdad y admitir que la única solución a sus pesares estaba en esperar el día en que se le dejase libre de su encierro y llegar a tiempo, de ser posible, hasta la consumida hoguera del amor para sentir el calor de los rescoldos que quedaran de aquel fuego pasado. De modo que, a Joseba, para poder continuar y combatir el frío que en su celda le acosaba, no le quedaba más alternativa que revivir los felices instantes del ayer, aun sabiendo que así su alma apenas dejaría de tiritar... Por esto, cada noche, perdido en la oscuridad del aposento y sepultado bajo las mantas sobre su catre, navegaba entre sueños de besos y abrazos recibidos de las mujeres que le amaron, las caricias de su madre y abuela, las personas que de niño tanto le querían y, también, las de Marutxi, la chica que trenzada a su cuerpo le daba su amor y le arrullaba entre sus brazos en las locas tardes de encuentro vividas en el *piso refugio*.

Ahora, sí estaba seguro. Era la maldita soledad quien le congelaba el alma...

Nos vimos en la Sala de Visitas. Joseba solo hablaba lo justo, como en otras ocasiones solía hacer. La soledad le perseguía hasta hacerle entristecer. Mentalmente contó los años que en prisión aún habría de cumplir, quiso mencionar el tiempo pendiente que tenía que saldar por hechos del pasado, pero esta circunstancia le afectó tanto que no le permitió hablar, balbuceó y el mecanismo de defensa para contrarrestar su aflicción, más que ayudar le llevó a rememorar *historias de amor y de guerra* o cosas parecidas, las que, al comentarlas, aumentaron su desconsuelo. Aquel día, pues, le dio por hacer recuento de reuniones, consignas, misiones o metas a alcanzar antes de llevar a cabo las clandestinas actividades previas a toda acción violenta, algo menos sentimental y con lo que él trató de ocultar su tristeza repitiendo el consabido discurso cuyo contenido no era otro que *libertad para el pueblo vasco y su sagrada historia*.

También hizo alusión al *descanso del guerrero*, lo que para él era equivalente a estar con su chica, y añoró las plácidas tardes al lado de Marutxi, mujer que, a pesar de querer ser monja y amar al prójimo, hacía el amor con Joseba.

Escuchando al preso pude apreciar como al recordar el pasado revivía sus días felices, emoción que se traslucía en su semblante, aunque también supe de los pasos que anduvo por la incierta senda que le condujo a la situación en que ahora se encontraba. Mencionó algunos hechos

acaecidos a finales del año 1960 y principios de 1961, esos que provocaron las detenciones de más de cien militantes de ETA y que obligaron a esta organización a hacer un *impasse* en sus actividades antes de tomar una nueva decisión. De la mayoría de estas incidencias, algunas por él vividas, los miembros de la *célula* a la que pertenecía eran informados secreta y puntualmente por Pakito.

Llegados a este punto, Joseba habló de ETA y de su sistema asambleario. Al parecer, por entonces, la organización estaba obligada a que las decisiones se tomaran en forma grupal. Y por supuesto, dado el número de detenciones habidas entre sus militantes, el mundo etarra estaba esperando una respuesta de los dirigentes de la organización, esto es, nuevas iniciativas de carácter violento, por cuyo motivo se hacía necesaria una reunión de la asamblea. Fue, pues, en Deva (Guipúzcoa) donde se celebró dicha reunión y en ella estuvieron presentes reconocidos dirigentes de ETA, como lo eran Txillardegui, Larramendi, Benito del Valle y Madariaga, entre otros. Allí, por parte de los mencionados y tal como se esperaba, se discutió sobre el endurecimiento de las acciones, como siempre en pro de la independencia de *Euskadi* y la liberación del pueblo vasco. En los debates que tuvieron lugar se hizo mención a posibles actos terroristas y, como siempre también hubo opiniones tanto a favor como en contra no había unanimidad a la hora de decidir si actuar con mayor violencia en la lucha. El entonces responsable de la Sexta Rama, Julen Madariaga, parecía estar ausente, y se mantuvo en silencio todo el tiempo que duró el debate. De modo que, cuando los acalorados intervinientes se dieron cuenta de que Madariaga no había abierto la boca para dar su opinión sobre lo que se discutía, se interesaron en saber por qué este no participaba ni opinaba y manifestaron el deseo de saber qué pensaba sobre el tema de lucha que estaban debatiendo, en particular él, alguien siempre partidario de la acción directa. Ante tales interpelaciones, Madariaga miró el reloj y aseguró a los presentes que, acorde con la hora que acababa de observar, habrían estallado las cargas explosivas que había mandado colocar para ese día. Por lo tanto, a juicio de Joseba, antes de ser aprobada la radicalización de ETA, ya había miembros que decidían cuándo, cómo y dónde habrían de actuar los comandos armados en ese día y en los sucesivos. Efectivamente, explosiones se produjeron en representativos lugares de *Euskadi*: como lo eran el Gobierno Civil de Vitoria o la Delegación de la Policía de Bilbao.

A tenor de lo ocurrido las fuerzas del orden, tanto la Policía como la Guardia Civil, establecieron y mantuvieron los controles oportunos en el País Vasco durante un tiempo. En Bilbao, fue el cruce de Bolueta uno de los puntos elegidos. En aquellos días, los agentes de tráfico procedían a actuar según lo ordenado, esto es, paraban vehículos, identificaban a sus ocupantes y, si procedía, registraban a los mismos y al vehículo. De igual manera, y en lo que respecta a este tipo de control, la fuerza actuante podía recibir en el punto de actuación los avisos oportunos sobre vehículos sospechosos. Así, una llamada o aviso de Vitoria recibió la fuerza en el cruce citado, a la que se le participó que, en un automóvil de determinadas características, viajaban el dirigente Madariaga y un comando etarra. Igualmente, esta noticia fue ampliada con la aclaración de que los ocupantes de dicho vehículo pretendían entrar y atentar en Bilbao. Sin embargo, hubo un error en tal información. El automóvil de Javier Batarrita fue confundido con el vehículo usado por Madariaga y, así, al llegar al control de Bolueta y no obedecer el conductor lo ordenado por la fuerza policial, se produjo un tiroteo en el que resultaron heridos los dos ocupantes del vehículo en cuestión: Antonio-Martín Ballesteros, que salvaría la vida pero quedaría paralítico, y Javier Batarrita, quien murió días después.

Este luctuoso y fatal incidente, llevó a ETA realizar una serie de atentados que pusieron en jaque a las fuerzas policiales y estas, sintiéndose humilladas por la osadía de la organización

terrorista vasca de poner en tela de juicio con sus acciones la falta de información de los servicios policiales y su capacidad de reacción, procedieron a la detención de más de cien militantes etarras que, en su mayoría, fueron condenados a cumplir penas de prisión.

ETA quedó resentida ante este contragolpe policial y sus dirigentes dieron instrucciones a los seguidores de la organización para que suspendieran cualquier acción por realizar. Pakito informó a la *célula* y les advirtió que estaba previsto marcar un tiempo de inactividad, el necesario para llevar a cabo una nueva reorganización que los dirigentes de ETA pretendían hacer.

Los mandos de ETA, ante la acción policial, cruzaron la frontera hacia *Iparralde* y, desde allí, ordenaron que se disolviesen las *células activas*. Es, por esto, que Pakito les hablara a Marutxi, Montxo y Joseba de la disolución temporal del grupo y de algunas innovaciones que más tarde llegarían a conocer, tal lo fueron la habilitación pisos francos y la creación de los *comandos de acción*: (grupos de tres o cuatro activistas especializados en la lucha y con misiones señaladas, como realizar incursiones y atacar en cualquier parte del territorio español). Estos comandos se refugiarían en pisos y sus componentes llevarían, en apariencia, la vida normal de un ciudadano cualquiera, así, hasta ser requeridos por sus mandos para la acción.

Parecía que todo iba a cambiar, pero se precisaba tiempo para poner en marcha las nuevas medidas. Los *grupos de agitación* continuarían con su misión en las provincias vascas y, de ser posible, actuarían en pro de manifestaciones y protestas callejeras de cualquier tipo. La dirección de ETA, necesitada de capital para sacar adelante los cambios que pretendía, requirió información sobre toda clase de personas o empresas poseedoras de caudales suficientes, a las que les solicitaría *ayuda económica*, al tiempo que, estudiaba como planificar los modos o formas de llevar a cabo dicha recaudación. El apoyo de la iglesia vasca supuso una aportación efectiva a considerar, digna de destacar por el importante papel del clero al solidarizarse con los militantes detenidos por las fuerzas policiales y por haber hecho pública una carta denunciando los malos tratos de que habían sido objeto los simpatizantes de ETA. Carta con la que recordaban a las instituciones del Estado el respeto a los Derechos Humanos.

Concluyendo, Pakito advirtió a los tres de la cuadrilla que tendrían una temporada de relax mientras esperaban las decisiones de la dirección y les aconsejó que durante ese tiempo no perdieran el contacto, pues se propuso seguir viéndoles para irles informando de cualquier novedad que surgiese.

Marutxi y Joseba estuvieron conviviendo juntos los días que siguieron a la disolución de la *célula*. Y, luego de que pasaron esas fechas, en que se produjeron las numerosas redadas policiales (ocurridas a finales de 1960) y los atentados habidos a comienzos del nuevo año 1961, la pareja valoró esta fase de tranquilidad programada por la organización como un regalo caído del cielo. Marutxi, entonces, tuvo tiempo para meditar sobre qué hacer con su vida, cuestión que últimamente seguía preocupándole mucho, mientras Joseba, dedicado exclusivamente a su trabajo en los talleres, pasaba los días pensando en nada. Montxo, en cambio, aprovechó este tiempo para visitar a su madre y marchó al pueblo. Fue por esta causa que, Marutxi, para beneficiarse del tiempo disponible del que gozaban durante la espera impuesta, le propusiera a Joseba alquilar un pisito para los dos en Mondragón, sito en el antiguo arrabal de la villa conocido por “Maala” y, a la vez, próximo al Convento de la Purísima Concepción regido por las hermanas franciscanas concepcionistas. Joseba, al no contar con la disponibilidad del *piso refugio* —lugar de reunión de la célula y en donde la pareja celebraba sus encuentros amorosos—, aceptó como buena la idea de la chica. La decisión de vivir juntos propuesta por Marutxi le resultaba a Joseba ventajosa, dado que los gastos de alquiler de la vivienda serían compartidos por la pareja y, también, por la ubicación del mencionado piso, al estar éste cerca de los talleres donde él trabajaba. A la joven,

aquel nidito le era ideal, tal como ella dijera, porque, de escuchar la llamada divina pidiéndole que ingresase en un convento, le bastaría con cruzar la calle para dar respuesta a su vocacional deseo.

Ahora, Joseba decía recordar cada noche los momentos vividos. Encerrado en su celda usaba este recurso para atajar y ahuyentar la nocturna soledad que entumecía su alma. Al evocar, conseguía sentirse más sensible al verse amando a Marutxi en una verdadera cama, no en el estrecho catre existente en aquel oscuro rincón del cuarto de reuniones sino en la iluminada habitación dormitorio del pisito alquilado y sobre un amplio lecho matrimonial en el que Marutxi y él, además de amarse sin límites, podían descansar holgadamente. Pero lo cierto era que, una vez se le acababa el calor de los recuerdos o huían las remembranzas, Joseba volvía a sentir frío, el frío de su soledad. Veía su vida trizada, hecha un revoltijo de afectos y desengaños, aciertos y desaciertos, vivencias que a nadie interesaban... Esto fue lo que estando en prisión llegó a descubrir, que estar solo allí era como sentirse abandonado. Y que, por este motivo, se esforzaba en recordar para volver a repetir los añorados momentos: recordar, rememorar, evocar, revivir y... así sentirse amado y, después solo, sufrir.

En esta visita, Joseba me habló un poco más de su pasado. Mencionó el día en que fue citado por Pakito para proponerle a este que se decidiese sobre una doble alternativa que le ofrecía: ingresar en el Seminario de Derio o marchar a *Iparralde*, como lo hacían tantos otros militantes. Pakito le dio a entender que, una vez presente en el lugar elegido, no sería olvidado por la organización sino instruido por mandos dependientes de la cúpula. Igualmente, según expresó, la misma alternativa le había sido propuesta a Montxo. Sin embargo, Pakito, no mencionó nada acerca de Marutxi como si supiese que la chica ya tenía decididos sus planes. Al parecer, Pakito imaginó que ella dejaría la acción en cuanto Joseba marchara. De modo que, como primera solución en el caso de quedar sola pasaría a colaborar con las hermanas del Convento de la Purísima Concepción, como al parecer después le fue sugerido por Pakito y, allí, ayudaría en el parvulario que en dicha residencia existía y donde, al ser avalada por el curita, fue admitida de inmediato. Aunque es cierto que, una vez conocieron a Marutxi las hermanas franciscanas concepcionistas, prontamente quisieron captarla para la orden y ella, según le contara a Joseba, se dejaba aconsejar y seducir.

El día que Pakito se despidió de Joseba, este fue informado de la importante ayuda que la iglesia vasca desempeñaba por la independencia de *Euskadi* al apoyar a ETA. Los refuerzos proporcionados a la organización a través del clero, la cantidad de simpatizantes que viajarían a uno u otro de los destinos que, como a ellos, les fueron ofertados, impedirían, de momento, la disolución de ETA. El clero vasco abastecía en lo posible a la organización de los militantes que necesitaba, tanto de gente que había sido orientada para la acción en seminarios, conventos y ermitas, como de jóvenes de pequeñas localidades formados e instruidos en las parroquias en el independentismo nacionalista. Del mismo modo habría de suceder en el recién ampliado Seminario de Derio, lugar donde Joseba decidió ingresar y en donde la iglesia vasca le acogería con los brazos abiertos a él y a cuantos jóvenes llegaran para convertirse en futuros “curas”.

Capítulo XVIII

Así era ella. No lo supe hasta que Braulio me contó su rompimiento. Ruptura que pudo haber ocurrido un día cualquiera desde el mismo momento que se conocieron pero que nunca llegó a concluir.

Finalizado aquel día de los Santos Inocentes, fecha en la que Paula y Braulio asistieron como invitados a la fiesta organizada por Inocencia, Paula al volver a casa acompañada por Braulio y siendo requerida por este sobre lo que sentía por él, la joven le confesó que sí sentía “algo”, es decir, que sí le quería, pero especificó que este sentimiento no era lo que ella entendía por amor, al menos, ese amor con el que Braulio soñaba, ni tampoco él llegó a comprender cuál era su exacto contenido, ni entendió el modo en que era vivido por ella, ni dedujo hasta cuando esa confusa emoción de la que ella le habló podría perdurar. Entonces, en aquel instante, Braulio comenzó a dudar haber vivido con ella lo que creía ser un romance y empezó a admitir que él nunca sería el compañero de *danza* con el cual ella soñaba, ni llegaría a hacerla vibrar interpretando la pieza *musical* que a Paula le entusiasmaba. Sí, era cierto que a Braulio le hubiera gustado mostrarle a Paula un imposible: ejecutar al piano *El Bolero de Ravel* o bailar al compás de su son interminable con estilosa destreza. Pero, al no saber dar un paso de ballet ni ser capaz de sentir tan íntimamente la belleza de la música, no pudo sorprenderla de modo tan artístico y, por este motivo, tras besarla y con un adiós se marchó...

—¿Sabes? —me dijo Braulio, habiendo pasado ya un año de aquel rompimiento—. Me gustaría saber lo que Paula haya podido pensar de mí durante este tiempo en que no nos hemos visto. Si ha habido algún momento en su vida o ha ocurrido cualquier suceso que la haya llevado acordarse de mí. Y también lo contrario, saber si llegó a la conclusión definitiva de que todo lo nuestro fue un equívoco o un malentendido o el resultado de una simple atracción natural y precipitada, tal como pudo serlo conocernos o si, por lo dicho, nuestra relación ha quedado olvidada por parte ella.

Efectivamente, ya había pasado un año y estábamos de nuevo en Navidad. Atardecía y, mientras los dos paseábamos por la Plaza Mayor de Santa Olalla, fue cuando, por cosas del destino, en aquel momento vi a Paula salir de la iglesia por lo que, bromeando, le dije a Braulio:

—*Hablando de Roma...* Lo que dices desear, eso que te gustaría saber puede hacerse realidad. ¡Ahí tienes a Paula! Acaba salir de la iglesia y parece dirigirse a su domicilio. ¡Aprovecha! ¡Acércate, salúdala y acompáñala a casa y, de paso, le preguntas por todo lo que hace un momento decías querer saber!

Al acabar de escuchar mis palabras Braulio, sin pensarlo, marchó. Con paso apresurado partió en busca de la chica tratando de alcanzarla. Antes de llegar a la puerta lateral del templo, la joven se detuvo al encontrarse con Carolina, una amiga de ambos, Braulio vio de lejos lo ocurrido y cómo las chicas se detuvieron y se saludaban. Entonces, aminoró el paso para dar tiempo a que las amigas se despidiesen. Carolina debió ver a Braulio y adivinó sus intenciones, porque prontamente dejó a Paula. Braulio, entonces, aceleró de nuevo la marcha en dirección a donde la joven se encontraba y Paula, al verle aproximarse, lentificó su caminar durante unos instantes hasta se situarse bajo el soportal de la entrada lateral al templo y, allí, le esperó. Una vez los dos estuvieron frente a frente se miraron, saludaron y besaron. Braulio, para evitar aquel molesto silencio, comenzó a hablar explicando los motivos de encontrarse en Santa Olalla.

—Como quizá tú sabrás —le dijo—, a mediados de este año ingresé como alumno en la Academia de la Guardia Civil de Sabadell. Por ello, soy Guardia Civil desde el día quince de este mes de diciembre. Por tal circunstancia, he sido destinado a la Comandancia de Vizcaya y, por ello, estoy en Santa Olalla de paso, pues habré de estar presente en el Puesto al que pertenezco el primer día del año que va a comenzar.

—¿Entonces, no opositaste para ingresar en la Academia General Militar, para lo que estuviste preparándote el pasado año?

—Sí, oposité. Aunque solo aprobé el primer examen de dicha oposición. Esto es, pasé el Primer Grupo de materias exigidas o primera fase de las dos de que consta el examen de ingreso. El grupo para el que realmente me había preparado. De modo que aún me queda otro examen que superar, un Segundo Grupo nada cultural y sí basado en las ciencias exactas, matemáticas esencialmente. Pero sí, con el fin de conseguir mi meta, en el mes de junio pasado ingresé en la Academia de la Guardia Civil y, por ello, hoy soy un Guardia Civil profesional sin experiencia, claro está, y con un sueldo suficiente para poder mantenerme y costear mis estudios, es decir, soy alguien que espera ingresar prontamente en la Academia General Militar y lograr ser Oficial del Cuerpo de la Guardia Civil, meta a la que aspiro...

—¿Y estás contento con lo conseguido?

—Sí, muy contento, puesto que he dejado de ser una carga económica para mis padres, cosa de la que me siento orgulloso... ¡Así es mi vida, Paula! ¿Y, a ti, qué tal te va con tus estudios? ¿Sigues con tu carrera de magisterio, la música y la danza?...

—Sí. Aún sigo con mis estudios y durante este curso te eché mucho de menos... Sobre todo en ese tiempo que pasó tras nuestro enfado... Llegué a pensar que nunca más querrías saber de mí... Al marcharte aquel día, sentí haber perdido a la persona más querida y apreciada, a un buen amigo, y..., bueno, supongo que tú también te fuiste dolido. A mí me afectó tu adiós inesperado y, aunque no llegues a creermelo, me di cuenta que la vida sin ti era distinta a como había sido hasta entonces teniéndote cerca, me era menos soportable y yo más infeliz. Pero como ocurre con todo mal, creo haberme acostumbrado, pues el tiempo todo lo puede y hasta te hace cambiar...

—Yo también me sentí dolido. Tanto como pudiste estarlo tú... Al marchar perdí toda esperanza de volverte a ver y retomar nuestra amistad. Y, como te ocurrió a ti, tampoco me gustó perder a una buena amiga. Es por eso que hoy, al verte pasar, he querido saludarte y hacerte saber que, aunque ya no estemos juntos, yo desearía me considerases un amigo... Me fue costosa nuestra separación, pero ya todo pasó. Ahora, aquí estoy..., sí, para saludarte, decirte lo que has escuchado y despedirme, dado que mañana habré de partir para Vizcaya.

—¡No, no puede ser! ¿Cómo te has de marchar, si apenas nos hemos saludado?

—El encontrarte, Paula, nos ha permitido que hablemos y que aclaremos nuestro deseo de recíproca amistad y... yo te lo agradezco, Paula, de verdad... Pero, sí, marcharé mañana y pasará bastante tiempo hasta que podamos volver a vernos de nuevo... El día de Año Nuevo he de estar en mi destino, lejos de aquí...

—¡Podríamos estar juntos antes de tu partida o si lo deseas esta noche...! Me gustaría que hablásemos sosegadamente, estaríamos a solas en un lugar tranquilo, como antes... ¿Me comprendes?...

—Me agradaría mucho gozar de tu compañía, estar junto a ti... ¡Tú bien lo sabes! Pero me resulta difícil. Ha anochecido, mi familia me espera en casa y mañana saldré temprano para Madrid y, de allí, seguiré hasta Bilbao... todo muy precipitado. Sin embargo, sí prometo escribirte, si tú deseas que lo haga...

—Me alegrará mucho que me escribas y saber de ti. Contestaré a todas tus cartas..., ellas me

ayudarán a sentirme mejor al saber que, a pesar de estar distantes, aún seguimos siendo amigos y que te acuerdas de mí...

Sonrieron, se besaron y se despidieron. Él prometió que volvería a verla en el mes de abril, posiblemente en Semana Santa. De poder regresar para esa fecha, le anticiparía por correo su llegada, una vez estuviese seguro de que tal petición vacacional le era concedida por sus superiores.

Paula, según lo previsto, acabaría el tercer curso de estudios en la Escuela de Magisterio a mediados del año que recién comenzaba, por tanto, finalizaría la carrera. Pero ella, siguiendo su modo de pensar, aún dudaba si preparar la oposición para conseguir plaza en el Magisterio Nacional una vez acabara tales estudios, o bien, dejaría este objetivo para más adelante. Lo que sí tenía clara era su idea de proseguir con su formación en el Conservatorio y Escuela de Danza, estudios con los que continuaría hasta llegar el momento de decidir qué hacer con su vida o qué camino tomar.

En el curso actual, en meses previos a la Navidad, estas motivaciones ya habían movilizado a Paula a demostrar su gran interés por la música y la danza, artes que ella continuaba aprendiendo y practicando. En cuanto a la música se refiere, llegó a ser alumna destacada y favorita de su profesor de piano, Arturo Cortés. Y, aunque la profesión pretendida por Paula era ser profesora de música y danza, la danza escénica era arte por el que ella se sentía más atraída. En sus fantasías, siempre combinaba ballet e interpretación escénica y acompañaba su imaginaria actuación, con una pieza musical ejecutada al piano. Por estas circunstancias, cuando fantaseaba ser la estrella de alguna de sus ilusorias actuaciones, acostumbraba a verse más como danzarina de ballet que como pianista. Cierta día, estando sumergida en tales ensueños, fue preguntada por Arturo sobre cuál era su parecer acerca de la idea de repetir un otro concierto navideño en Santa Olalla, algo similar al realizado el año anterior. A lo que, Paula, revelando su entusiasmo ante la consulta de su maestro, le habló de una fantasía musical, una idea que fue felicitada por Arturito como premio a su ingenio y que, tras ella exponerla, el quedó a su entera disposición para poder lograr lo soñado por ella y fuese una realidad.

Por lo mencionado y debido al empeño puesto en tal tarea, Paula y Arturo consiguieron que se anunciara para el día de la Epifanía del Señor, un especial concierto de piano ejecutado por el profesor Arturo Cortés en el Centro Cultural de Santa Olalla. Asimismo, durante la intervención del citado maestro, actuaría para el público la conocida y encantadora danzarina de ballet clásico, Paula Aledo.

Días antes de la anunciada celebración o renombrado acto, Braulio, totalmente ajeno a la actuación que se pergeñaba en Santa Olalla, hacía su presentación en la Comandancia de la Guardia Civil de Bilbao. Esto sucedía, el dos de enero de 1963, día en que el neófito Guardia 2º Braulio Ferro se personó en la Casa Cuartel de la Guardia Civil de La Salve, lugar donde se ubicaba la Jefatura de Comandancia de su nuevo destino. Fue acompañado por su tío carnal, el Guardia 2º Abilio Ferro Sánchez, un veterano del Benemérito Cuerpo, miembro del Servicio de Información de la Guardia Civil y destinado en Durango, la misma localidad y Puesto a los que había sido destinado su sobrino Braulio.

Me encontraba en la capital, había ido de compras. Caminaba por la Gran Vía y muy cerca de Galerías Preciados, los grandes almacenes de donde acababa de salir, y advertí cómo alguien, desde la acera y al otro lado de la citada avenida, me hacía señales. Sí, miré y era Paula quien iba acompañada por Arturo, me vio cuando yo trataba de cruzar por un paso peatonal. Se acercaron

para saludarme al punto donde me detuve. Lo hice solo un momento para corresponder a su gesto y darles mi enhorabuena por tan exitosa y comentada actuación y aplaudido concierto. Les advertí de mi prisa, cosa que sentí, pues tuve que despedirme de ellos tan pronto como pude, me excusé aclarando que me exponía a perder el autobús de no apresurarme, dado que faltaban solo minutos para que efectuase su salida de la cercana estación hacia Santa Olalla. Los dos parecieron alegrarse al mencionarles su triunfal éxito y sí, para mi opinión, ambos parecían sentirse muy felices. Tras dejarles, mientras caminaba acelerado en busca del bus, me acordé de Braulio, mi amigo, quien hacía ya un par de semanas que marchara al norte, al País Vasco. Sí, él salió de viaje al día siguiente de verse y hablar con Paula, la víspera del último día del año. Por lo cual, sospecho, que quizá no tuviese noticia de la celebración de este último concierto, ni del triunfo de Paula, ni de la repercusión que tal acto cultural había tenido en la prensa local y provincial. Recordé, pues, la mañana del día de su partida, momento en que nos despedimos en la estación de ferrocarril de Santa Olalla. Me habló de su entrevista con Paula, la que según su parecer resultó satisfactoria para ambos. Pues, como él me contase, habían retomado la amistad que antaño ambos tenían y dejaron zanjada, antes de despedirse, la supuesta animadversión que en su día entre ellos apareció.

Braulio pasó la Noche Vieja del año que finiquitaba en Durango, en casa de sus tíos. El viaje lo realizó en tren hasta Madrid y, al anochecer del día 30 de diciembre de 1962, continuó viajando hacia Vizcaya. En el momento de partir de Santa Olalla él no estaba triste, le vi tranquilo al despedirnos. Haber charlado con Paula la noche anterior pareció confortarle y hacerle cambiar de talante, le vi más contento. Fue por esta causa que me pregunté: «¿Solo el hecho de hablar con Paula le ha levantado el ánimo?...». Paula le debió dar respuestas satisfactorias a sus preguntas, esas que él a sí mismo se hacía y que le hacían dudar que existiera entre ambos una relación sentimental más allá de la amistad. Igualmente, supuse que debió escuchar de boca de la joven todo cuanto que él quería oír.... Lo cierto fue que, mientras yo pensaba en Braulio y a la vez corría aceleradamente para no perder el bus, sin querer me dije: «¿Qué hubiera opinado Braulio si súbitamente, tal como me ha sucedido hubiera encontrado a Paula acompañada por Arturo?...»

Paula quedó fascinada al escuchar la interpretación que al piano acababa de realizar Arturo Cortes del *II: Adagio del Concierto No. 2 en Fa, Op. 102*, de Shostakovich. De tal modo quedó ensimismada que soñó con el éxito musical del evento, ese que días después habrían de celebrar en Santa Olalla. La proposición que el pianista le hizo a Paula, tal si fuera una sencilla invitación, la animó a danzar e interpretar el *Adagio*. Así, ante esta irrechazable petición, Paula aceptó. Lo aludido conllevó a que Arturo se hubiera de entrevistar en la Escuela de Danza con el profesorado de la joven para hacerles saber su propuesta de ensayos previos a realizar antes de la fecha de actuación, y, todo con un fin, para conseguir el éxito en ese día tan señalado.

Arturo, pues, comenzó a acompañar a Paula y asistir con ella a las pruebas previstas que la joven realizaba. Desde entonces y también luego del comentado triunfo de ambos, se les vio juntos con mayor frecuencia que otras veces, tanto en la capital como en Santa Olalla.

De Braulio, días después de marchar, recibí una carta en la que me decía, entre otras cosas, que él había escrito a Paula más de dos veces cumpliendo, al parecer, lo que le había prometido y, asimismo, se quejaba de no haber obtenido respuesta alguna por parte de la joven. Por esta circunstancia, me rogaba en la citada misiva que, de depararme la suerte la ocasión de hablar con la chica, tuviese a bien preguntarla si sabía o tenía alguna noticia de Braulio, el ausente amigo. Circunstancia ésta que yo no tuve el deseo ni ocasión de llevar a efecto.

Según me contaba Braulio sobre como era su nueva vida en Vizcaya, allí parecía respirarse

cierta tensión por haber un continuo ambiente de enfrentamiento entre gente del pueblo y las fuerzas mantenedoras del orden público, hecho éste que dificultaba la práctica de cualquier misión propia de la Guardia Civil. Lo mencionado, según Braulio, era debido a la inseguridad o rechazo reinante en aquel mundo a la hora de tener que cumplir cualquier servicio propio del Cuerpo, los mismos que los guardias realizaban en cualquier lugar de España sin tantas prevenciones, con menos personal y más seguridad. Al parecer, en el periodo de tiempo comprendido entre mediados del acabado año 1962 y las primeras semanas del nuevo año 1963, la actividad de los separatistas había sido bastante convulsa. Durante ese espacio temporal la banda terrorista ETA había estado a punto de ser erradicada por dos veces, debido a unas acertadas acciones policiales. Pero, para complicar más el estado de revuelta que allí persistía, se había producido una reacción por parte del clero vasco acusando a las FOP (Fuerzas de Orden Público) de maltrato a los detenidos. Con sus proclamas, los curas exigían en nombre de los derechos humanos y demás libertades: la excarcelación de los etarras condenados; instigaban el ánimo de los vascos independentistas y trataban despertar en los nacionalistas el deseo de afiliarse a la organización como nuevos etarras. Como consecuencia de lo mencionado, hubo un incremento notable del voluntariado independentista y la petición de lucha armada contra España por muchos de ellos, circunstancias que, de nuevo, volvían a reforzar a ETA.

Debido a los apoyos de todo tipo recibidos de los nacionalistas vascos refugiados en Francia y de los emigrados a Venezuela, la organización terrorista parecía estar dispuesta a replantearse sus principios de lucha, dadas las ayudas e insistentes peticiones. Así, para demostrar su reactivación y beneficiosa mejoría, empezó a extender rumores de amenaza de una posible huelga generalizada que afectaría a los obreros metalúrgicos vascos, la cual sería fomentada por secuaces etarras. Ante este anunciado acontecer, la iglesia vasca se preparó para apoyar a los huelguistas igual que hiciera en otras ocasiones, y, ante lo que se esperaba, como respuesta dada por parte del Gobierno, se empezó a comentar la posibilidad de una declaración del estado de excepción, que abarcaría tanto Vizcaya como Guipúzcoa.

Mientras sucedía lo mencionado, Braulio, en Durango, se esforzaba en adaptarse a esta nueva forma de vivir y a mantenerse informado de cuantos acontecimientos se iban produciendo. Él vivía fuera de la Casa Cuartel, en el domicilio de sus tíos Itziar y Abilio, los padres de su primita Edurne. Por tanto, una vez que él acababa el servicio señalado, a la hora de volver a casa, él no lo hacía uniformado como sucediera en cualquier lugar de España, sino que se vestía de paisano en el acuartelamiento y así, al caminar por la calle, disimulaba su condición de guardia civil y pasaba a ser un ciudadano más de la localidad.

Capítulo XIX

Joseba temía a lo que por entonces pudiera ocurrirle. El tiempo que hubiera de pasar recluido en el seminario para él sería como estar en prisión y le resultaría eterno. Pero las circunstancias del momento le obligaban a elegir, sobre todo, después de hablar y discutir las propuestas que le fueron ofrecidas por Pakito. Estaban viviendo un momento de apremio en donde no podían dedicar mucho tiempo a pensar qué era lo más conveniente y, por tanto, debían decidirse y escoger. A Pakito no le había quedado más solución que informarles llanamente, tanto a Montxo como a Joseba, sobre cuál era el problema real al que los dos se enfrentaban y las posibles consecuencias que habrían de afrontar de no tomar la decisión oportuna. Así mismo, les mostró las escasas alternativas más seguras que, según su parecer, a ambos les quedaban y podían adoptar. Por eso, una vez reunidos los tres, el curita resumidamente les habló de las redadas policiales que se estaban produciendo y sacó a relucir la primera acción mortal que algunos le atribuían a ETA. Les recordó, por tal razón, el atentado ocurrido a finales de junio de 1960, acción en la que perdió la vida una niña de corta edad. Les aclaró que los *txakurras*, desde entonces, no habían dejado de rastrear cualquier pista relacionada con el suceso en Mondragón, intentando localizar a los autores de tan luctuosa acción. Rememoró cómo en ese día se produjeron deflagraciones y explosiones de artefactos en diferentes sitios: el furgón del tren correo Barcelona-Madrid, en las consignas de estaciones de tren como las de Barcelona y San Sebastián, etcétera. Les advirtió que el análisis científico de los restos encontrados procedentes de aquellos artefactos, de los cuales algunos no llegaron a explotar, llevado a cabo por artificieros del Ejército y por expertos en dactiloscopia del Cuerpo de la Guardia Civil, habían concluido en un detallado informe acerca de los materiales empleados, tal como mecanismos eléctricos, clase de detonadores, temporizadores, sustancias químicas incendiarias detectadas y huellas dactilares de los posibles autores. E incluso, en dicho informe hacían mención de los posibles lugares de donde podían proceder los citados componentes.

Como consecuencia del contenido de tal documento, según afirmaba Pakito, las fuerzas policiales habían iniciado una operación de rastreo cuyo fin no era otro que buscar y capturar al personal interviniente en aquel atentado. Por otro lado a Pakito, según él dijo, le había llegado noticia de que la policía mantenía en su poder pruebas calificadas de muy relevantes. Estas consistían en restos de materiales metálicos y de sustancias químicas integrantes de los artefactos incendiarios, las que, según los agentes aseguraban, procedían de Mondragón como punto más probable de entre otras localidades. De tal manera que, partiendo de restos y vestigios procedentes de los artefactos que deflagraron y recogieron en su día, como lo eran una porción metálica parte del depósito de combustible de una cocina de gasoil o el trozo de un mecanismo temporizador de un horno doméstico o fragmentos de cableado eléctrico de cierto tipo impregnados por sustancias químicas y barnices para facilitar de la deflagración, los investigadores concluyeron que estos materiales eran restos de objetos o artilugios de cocina de los utilizados en el hogar, al igual que las sustancias y barnices, propios de los aparatos que se fabricaban en talleres de localidades tales como Mondragón.

Concluyó Pakito, diciendo que la organización había dispuesto que se adoptaran con Montxo y Joseba, las medidas preventivas necesarias a fin de evitar el riesgo de que los mencionados

colaboradores fuesen detenidos e implicados en la comisión de una acción terrorista.

Montxo y Joseba captaron enseguida el mensaje. Por eso llegaron a pensar que como personas conocidas en la localidad, ya por haber actuado como monitores en los cursos de Acción Católica dirigidos a la juventud local o por colaborar con Pakito en la *escuela social* de la parroquia de la que él era coadjutor, pronto serían localizados caso de ser buscados e inculcados por ser trabajadores de talleres dedicados a la fabricación de cocinas, lugares de donde consiguieron, siguiendo las instrucciones de Pakito, los materiales necesarios para confeccionar los dispositivos que serían aplicados a las cargas seleccionadas y, así, poder producir las explosiones o deflagraciones en el momento señalado; mecanismos que, una vez acabados, fueron entregados al sacerdote.

Serían, pues, presa fácil para los *txakurras* en el caso de indagar estos entre el alumnado de los cursos en los que ellos habían intervenido, ya en talleres o ayudando a los “evangelizadores” de turno: gente experta en marxismo-leninismo y militantes de la organización EKIN/ETA, algunos de ellos fichados por la policía. Etxarras que tenían como misión despertar el interés de los *novicios* y avivar la vocación de ser *curas obreros*, labores en las que todos participábamos.

Fueron, el párroco y su coadjutor Pakito, quienes les ofrecieron, tanto a Joseba como a Montxo, las dos alternativas de una huida digna: marchar a *Iparralde* o ingresar en el seminario para ser un *cura obrero*. Pakito y el párroco les hablaron en un *euskera* amigable y familiar, haciéndoles ver lo tensa y peligrosa que estaba la situación, hasta el extremo de confesarles que la cúpula de la organización etarra había decidido trasladarse y residir, sin idea de retorno, al País Vasco Francés o *Euskadi* Norte. Es decir, que tanto la dirección de ETA como la militancia contaban ya con suficientes apoyos y refugios facilitados por los regionalistas *euskeros* franceses, dado que, detrás de la dirección etarra llegaría un grupo de más de cien militantes.

Según estos dos consejeros, de marchar Montxo y Joseba voluntariamente a Francia, se incorporarían a un grupo operativo para su formación y adiestramiento y permanecerían en él durante el tiempo que estuviesen en clandestinidad, hasta que, llegado el momento y de estar perfectamente preparados para actuar, se les asignara la misión correspondiente. De tomar la otra alternativa que les ofrecieron, ser los dos sacerdotes, ingresarían en el Seminario de Derio.

Montxo lo tuvo claro desde el primer instante, él marcharía a *Iparralde*. Joseba, en cambio, prefirió consultar con Marutxi lo que hubiera de decidir. De modo que se entrevistó con la chica. Ella, nada más conocer las opciones ofrecidas, le aconsejó, rogó y animó a Joseba a ingresar en el seminario y, a la vez, prometió esperarle durante el tiempo que permaneciera en el centro de formación religiosa... Sí, Marutxi, de ser admitida, estaba dispuesta a ingresar en el Convento de la Purísima Concepción e, incluso, viviría con las hermanas franciscanas concepcionistas si era preciso. Por eso le dijo a Joseba que el convento, en Mondragón, sería su refugio, y le prometió que en este lugar le aguardaría hasta que fuese ordenado sacerdote.

El Seminario de Derio, afecto a la Diócesis de Bilbao, había sido inaugurado recientemente, a finales de octubre de 1960. Este centro diocesano funcionaba desde el año 1953 y en él se impartían los cursos de formación propios de un Seminario Menor. Pero a partir del curso que se iniciara en otoño de 1956, le fue integrado el Seminario Mayor y, desde entonces, todos los seminaristas de la Diócesis de Bilbao cursaban sus estudios en Derio. En aquella fecha, don Santiago Goiri era Rector del Seminario y monseñor Pablo Gúrpide Obispo de la Diócesis.

En el año 1960, en este Seminario nació la idea de crear un *sindicato de curas independiente* al que pudiera adherirse todo el clero de Vizcaya. Secreta ocurrencia que fue propalada por iglesias, parroquias, conventos, capillas y ermitas de las provincias vascas y que estuvo apoyada,

a pesar de la oposición del Obispado, por gran cantidad de curas y religiosos rurales, los que fueron conocidos la mayor parte de ellos por el nombre de *curas obreros*.

Monseñor Gúrpide, Obispo de Bilbao, tuvo que enfrentarse a los principales promotores de este Sindicato Libre del Clero Vasco (SLCV), organización que estaba dirigido por *comunistas abertzales* y que contaba entre sus filas con los belicosos sacerdotes de Amurrio (Álava), amén de otros *curas obreros* de la margen izquierda de la ría bilbaína, como los de las zonas de Zorroza y Ensanche.

Igualmente, en el Seminario de Derio se formó un núcleo clerical de oposición al Gobierno de Franco. El cual, en el año 1961, aportó alrededor de cien jóvenes *abertzales* a la causa etarra y todos dispuestos a luchar por el independentismo de *Euskadi*. Por lo tanto, consecuente con lo mencionado, el clero vasco fue acusado de separatista por el Régimen y quedó públicamente vinculado a los movimientos de oposición al mismo, pues, el proceder de aquellos curas era más que un simple signo de aprobación y de apoyo moral a las acciones insurreccionales de ETA.

Muy pronto Pakito, en nombre de su párroco, contactó con don Elías, cura del pueblo donde había nacido Joseba Txakarita. El fin de estas comunicaciones no era otro que ponerse de acuerdo en el contenido del informe favorable que habrían de elevar al obispado, un documento que era necesario para conseguir que su tutelado pudiera ingresar en el Seminario de Derio. Tras la lectura de los requisitos y exigencias que demandaba este centro religioso, ambos sacerdotes pronto estuvieron acordes en informar que: «Joseba Txakarita Goizueta, era un joven soltero, de 18 años, con estudios de Bachillerato Elemental y Formación Profesional. Feligrés de las parroquias en las que ambos sacerdotes ejercían su ministerio y el que, por ellos, era reconocido como católico, apostólico y romano practicante. Pudiendo acreditar, fidedignamente, que el aspirante al sacerdocio había prestado, a lo largo del tiempo, diversos servicios a la Iglesia tal lo eran ayudas en los oficios de culto y de altar; participación con la parroquia en enseñanzas de cantos y lecturas o dando a conocer a los fieles los libros sagrados e himnos religiosos y demás. Respecto al prójimo, era colaborador con el clero en la formación y apostolado de los grupos de Acción Católica; ayudante en la *escuela social* parroquial y, además, partícipe en las diversas actividades de ayuda en las que la parroquia se hallaba implicaba.

Por todas estas razones, a juicio de los informantes, quedaban suficientemente demostradas sus creencias en la fe católica y resaltaban lo que el mismo Joseba había siempre afirmado que *ser sacerdote era lo único que deseaba en la vida*. Suficiente motivo vocacional con el cual, el aspirante, pretendía ingresar en el seminario a través de la diócesis. En lo tocante a la historia religiosa de su familia, Joseba era nieto de Nerea Bengoechea, ya fallecida, una amiga del matrimonio Arana; una *bertsolari* muy conocida, cristiana y católica, tradicionalista, vasca y amiga de la Iglesia. En cuanto a la madre del chico, Itxaro Goizueta, hija de Nerea, viuda, católica y propietaria del caserío donde vivía, era persona económicamente acomodada y buena colaboradora con la parroquia. Respecto a los conocimientos religiosos del pretendiente al sacerdocio eran los tradicionales del pueblo vasco y estaban acordes con lo que el Catecismo de la Doctrina Cristiana exponía: amplios respecto al Nuevo Testamento y suficientes en cuanto a la Biblia. En fin, el aspirante al sacerdocio era, pues, un joven, alegre, inteligente y aficionado al deporte (pelotari), en el cual destacaba. Sus prácticas espirituales: retiros, conferencias y talleres en los que participó, habían sido a lo largo de su vida orientados por los informantes y siempre los adecuados y propios para un muchacho de su edad».

Marutxi se sintió muy ilusionada con la decisión de Joseba y con cuanto a ella le estaba sucediendo. La joven le confesó no estar hecha para la *acción* como militante, aunque sí a favor de la libertad de *Euskadi*. Ella se definía como una sentimental, sin otra ilusión para el porvenir

que servir a Dios cuidando a sus pequeños. Así, con un carácter un tanto pasivo y una vocación religiosa caritativa, más apostólica tradicional que contemplativa, deseaba realizar su sueño: enfocar su quehacer hacia la educación y cuidado de los niños o ser su auxiliadora en la asistencia médica. Su lema cristiano era “¡Dejad que los niños se acerquen a mí!”, el cual decía todo de ella. Por eso, al presentarse la ocasión de tener que abandonar *la célula*, pensó que era Dios quien le había abierto las puertas de la Comunidad Religiosa Franciscana Concepcionista de Mondragón, congregación en la que, pasado el tiempo, tal vez se decidiera a ingresar.

La Comunidad con la que Marutxi pretendía contactar en su origen fue un beaterio fundado en el año 1511, el conocido entonces como Casa de las Beatas de Nuestro Padre San Francisco. En aquella época, la forma de vida de estas mujeres era premonástica, esto es, que las hermanas podían llevar hábito religioso sin estar obligadas a vivir en comunidad ni seguir regla alguna determinada. De este modo, como Casa de Beatas, la comunidad permaneció hasta el 1596, año en que se determinó que tal beaterio tomase el carácter de orden religiosa y se adoptara el voto de clausura, decantándose por la regla de Santa Isabel.

No obstante, en la nueva comunidad, aún hubo hermanas que seguían con el antiguo régimen, esto es, el propio del beaterio y se mantenían así hasta que decidían tomar el velo negro de la orden. Las hermanas beatas eran las que atendían la huerta, la cocina, limpieza de celdas, salas de labores y de música. En el año 1923 fue cuando se adoptó la nueva regla, la de la Concepción de la Santísima Virgen María, y pasaron a ser conocidas por Hermanas Franciscanas Concepcionistas de Santa María, las que *se desposaban con Jesucristo, a honra de la Inmaculada Concepción su Madre, prometiendo vivir siempre en obediencia, pobreza, castidad y en perpetua clausura*. Pero, a pesar de esta nueva regla, se siguió manteniendo a las hermanas beatas.

Marutxi fue avalada por Pakito para ser admitida en el referido convento, accediendo en calidad de beata de Nuestro Padre San Francisco. Su pretensión era permanecer así, aguardando la vuelta de Joseba o que éste se consagrara como sacerdote. Por lo cual, hasta llegado el día señalado, no decidiría acerca de si tomar los hábitos e ingresar en la orden de las Hermanas Franciscanas Concepcionistas o marchar como voluntaria a una misión en el extranjero.

Capítulo XX

La ausencia de Braulio o quizá fue la íntima soledad vivida por Paula tras su partida llegaron a perturbar emocionalmente a la chica. Por este motivo, ella orientó su afectividad en busca de una compensación hacia el estudio, la práctica de la música y danza clásica. Pero el continuo ejercicio practicando estas artes junto a otra serie de diversas y discutibles circunstancias, entre ellas, su nueva actuación y estreno como bailarina, animó a la joven a tomar contacto con la persona de la que, según decía la gente del pueblo, ella estaba enamorada, Arturo Cortés.

Cuando Braulio fue conocedor de esta noticia y del reciente éxito obtenido por Paula como figura del ballet, en él resucitó todo el pasado vivido junto a ella, desde las escenas vividas aquella lejana tarde en que fue invitado por Paula en su onomástica y visitó por vez primera la residencia donde la joven vivía con su familia, lugar donde ella celebró la fiesta que él malogró, hasta su fatal rompimiento con ella, suceso ocurrido poco más de un año.

Las desagradables vivencias que supuestamente Braulio experimentaba y los primeros presagios y temores invasores que poblaron su alma, negros augurios que parecían vaticinar una no querida y dolorosa pérdida de la amistad con la joven, fueron pronósticos al fin de lo que acontecería al hacerse presente en Santa Olalla y presenciar la escena, para él determinante, que tanto temía y le haría sufrir.

Braulio, pues, volvió a Santa Olalla en la fecha prevista, el mismo día que a Paula ya le había anticipado por correo para informarla acerca de cuándo sería su llegada. Así, nada más llegar, y como habitualmente sucede con las malas noticias que acontecen, vino en conocimiento de algo que temía y que se negaba a creer como posible realidad: un hecho que le produjo evidente dolor, el que acompaña al sentirse olvidado por alguien a quien se quiere. Y todo lo inició, el prestar oídos a ciertos rumores inconcretos que circulaban por el pueblo, como era esa habladuría de decir que Braulio había roto definitivamente con Paula o viceversa, y que, por tanto, ella estaba comprometida con otro hombre.

—¡Le prometí que volvería para la Semana Santa y así lo he hecho...! ¡Afirmé que le escribiría y cumplí repetidamente mi promesa...! —comentaba mi amigo Braulio con tono suplicante.

Para hacerme saber su definitivo rompimiento con Paula, Braulio trató de explicarme cuál fue el motivo y qué sucedió para que él tomara tal decisión. Para ello me habló del encuentro inesperado con Paula en el Día de los Ramos, instante en que la joven salía de la iglesia acompañada por Arturo y resto de la familia Cortés. Añadió que quedó sorprendido al verla en tan grata compañía para ella, y que no se acercó a saludarla a pesar de ser visto por la chica. Según manifestó, Braulio hizo todo lo posible para pasar inadvertido, refugiándose en el templo y mezclándose entre el público asistente a la celebración de ese día. Al tiempo que mostraba este absurdo proceder, según él dijera, mentalmente profería mudas imprecaciones y renunciaba a volver a sentir algo más por ella. Braulio, en concreto, me habló del dolor que le produjo este desagradable tropiezo y de su inexplicable comportamiento. Algo que hizo sin reparar en que, tal vez, lo ocurrido tuviera explicación posible y que de su proceder podría arrepentirse.

—He estado estos meses escribiéndole periódicamente y esperando su respuesta a mis cartas, cosa que no se ha producido. He soportado dolido todo este tiempo, sin querer admitir que en su silencio tenía la respuesta de Paula...

Braulio divagaba sobre si la joven, en verdad, estaba enamorada de Arturo. Él se preguntaba

acerca de algo muy discutible de poder determinar, como ¿qué cualidades de Arturo podrían haberla enamorado? Pues, si era la belleza de su arte musical la cualidad artística que le atraía de Arturo, Paula entonces habría encontrado en él lo que ella le exigía a un hombre para poderle amar. Ahora bien, pensaba yo, de no bastar con la clase de hombre que éste era y de precisar para amarle algún lucimiento más, ahí estaban los bienes económicos de la familia Cortés, apoyos suficientes que a él le adornaban como único heredero. Puede que fuesen ambas cosas las que animaron a Paula a amarle, me dijo Braulio. Aunque, al formular estas hipótesis sobre las posibles virtudes del supuesto contrincante, Braulio imaginó que Paula siempre podría alegar haber quedado deslumbrada por la bella estampa de Arturo interpretando al piano, razón suficiente para quedar ella enamorada tanto de su físico como de su música o viceversa. Un parecer que a Braulio, conocedor de la joven, no le resultaba tan extraño como para decir que fuese pura ficción este supuesto alegato. Pues él sí admitía que a ella le entusiasmase su música y veía posible que hubiese sido el modo y arte de interpretar Arturito a los grandes maestros lo que a ella la enamoró. Es decir, que tal adorno musical pudo haberla encandilado, dado que Braulio había visto soñar y extasiarse a Paula escuchando un concierto.

No obstante, él seguía creyendo que, para dar como consolidado el supuesto enamoramiento de la joven, se debieran tener en cuenta el análisis de otros ingredientes, como pudieran serlos las influencias externas ejercidas sobre la persona que se decía enamorada. Mediaciones que conformaban algo abstracto y complejo, pero que podían incitarla a que se enamorase de alguien de quien nadie se esperaba.

—Me hubiera gustado saber de boca de Paula, qué la ha movido a olvidarme...

—¿Por qué no le preguntas qué ha sucedido? o ¿por qué causa ella no te lo comunicó?

—No. Jamás preguntaré a Paula qué cambió o que determinó su decisión de romper después de que volvimos a hablarnos en la Navidad pasada. Claro está, no lo haré salvo que sea ella quien me hiciese mención de tal ruptura... De modo que, de tenerla ante mí, solo observaría si en su rostro persiste el gesto de resignada aceptación que en ella aprecié el día que la vi con los Cortés. Por eso, solo de apreciar en su rostro la alegría de verme y los deseos de tenerme que mostró la última vez que nos vimos y hablamos, me acercaría a ella... Esto es, tras comprobar si aún pervive en ella la ardiente necesidad de sentirse físicamente amada, esa cuasi cópula rogada que no celebramos en la noche de nuestra despedida.... Sí, cuando en voz baja, como susurrando a mi oído, me dijo: «creía que me habías olvidado..., deseaba estar a solas contigo, cerca de ti, pero no he podido, no lograba liberarme ni encontraba la manera de poder conseguirlo..., y mañana tú no estarás y yo quedaré de nuevo sola...». Estas fueron las últimas palabras que escuché de su boca después de besarnos. Yo prometí que le escribiría si ella lo deseaba y ella me respondió que sí, que le escribiese y, así, nos despedimos...

Pero lo cierto fue que Paula, tras marchar Braulio, se enamoró de un sueño. Su nuevo amor fue el apasionado efecto de una fantasía musical representada en su profesor, Arturo Cortés, una persona a la que le fue fácil acceder. Sucedió que un día ella se enamoró de la belleza de una bonita sonata, alma de un conocido concierto o, tal vez, de la pieza base de la ópera que tanto la entusiasmaba o quizá fue de un adagio, ¿quién sabe qué?, y, al escuchar la interpretación genial y maravillosa que de aquella obra ejecutó su maestro, actuación admirable con la que tanto anímicamente gozó, domeñada por la fuerza del destino ante tan dulce arrebató, quedó atrapada en las musicales redes del amor. Pero, el objeto de amor, el representante de la emoción sentida, era de carne y hueso, es decir, una realidad muy diferente a la fantasía soñada. Mientras que lo profundamente vivido e interiorizado quedó enmarcado en su mundo interno como un símbolo de

amor con el que poder soñar. Era cierto que lo musicalmente soñado solo guardaba un confuso paralelismo con lo que ella, al despertar, encontró en el aquel hombre de aspecto físico aceptable y conocido por Arturo. Sin embargo, su deseo personal de libertad y la necesidad de poder determinar su propia vida la empujaron a soñar para paliar sus frustraciones y, estas circunstancias, la llevaron a vincular su destino al de Arturo... Tomó, pues, un camino de difícil retorno. La senda que, si percibes en el inicio que vas descaminado, aún te permite corregir el error y desandar tus pasos, pero, si transcurres demasiado tiempo avanzando por ella sin rectificar, el volver se te hace prácticamente imposible.

Lo que Paula nunca confesaría y tampoco perdonó a su madre fue que le impusiese el pretendiente elegido por ella, Arturo Cortés. Paula odiaba y sufría las comparaciones que acostumbraba hacer su madre entre Braulio y Arturo, esas que doña Rosa Ortiz recitaba para aconsejar a su hija. Una retahíla de imperfecciones y carencias que la madre apreciaba en Braulio y que siempre concluían con su repetida, desagradable e irritante opinión: «además, si ese mozuelo elige la profesión de guardia civil, como lo es su padre, tú no podrías residir en Santa Olalla de así desearlo, y andarías durante el resto de tu vida yendo de un lado para otro, como los gitanos...». Y era cierto, a un guardia civil le afectaba la incompatibilidad de poder permanecer destinado y vivir en la localidad donde residieran familiares de uno u otro cónyuge, en especial, si éstos eran poseedores de bienes terrenales tales como fincas o tuviesen algún otro negocio. Una circunstancia que, al parecer, si les estaba permitida en las grandes poblaciones, como lo eran las capitales de provincia.

Según Rosarito me confesó, cierto día Paula abrió su corazón ante ella y le reveló que su relación con Arturo se basaba en un afecto muy singular, un sentimiento de difícil explicación que le hacía sentirse atraída hacia aquel muchacho de manera especial. Era una clase de emoción distinta a la atracción corporal o al agrado físico lo que ella sentía por Braulio, más abstracta que platónica, una relación en la que no predominaba la inclinación sexual. Como una especie de afecto admirable y fantástico que parecía estar asociado a la música, arte que Arturito dominaba, pero lejano de lo libidinoso amatorio. Decía que, junto a Arturo, el tiempo le pasaba sin sentir mientras escuchaba extasiada la ejecución de cualquier pieza musical. La emoción estética que sentía producida por lo bello de la música iba acompañada de una sensación de grandiosidad, satisfacción que ella, calladamente, gozaba en su embeleso como un dulce deleite emocional. Todo lo dicho, parecía conseguirlo tras percibir dentro de sí la sensación inabarcable de felicidad que la llenaba: la complacencia anímica de un gozo indescriptible y una satisfacción interna similar al clímax que se siente en el acto carnal.

—¿Pero, por qué no la aborδας, le dices que la quieres y así aclaráis vuestro conflicto amoroso? —le pregunté a Braulio.

—Porque tengo mi orgullo. Y porque amar es cosa de dos y Paula no quiso saber nada de este sentimiento. Nunca me dio la oportunidad para que declarase mi amor puesto que nunca estuvo dispuesta a hablar seriamente de comprometernos. Deseaba tenerme a su lado, sentirse querida por mí, acostarse conmigo... Pero no quería compartir su vida, ni ser mi novia, ni vivir juntos. Esto que te digo amigo, lo que yo presentía es lo que he descubierto ahora. La distancia y su silencio me hicieron reflexionar y han sido mis mejores consejeros. Ella, desde que nos conocimos, consciente o no, dispuso cómo habría de ser nuestro vínculo, aquello que de nosotros decían los amigos, recuerdas: «Paula es Ginebra, la reina, y Braulio, su leal caballero...». Así fuimos nosotros y así nuestro amor, y nada más.

Paula, siempre cazadora de cautivadores sueños con los que era capaz de fascinar y conmover a todos, creó un sueño para ella. La infatigable andadora de caminos buscaba en el pasado de las

demás respuestas que la orientasen a qué hacer con su vida, una vez hubo tomado su determinante elección. Su gesto de resignada aceptación era la revancha de un despropósito, el haberse enamorado de aquello que parecía solamente existir en su cabeza... Recordaba con nostalgia como en su adolescencia, año 1958, visionó en NO-DO la boda de Maya Plisétskaya, diva del ballet ruso, con el compositor y pianista Rodion Shchedrin. Evento que la impactó de tal manera, que quedó grabado en su alma como un anhelo al que aspirar.

He ahí, por qué ahora yo comprendiera lo que Braulio me decía acerca de Paula: eso de que «se había enamorado de un sueño que solo existía en su cabeza...». Y que también entendiera que enamorarse de Arturo Cortés fuese para ella algo similar a lo sucedido entre la bailarina y el compositor. Pues, al ser sabedor de que escenas de la boda de la Plisétskaya con Shchedrin, fotografiadas por la prensa para una revista del corazón, Paula las guardaba con gran celo desde entonces, y que ella admiraba tales imágenes y que fantaseaba con ellas con magna con complacencia y que todo esto era vivido tal si fuese un hecho de su vida que un día habría de acontecer, para mí, tal actitud, era demostración de su persistencia en algo que desde que fue una adolescente ansiaba, una firme fijación en una creencia a la que ella creía estar predestinada a vivir, una alucinación más que un sueño. Aunque lo cierto de esta historia era que, Arturito Cortés no era Shchedrin ni Paula la Plisétskaya.

Años después, tras cruzarme con Paula y Arturo mientras paseaban y saludarles, aún me llegué a preguntar: ¿Qué habría llevado a Paula a forzar su destino y a romper con Braulio? ¿Tal vez fue un intento de querer aclarar su sentido secreto de amor y, de esta manera, convencerse de si lo que ella llamaba amor era lo que sentía por Arturo o lo sentido por Braulio? Sin embargo, nada en su vida conocida justificó que el efecto amoroso sentido por Arturo no hubiese existido jamás, aunque tampoco ella tenía por qué justificar nada, máxime siendo una mujer que aparentaba sentirse realizada. Entonces, ¿fue acaso el orgullo de Braulio, es decir el hecho de no confesarle él su amor, lo que le incitó a ella a tal proceder?

La duda de Braulio no consistía en si seguir o no al lado de ella. Ni creía que sus dudas tuviesen que ver con la admiración por las artes que Paula sentía. Sino que su vacilar era más de contenido afectivo, el desconocimiento o no saber lo que Paula sentía hacia él más allá de la amistad y el deseo.

Puede que el prometerse Paula y Arturo fuese solo un proceso experimental iniciado por ella para tratar de entender sus propios sentimientos o, también, la manera de conseguir o hacer realidad un viejo sueño. El tiempo aclararía la curiosidad que ella sentía en el fondo de su ser, es decir, si aquello a lo que renunció escogiendo a Arturo fue un acierto o, por el contrario, fue la fuente de sus desdichas.

Braulio marchó a Vascongadas aquel domingo de Resurrección. Acabadas sus cortas vacaciones tomó el tren automotor rápido o TAR, con destino a Madrid y allí enlazó con otro *rápido* que le llevaría a tierras del norte. Durante el viaje sentía rabia y se arrepintió de haber dejado pasar los días sin preguntar a Paula el porqué de su incomprensible olvido, tal lo era no haber dado respuesta a ninguna de sus misivas. Es cierto que, en principio, él no estaba dispuesto a rogarle aclaración alguna a la chica y supuso que ella tampoco se hubiera ofrecido voluntariamente a dar explicaciones de su decisión. No obstante, ahora pensaba que lo más adecuado hubiera sido haber mantenido un encuentro con ella o haber quedado donde dispusiese y, poder hablar cara a cara a solas y, así, dejar todo de una vez aclarado. Sí, cara a cara, sin tapujos, como siempre él lo quiso y con el solo deseo impaciente de saber, nada más. No como ella tal vez hubiera querido, insistiendo en prolongar la entrevista y lograr no acabar sin recibir nada, esto es,

esperando la alternativa erótica de siempre, eso que Paula de modo inesperado solía proponer, el acto habitual que acaecía como fórmula amatoria capaz de acabar con el desagrado producido por cualquier confrontación. La satisfacción placentera en la que ambos encontraban el clímax que les permitía pasar a dialogar plácidamente y calificar al desenlace como aceptable.

Pero, ahora, todo estaba consumado. Casualmente, en los días vacacionales, Paula y Arturo se cruzaron con Braulio y los mencionados personajes se ignoraron, como simulando no conocerse. Braulio, que no se consideraba culpable de la ruptura con Paula, presumía de haber cumplido con todo lo que por su parte había prometido. Aunque no pensaba que aquel rompimiento fuese un hecho casual, sino que estaba convencido de que esta situación no querida tenía que producirse para dar fin a una historia, llamémosla de amor, poco viable. El joven, ya antaño, había intuido su posible soledad y abandono, esto que ahora sentía y, por ello, durante el viaje de vuelta a Bilbao recordó cómo era él en otro tiempo, hasta el punto de creerse, por un instante, ser ahora otra persona distinta. Aunque pronto alguien le volvió a la realidad. Una persona entró al departamento en el cual viajaba y se sentó a su lado. Acababan de salir de Madrid rumbo a las Provincias Vascongadas en un tren cuya terminal era Hendaya (Francia). Cansado, por un instante se preguntó por qué habría hecho viaje tan descomunal, veinticuatro horas la ida y las mismas horas de vuelta, y en tan pocos días... Pero se dio cuenta que la respuesta que daba contestación a su pregunta, hoy ya no le era válida. Esa justificación ya no existía y, por tanto, concluyó esperanzado en que el olvido diera otro sentido a su nueva vida, esa que estaba dispuesto a comenzar.

—*Bonne soir monsieur. Voyagez-vous, aussi, a la France?*

—*Non, mademoiselle. Je suis espagnol et je voyage a Vizcaya.*

—*Parlez-vous français? Yo parlo un poco español... Je m'appelle Madeleine.*

—*Oui, je connais un peu la langue française. Et je m'appelle Braulio. Enchanté mademoiselle.*

Capítulo XXI

Era lunes, 15 de abril de 1963, cuando el Guardia 2º Braulio Ferro se incorporó de nuevo al Puesto de Durango, después de haber disfrutado la semana de permiso ordinario que le concediera la superioridad. Llegado en tren a su destino, abandonó la estación y dirigió sus pasos a casa de sus tíos. Una vez saludara a la familia y depositase el equipaje en la mencionada vivienda, marchó presuroso hacia el Puesto para dar cuenta a su Superior de su regreso y de ciertos acontecimientos apreciados en el tramo final del viaje de vuelta. Tras presentarse al Comandante de Puesto, informó a éste que en el tren que tomara en Irún con destino Bilbao e, incluso, en el mismo coche donde él tenía asignado su asiento, encontró a gran cantidad de pasajeros *euskaldunes* que proferían vivas a ETA y gritaban «¡ETA herria zurekin!». Por lo que Braulio escuchó, dedujo que los susodichos viajeros eran participantes de una manifestación habida en el País Vasco Francés. Asimismo, en el departamento en que él se encontraba, unos jóvenes de distintas edades, luego de ocupar los asientos vacíos, hacían comentarios acerca de su vuelta al seminario una vez acabadas las vacaciones de Semana Santa. Y, estos seminaristas de Derio, según Braulio, hablaban de una manifestación habida en *Itsasu* y, por sus comentarios, mostraban ser fieles defensores del nacionalismo vasco, de la libertad para *Euskadi*, de la unión con *Iparralde* y del logro de la independencia del País Vasco Francés. Más tarde, una vez que Braulio se apeara en Durango, observó como también lo hicieron varios de los manifestantes vistos en dicho tren.

Aquella noche, después de la cena, Braulio y Abilio, su tío, charlaron sobre los acontecimientos ocurridos en aquel día y, también, sobre el futuro de su sobrino. El guardia Abilio, después de interesarse por la salud de su hermano Federico y de su cuñada Adelina, pasó a comentar con Braulio su punto de vista sobre la situación política actual en las provincias Vascongadas.

—De esa manifestación, de la que le has hablado al Sargento Eusebio esta tarde, él ya estaba informado desde hace unos días. Tanto el Sargento como otros Comandantes de Puesto habían sido advertidos por la Jefatura de lo que hoy se pretendía celebrar. El acontecimiento en cuestión es conocido por *Aberri Eguna* (Día de la Patria Vasca) y ha sido una celebración que ha tenido lugar, por primera vez, desde que acabara la pasada Guerra Civil. La concentración ha sido en *Itsasu*, esto es, en una comuna francesa situada en el departamento de los Pirineos Atlánticos, de la región de Aquitania y territorio vascofrancés de Labort.

—Pues, ahora que mencionas Labort, ese nombre me suena —dijo Braulio interrumpiendo a su tío—. Porque, durante el viaje, una chica francesa que he conocido, *Madeleine*, me ha hablado de dicha comarca. Ella dijo ser agente comercial, o sea, representante de la marca de bicicletas Bianchi y de otras más, tanto en Francia como en España. La Bianchi es una máquina de prestigio, ¿sabes?, es muy conocida por su característico color azul celeste y muy utilizada por los mitos del ciclismo, como Fausto Coppi, por ejemplo, y...

—Bien, bien... ¡Escúchame Braulio y presta atención a lo que te digo! La convocatoria de tal celebración que hoy ha tenido lugar, la ha realizado *Enbata*, una publicación política de corte nacionalista editada en territorio vascofrancés, la cual representa a un movimiento subversivo clandestino. Ese mismo que ha dado a conocer por medio de un manifiesto la *Carta de Itxassou*. Así pues, hoy, en la celebración de dicho evento en el que yo he estado presente por razón del servicio, se ha reclamado el autogobierno y la unidad de *Euskal Herria*. Aunque, ciertamente, el

objetivo final que los separatistas pretenden a corto o medio plazo es, primero, crear un departamento que englobe al País Vasco Francés y luego, ya a largo plazo, la unión de ambos países vascos español y francés, tanto política, administrativa y culturalmente.

—Y ETA, a la que gritaban *goras* en el tren, ¿qué tenía que decir en esta celebración, a la que yo había considerado ser un acto más de carácter *peneuvista*?...

—Te lo digo enseguida, sobrino. ETA ha participado y colaborado en todos los actos de organización de la fiesta habida y han sido ellos, en unión de miembros del Partido Comunista, los que han identificado entre la gente a un Teniente Coronel de los Servicios de Información del Gobierno de España, persona a quien, aun interrumpiendo al orador de turno, han retenido al descubrirle y proferido insultos, pitadas y abucheos en su contra haciendo que saliera de entre la multitud a empujones... Braulio, lo que quiero decirte con esto es, que al Gobierno de España parece que empieza a inquietarle lo que desde hace un tiempo se va conociendo como el *problema vasco*. Y te digo lo que escuchas para que estés alerta, en especial estando prestando servicio, a todo cuanto suceda a tu alrededor y así evitar que esos *abertzales* te puedan complicar la vida, ¿entiendes lo que quiero decirte? Sobre todo, los seguidores de la organización que llaman ETA.

—Sí, lo entiendo, y trato de imaginarme cómo a nosotros, a la Guardia Civil que presta servicio en Vascongadas, nos habrá de afectar en su día dicho problema. Apenas llevo destinado cuatro meses en esta Comandancia y he observado como cambian y se refuerzan los servicios, especialmente, los dedicados a protección de personalidades, seguridad de edificios oficiales, transportes de caudales, explosivos y otros más.

—Realmente, es así, se teme la aparición de un verdadero conflicto social. Pero nadie aún ha decidido cómo proceder para contener lo que ha de venir. El Servicio de Información de la Guardia Civil al que pertenezco espera que, durante 1963, se determine lo que se haya de hacer y modos de actuar para controlar el separatismo y la subversión que nos amenaza. Porque todos estamos convencidos que habremos de enfrentarnos a una fuerza cuyo origen está fuera de nuestro alcance, aunque será aquí donde primeramente notaremos sus efectos por ser difícil detectar sus comandos, y porque la cúpula de la creciente ETA y sus activistas seguidores están en *Iparralde*, lugar donde nos es comprometido actuar. Esta es la situación, Braulio, y también la razón por la que la plantilla del Servicio de Información se habrá de incrementar; motivo por el cual el Mando ha pedido a sus Comandantes de Puesto que se explore la voluntad de los guardias civiles a sus órdenes y se pregunte al personal de la plantilla de cada Unidad quién estaría interesado en pasar destinado al SIGC para prestar servicio en el mismo. Por cierto, el Sargento Eusebio me ha hablado muy bien de ti, te considera el subordinado más idóneo del Puesto para este tipo de servicio, además de darse en tu persona el hecho favorable de estar soltero.

—No sé qué decir... ¿Tú, qué me aconsejas? A mí no me disgustaría pasar a prestar servicio en el SIGC...

—Te aconsejo que debes pensar con detenimiento lo que hayas de decidir. Ya lo ves en mí cómo es la vida en el Servicio de Información. De modo que puedes hacerte una idea de lo que este trabajo exige... Como sabes, en la práctica de dicho servicio no irás uniformado y, en general, no tendrás un horario señalado previamente, uno acude a donde se le ordena o se le necesita, sin más. La misión primordial será informar al Mando sobre lo que está sucediendo y proceder cuando él lo estime conveniente. El fin es, conseguir el mejor servicio para honra del Cuerpo en la lucha contra el crimen y bien de España. Por lo tanto, las actuaciones serán variadas dependiendo del objetivo que se persiga: desde descubrir la posible planificación de un delito que se pretende cometer y participar al Mando lo averiguado con la antelación necesaria para poder actuar con acierto, hasta proceder de inmediato, por la fuerza si es necesario, para impedir

que un hecho delictivo sea consumado, caso de que no haber otro remedio y..., bueno, también se producen otros hechos y situaciones en las que se ha de actuar de otra manera y que conforman lo que es mi “entretenida” vida de servicio en Vizcaya y alrededores. Circunstancias por las que a tu tía Itziar, la persona que tanto me echa de menos en casa, podrías pedirle su opinión o parecer y escuchar atento eso que ella te diga...

—Pero, ¿tú me ves con la aptitud adecuada? Porque tú hablas *euskera*, lengua fundamental para lograr pasar desapercibido en esta parte de España, un idioma que yo no conozco y que valoro como una ayuda muy importante para poder actuar como tú me cuentas..., en cambio, yo solo me defiendo en francés, aunque pienso que, según está la situación actualmente, también podría ser de interés para el servicio que haya personal en el SIGC con conocimientos de este idioma.

—¡Ni lo dudes, sobrino! La fuerza que integra el Servicio de Información no debe ser conocida por el público como personas que prestan servicio en el Cuerpo de la Guardia Civil, salvo en casos extremos y de ser muy necesario. Por eso la importancia de ese idioma, pues, nuestros enemigos los independentistas de las provincias vascas y sus dirigentes ahora residen en Francia, y ellos saben cómo identificar a nuestros guardias y agentes policiales por hablar castellano y su particular modo de hacerlo. Y es más, negativamente para nosotros, estos activistas y sus comandos nos son prácticamente desconocidos y habrá un momento en que, para lograr ser eficaces en el servicio, se hará necesario que nuestros hombres hayan de pasar al país vascofrancés a obtener información sobre los grupos *abertzales*. ¿Comprendes a qué me refiero? ... Por lo cual, sí creo que será muy importante hablar un idioma, ya sea el vasco como el francés.

—Sí. He entendido cuanto me quieres decir... y que es importante también hablar la lengua francesa.

—El anonimato y la reserva son nuestras armas primordiales y el hecho de perderlos nos expone al fracaso en nuestro servicio y a ser un objetivo fácil y destructible para nuestro enemigo. Un ejemplo de lo que te digo es lo sucedido en el *Aberrri Eguna*: la presencia de un Jefe del Servicio de Información fue detectada entre la masa y, por este motivo, fue maltratado de tal manera que no lo enviaron al otro mundo de milagro... Así, pensando en ti, un mozo soltero; en la carrera militar a la que aspiras; en la posibilidad de que pases destinado el próximo año a Zaragoza, ciudad en donde podrás preparar esa parte de la oposición que te queda e ingresar en la Academia General Militar, te digo que, de estar en tu lugar, no me aventuraría a cambiar a otra clase de servicio de tanto riesgo, como lo es estar destinado en el SIGC...

—Pero sucede, tío Abilio, que si se me permite la opción de elegir, prefiero prestar servicio en el SIGC antes que verme obligado a hacerlo en el Puesto, por ser los servicios de esta Unidad más monótonos, repetitivos, controlables, etcétera...

—Bueno, pues, de apetezerte pasar al Servicio de Información, lo primero que debes hacer es pedir dicho destino voluntariamente. Sin duda alguna, haciéndolo de este modo, serás aceptado y realizarás el primer Curso de Información que se convoque para lograr la aptitud exigida y poder prestar servicio en él. Acabada dicha fase, habrás de hacer un periodo de prácticas acompañando a un veterano del Servicio, al que serás asignado como auxiliar del mismo. Por lo cual, en esta fase yo pediré que, de ser posible, hagas las prácticas a mi lado, como compañero de pareja... Y, luego, ¡Dios sabrá lo que haya de suceder! Espero que, con un poco de suerte, el próximo año si tú así lo deseas, podrás cursar tu petición de traslado y solicitar ser destinado a Zaragoza a fin de preparar la parte de la oposición pendiente, la que permitirá tu ingreso en la Academia General Militar.

Los tumultos, revueltas, paros y protestas no se hicieron esperar. Apenas pasaron unos días

desde la celebración del *Aberri Eguna*, el 20 de abril de 1963, fue fusilado Julián Grimau, un político comunista español y dirigente del Comité Central del Partido Comunista de España en el exilio. Alguien que, acabada la Guerra Civil Española, fue perseguido por supuestos crímenes cometidos en la retaguardia durante el tiempo de la contienda, tanto siendo miembro de los servicios policiales como ejerciendo de Jefe de la Brigada de Investigación Criminal, circunstancias por las que se había exiliado a Francia. Así, en respuesta a tal acaecer, dentro y fuera de España se produjeron manifestaciones contra el Régimen de Franco en protesta por dicha sentencia y contra los Consejos de Guerra.

Entrada la primavera de aquel año, comenzaron a originarse una serie de disturbios tanto en Vizcaya como en Guipúzcoa, hechos que mantuvieron en alerta a los Cuerpos y Fuerzas policiales. Meses antes, se había producido un periodo de huelgas llevado a cabo por el sector metalúrgico vasco, lo que obligó al Gobierno a declarar el estado de excepción en Vizcaya y Guipúzcoa. El clero, entonces, apoyó a los huelguistas como lo hiciera en otras ocasiones. Pero, pasados unos meses, algo pareció cambiar respecto a los mencionados apoyos. La causa fue la aparición de un libro, *Vasconia*, de Federico Krutwig, obra que estuvo de moda entre los *abertzales* radicales y en donde se invitaba a defender el anticlericalismo de muchos vascos nacionalistas, esos mismos vascos que en otro tiempo eran fervientes católicos. En consecuencia, por los hechos que acontecían, parecía haber dado comienzo esa segunda etapa de conflictos que muchos esperaban, la fase en la que ya se hablaba y se pedía la *acción directa*: un modo de actuar con armas contra la vida de las personas aprobado por la Segunda Asamblea de ETA celebrada en Capbreton (Las Landas), Francia, en la pasada primavera 1963. Ante lo que acontecía y a pesar de las disensiones habidas entre unos y otros, hubo un sector religioso que dio un paso hacia adelante y resolvió participar con carácter decidido en la lucha revolucionaria.

Cuando el Gobierno tuvo noticia de estos sucesos a través de los informes remitidos por los Cuerpos policiales del Estado, la ayuda logística aportada por la iglesia vasca revolucionaria era ya un sostén importante en favor del separatismo. Por cierto, más de un activista del clero comenzó a apoyar a la publicación *Enbata* y, después, a estos arbotantes les siguieron otros religiosos. Efectivamente, la esperada segunda etapa había dado comienzo, fase que fue detectada por los Servicios de Información de las Comandancias de la Guardia Civil de Vizcaya y Guipúzcoa cuando apreciaron y siguieron las actividades de un grupo de sacerdotes vascos partícipes en el *Aberri Eguna* en conjunción con militantes comunistas. Por lo dicho, pasadas dos semanas del *Aberri Eguna*, a nadie le causó extrañeza que aparecieran sacerdotes participando en las manifestaciones del Primero de Mayo.

En Bilbao hubo una manifestación que se valoró por los servicios de información como un ensayo de lo que el independentismo vasco pretendía realizar en la primera semana de mayo de 1963. Los participantes acudían a Plaza Moyúa, punto de inicio del recorrido previsto, protestando con una canción entonada por los concurrentes, el *Himno de la Huelga*, canción compuesta por Chicho Sánchez Ferlosio que se había hecho muy popular. El autor, de tendencia política entre comunista y anarquista, había presentado esta canción-protesta en aquel año, canción que estaba prohibida, al igual que otras tanta suyas, por la censura. Así pues, una vez comenzada la marcha, los manifestantes, cantando, avanzaron por la Gran Vía de don Diego López de Haro para concluir en la Plaza Circular, sitio éste en el que se hallaba una especie de tablado o plataforma de madera desde la cual, el portavoz o vocero de turno, pronunciaría su discurso.

Aquella tarde, Braulio, se encontraba en Bilbao en compañía de su tío y de otro número del Servicio de Información destinado en la capital. Por supuesto los tres vestían de paisano, forma habitual de prestar servicio estos guardias civiles. La misión de los mencionados era a la vez que

informativa, de refuerzo a las fuerzas policiales mantenedoras del orden público en el interior de la ciudad, servicio éste del que era responsable la Policía Armada. La misión de los guardias consistía, esencialmente, en observar y reconocer si entre los concurrentes había posibles delincuentes o activistas de matiz político conocidos, gente que, con ocasión de estas públicas manifestaciones, intentaba arrastrar a los manifestantes al tumulto o a enfrentamientos contra las Fuerzas de Orden Público. Los tres agentes mencionados iniciaron el recorrido del itinerario que tenían previsto por Plaza Moyúa, tratando de identificar a algún alborotador o fanático político que fuese armado de cualquier modo; incidencias éstas que de ser apreciadas y en evitación del mínimo peligro, se comunicarían a los agentes policiales más cercanos.

Una vez reconocidos los puntos señalados, salieron de dicha plaza y recorrieron las calles más próximas de los barrios anexos a la Gran Vía, vías paralelas ubicadas a la parte izquierda de la misma según el sentido de marcha de la manifestación. En calle Astarloa, cerca de la desembocadura de esta travesía con Gran Vía, los guardias se detuvieron, esperaban ver pasar la cabeza de la manifestación formada por los dirigentes y demás representantes de la masa, portando la gran pancarta. Durante la espera, observaron a cuatro jóvenes, dos delante y los otros dos tras de los primeros, salían de una iglesia próxima al lugar y portaban paquetes de hojas impresas de tamaño cuartilla, es decir, supuesta propaganda que intentarían repartir. La cuadrilla pasó cerca de los tres observadores y caminando deprisa bajaron hacia Gran Vía. Braulio creyó que el rostro de uno de los jóvenes, el que portaba una mochila a la espalda, le resultaba conocido. Le pareció ser alguien, tal vez de Durango, que hubiera visto recientemente, pero sin saber determinar cuándo ni dónde. Los tres guardias siguieron a los chicos a fin de advertir a los policías sus sospechas. Al final de la calle, comenzaba a oírse a la gente gritar, corear consignas y cantar la *canción de la huelga*. Abilio comunicó a un agente policial lo apreciado en aquellos muchachos y señaló a los dos supuestos portadores de propaganda que ya se acercaban a la masa de manifestantes. Estos jóvenes parecían cumplir las órdenes dadas por el chico de la mochila y raudos se mezclaron entre el público a la vez que entregaban cuartillas a la gente o las lanzaban al cielo. El joven de la mochila y su acompañante, aprovechando el alboroto organizado por sus dos compañeros, desaparecieron entre la multitud. Espectadores ajenos a la manifestación se detenían en las aceras, miraban el paso de ésta y se alejaban de la vía objeto de recorrido comentando que habría algarabía. Algunos de los manifestantes se quejaban de la presencia de *txakurras* observándoles y les insultaban al pasar.

Braulio seguía intrigado por el joven cuyo rostro él creía conocer. Le pareció que éste y su acompañante, a los que él buscaba entre el gentío, se habían dirigido hacia Plaza Circular. En tanto él trataba de encontrarles, el orador de turno inició la perorata discursiva. Alguien gritó: *¡Gora Euskadi Askatuta!*, y la concurrencia respondió *¡Gora!* y *¡Gora Euzko Alberdi Jeltzalea!* Pero, tan solo habían pasado unos minutos cuando un sonido estremecedor interrumpió el discurso, una fuerte explosión acalló a la multitud por un instante, todo pareció quedar inmóvil y en silencio. Luego, la masa comenzó a gritar y a moverse al mismo tiempo. Los manifestantes más próximos a la calle Amistad despavoridos, se empujaban, tropezaban y caían, después corrían en todas direcciones.

—¡Han derribado la grúa del Ayuntamiento, una que está cerca del Casino!

—¡El paso por el Puente del Arenal ha quedado bloqueado!

Tras el estallido, la gente escapaba de la Gran Vía, huía del lugar por las calles inmediatas. Braulio pretendía dar marcha atrás y volver a aquel punto de calle Astarloa, sitio desde donde los tres guardias detectaron a los jóvenes manifestantes. Por eso pidió permiso a su tío para volver allí:

—Me apostaré cerca de la iglesia, por si los sospechosos vuelven...

Braulio se mantuvo vigilante en la espera. Pronto vio como uno de los cuatro chavales que ellos habían seguido hasta la manifestación, salía de la iglesia. De pie, y próximo a la entrada principal del templo, aguardaba la llegada del resto de la cuadrilla. Poco después, divisó a dos de sus compañeros subiendo por Astarloa para reunirse con él, se dirigían hacia donde él estaba. Ellos caminaban sin prisa, charlando y riendo. Al llegar junto al compañero, uno de los dos se dirigió a éste y dijo con tono irónico:

—¡Hola Montxo, sin novedad en el frente!

A lo que Montxo, respondió:

—¿Dónde ha quedado Joseba?

—No te preocupes, venía detrás de nosotros. Pronto llegará.

Al escuchar Braulio el nombre Joseba, recordó de inmediato el día, hora y lugar donde vio por vez primera a aquel seminarista...

Capítulo XXII

Montxo apareció un sábado en el seminario de Derio con el propósito de ver a Joseba. El sábado era día de salida para los jóvenes seminaristas. Joseba y Montxo no se veían desde hacía unos meses.

Montxo había vuelto de *Iparralde*, estaba agregado a un supuesto comando que hacía prácticas en Vascongadas, es decir, a un grupo de tres activistas liberados adscritos al sector armado de ETA, gente que en su día serían ejecutores. Estos etarras, agitadores buscados por la policía en otro tiempo, habían dejado en su momento su hogar y trabajo y pasaron a *Iparralde* con el fin de unirse a la organización que los habría de mantener en su voluntario exilio, por lo cual, ahora, ya formados, tenían por misión localizar y designar objetivos rentables para posibles atentados, misión por la que, según Montxo, habían cruzado subrepticamente la frontera y establecido su residencia en Vizcaya.

Los dos amigos, durante la tarde, pasearon por Bilbao. Montxo le comentó a Joseba cómo era la vida en el exilio y a qué dedicaba su tiempo. Le dijo que, al comienzo, él estuvo trabajando en una granja agrícola ayudando a sus dueños, un matrimonio vasco-francés que por mediación de la organización le acogieron. Su misión entonces fue cuidar al ganado vacuno y, además, en la tarde, cuando daba por acabada la faena, asistía a una *ikastola* especial de ETA, lugar donde se enseñaba al alumnado el funcionamiento de la organización y se realizaban prácticas de tiro con armas de distinto tipo y calibre, aunque, realmente, eran las armas cortas las más utilizadas para practicar. Estas actividades, según decía, le sirvieron para convertirse en un verdadero *gudari*. Con su relato le comentó a Joseba como, por mediación de Pakito, pasó a territorio francés y allí fue admitido en EGI (Fuerza y Juventud Vasca), una filial de las juventudes vascas del PNV. Le explicó a su amigo los enfrentamientos existentes entre dirigentes de unas y otras organizaciones en el exilio, PNV y ETA. Y también, cómo cada bando se estaba reestructurando porque entre ellos había posturas encontradas, pues, por parte del PNV se consideraba cosa negativa la forma de actuar y proceder de la banda independentista ETA e, igualmente, el distanciamiento apreciable de esta banda de todos los demás grupos *abertzales*.

Siguió hablando Montxo de los cambios en la organización ETA, como lo era entre ellos la pretendida creación de un Comité de Acción Directa, una reciente innovación cuyo objetivo era liberar a *Euskadi* por medio de las armas. Este hecho fue la gota que colmó el vaso del enfrentamiento entre a ETA y PNV, todo motivado por la oposición del PNV a la violencia, a no ser que ésta fuese utilizada como un apoyo excepcional y en una situación muy concreta. Sin embargo, ETA, según Montxo, estaba decidida a actuar por medio de la lucha armada y sin limitaciones, y, por ello, se inspiró en el Irgún, tal como entonces se decía de una organización terrorista sionista.

ETA, desde hacía tiempo, llevaba formando a sus militantes en las técnicas usadas por el Comandante Supremo Menájem Beguin contra los ingleses en Palestina. Por eso, una vez que se establecieron las cúpulas políticas del PNV y de ETA en Francia, ambas facciones se enfrentaron y pasaron a actuar desde polos opuestos a fin de conseguir su primer objetivo, convencer a los nacionalistas franceses del País Vasco Francés o región de la Nueva Aquitania para que apoyasen la correspondiente bandería, ya al PNV como defensor de la ideología nacionalista vasca, liberal y demócrata cristiana, o bien, para que se unieran a la lucha armada al lado ETA, aunque ambas

organizaciones, según decían, buscaban el mismo fin, la unión de los dos Países Vascos o *Euskal Herria* y lograr la independencia de ésta.

Fue tras este periodo de asentamiento y reorganización, cuando comenzaron las verdaderas disensiones. Porque hubo un sector de EGI, el más radical de las juventudes del PNV, que reconsideró que el uso de las armas podía ser eficaz y se mostró acorde con ETA en usar la violencia. Entonces, varios militantes de EGI refugiados se pasaron a ETA para apoyarla con las armas y lograr el sueño independentista.

El distanciamiento entre PNV y ETA llegó al máximo. De tal manera estaban las cosas que, mientras en Itsaxu se celebraba el *Aberrri Eguna*, en París, los representantes del Gobierno Vasco en el exilio festejaban este patriótico día en un distinguido restaurante y con un público selecto. De entre todos los estamentos, ETA en el exilio fue la única organización vasca no invitada a tal acto por el Gobierno del PNV. En el discurso del Presidente del Gobierno de Euskadi, las alusiones de éste contra ETA radicalizaron aún más las posturas entre etarras y peneuvistas. La ruptura entre ambas organizaciones fue terminante y el directorio de ETA calificó a los dirigentes del PNV de irresponsables y traidores.

También, Montxo, le habló a Joseba de la visita realizada a su prima Marutxi en Mondragón. Deseaba verla después de tanto tiempo transcurrido sin saber de ella. Aunque, como luego explicó, también existía otra razón para llevar a efecto tal acto de cortesía. El motivo, según le dijo a Joseba, era un encargo proveniente de la Sexta Rama que, tal como a él le explicara su jefe de grupo, le había sido encomendado. Según Montxo, se le pedía en encontrar un habitáculo seguro y oculto en donde esconder a alguien o algo de relevancia. Fue por esta razón que pensó en hablar con Marutxi, para saber si ella estaría dispuesta a prestarle su ayuda en este sentido, o sea, para facilitarle un sitio donde ocultar a un comando que pronto habría de actuar en Mondragón. Solo le pedía su colaboración para ocultar en el convento unas mochilas conteniendo armas o explosivos en un determinado momento que estaba por señalar. E, incluso, la posibilidad, caso de ser muy necesario, esconder en ese mismo establecimiento a unas personas. Según Montxo, únicamente le rogaba a la chica que estudiara con rigor dicha petición y modo de llevarla a cabo, caso de estar dispuesta a colaborar, y que detallara los pasos a seguir en su día a fin de realizar sin riesgo lo solicitado. Le advirtió, encarecidamente, no consultar lo propuesto a religiosa alguna.

Joseba, nada más escuchar tan absurda proposición, se enfadó muchísimo y exclamó que «¡aquella *puta idea* no se llevaría a cabo, viniese de dónde viniese!», y le juró a Montxo que, en la próxima visita que él le hiciese a Marutxi, haría todo lo posible para convencerla de que olvidase todo cuanto sobre este asunto su primo le hubiera pedido y, además, le insistiría para que ella comunicara tal pretensión etarra a la superiora del convento.

A lo dicho por Joseba, Montxo nada respondió y, más tarde, una vez calmados los ánimos prosiguieron paseando y charlando sobre la otra trama que llevaban entre manos. Así, hablando, pasaron al otro lado de la ría tras cruzar el Puente del Arenal y, después, se detuvieron unos minutos frente al Gran Casino, al pie de una grúa del Ayuntamiento que estaba allí situada. Entonces echaron una ojeada al alrededor y caminaron hacia la otra acera para subir por calle Amistad hacia la Plaza Circular. Ya atardecía, eligieron una cafetería en Gran Vía donde entraron a tomar una copa. Allí prosiguieron con el tema que durante el recorrido habían planeado, esto es, la *ekintza* que pensaban realizar el sábado siguiente, 27 de abril de 1963, con ocasión de la manifestación que para esa fecha estaba prevista.

Según me contara Braulio en su momento, fue a partir de aquel reiniciado *Aberrri Eguna* cuando comenzaron a producirse, cada vez con mayor frecuencia, cierto activismo propagandístico hasta entonces poco habitual, como lo eran la pega de carteles amenazando a las FOP (Fuerzas del Orden Público), avisos de supuestas agresiones a determinados vecinos, anuncios en los que al pie de una diana aparecía el nombre del amenazado; y asimismo, advertencias dirigidas a determinados ciudadanos dueños de empresas pidiendo colaboración pecuniaria, cantidades de dinero con las que evitarían cualquier inexplicable desgracia en su negocio... En fin, experimentos de lucha y otros preparativos con los que provocar el descontento, como eran inducir el miedo y subvertir el orden. Estos hechos que irían produciéndose a lo largo del tiempo no eran otra cosa que una demostración de fuerza del separatismo, tal como el tío Abilio pronosticaba, es decir, un comienzo de las operaciones de lucha marcadas por la *acción directa*. En resumen, un modo de incitar y crear condiciones favorables para que la organización contestataria de turno actuase y, así, justificar el uso de los medios empleados como una manera necesaria para conseguir sus fines.

Una vez ocurrido el atentado de Plaza Circular, Braulio pensó —y lo comentó con su tío— que ETA debía de andar mermada de efectivos con experiencia en este tipo de lucha. Este parecer que afirmó ante Abilio sin reparos, lo hacía partiendo de una hipótesis que él se había planteado, pero que aún no estaba probada. En su formulación, Braulio asignaba el atentado recientemente ocurrido en Bilbao al grupo de jóvenes en el que identificó a Joseba. Partiendo de este supuesto como si se tratara de un hecho cierto y probado, justificaba con sus respuestas por qué ETA, para realizar un atentado, había echado mano de cuatro principiantes en prácticas. Según Braulio, el hipotético comando que actuó estaba dirigido por el seminarista, esto es, la persona que era conocedora del día, lugar de comienzo, itinerario y punto final de la manifestación, aunque el objetivo concreto a abatir lo eligiera el protagonista, esto es, un liberado especializado por ETA en el uso de explosivos, tal como pudiera ser Montxo.

Sin descartar la posibilidad expuesta por Braulio, Abilio quiso informarle de la posible existencia de otra realidad. Por esto, le hizo saber y tener en cuenta la experiencia que parte del clero y curia vascos tenían en preparar a jóvenes y tenerlos dispuestos a colaborar o apoyar estos tipos de acciones, pues, desde 1962 acogían en sus escuelas y sacristías a formadores etarras con estos fines. Eran muchos los curas vascos que estaban un tanto soliviantados: primero, quejosos de la dependencia que la Iglesia española mantenía con el Estado y, segundo, por la actitud del Obispo Gúrpide, calificada por parte del clero vasco como de españolista. De modo que, aunque antes de que se iniciase la década de los sesenta las protestas, alborotos y encierros por parte de curas y clero vasco eran ya conocidos dentro y fuera de España, luego, en el año 1962, el Concilio Vaticano II pareció confortar a estos curas vascos con fuerza y eficacia, alentando eso que necesitaban para mantenerse en sus ideas separatistas. Y, consecuentemente, ya en los comienzos de 1963, el clero vasco comenzó a mostrarse cada vez más comprometido con su causa y fines, lo que facilitó que, poco a poco, contactaran con ETA y le ofrecieran a esta organización el apoyo de la iglesia vasca. Con lo dicho, el guardia Abilio advertía a su sobrino que tuviese muy en cuenta esta circunstancia en su supuesto, pues, aun teniendo ETA expertos en terrorismo sin la ayuda o protección de la iglesia, curia y clero vasco, serían nada. De ahí que, hipotéticamente, el seminarista Joseba pudo ser el personaje apropiado para planificar la *ekintza* que el grupo llevó a cabo. Aunque no había que olvidar que todo lo expuesto era mera fabulación ni tampoco descartar que fuese posible. En el año 1959, fueron los sacerdotes de la *Vasconia* francesa y de *Nafarroa* quienes apoyaron al grupo de refugiados del que emergió ETA y que en el 1961, dos años más tarde, fueron los curas vascos y religiosos navarros quienes, mostrando su adhesión, le

dieron fuerza a la primitiva ETA.

En cuanto al Seminario de Derio, Abilio informó a su sobrino que dicho centro era más de lo que su nombre indicaba. Ya antes de comenzar los sesenta fue un yacimiento inacabable de *abertzales* partidarios de una *Euskadi* independiente y enemigos del Régimen franquista. Y después, con la aparición del SLCV (Sindicato Libre del Clero Vasco), la izquierda comunista tras enfrentarse a monseñor Gúrpide, arzobispo de Bilbao, penetró y dominó en el Seminario. Es decir, que fue a partir de aquel momento y no habiendo transcurrido aún mucho tiempo, cuando varios sacerdotes y religiosos vascos y navarros comenzaron a unirse a ETA. También Abilio le hizo referencia a su sobrino del contenido de ciertos informes que sobre este Seminario existían y de los posibles y continuados encuentros que en él celebraban sus representantes con los dirigentes del núcleo de etarra. Según lo investigado por el SIGC, en él se planearon y salieron las seis Ramas de la organización armada. Por todo ello —concluía Abilio—, no debiera resultar extraño que fuese confiada a un seminarista de Derio la hipotética acción de un comando etarra.

Aquella mañana Itziar, como todos los días, andaba atareada en los quehaceres de la casa. Abilio, su esposo, había salido acompañando a su hija, como siempre, hasta la puerta del colegio. En cambio, Braulio, libre de servicio, se hallaba en su dormitorio dispuesto a aprovechar el tiempo disponible para escribir a sus padres y escuchar la radio. En determinado momento, el joven fue sorprendido por el sonido de una melodía que le resultó conocida. Nada más escuchar los primeros acordes musicales de inició de la canción, ésta fue rápidamente identificada. Sí, era “*Perdóname*”, un tema muy conocido de Dúo Dinámico. Motivo por el cual dejó de escribir y se dispuso a escuchar esta composición, aunque con cierto recelo, pues temía entristecerse nada más escuchar los primeros versos: “*Te perdí, / por culpa de un error. / Te perdí / y destrocé mi corazón...*”. Efectivamente, no pudo escucharla como él hubiera deseado, pues, alguien llamó a la puerta del cuarto donde se hallaba.

—¡Braulio, hijo! ¿Estás ahí?

—¡Sí, Itziar! ¡Dime! ¿Me necesitas para alguna cosa?

—No, para nada. Solo pasar..., quería limpiar en tu habitación... ¿Puedo...?

—Sí, tía. Pasa cuando lo desees...

Itziar, mientras pasaba a la habitación, le iba participando a su sobrino cuantas tareas domésticas aún le quedaban por realizar y, por eso, Braulio, apenas pudo escuchar los últimos versos de aquella canción tan sentida: “*Vuelve otra vez / a darme tu querer... / Tu querer...*”

—¡*Entzun!* ¿Y tú qué haces aquí encerrado, en un día de primavera tan luminoso...?

Braulio respondió mostrándole la carta que acababa de escribir a sus padres. Itziar, al ver el sobre, recordó algo que Abilio le había contado sobre una *neska* francesa que Braulio había conocido en su último viaje de vuelta a Durango. Esto la movió a interesarse por quién era el destinatario de la misiva y a atreverse, finalmente, a preguntar si aquella carta era para la chica del tren. Lo cierto era que habían pasado solo unos días desde que Braulio recibiera noticias de *Madeleine* y que tal evento no solo a él le había sorprendido sino también a su tía, a quien, por lo visto, no le cabía menor duda alguna de que, a tal epístola recibida, Braulio habría de dar oportuna contestación.

Sí, según Braulio, la misiva remitida por *Madeleine* estaba escrita a mano usando tinta negra y con letra de una mujer segura, o sea, con trazos enérgicos propios de una persona que está habituada a escribir. Dicha carta constaba de dos hojas escritas por ambas caras y trataba de dos asuntos distintos. En la primera le ofrecía al destinatario, en un castellano correcto y con la forma propia de un agente comercial, colaborar laboralmente con *Madeleine* en su trabajo y, caso de

aceptar el receptor, éste podría desempeñar la tarea de ser acompañante de la joven en la comercialización de las diferentes marcas de bicicletas europeas, las que pronto se presentarían en España.

De aceptar, en principio y como prueba, realizarían una especie de *tour* con el que se pretendía visitar las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y Álava. Después, se elegirían otras provincias próximas a Vascongadas y luego, posiblemente, el resto de España. En cuanto al segundo tema epistolar, éste no era otra cosa que una ingeniosa petición de ayuda que la chica hacía a Braulio. Una amigable propuesta escrita en un francés fluido y poético, con el cual, la joven le expresaba de forma manifiesta los sentimientos que en ella habían nacido tras haberse conocido y el afecto hacia él sentido, tras la experiencia que juntos vivieron. De momento, solo pedía y ofrecía amistad. Luego, de ser posible, también solicitaba la ayuda de Braulio, dado que le gustaría contar con él y que trabajasen juntos. A juicio de Braulio, todo lo requería con tal ternura que él advirtió en *Madeleine* ser una persona sensible, ya por el modo de actuar en persona como por su estilo al expresar sus peticiones y ruegos por escrito. Algo que acomplejó a Braulio, al pensar en sus escasos recursos y conocimientos de la lengua francesa, éstos que creía poseer para defenderse en este idioma y los que, en realidad, ahora descubría no ser tan aceptables.

Pronto, Itziar pasaría de lo por ella comentado en aquel instante a otro tema y sacaría a relucir de su pozo de sabiduría nuevos contenidos. Allí estaba ella, el ama de casa, lozana, llena de energía, atendiendo las tareas domésticas, apegada a sus cosas de diario, con el pelo castaño recogido y sus ojos luminosos, franca mirada y dificultoso castellano tocado con la musicalidad del *euskerá*. Toda dispuesta a orientar a Braulio en esas cuestiones que surgen entre hombre y mujer, las cosas que ella suponía eran el contenido de las hojas escritas por una chica francesa y le eran enviadas a su sobrino o, lo que es lo mismo, asuntos de tipo amoroso sobre los cuales Itziar, con voz templada y clara, sugería a Braulio cuán beneficioso era mantener con la persona que era una nueva y buena amistad y, de ser posible, con una joven mujer que, acorde con la forma y sentir de uno, ayudase al corazón enamorado a olvidar las penas del pasado y a mirar al futuro de otra manera... Luego, mencionando al *osaba*, pidió a Braulio que hiciese caso a cuanto su esposo, en uno de sus dichos, certeramente acostumbraba sugerir: «amor acabado, amor olvidado; y nunca más penar por ello...». Toda una lección de vida que, al principio, el joven no sabía a cuento de qué venía, salvo que su tía estuviese enterada de su ruptura sentimental con Paula. Sospecha que le surgió y sobre la que Braulio pensó que, tal vez su madre preocupada por la ruptura de su hijo con Paula, hubiese informado a Itziar, su cuñada, del reciente rompimiento. De ahí la causa por la que Braulio enmudeció tras escuchar el consejo y quedó meditativo, sin reparar ni dar respuesta alguna al diluvio de preguntas y recomendaciones desatado por Itziar.

Capítulo XXIII

Aquel domingo, día siguiente a la realización del atentado, Joseba pasó la jornada en el centro religioso. Algo que le fue recomendado por su tutor, colaborador o enlace con la organización etarra, para que no se dejase ver durante un tiempo por la ciudad y evitar la posibilidad de ser reconocido o relacionado con la manifestación que acabó en *ekintza*.

La noche de aquel sábado, día en que se cometió el atentado, Montxo y resto de la cuadrilla fueron recogidos en Derio y llevados en automóvil a otro lugar seguro, un piso franco donde aguardarían ocultos el tiempo que fuese necesario.

Mientras, Joseba, una vez hubo cumplido el encargo, comenzó a soñar con el fin de semana venidero y en cómo habría de disfrutarlo junto a Marutxi. De momento sabía que, durante los siguientes días a la *acción* llevada a cabo, no se sentiría acosado por los estudios ni tampoco tendría que preocuparse en contestar a las preguntas que durante las clases solía hacer el profesor, puesto que no le interrogaría ni tendría que preocuparse en preparar exámenes. Por lo tanto, como otras veces que había participado en alguna actividad encomendada, se mantendría en su aposento tendido sobre la cama y dedicando su tiempo a pensar en Marutxi, sin otra molestia o perturbación que la ocasionada por algún compañero del clan que pasara por su cuarto para felicitarle. Así se mantuvo esos días Joseba, hasta que comenzó a preocuparse por cómo llevaría su chica los primeros meses de vida conventual; sobre todo, tras la propuesta de ETA, aquella de la que Montxo fue el portador y encargado de convencerla, la de facilitar un posible *zulo* para un comando, eso que Montxo le había comentado a Joseba. Fue entonces cuando Joseba determinó que, dado el tiempo transcurrido desde su última visita, aprovecharía el fin de semana venidero para ir a Mondragón a ver a Marutxi y pasar esos días a su lado.

El Seminario de Derio se encontraba cerca de Bilbao, en el pueblecito del mismo nombre de la comarca de Arteaga. Este seminario y el convento benedictino Lazkao fueron los dos centros representativos de la Iglesia vasca independentista. Pues, desde comienzos de la protesta separatista, cada uno fue, en su debido tiempo, impulsor del nacimiento, evolución y del naciente grupo que en su día se conocería por ETA.

Así, a finales de la década de los cincuenta, tras la creación del primer Sindicato Libre de Curas (SLC), la organización clandestina de *Euskadi* tenía secretamente implantada en el seno de muchos seminarios y conventos de Vascongadas y Navarra una célula comunista. Y, comenzada ya la década de los sesenta, el recién inaugurado Seminario de Derio fue centro acogedor de las diferentes ideologías, tanto separatistas como comunistas que pretendían la consecución de un objetivo: ser una organización que se dedicara a luchar contra la dictadura y proclamar la libertad de *Euskadi*.

Durante ese mismo periodo de tiempo, el convento benedictino era lugar reunión de los representantes independentistas de distintas tendencias y así se mantuvo hasta que apareció un grupo que iría creciendo poco a poco y que, con el tiempo, cambiaría su nombre originario por otros varios hasta llegar a denominarse *Euskadi Ta Askatasuna*. Desde este punto de vista podría decirse que en el nacimiento y evolución de ETA miembros de la iglesia vasca estuvieron implicados.

A Joseba, ser seminarista para acabar siendo cura, le resultaba un periodo de tiempo demasiado largo encerrado entre cuatro paredes. Se sentía controlado la mayor parte del día en un

lugar que, sin ser una cárcel, se le parecía mucho, un modo de vida que a él no le atraía. Tampoco le gustaba estar conviviendo con tan diferentes personas en una casa comunal como lo era el seminario. Sitio en el que, quienquiera que entrase o permaneciese o saliese de él, habría de pasar, aunque el propio individuo no lo percibiera, ante el oculto observador del centro, alguien que todo lo sabía o conocía de cada seminarista: tanto los pecados cometidos, como tu historia personal, tu forma de pensar política o religiosa y hasta cómo te habrías de sentir si vivieses en un soñado país socialista e independiente como *Euskal Herria*, en el día que esa nación fuese libre.

Cuando algún portavoz exponía en *euskera* los fines de su grupo, esos pasos a dar por el camino que les llevaría a la liberación del pueblo vasco —objetivos marcados por la organización de turno— los oyentes partidarios, con gesto gozoso, se alzaban aplaudiendo al portavoz para mostrarle su adhesión y conformidad. Mientras se producía este alborozo, un cura vigilante observaba muy atento la actitud que manifestaban el resto de los presentes y, moviéndose entre las mesas de la sala de recreo ocupadas por el alumnado, tomaba nota de quienes podrían ser posibles nuevos seguidores de tal o cual grupo. En tales ocasiones, lo más frecuente era que Joseba fuese advertido por aquel religioso expectante que, dirigiéndose a él, le ordenaba que prestase más atención al orador del momento en vez de distraer con su charla a los compañeros que estaban a su alrededor o con cualquier otra ocurrencia. Acabada la exposición, más de una vez sucedía que, bien el vigilante o el disertador, se dirigiesen a Joseba pidiéndole su parecer sobre lo que allí se había tratado. Y, en cierta ocasión, para aclarar su modo de pensar, el joven respondió con un mini-discurso:

—Yo me llamo Joseba Txakarita. Mi abuela Nerea la *bertsolari*, amiga del gran Sabino Arana, solía decirme que la política olía a cosa podrida. Ella siempre quiso para mí que fuese un buen cura y a la vez un buen *gudari*, o sea, un específico combatiente por la causa vasca y defensor de la independencia de nuestro pueblo; no para conseguir el poder y aprovecharme de él, sino para que el pueblo viviera libremente. Éste era su sueño, el mismo que yo tengo por meta: luchar por *Euskal Herria* y no por un partido político. Por eso, cuando se cumpla este mi deseo, yo también me sentiré libre, me retiraré a mi pueblo, lugar en el que descansan mis ancestros y, tal como siempre hicieron nuestros *gudaris*, una vez acabada la contienda podré descansar... Ahora, como bien he dicho, si estoy en este seminario es para cumplir el sueño de mí *amona* y lograr mi propósito y sois vosotros, los que estáis aquí para dirigirnos e instruirnos en el modo correcto de proceder para bien de *Euskadi*, y quienes debéis de indicarnos el camino a seguir para lograr nuestra liberación, o sea, el qué, cómo, cuándo y dónde yo habré de actuar para lograr este fin. De lo demás que aquí se habla, ya sea de partidos, grupos e historias políticas, nada me interesa; por lo cual, si otra vez me pedís que comente algo sobre ello, yo os contestaré que nada tengo que decir...

Para Joseba la causa nacionalista no le parecía estar tan enredada, sino que eran los políticos con sus intereses de partido quienes la complicaban: que si peneuvistas por un lado, que si comunistas por el otro, que si ETA y sus Ramas... Lo que él opinaba era, que todos los distintos partidos políticos querían mandar: que si radicalizar más la acción; que si crear nuevas Ramas; que ahora disolver la Rama armada; que si nada de terrorismo... Joseba, a quien solo le bastaba un pensamiento, «lograr la independencia», concluía con rotundidad que, para conseguir la meta que él aspiraba, todos los vascos debían estar conectados en una misma sintonía. Un objetivo que, de ser único, haría que los distintos problemas políticos y sociales que se planteaban en *Euskadi* tuvieran más fácil solución. Como cada noche, Joseba, una vez en su cuarto y metido en la cama, apagó la luz y se dispuso a soñar con Marutxi. Al pensar en ella la vio tal como fue en otro tiempo: una joven esbelta, alegre, cuyo largo y negro cabello caía en cascada sobre su espalda y

frente, rozando sus definidas cejas las puntas del sofisticado flequillo cortado con regla y tijera. Entonces eran sus pechos nacientes, los labios rosados y sus ojos oscuros y de dulce mirada. Fuertes sus brazos, los que a Joseba apesaban en los juegos de amor y de gozo, miembros que siempre estuvieron dispuestos para el trabajo y para ayudar a los demás, si era necesario. Así era la *neska polita* que amaba Joseba.

Después, en su fantasía, la situaba en el convento a donde ella acudía. Aquel beaterio franciscano que luego adoptó la regla de la Concepción de la Santísima Virgen María y pasó a convertirse en el claustro de las hermanas franciscanas concepcionistas, un símbolo que para Joseba representaba todo lo contrario a cuanto Marutxi quería que fuese su vida. Dado que ella no deseaba concebir ni ser madre y tampoco guardar encerrada su virginidad sino que ansiaba luchar para ayudar a los desvalidos y en especial a niños sin padres o abandonados —personas por las que no le importaba ser misionera, trabajar y cumplir como la enviada de Cristo en cualquier lugar del planeta—. Por tal circunstancia, y con ocasión de la urgente oferta que le hiciera Pakito, aceptó formar parte de aquella comunidad de religiosas, la ubicada en un arrabal de Mondragón conocido por Maala, antiguo convento a extramuros de la villa y próximo al viejo Cuartel de la Guardia Civil. Un refugio donde inició su labor enseñando y cuidando a los hijos de desafortunadas familias del barrio a sobrevivir.

Marutxi, antes de comprometerse a servir en aquella orden, quiso pensarlo seriamente. Así fue como, por dicho motivo y por amar a Joseba, decidió previamente vivir con éste durante un tiempo. Lo hicieron en el pisito que alquilaron, ubicado en un edificio relativamente cerca del establecimiento religioso. Joseba, ahora en el seminario, soñaba con ese nido de amor y con los días felices pasados teniendo a Marutxi a su lado, esa vivienda que él tuvo que abandonar por seguridad de la joven y propia. Morada en la que la chica seguiría viviendo aun siendo aceptada en la orden en calidad de beata, fase previa a la de ingreso, y en la que se le permitía a la aspirante vestir hábito religioso, vivir fuera de la comunidad y no estar obligada a seguir regla alguna determinada.

Aún sentía Joseba la premura de aquel momento al recordar el día en que Pakito les comunicó, tanto a Montxo como a él, que los *txakurras* sospechaban que posibles trabajadores de los talleres de Mondragón habían colaborado en el atentado ocurrido en la estación de ferrocarril de Amara, punto donde deflagró una maleta depositada en consigna y causó la muerte de una niña y, al parecer, también en los acaecidos en las estaciones de otras ciudades y en la misma fecha. Pakito, pues, fue consciente del posible peligro que todos corrían caso de ser alguno detenido y, por tal motivo, tomó decisiones por los cuatro y deshizo la incipiente *célula*.

Fue una tarde, Braulio paseaba con sus tíos cuando le comentó a Abilio haber aprovechado alguno de sus días libres de servicio para viajar a Derio. La razón de sus visitas a esta localidad era poder corroborar si aquel muchacho llamado Joseba, el que viajó en el tren de Irún a Bilbao y ocupó asiento en el mismo departamento en que él se encontraba, era en realidad un seminarista. Así, y como fruto de este seguimiento, pudo confirmar que, efectivamente, Joseba era alumno del mencionado seminario. Le bastó para averiguarlo con mantenerse vigilante en las inmediaciones del centro religioso las tardes de los viernes, día en que la mayor parte de los seminaristas que tenían familia en pueblos cercanos a la capital, efectuaban su salida a la hora convenida para pasar en casa el fin de semana. Allí, Braulio estuvo tratando de localizar a Joseba, persona a quien buscó en el momento de la salida del alumnado que marchaba a casa y, también, entre aquellos que gozaban solo de un tiempo de asueto limitado, los que salían para Bilbao hasta una hora señalada y volvían para dormir en el seminario.

¿Investigar? Abilio calificó la idea de su sobrino poco acertada. ¡Otro como yo! —se dijo a sí

por un instante—. Uno más de la familia, pensó, que soñaba con la profesión y actuaba por su cuenta a fin de descubrir a un comando etarra, intentar sorprender a los miembros de éste en el piso franco, detenerles, requisar sus armas y explosivos..., y después, conducirles detenidos ante el juez y enviarlos a la cárcel... Y, a todo lo dicho que acababa de fabular, le añadía en su fantasía el ingrediente de la gran satisfacción sentida por el deber cumplido...

—¿Y por qué no me dijiste lo que te proponías? Te hubiese ayudado y hubiera resultado todo más fácil.

Braulio le recordó a su tío, que el curso que estaba realizando para pasar a formar parte del SIGC acabaría durante la segunda quincena del mes mayo y que, como trabajo final, se le pedía al alumnado un informe sobre una supuesta investigación llevada a cabo ante el hallazgo de un supuesto hecho delictivo. En dicha labor debía de exponer, con todo detalle, el proceder de los agentes intervinientes en la prestación del servicio a realizar y el desarrollo investigativo con descubrimiento y detención del supuesto autor o autores, si los hubiere. Es decir, que él quería experimentar y mostrar en este supuesto los conocimientos aprendidos en el curso y practicar las enseñanzas recibidas. También añadió, que le gustaría seguir investigando y llevar a cabo la realización del trabajo que ya había comenzado sobre un hecho real, como lo fue el atentado ocurrido en la Plaza Circular de Bilbao. Por esto había emprendido el trabajo considerando como supuesto sospechoso, al tal Joseba...

—¡Ah, cojones! ¿Tendrás que consultar con Jefatura para que te autoricen investigar lo que tú crees que está relacionado con un hecho real, digo yo? —le respondió el guardia Abilio.

Itziar, que andaba cerca y callaba, no dudó en intervenir.

—¡Ni se te ocurra! ¡Deja en paz al *mutil*, pues! ¡No le compliques la vida, que ya tendrá tiempo para que se la compliquen los demás!, como nos ocurre contigo...

—Sí, Itziar. Pero sucede que Braulio no sabe *euskera* y necesitará ayuda si quiere investigar... Y al haber elegido como trabajo a realizar la investigación sobre un hecho real, debe ser asesorado por un profesional. Pues, de investigar estando solo, habrá un día en el que para realizar cualquier gestión o tratar de contrastar lo más mínimo tendrá que hablar con gente vasca y, nada más pronunciar una palabra en castellano o de preguntar cualquier cosa a un posible delincuente, será reconocido e identificado como *txakurra* y, por lo tanto, fracasará en lo que intente si es que no se lo comen vivo antes. Así, para que nada de esto ocurra, es por lo que quiero ayudarle en el trabajo que él pretende hacer, y no le dejaré que se enfrente solo al problema...

—¡Sí. Eso es lo que tú quieres!, involucrarte e involucrarle en dicha historia, y andar los dos de paseo y a vuestro aire. ¿No?

—¿Acaso no recuerdas como fuimos tratados por los vecinos de tu pueblo después de casarnos? Tú vasca y yo zamorano y guardia civil. Era el año 1950, aún el nacionalismo vasco no se había organizado de un modo tan activo como ahora... ¿Recuerdas cómo se caldeó el ambiente en tu pueblo? ¿Qué nos decían?, «¡*suge arriskutsua!*» decían de ti, por ser una *neska euskalduna* casada con un *txakurra faxista* español. Entonces nadie nos hablaba y, por dicha razón, tuvimos que marchar de allí. Es decir, tuve que pedir ser trasladado a otra Comandancia, a una provincia no distante del lugar donde vivían tus ancianos padres y lo más cerca adonde fuimos a parar fue Pamplona. Allí, pues, aún pudimos respirar, vivir más tranquilos y hasta yo aprendí *euskera* en una *ikastola* amiga. Aunque, como siempre digo, si hoy me defiendo hablando tu lengua, ha sido gracias a tu ayuda... Sí que me ha costado años, es cierto. Pero esto me sirvió para poder retornar a Vizcaya, cerca de tus padres y pasar destinado al Servicio de Información, dejando de ser alguien fácilmente identificable por el enemigo, lo que será o es nuestro sobrino o cualquier guardia civil de paisano que no sepa *euskera*. Es por esto que hoy presto servicio de paisano y

paso entre los delincuentes comunes desapercibido y los activistas políticos no me rechazan, tal si fuese vasco. Eso quiero para nuestro sobrino y por eso he ayudarle, para darle la seguridad y protección que hoy no posee...

Braulio se sentía tranquilo y contento de ir acompañado por Abilio. Trabajando juntos, los inesperados chaparrones primaverales o las largas y aburridas horas vigilando resultaban más tolerables. Pudo constatar en vivo el hecho de que un militante, tal lo era Joseba, se saltase la supuesta disciplina impuesta por la organización y pusiera en riesgo al resto de sus compañeros o, al menos, así le juzgó Braulio. Porque en el primer seguimiento que se le efectuó a Joseba, en aquel fin de semana, éste les condujo a Abilio y a Braulio hasta Mondragón y, una vez allí, yendo tras los pasos del sospechoso, descubrieron que, en el arrabal de Maala, Joseba tenía acceso a uno de los pisos de un edificio en el que vivía una chica por él conocida.

Para Abilio, como veterano que era del SIGC de Vizcaya, Maala era territorio conocido, puesto que en alguna ocasión y por motivos del servicio había visitado aquel barrio de Mondragón, por eso, no se sorprendía de lo que allí pudieran encontrar.

Desde el sitio donde los dos guardias se mantuvieron apostados podía verse el convento de las concepcionistas y la Casa Cuartel de la Guardia Civil. Al comenzar la espera, mientras Braulio vigilaba la puerta de entrada del inmueble por donde desapareció Joseba, Abilio comprobó, alrededor del mismo, si este edificio tenía más de una salida posible a la calle. Habrían pasado ya unos quince minutos, cuando los vigilantes detectaron la llegada de una joven que vestía el peculiar hábito de una monja, la que entró en la finca que ambos observaban. Media hora más tarde, dicha persona volvía a salir a la calle, pero ahora vestida al modo habitual que lo hiciera cualquier otra chica del lugar: falda de color azul oscuro, camisa rosada y rebeca del mismo color que la falda.

Los dos guardias se mantuvieron a la espera y apenas habían pasado diez minutos desde que partiese la joven o monja o lo que esta mujer fuese, Joseba salía del edificio luciendo también otra indumentaria distinta a la que llevaba a su llegada: pantalón vaquero, camisa azul oscuro y chaqueta de color negro. Desde el portal del edificio, el joven, antes de comenzar a andar miró a uno y otro lado de la calle y, seguidamente, comenzó la marcha. A prudente distancia, los dos vigilantes le siguieron por distintas calles. Tras un largo recorrido, el joven decidió entrar en *Urxulo Kafetegia*, establecimiento donde la supuesta monja y el espiado se encontraron. Por Abilio fueron vistos saludándose nada más entrar Joseba en dicha cafetería y, una vez tomaron asiento, comenzaron a charlar como lo hiciera cualquier pareja de enamorados. Transcurrido el tiempo que estimaron oportuno y habiendo acabado de consumir las correspondientes bebidas que les fueron servidas, abandonaron el local para pasear cogidos de la mano, hasta llegar a la altura de la iglesia existente en el parque de Santa Marta, en la cual entraron.

Estaba acabando el santo rosario. Cada uno de los jóvenes tomó asiento en un banco diferente de entre los que hallaron en el lateral izquierdo de la nave, muebles no ocupados por persona alguna y próximos al altar mayor. Finalizado el rezo y una vez abandonaran la iglesia la mayoría de los fieles, la joven se levantó y dirigió sus pasos hacia el altar mayor. Mientras, Joseba cambió de postura, de estar sentado pasó a la posición de orante. Habían transcurrido unos minutos cuando la chica volvió acompañada por un joven sacerdote, el que saludó a Joseba efusivamente. Invitados por el religioso las tres personas se volvieron de nuevo hacia el altar y desaparecieron a continuación por el lateral derecho del mismo, lugar donde se hallaba la sacristía.

Capítulo XXIV

Nada más el autobús llegó a Mondragón, Joseba descendió del mismo, sin imaginar que era seguido por Braulio y Abilio, y encaminó sus pasos hacia el arrabal de “Maala”. Su marcha era apresurada y buscaba instintivamente la sombra de los edificios que se hallaban en su camino para protegerse no precisamente del calor. Disimulaba su rostro con unas gafas de lentes oscuras, para evitar ser reconocido. Sabía que las cosas más inesperadas sucedían sin desearlo y, por eso, no quería dar facilidades al contrario.... Miraba al frente mientras decía para sí que, si la luminosidad primaveral descubría desapercibidos paisajes urbanos dignos de ser admirados por su singular aspecto artístico, también las anónimas miradas pasajeras podrían detectar en uno las apariencias irrelevantes que nada dicen al principio, pero que, tal vez después, descubren detalles al recordar, esos que permiten asociarlos a alguien conocido y que uno no se esperaba encontrar.

En esto iba cavilando Joseba en aquella tarde de mayo, mientras le cobijaba la sombra del vetusto Palacio de Okendo. Una necesidad de invisibilidad le dominaba, sin saber por qué ni cómo conseguirla. Quizá fuese por aquello que un día les dijera Pakito tanto a él como a Marutxi y a Montxo. Advertencias que aún resonaban dentro de su cabeza y por las que el curita les hizo salir de Mondragón al existir riesgo de ser detenidos: «Sí, fue Pakito quien nos comunicó la mala noticia de tener que separarnos y, en principio, sin saber nada más del asunto». Así pensaba Joseba.

«Ni siquiera esperó el momento más oportuno para hacernos saber tal confidencia. Le bastó con citarnos para decirnos a los tres que habríamos de marchar de Mondragón o hacernos invisibles y todo de modo improvisado, sin más. Como si le urgiera mantenernos lejos de él».

Antes de llegar al edificio donde esperaba encontrar a Marutxi, Joseba repasó más de cien veces lo que Pakito les habló a los tres del atentado ocurrido en la estación de ferrocarril de Amara, así como las pesquisas que la policía llevaba a cabo, según el cura decía, para dar con los autores. Por este motivo acudió a su mente la descripción del mecanismo de ignición utilizado en las maletas incendiarias; el nombre de los productos químicos de fácil deflagración que se hallaron en tales equipajes y la sospecha de que dichos materiales podían haber sido sustraídos de los talleres de montaje de cocinas de Mondragón, pruebas que podían implicarles a ellos. Sin embargo, Pakito no hizo mención alguna de su participación en la *ekintza*, siendo él quien les pidiera la confección de un mecanismo de ignición con temporizador a Joseba y, a Montxo, la mezcla de productos químicos; deflagrante que, al parecer, fue adosada una carga que portaba la maleta.

El sentimiento que acompañó a Joseba en este viaje era de tristeza profunda y permanente. Ante la puerta del edificio donde vivió con Marutxi, quiso imaginar lo que sentiría la chica al verle. Emocionado pulsó el timbre, pero nadie respondió a su llamada. Entonces, extrajo una llave de su bolsillo, abrió la puerta de entrada y penetró en el inmueble.

Sentado en un sillón de la salita y dando la espalda a la entrada de la vivienda, Joseba miraba, a través de una ventana que daba a la calle, la gente que transitaba por dicha vía sin apreciar nada sospechoso durante el tiempo de espera. Pero, prontamente, oyó las pisadas de alguien que subía la escalera y que se detuvo en la planta en que él se encontraba, sonido que distinguió por el crujir de la madera reseca del piso y que, cada vez, se oía un poco más nítido. Sí, unos pasos más, y se abrió la puerta de la vivienda. Él prefirió no moverse del lugar donde se hallaba, pretendía

sorprender a la persona que esperaba. Por el modo de respirar, quien acababa de entrar parecía fatigado. Nada más pasar al interior de la vivienda el visitante dejó las llaves sobre la mesita que hay en la entrada —como de costumbre, pensó Joseba— y caminó hacia la salita donde él estaba. Joseba, no visible estando sentado en el sillón, se levantó lentamente de su asiento y acarició con la mano el hombro de la joven. Sobresaltada, Marutxi se volvió para ver a la persona que le había tocado, a la vez que exclamaba: «¡Oh! ¿Eres tú, mi amor?». Entonces se abrazaron, se besaron y comenzaron a hablarse de modo simultáneo. Alborozados, no escuchaban sus recíprocos requiebros amorosos, esas tiernas palabras que cada persona dedicaba a la otra. Era la primera vez que se veían en el piso desde el día en que Joseba ingresó en el seminario. Allí, en esa misma estancia, tuvo lugar su despedida el día que él marchó, tras haber compartido vida y vivienda durante una temporada. Los dos se sentían eufóricos, entregados a quererse. Se cogieron las manos mientras se contemplaban. Marutxi vestía el hábito de las franciscanas concepcionistas y Joseba camisa blanca, jersey de cuello alto y pantalón oscuros, pero a ella le pareció ver a un cura sin sotana. Sin mediar palabra y tras un instante de absoluto silencio, los dos rieron a carcajadas.

Después charlarían acerca de ellos, de su nueva vida y de la misión que, al parecer, el destino les había deparado. «¡Todo sea por una *Euskadi* libre!», repitieron. Lema del que estaban persuadidos y esperaban que, un día no muy lejano, fuese una realidad. Marutxi se interesó por el quehacer cotidiano de Joseba y éste por el desempeño de la joven. Ambos se sentían conformes con lo que era su cometido y estaban esperanzados en lograr pronto que su anhelo se cumpliera. Tal afán no era otro que volver a vivir juntos de nuevo.

Joseba hizo mención de Montxo. Le hizo saber a Marutxi que en el pasado mes de abril se habían visto en Bilbao y que él era conecedor de esa petición absurda que su primo le había hecho: convertir en un *zulo* el convento que le había dado acogida. Por ello, Joseba, con firmeza le aclaró la prohibición de contactar con miembro alguno de ETA y, mucho menos, con quien le insinuase similares propósitos.

—Y si es Pakito quien me lo pide, ¿qué habré de hacer?

—Ignorarlo. Le dirás que esconda en su parroquia lo que él desee o que le pida tal favor a la Reverenda Madre Superiora del convento y, así, que sean ellos quienes se entiendan con ETA. Pero sin implicarte a ti.

Esa tarde decidieron salir de paseo como lo hicieran en otro tiempo. Entonces Marutxi dejó a un lado el hábito y se vistió con ropa normal. Ella, siguiendo la norma de siempre, salió a la calle en primer lugar y, una vez fuera del edificio, caminó por la acera de su izquierda con dirección al herreriano Palacio de Okendo. Habría pasado el tiempo que estimó prudente Joseba desde que Marutxi abandonó la morada, cuando él salió del edificio. Tras cruzar la calle, comenzó a andar hacia la avenida que acababa en Glorieta de Santa Marta. Marutxi efectuó su recorrido caminando lentamente. No quería llegar a la cafetería en la que ambos habrían de encontrarse con demasiada antelación, puesto que no le agradaba esperar sentada y sola en una cafetería a alguien mucho tiempo. Al poco de entrar la joven apareció Joseba, el compañero de pareja. Se acomodaron junto a una mesa hallada en un rincón del local, un sitio desde donde Joseba controlaba con la vista la entrada de cualquier cliente. Pidieron que se les sirviera aquello que les apetecía tomar y charlaron mientras aguardaban que la gente comenzase a salir de la iglesia de Santa Marta.

Marutxi miraba a Braulio y le encontró atractivo, independiente y predispuesto a continuar en su empeño de amarla. Ella se sentía dispuesta a esperar el día en el que los dos volvieran de nuevo a vivir juntos. Pensaba que el tiempo que ahora estaban separados tendría compensación con los días que más tarde pasarían unidos: felicidad que habrían de ocultar cada uno, bajo la ambigua capa de dignidad que les cubriría en el desempeño propio de la vida cotidiana. Querían

ser libres, pero no sabían cómo abandonar la lucha y sus propias exigencias. Seminario y convento les separaban. Detestaban su alejamiento y la única liberación sentida que les valía la pena gozar eran sus esporádicos encuentros en el pisito que ocupaba Marutxi.

Más tarde, la pareja se entrevistó con Pakito y hablaron con él de los últimos acontecimientos habidos. A lo largo de la conversación mantenida salió a relucir Montxo y la incomprensible proposición que éste le hiciera a su prima. Los dos, atónitos, escucharon las respuestas dadas por el sacerdote.

—Lo siento, pero ahora la organización pide con urgente necesidad establecer refugios seguros, tanto para personas como para guardar armas. Sitios donde ocultar a los *gudaris* que han de luchar en defensa de la libertad de nuestro cristiano pueblo. Sí, esos lugares que llaman *pisos francos* y *zulos*. Espacios protegidos donde ocultarse y que habremos de estar dispuestos a proporcionarles.

—Sí. Pero es vergonzoso proponer que a una aspirante a neófita vocacional, colaboradora en el cuidado y la educación de párvulos, el cometido de introducir y esconder subrepticamente en un convento a *gudaris etarras*, armas y explosivos...

Marutxi pidió a Pakito que, de ser posible, le evitase a ella participar en esa clase de lucha que se avecinaba. En consecuencia, dado que los presentes, y por supuesto Montxo, podrían ser catalogados como sospechosos de haber cometido un atentado y, por tanto, inesperadamente detenidos por la policía, la enamorada pareja pidió a Pakito que les posibilitara la salida de España como afiliados a alguna organización misionera activa en el extranjero. El fin deseado era poner distancia por medio, poder colaborar cristianamente en cualquier misión con su trabajo y ayudar a los demás.

—De momento no puedo prometeros nada —dijo Pakito—. De encontrar alguna posibilidad a lo que me pedís os lo comunicaría. No obstante, podéis sentiros seguros por ahora, tanto en el convento como en el seminario.

Una vez en casa, Marutxi y Joseba comentaron la respuesta dada por quien fuera su antiguo jefe de grupo y, al no haber recibido de él una posible alternativa a la que acogerse, ambos acabaron callando resignadamente. Al día siguiente, Joseba marcharía a Derio y todo volvería a ser la misma rutina. Los dos detestaban su separación y, siendo conocedores de que los sentimientos y afectos de la persona amada llenan el vacío que la ausencia del otro crea, decidieron pasar la noche juntos y disfrutar unidos el dulce momento amoroso... Ellos, hablándose con suaves susurros, intimaron en cuerpo y alma. Se olvidaron de la realidad de *Euskadi* y de la causa a la que servían. Disfrutaron la cópula, esa progresión ascendente en periodos armónicos que conduce al clímax: la escapada profunda hacia el instante feliz y único, en la que acabas extenuado. Amarse, para los dos fue eso, lo que les estaba prohibido y no les permitían ni los mandamientos religiosos, ni las reglas marcadas por los precursores de la rebelión, y, además, un acopio de gratas sensaciones que, tras recordarlas cuando estuviesen separados, les ayudarían a soportar los tristes días venideros visionando los instantes vividos en esa noche mágica. Sí, recuerdos que se desvanecerían con el paso del tiempo y sin ellos sentirse culpables de haber quebrantado norma alguna ni manchar su conciencia con sus velados anhelos.

A los Guardias Civiles, Abilio y Braulio, les valieron los datos conseguidos en aquel seguimiento efectuado aquella tarde. Pues lograron dar con suficientes cabos sueltos que, una vez enlazados, servirían para hipotetizar y luego confirmar o desechar las sospechas que Braulio mantenía sobre el personaje objeto de investigación. Por lo tanto, antes de volver a Durango, Abilio decidió pasar por la Casa Cuartel de la Guardia Civil y participarle al Sargento

Comandante de Puesto de Mondragón el objeto de visitar esta localidad. Hablando, le hizo saber al Suboficial haber estado siguiendo a un sospechoso por Mondragón y, de paso, le expresó a su superior estar interesado en conocer los posibles antecedentes de las personas con las que el vigilado, en esa tarde, había contactado. Abilio, en primer lugar, pidió referencias de la chica que vestía el hábito de monja de las franciscanas concepcionistas y que, la misma tarde, una vez fuera del convento, cambió su atuendo por la vestimenta normal de una joven de su edad para salir con el sospechoso de paseo. La misma persona que tenía el domicilio en un edificio cercano al centro religioso y no lejos de la Casa Cuartel.

Ante estas peticiones, el Suboficial le informó a Abilio que la chica por la que él se interesaba era Marutxi Zaragüeta, una aspirante a monja, alguien que vino con sus padres a Mondragón en busca de trabajo haría poco más de dos años. Una familia que procedía de Abiña, caserío de Sukarrieta, término municipal de la provincia de Vizcaya. La citada joven había sido anteriormente catequista de la parroquia de Santa Marta y miembro del grupo de Acción Católica de la misma. Por los curas de la citada iglesia, y con ocasión de la creación de un parvulario en el convento de las franciscanas concepcionistas, fue propuesta a la madre superiora para ejercer las funciones de ayudante en la enseñanza y cuidadora de los párvulos. Desde entonces, la joven colaboraba en la guardería infantil cuidando a niños desvalidos e hijos de madres trabajadoras, siendo algunos de estos infantes hijos del Cuerpo. La citada, pues, dada su vocación religiosa, pronto fue acogida en calidad de *beata*, es decir, persona que lleva hábito religioso sin vivir en comunidad ni seguir regla alguna determinada, o sea, una principiante a monja que aún no había profesado, como antiguamente lo eran las colaboradoras de dicho convento.

Respecto al joven cura de la iglesia de Santa Marta, al Suboficial no le cupo duda alguna de que se trataba del coadjutor de dicha parroquia, el conocido entre la juventud *abertzale* de la localidad por Pakito. El nombre de este cura en realidad era Francisco Etxabe, un vizcaíno, en su juventud novicio benedictino en Lazkao, de donde se salió para ingresar en un seminario y acabó siendo cura de Mondragón. De entre otras actividades por las que era conocido en Mondragón destacaba su apoyo incondicional a las dos organizaciones de la Acción Católica del lugar, HOAC y JOC, ambas ahora de tendencia comunista, con las que colaboraba en manifestaciones, protestas y enfrentamientos contra las disposiciones emitidas por la jerarquía de la Iglesia Vasca, dado el modo de actuar de estas organizaciones. En fin, una persona que con frecuencia solía defender los intereses de la juventud trabajadora y de quien se decía pertenecer al clandestino Sindicato Libre de Curas (SLC), asociación dirigida por curas comunistas infiltrados en la iglesia española, y de los que se decía que la mayoría procedían del Seminario de Derio.

Abilio le habló al Comandante de Puesto acerca de Joseba, el chico al cual habían seguido, un seminarista de Derio y, a la vez, amigo de la *beata* y del coadjutor. El sargento confirmó que creía conocerle si era amigo de la tal Marutxi, pues ésta, antes solía acudir a la parroquia de Santa Marta y se relacionaba con los catequistas, viéndosele acompañada por éstos. Alguno, al parecer, era familia de la joven o conocido de ésta por ser de Abiña, gente que, según creía, solía acabar ingresando bien en un convento o en el seminario.

Capítulo XXV

En principio sintió una gran alegría. La misiva de *Madeleine* comunicándole su próxima visita a San Sebastián, ciudad donde la joven permanecería una semana, sorprendió gratamente a Braulio. Aunque, lo que realmente le hizo feliz era saber que la chica seguía acordándose de él, aún después del tiempo transcurrido. Ante esta agradable noticia, Braulio respondió pronto a su amiga indicándole la fecha en que podrían verse o pasar juntos un fin de semana.

Llegado el día señalado, preparó su equipaje —solo lo justo y necesario para tan escaso tiempo—, tomó el tren en Durango y partió hacia *Donostia*, su destino. La primera parte de tan corto viaje le fue bien, lo inició pensando y deseando encontrarse con *Madeleine*, la chica francesa que pronto volvería a ver.

Iniciado el viaje, contemplar quedar atrás los edificios industriales y fábricas y ver desvanecerse en la lejanía las blanquecinas columnas de humo procedentes de los mismos, le agradaba. Eran la señal de que pronto vería a su joven amiga, tan solo en cuestión de minutos. Pero, poco más tarde, este deseado encuentro comenzó a inquietarle. Surgió cierto malestar sin saber porqué y, en él, flotaba la duda sobre cómo pudiera resultar para ambos verse de nuevo y el temor de que lo sentido hasta ahora acabase tras dicha entrevista. Aunque, después, todo se convirtió en nostalgia y fue inundado por una nueva sensación. Esta vez, la congoja la originó el recuerdo de Paula, su vuelta a Vizcaya, la ruptura y el olvido. Sintió cómo había crecido la fría distancia afectiva que a Paula y a él les separaba. Visionó su última despedida y escuchó la encubierta petición de la joven de hacer el amor con él y, sobre todo, la promesa de que ambos se escribirían, hecho que jamás ella cumplió. Tras la horrible sorpresa recibida al volver al pueblo en Semana Santa, tres meses habían pasado, y encontrarla convertida en novia de Arturo Cortés, ahí acabó su sueño...

Pronto aquel corto viaje llegó a su fin y Braulio había superado sus lastimeras evocaciones. A través de las ventanas del vagón en que viajaba, volvió a contemplar el lejano y distinto paisaje habido en los extramuros de San Sebastián, casas de una sola planta mezcladas con altas edificaciones industriales y vehículos de transporte en movimiento por todas partes. De la capital guipuzcoana se decía que era ciudad viva y económicamente pudiente, pero el paisaje que desde el tren observó le desilusionó.

Braulio se apeó en la estación terminal de Amara y buscó alojamiento en sus inmediaciones. Después, desde la habitación de aquel económico hostel, llamó por teléfono a *Madeleine*. Previamente ensayó qué decirle e intentó conseguir que su voz sonase serena y jovial.

—*Bon soir, mon ami! Comment ça va?* —respondió ella, nada más escucharle.

Quedaron en verse una hora más tarde, en el Paseo de la Concha, frente al restaurante La Perla. Caminando, Braulio llegó al lugar de la cita a la hora convenida.

—¿Cómo te fue en este tiempo, *mon cher?* —preguntó *Madeleine* después de mirarle, abrazarle y besarle.

Desde que se conocieron, solo habían pasado unos meses y pocos días más. Braulio respondió que durante este corto periodo de tiempo todo le había ido bastante bien y, pronto pasó a interesarse por los motivos de la inesperada visita de su amiga. Entonces, *Madeleine*, tal como le había anticipado por carta, le habló del nuevo plan de trabajo señalado por la empresa y de las frecuentes visitas que habría hacer a España. Su residencia, como ya le había comentado a

Braulio, la tenía en Bayona (Francia) y su trabajo, según le contó, consistía en lo de siempre, visitar determinadas localidades donde se ubicaban conocidos concesionarios, comercios o clubes deportivos relacionados con el ciclismo. Su objetivo, pues, era la venta de bicicletas, para lo cual debía buscar y hacer clientes. Éste era el motivo de estar en Guipúzcoa, razones laborales, y por ello recorrería la provincia visitando a posibles clientes durante una semana.

Mientras charlaban, anduvieron por el largo paseo marítimo que bordea la bahía y da vista a Igueldo, caminaban dirección a Túnel Antiguo. *Madeleine* era una joven atractiva de piel morena, cabello oscuro y ondulado que caía sobre sus hombros, ojos verdes y ovalados, pechos notorios, estrecha cintura y piernas alargadas. Lucía una roja cinta elástica que adornaba su peinado cabello y que se ocultaba bajo su melena al pasar por su nuca. Era difícil averiguar su edad, pues su figura de mujer aparentaba ser de menor edad a la que en realidad tenía, apenas había superado los veinte años. La joven era una fuente de conocimiento respecto a cuanto estaba relacionado con el ciclismo: tipos de máquinas usadas en campeonatos del mundo en pista, *tours* europeos, ciclismo deportivo por carretera, campo a través... En la semana siguiente, según le confesó a Braulio, tenía que visitar las localidades de la provincia que le habían sido señaladas previamente y recorrer una zona relativamente próxima a Durango, lugar donde Braulio residía.

Paseaban, hablaban y anochecía. Por esta causa decidieron volver sobre sus pasos hasta La Perla, el restaurante donde Braulio la invitaría a cenar. En principio caminaban juntos como dos amigos que acabaran de encontrarse. Ella se interesada en saber más cosas de su acompañante como cuánto tiempo llevaba en Bilbao; qué tal se le daba su trabajo de ATS en la ciudad; si había conseguido ser admitido en algún hospital; si tenía novia o a qué dedicaba el tiempo libre... Antes de llegar al establecimiento elegido para la cena, se detuvieron en uno de los miradores del paseo marítimo para, desde allí, contemplar la bahía entre luces. Braulio, sin más, tomó su mano y ambos se miraron. Los dos parecían querer manifestar su oculto deseo de alguna forma, lo que hicieron tras besarse, y, entre susurros, se confesaron la amorosa y recíproca atracción que ambos sentían, palabras que se llevó la brisa vespertina. Al reiniciar de nuevo su andar ya habían acordado cómo y dónde pasarían juntos aquella noche.

A *Madeleine* le hubiera gustado que Braulio la acompañase durante toda la semana en su quehacer laboral. Pero él solo le prometió hacerlo el día que pudiese. Ella le había manifestado necesitar la colaboración de un hombre en su labor como comercial, pues trataba a veces con personas no precisamente muy corteses y educadas. Braulio afirmó que gustosamente estaría a su lado todo el tiempo del que pudiera disponer.

Fue en la tarde del domingo cuando Braulio regresó a Durango. Se alejó de *Madeleine* con tristeza y cierta turbación. No hubiera deseado separarse de la persona con la que se sintió feliz durante aquel fin de semana, pero el deber lo demandaba. De modo que, una vez ocupó su sitio en el departamento e iniciar el tren su marcha, *Madeleine* ocupó su pensamiento. Braulio intuía que la joven sentía algo por él desde el momento en que se conocieron. Quizá fuese amor esa emoción que la chica parecía manifestar o tal vez solo un amigable afecto. Pero, fuese lo que fuese, él no se atrevió a preguntarla lo que por él sentía durante el tiempo que estuvieron juntos ese fin de semana. ¡Es demasiado pronto!, fue su justificación y, además, aún vagaba en su mente la imagen de Paula. No obstante, un sentimiento de culpabilidad le embargó al partir, la causa, no haber sido totalmente sincero con ella. ¿Por qué no le dijo la verdad acerca de cuál era su verdadera profesión y dejó que ella creyera ser ATS? Ante este interrogante, él, calladamente, se dio una serie de dudosas respuestas: «porque podía ser peligroso hacer pública su condición de Guardia Civil»; «porque aún le seguía afectando la opinión de doña Rosa Ortiz al comparar a los miembros del Cuerpo con los errantes gitanos»; «porque en esta nueva relación cabía la

posibilidad de que fuese solo un flirteo ocasional y podría acabar en cualquier momento o vete tú a saber cuándo»... Realmente él no conocía la clase de mujer que era *Madeleine*, aparte de ser una chica muy atractiva. ¡Mentira podrida, todo!, se dijo a sí mismo. Braulio sabía que no eran esas las verdaderas razones y que se engañaba. La realidad era otra, que tenía miedo de implicarse en una relación amorosa cuando aún seguía sufriendo el dolor de haber sido olvidado por otra mujer.

En el palacio episcopal de Bilbao, Abilio contactó con su buen amigo el padre Amaro Iriondo, un cura natural de El Perdigón (Zamora), el pueblo natal tanto de Abilio como de Federico Ferro. Ambos paisanos se reunieron en el perdido despacho del ayudante, un cuarto ubicado en un rincón de la Secretaría Episcopal. Allí hablaron de la familia, del pueblo, de la vida tranquila que en él uno llevaba y de sus gratos vinos. Pronto pasaron a glosar la situación actual, las alteraciones del orden, disturbios y atentados que se estaban produciendo tanto en Vizcaya como en Guipúzcoa, los mismos que, en su mayoría, eran atribuidos al grupo separatista conocido por ETA. Luego, con cierta reserva, tocaron temas como el de los *curas comunistas*, el SCL y sus protestas, las más de las veces dirigidas contra lo que llamaban la iglesia franquista y monseñor Gúrpile. Sacaron a relucir ciertos comentarios que se producían en diversos círculos culturales, políticos y religiosos acerca de las personas dirigentes del Seminario de Derio y de sus peligrosos acercamientos a ETA y al Partido Comunista, pasos que, según decían, estaban orientados por parte del clero y curia vascos para que la organización etarra se instruyese y ejercitase en los modos y maneras de concebir la guerra subversiva. Y ya, por fin, tras charlar largamente y mientras apuraban sus copas de vino, Abilio pidió ayuda a su amigo Amaro para que le informara o diese noticia de un seminarista conocido por Joseba, posiblemente natural de Abiña de Sukarrieta. Sobre él quería saber sencillamente quién era y lo que pareciese relevante de su vida. También, de ser posible, quienes eran sus padrinos y las alegaciones aportadas por estas personas para que fuese admitido en el Seminario de Derio. Resumidamente, pidió a su amigo Amaro que le informase de todo cuanto se supiese de él.

Solo hubieron pasado tres días desde que Abilio hablara con su paisano cura, cuando en la oficina del Puesto de Durango se recibió una nota-aviso de parte de un tal Amaro para entregar al guardia Abilio. En ella, el remitente rogaba que se le comunicase al citado guardia que ya habían recibido el encargo de vinos que estaban esperando y que podía, por tanto, pasar a recoger el pedido cuando lo estimase conveniente. Enterado Abilio, se entrevistó de nuevo con el padre Amaro y éste le comentó lo que él había conseguido encontrar. Tras tomar nota, dio las gracias al sacerdote por el favor recibido y marchó hacia Plaza de La Salve donde se ubicaba Comandancia de la Guardia Civil, lugar donde aguardaría que saliese de clase su sobrino Braulio.

Era viernes y comienzo del fin de semana para los alumnos que hacían el curso de Información en la citada Comandancia, por este motivo a medio día, una vez acabadas las clases, Braulio marchó con su tío a Durango. Durante el viaje de regreso, Braulio le comentó a Abilio que habría de entregar el trabajo de investigación delictiva que estaba realizando al final de la semana venidera, pues, pasada la misma, concluiría el curso que efectuaba para poder pasar a prestar servicio en el SIGC. Lo dicho suponía que, en los próximos días venideros, tendría que concluir el informe donde haría constar lo supuestamente investigado y las conclusiones finales. Ante tal tarea, aquella misma tarde comenzaría a repasar la información hasta ahora conseguida y comenzaría a redactar el trabajo solicitado.

En el informe presentado por Braulio se dieron a conocer los hallazgos conseguidos en su supuesta investigación, hechos que le participó al SIGC. El documento se iniciaba haciendo

mención a la fecha de un día señalado y el nombre de un sujeto, el pasajero con quien Braulio casualmente coincidiera viajando en tren desde Irún a Bilbao. También, en él analizaba la clase de comentarios escuchados por Braulio y las palabras dichas por el viajero, ésas que manifestó en las conversaciones mantenidas con los compañeros que le acompañaban, al parecer, todos ellos seminaristas de Derio.

Según constaba, estos alegres amigos hablaban sin reparo alguno durante aquel corto viaje, comentaban haber participado en *Itsasu* en la celebración del *Aberri Eguna* y expresando sin censura sus sentimientos nacionalistas, los propios de cualquier *abertzale*. Sin embargo, según el informante, todo cuanto él escuchó decir a aquellos pasajeros quedó grabado en su memoria, en principio, como algo anecdótico: una historia contada por unos exaltados sobre lo vivido en aquel día 15 de abril de 1963 y nada más. Pero, después, tras reconocer al viajero Joseba, aquello que había escuchado fue tenido en consideración.

Lo que a continuación en el informe se reflejaba era lo acaecido en Bilbao seis días después de lo escuchado en el mencionado viaje en tren, el sábado siguiente a la celebración del *Aberri Eguna*. Día en que Braulio acompañó a su tío, guardia civil y miembro del SIGC, a una manifestación convocada en Bilbao, donde, tal como se hacía constar en el informe, prestaría servicio en segunda línea y colaboraría apoyando a las fuerzas policiales encargadas de mantener el orden público mientras durara aquella protesta. La andadura de tal acto no autorizado daría comienzo en Plaza Moyúa, recorrería la Gran Vía de don Diego López de Haro y acabaría en Plaza Circular.

Iniciada la marcha, antes de que la cabeza representativa de la manifestación llegase al final del recorrido, las parejas del Servicio de Información comenzaron a moverse por las calles paralelas a la vía objeto de paso de manifestantes. Por lo tanto, en determinado momento, Braulio y los dos guardias civiles a los que él acompañaba se encontraron en el cruce o salida de calle Astarloa con Gran Vía. Así, pendientes de la gente que se acercaba a dicho lugar, vieron salir a cuatro jóvenes de una iglesia próxima al punto en que ellos se encontraban. Los mencionados portaban unos paquetes que parecían ser propaganda. Dos de la cuadrilla seguían a otros dos primeros que caminaban con paso apresurado. Uno de los jóvenes cargaba a la espalda una mochila de color oscuro y mediano tamaño. El jefe de pareja, cumpliendo con lo ordenado, intentó adelantar a los sospechosos y alertar a los policías uniformados que cubrían la carrera al paso de la comitiva manifestante. Los jóvenes, antes de llegar al cruce de calle Astarloa con Gran Vía se dispersaron y, corriendo y gritando *goras* a ETA, penetraron en la multitud. Mezclados con la muchedumbre repartían panfletos y arrojaban las octavillas de propaganda que portaban. Estos jóvenes pronto desaparecieron entre la masa, cada uno tomó una dirección distinta. De este inesperado grupo, el sujeto portador de la mochila le pareció a Braulio ser persona conocida, su rostro creyó haberlo visto antes, aunque no era capaz de recordar adónde ni cuándo. Por tal circunstancia, fue a esta persona a quien él trató de localizar entre la gente.

El orador dirigía su discurso al gentío cuando fue interrumpido, súbitamente, por el sonido de una fuerte explosión. Después, un silencio pavoroso sobrecogió a los manifestantes y, al instante siguiente, la multitud pasó a proferir gritos de pánico y moverse sin saber a dónde dirigir sus pasos. La gran grúa del Ayuntamiento había sido volada al estallar un explosivo colocado en su base. La máquina se derrumbó ante el edificio del Gran Casino y sus hierros y cables de acero cortaron la circulación por calle Amistad y el paso por Puente del Arenal. Ante este suceso, Braulio pidió permiso a su tío para volver de nuevo a calle Astarloa, al mismo lugar por donde aparecieron aquellos cuatro muchachos. Sin saber la razón, Braulio tuvo el presentimiento de que los autores del atentado podían ser los jóvenes que con anterioridad habían sido vistos saliendo

de la iglesia. Así, cuando llegó de nuevo a Astarloa, vio como próximo a la iglesia se encontraba el joven que acompañaba al chico de la mochila. Unos minutos después aparecerían otros dos jóvenes repartidores de propaganda y, uno de ellos, irónicamente dio novedades al esperador, diciendo:

—¡Hola Montxo, sin novedad en el frente!

El llamado Montxo se interesó por el que faltaba preguntando:

—¿Dónde ha quedado Joseba?

Al escuchar el nombre Joseba, Braulio recordó donde había visto a aquel seminarista. Sí, fue en el tren que cubría el trayecto Irún-Bilbao, el día en que el susodicho volvía al seminario con otros compañeros, tras asistir al *Aberri Eguna*.

Completa la cuadrilla, los *mutikos* entraron en la iglesia. Braulio esperó la llegada del guardia Abilio y su acompañante, quienes pronto se presentaron donde él les aguardaba, los tres agentes buscaron a los jóvenes en el interior del recinto sagrado, pero fue inútil, nadie, incluido un sacerdote que se hallaba en el templo, les había visto entrar ni salir, habían desaparecido.

Ciertamente, se ignoraba quien pudiera ser el autor o autores de aquel atentado y la organización o grupo político que lo ordenase. Abilio estaba seguro de que, una vez hubieran pasado unas horas, habría varios sospechosos o se sabría de la organización a la que se atribuía tal acto delictivo. De hecho él, como Braulio, también tenía sus sospechas acerca de quienes podrían ser los supuestos autores, gente fichada y vista en la manifestación, personas de las que daría cuenta a su superior una vez finalizado el servicio.

Braulio lo primero que hizo al comenzar sus actuaciones fue comprobar que el llamado Joseba era realmente un seminarista de Derio. Después de confirmarlo, hizo un seguimiento al sospechoso que le llevó hasta Mondragón e implicó en este viaje a su tío Abilio. En la mencionada localidad fueron “conocedores” de dos amistades de Joseba: Marutxi Zaragüeta y Francisco Etxabe, alias Pakito, una aspirante a monja y un sacerdote, respectivamente.

Los informes que emitidos por los sacerdotes que avalaban a Joseba —datos que después fueron facilitados por el padre Amaro al guardia Abilio— y que permitieron la admisión del mismo en el Seminario de Derio, eran inmaculados. Sin embargo, los antecedentes de los sacerdotes avaladores, Elías Arangoa y Francisco Etxabe, no eran los más adecuados para recomendar a nadie a desempeñar un oficio religioso. De ambos constaba, entre otras cosas, que eran activos defensores del separatismo nacionalista, actitud que guardaban oculta tras el gran estandarte de la religiosidad. Así, el cura Elías, había sido detenido acabada la Guerra Civil por su activismo separatista y se le propuso decidir entre seguir siendo religioso o ser vasco con todas las consecuencias, ante lo cual, él eligió lo primero para seguir viviendo como cura. Pero nunca dejó sus tendenciosas actividades políticas.

Del conocido por Joseba, una vez contrastados los datos del informe que remitieron los curas que le avalaron al Obispado, Abilio supo que éste fue trabajador en los talleres de fabricación de cocinas en Mondragón, lugar en donde asistió como alumno a una escuela profesional y formado en la especialidad de electricidad. Así, tras conseguir el título exigido, pasó a trabajar en los citados talleres de aquella empresa. Igualmente, bajo la dirección del sacerdote Francisco Etxabe, el joven pasó a ser catequista en la parroquia de Santa Marta y también miembro activo de la HOAC, hermandad de obreros católicos que pronto empezaría a destacar como sindicato contestatario.

Capítulo XXVI

Aquella tragedia ocurrida en la consigna de la estación férrea de Amara de San Sebastián, sucedió pocos minutos después de las diecinueve horas. Fue en la tarde de un lunes, a finales de junio de 1960, cuando en consigna, una maleta depositada en los estantes estalló produciendo un fuerte, seco e intenso sonido y deflagró de forma instantánea, envolviendo en llamas aquel local. Durante ese día y los dos siguientes se produjeron varios atentados en otros distintos puntos de la geografía española. Según la prensa nacional, los artefactos que estallaron eran de características similares: uno lo hizo en un furgón del tren correo Barcelona-Madrid, hecho ocurrido entre Quinto y Pina de Ebro, municipios zaragozanos, y dos más lo hicieron en las consignas de Barcelona y Madrid-Atocha. En lo que se refiere a los equipajes objeto del atentado de San Sebastián, dichas maletas incendiarias ocasionaron heridos tanto en la estación del Norte como en la de Amara. No obstante, hubo un equipaje similar a los mencionados que no estalló, fue el depositado en la consigna de la estación del Norte de Madrid.

Cuando Joseba me dio su parecer sobre estos deplorables hechos criminales, en particular los ocurridos en Vascongadas —actos terroristas que él negaba conocer que habrían de producirse, y menos en *Donostia*—, dijo que enterarse del atentado terrorista le causó una horrible impresión. Por ello yo pensé que su exteriorización de cuanto dijo sentir, la que ante mí hiciera, estaba provocada por un sentimiento de culpa que le constreñía, resultado de haber colaborado en la confección de unos mecanismos que fueron utilizados en tales artefactos con un solo objetivo, provocar daño y muerte. Y aunque, tal como él manifestara, desconociese el cómo, cuándo, dónde y con qué fines se llevaron a cabo aquellas *ekintzas*, al menos, de la meta final sí era conocedor, aterrorizar. Porque producir terror era el objetivo permanente de ETA en cualquier atentado, sin preocuparse de si con ello arrebatara dolorosamente la vida a una niña, una menor de dos años, e hiriese de gravedad a otras personas... Sí, ante estas acciones, era factible que Joseba pudiera estar afectado de alguna manera por los dolorosos resultados de tales hechos, hasta el extremo de arrepentirse de haber participado en tal acción del modo como él lo hizo, pero, no por ello él dejó de colaborar en tan miserable forma lucha para lograr la independencia de *Euskadi*. Por lo tanto, podría asegurarse que a él le sorprendió tanto tan cruel asesinato como ser sabedor de que un cura vasco tuviera que ver con la *ekintza* de Amara o de que fuesen solo ellos, Montxo y Joseba, los sospechosos a quienes buscaba la policía.

—Entonces, ¿quiénes fueron los autores de estos primeros atentados? —pregunté a Joseba.

—¿Quién iba ser?, ETA y nadie más.

A finales del mes de junio del año 1960, ETA era el acrónimo de una organización cuyas siglas no tenían aún un año de existencia. Visitando la hemeroteca supe que antes de la fecha de los atentados de junio, concretamente, en marzo de 1960, ETA había sido objeto de una gran redada policial contra sus miembros en Vizcaya y que, muy poco tiempo después, se repitió la que fue llevada a cabo en Guipúzcoa. Por tales incursiones, los representantes de la organización reunidos decidieron apoyar la propuesta de actuar contra el enemigo represor adoptando las técnicas de acción terrorista para, acorde con estas formas de lucha, demostrar su fuerza y conseguir una mayor seguridad. Lo que ETA pretendía lograr con los atentados del 27 de junio de 1960 era un golpe de efecto o aviso al Régimen de Franco y así sugerir al enemigo lo que en el futuro podría acaecer con cierta frecuencia.

Prestando atención a la postura tomada por la población ante estos trágicos sucesos, Joseba me habló de que la mayoría de las personas temerosas en *Euskadi* estaban convencidas, al igual que lo estaban las familias de las víctimas, que el autor o autores de los atentados habidos en San Sebastián y demás, eran miembros de ETA. También, por medio de la prensa española y local de la época, Joseba pudo comprobar que tal acto terrorista impactó en el Gobierno. Pues, prácticamente nadie, ni ningún medio informativo de entonces, se atrevió a hablar en público o dar su parecer sobre aquellos atentados. Daba la sensación de que todo el mundo se desentendía de aquellos luctuosos acontecimientos. ETA no reivindicó esta serie de atentados y, por tanto, nadie le atribuyó oficialmente a la organización terrorista la autoría de la muerte de la niña ni ser la causante de los heridos, las víctimas de tal acción. Y, en cuanto a los posibles comunicados oficiales que se produjeron, Joseba aclaró que solo leyó una simple nota procedente del Ministerio de Gobernación referida a dichos atentados, la que fue publicada en la prensa nacional y donde solo se daba cuenta del sucedido, sin más. En este comunicado ministerial se atribuía tales hechos «a las consignas terroristas que elementos extranjeros, en cooperación con separatistas y comunistas españoles, vienen propugnando insistentemente». Esto es, las autoridades encargadas de la persecución de los ignorados delincuentes no aclaraban nada sobre quiénes eran los elementos extranjeros ni los separatistas ni los comunistas españoles... Tampoco nadie movilizó, por la cruel muerte de una niña o por los heridos habidos, a la población a manifestarse, ni hubo actos de repulsa, ni concentraciones de ciudadanos en protesta ni nada más, salvo la expresión de dolor de sus familias, las que lloraron y lamentaron su pena en la intimidad.

Cuando pasaron los días, una semana después de haberse cometido el ya ignorado acto terrorista, Joseba se entrevistó con Marutxi, y el joven se sorprendió cuando ésta le manifestó estar aún dolida e impresionada por el atentado ocurrido el lunes anterior. La joven, como mujer que decía amar a los niños aunque no deseaba ser madre, sí se sentía triste y culpable del mortal atentado. Ella, como persona con vocación de ayudar a los demás y siendo catequista de la parroquia de Santa Marta, no podía dejar de pensar en lo ocurrido y de haber estado al servicio de la organización que había tramado tan horrendo crimen. Deseaba contarle a Joseba, según ella dijo, por ser la persona en quien más confiaba, cuanto había visto en la estación de Amara y lo que comenzó a sospechar desde la nefasta tarde en que se produjo el acto terrorista. Consecuente, pues, con lo que era su voluntad, Marutxi le comunicó a Joseba como la tarde de aquel nefasto día, sobre las diecisiete treinta horas, vio al sacerdote coadjutor de la parroquia de Santa Marta de Mondragón, Francisco Etxabe, bajar de un taxi en las inmediaciones de la estación de Amara. Pakito, el día que fue visto por ella, portaba dos maletas de color marrón oscuro, equipaje con el que penetró en el citado recinto ferroviario.

»Lo que quiero contarte, Joseba, es todo cuanto vi. Yo no iba aquel día acompañada, esperaba el tren en el que habría de volver a Mondragón, por lo tanto, no puedo ratificar con ningún testigo que Pakito estuvo allí, salvo yo misma. Yo, de tener que imaginar algo tan terrible que pudiera suceder en dicha estación, nunca hubiera podido pensar que una indefensa niña que no conocía iría a ser víctima de un crimen tan horrible. Sí presentí, aunque sin saber el porqué, algo desagradable al ver a Pakito bajar de un taxi portando dos maletas y, ante esta escena, un escalofrío de muerte recorrió mi cuerpo. Fue una sensación rara, triste y temerosa, ignorando la causa y por qué esto me sucedía...

»Conociendo a Pakito y sus supuestos contactos con ETA, me acordé de algunos peneuvistas o nacionalistas *abertzales* a los que, durante el mes de junio, ETA había amenazado por no colaborar económicamente con la organización. Fue por esto que, viendo a Pakito llevando dos

maletas, sospechara que en ellas llevase carteles propagandísticos de advertencia a los reticentes a colaborar o que en su interior se guardara el beneficio de alguna extorsión o yo que sé... Pero jamás imaginé que el contenido de aquel equipaje fuese un artefacto incendiario ni que, noventa minutos más tarde, le arrebatara la vida a una niña.

»Acabando, Joseba. Yo presentí algo calamitoso, pensé mal de Pakito y, por eso, no me acerqué a él, desconfié... Nunca hubiera podido imaginar lo que esa tarde en la estación habría de ocurrir. En mis elucubraciones, Pakito aparecía siendo el protagonista de algo, pero yo seguía sin averiguar de qué podría tratarse. Por este motivo, y dado que disponía de tiempo, en determinado momento decidí seguirle.

»Le vi entrar en la cafetería de la estación. Se acercó al mostrador, dejó las maletas en el suelo, a su lado, junto a su costado izquierdo, y pidió un café con leche que no llegaría a consumir. Salí de la estación porque desde la calle y a través de los ventanales de la cafetería yo podría observar a Pakito sin que él apreciase que alguien le vigilaba. Cuando una vez desde fuera le localicé, el cuerpo de otro hombre de similar estatura a la suya se interpuso mirándole y, su posición, no me permitía la visión de los rostros de ambos. El recién llegado se había situado justo al lado de las maletas. Al no poder apreciar si estos personajes se conocían ni si hablaban entre ellos, volví a entrar en la estación. Mi intención, ahora, era ver el rostro de la persona que parecía ser conocida y que acompañaba a mi vigilado. Pero, antes de llegar a la entrada de la cafetería, el individuo había salido de este recinto y, portando las dos maletas, iba caminando a lo largo del andén hacia el lugar donde se hallaban los aseos y la consigna. Anduve, pues, unos pasos tras de él, mas volví de nuevo a la cafetería, busqué con detenimiento a Pakito y su equipaje, pero no le encontré allí. Desde el interior le vi a través del ventanal, caminar libre de bagaje por la calle y con intención de tomar un taxi.

A Joseba lo expuesto por Marutxi le pareció posible, sobre todo conociendo quién era Pakito, al que ella consideraba sospechoso de participar en el atentado de Amara. Sin embargo, él no quiso insistir en que la joven aclarase algunos detalles que le crearon dudas sobre los personajes intervinientes, pues, no deseaba dar más pábulo a las preocupaciones de la chica. Tampoco anhelaba hacer indagación alguna acerca del atentado, ni saber si en verdad Pakito tenía o no que ver con los hechos acontecidos, porque, de este modo, no tendría que pensar en el grado de culpabilidad que a él pudiera corresponderle en tan execrable delito. Todavía recordaba el encargo que el curita, meses pasados, les había pedido tanto a Montxo como a él. Por esta causa, nada de lo imaginado por Marutxi le resultaba imposible creer, máxime conociendo la vida y milagros de quien, años atrás, fuera novicio en el convento benedictino de Lazkao.

Que Francisco Etxabe, alias Pakito, hubiera colaborado de algún modo en el atentado de Amara no era cuestión que le extrañase Joseba. Puesto que él, en su día, tuvo bien en preocuparse en saber cómo era la persona que dirigía a la cuadrilla. Sus pesquisas o averiguaciones, como queramos llamarlo, las que él llevara a cabo en otro tiempo tras conocer al personaje en la HOAC local, le permitieron tener conocimiento de que Francico Etxabe, siendo un adolescente, ingresó en el convento benedictino de Lazkao en el año 1952 y que fue novicio en el citado centro religioso. Por entonces, el partido comunista francés propuso y llevó a efecto una reunión en Bayona a la que fueron invitados y participaron comunistas españoles, especialmente vascos. El fin de aquel conciliábulo no era otro que conseguir introducirse, de modo desapercibido y de las diversas maneras posibles, en todos los centros y organizaciones de la iglesia católica franquista, pero con preferencia en *Euskadi*, territorio español cuyos pobladores, casi mayoritariamente, deseaban la independencia de los vascos de uno y otro lado de la frontera, idea que bullía entre

ellos con constancia. Pues bien, desde aquella reunión a la que Pakito asistiera, éste fue escalando puestos en dicho el partido. De tal manera fue así, que, en 1955, tras cumplir los veinte años de edad, ingresó en el primer sindicato clandestino de curas y gente del clero. Acontecimiento que tuvo lugar en el referido convento de Lazkao y en el cual, tanto la curia como el clero vasco colaboraron en su creación junto a los representantes vascos del partido comunista. Pasados ya casi cinco años, a primeros de 1960, pendiente de acabar oficialmente la reconstrucción del famoso Seminario de Derio, el entonces sacerdote Francisco Etxabe formaba parte como miembro representativo del clandestino grupo denominado “Sindicato de Curas Libres”. En tal fecha, la influencia sindical de estos *curas libres* se había extendido por seminarios, conventos e iglesias de *Euskadi* y Navarra, de modo que a nadie le extrañaba que en estos centros hubiese constituida una oculta célula comunista.

En otoño de 1958, el cura Etxabe pasó destinado a la parroquia de Santa Marta, Mondragón. Su entusiasmo por la Acción Católica vasca le llevó a conocer al padre José María Arizmendiarieta, quien dirigía la Acción Católica de dicha ciudad. Las relaciones amistosas que de siempre procuró mantener Pakito con la clase obrera, facilitaron sus comunicaciones con la HOAC y la JOC y propalar entre las mismas el ideario de Bayona. Pronto, en estas dos organizaciones católicas, predominaría la ideología política sobre el carácter religioso.

Resumiendo, que en esa tarde en la que Marutxi vio a Pakito en la estación de Amara tuvo lugar lo inesperado, el primer atentado terrorista de ETA. Suceso que acaeció media hora después de que la chica abandonase el recinto ferroviario. En la consigna de la mencionada estación estalló y deflagró una maleta allí depositada, la portadora de un mecanismo que provocó la ignición de una carga incendiaria. De esta acción fue víctima, entre otras, una niña que murió por causa de las quemaduras producidas por dicho artefacto...

La prensa de entonces apenas informó de lo acontecido, ni de quienes pudieran ser los posibles autores. Tampoco ETA se atribuyó ser autora de estos atentados. La Oficina de Prensa de *Euskadi* o del Gobierno Vasco en el exilio recogió una nota de una agencia de la prensa internacional, la cual divulgó. En ella se señalaba como autor del acto terrorista al Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación (DRIL). Sin embargo, pasado cierto tiempo, algunos investigadores atentos a los movimientos de ETA pusieron su atención en dos activistas de esta organización: Juan José Etxabe y Jon Oxaeta, quienes, en el verano de 1960, se dedicaban a realizar pintadas amenazantes en San Sebastián. Detenidos ambos, en septiembre de 1960, ni el Tribunal Especial que se hizo cargo del caso, ni más tarde el Tribunal de Orden Público, fundado en el año 1963, les pudo imputar la autoría del atentado de la maleta con bomba incendiaria.

Los padres de la menor fallecida y resto de su familia siempre creyeron que la autoría de aquel horrendo atentado le correspondía a ETA, pero no lo expresaron públicamente. Los propios vecinos de la familia afectada, calladamente, asentían que tal organización fue la autora de aquel asesinato, pero tampoco manifestaron sus quejas públicamente. El temor a las acciones de aquellos criminales, los que con este atentado comenzaron su sangrienta carrera de asesinatos a lo largo del tiempo, acalló lo que todos pensaban. Ni la prensa se ocupó debidamente en mostrar e informar acerca de aquel hecho acaecido, ni la multitud expresó su protesta por medio de manifestaciones. Al fin y al cabo, nadie podía devolver la vida a la niña, ni esa hija a sus padres, según decían.

Se comentó entre los empleados de la fábrica donde el padre de la criatura fallecida trabajaba, y sin llegar a saberse el origen de la noticia ni quién propaló tal información, que la policía había encontrado entre los restos quemados existentes en el lugar del atentado, trozos de un objeto metálico que bien pudiera pertenecer a un aparato temporizador, un mecanismo programable

similar al hallado en Barcelona en el interior de otra maleta que no llegó a incendiarse por completo. Pieza ésta que fue identificada como un marcador de tiempo, de esos que, al parecer, solían llevar incorporados determinadas cocinas fabricadas en Mondragón.

Capítulo XXVII

Braulio quedó en verse con *Madeleine* por segunda vez. Cuando volvieron a encontrarse habían pasado cinco días desde que se despidieron en la estación de Amara. Y, tal como Braulio desease, antes de él expresar su formal saludo al encontrarse con *Madeleine*, la joven se adelantó para abrazarle y besar sus mejillas. Tras las mutuas manifestaciones afectivas de la pareja, *Madeleine*, plena de alegría, le comunicó a Braulio que acabaría su trabajo en *Donostia* y, de aceptar lo propuesto por la empresa, se trasladaría a Vizcaya al comienzo de la semana venidera, todo acorde con lo que la dirección tenía previsto sobre su programado trabajo... Entonces, Braulio recordando la cita mantenida anteriormente, la que disfrutaron en el fin semana precedente, y el ingente número de dudas que tal encuentro le creó consecuencia de la relación afectiva mantenida con ella, luego de cruzar unas palabras, propuso a la chica dar un paseo y hablar acerca de ellos, a lo que *Madeleine* aceptó gustosa. Caminaron, pues, hasta los jardines de Miramar, próximos al palacio del mismo nombre. Aquella tarde, mientras admiraban la belleza de la bahía de la Concha, Braulio expresó el deseo de decirla algo que ella debía saber. *Madeleine* le miró con extrañeza, como dudando. Braulio, entonces, le confesó quién no era él, esto es, le dijo no ser ATS, ni trabajar en nada relacionado con la sanidad pública como le había hecho creer. En cambio, por requerirlo ella, sí le reveló pertenecer a un Cuerpo Militar conocido por la Guardia Civil... Ella, tras escucharle, quedó sorprendida y desconcertada, pues no comprendía el porqué de tal engaño. Para aclarar su lógica confusión, Braulio le habló de su profesión y de la razón de ocultar su trabajo, todo debido al servicio que él prestaba en Vascongadas y más ahora, con la aparición de una incipiente banda terrorista llamada ETA, dado el peligro que podía suponer para él que fuese conocida su identidad y profesión y, por supuesto, ser reconocido, y por el riesgo que corría no solo su persona sino también quien le acompañase o tuviese una relación afectiva con él. Así pues, éstos fueron los argumentos con los que Braulio justificó haber ocultado a *Madeleine* quién era verdaderamente él.

Los dos siguieron comentando cuanto se sabía o decían saber acerca de la organización ETA, cuya cabeza dirigente, al parecer, se hallaba refugiada en Francia, concretamente en la zona conocida por *Iparralde* en *euskera*. La dirección de esta organización, bajo el nombre de Comité Ejecutivo de la Resistencia Vasca, enviaba a las esposas, novias y demás familia de los guardias civiles mensajes amenazantes. Por esta razón, siendo bastante probable convertirse en objetivo de ETA por razones profesionales, él trataba de ser lo menos reconocible y pasar desapercibido. Aunque, también evitaba al máximo ser identificado para que, por causa de sus propias circunstancias personales, otra persona amiga no tuviese el menor tropiezo con la mencionada banda asesina.

—Pero yo, *mon cher*, no soy aún esposa ni novia tuya. *Seulement* soy una buena amiga —dijo *Madeleine* sonriendo.

Braulio sonrió, pidió disculpas y, seguidamente, cambiaron de asunto. Ella le volvió a preguntar lo que un día quiso saber, de dónde era, cuánto tiempo hacía que estaba en Vizcaya y si estaba comprometido. Él respondió a estas cuestiones y, al tiempo, le explicó sus sentidas razones por las que confiaba en ella. Ya, cerca del palacio de Miramar, al abrigo de la verde arboleda, Braulio se detuvo y tras soltar la mano de *Madeleine* se situó frente a ella, la miró a los ojos, le abrazó y se besaron...

—¡Tú eres la única mujer que amo, *Madeleine*!

En la Estación de la Concordia esperó su llegada. Braulio le reservó alojamiento en el Hotel Seventh Heaven, ubicado en un lugar tranquilo de Bilbao y relativamente próximo a Plaza de la Salve, sitio donde se encontraba la Comandancia de la Guardia Civil. Mientras el taxi cruzaba la ciudad con dirección al hotel, ella miraba de soslayo a Braulio a la vez que le hablaba, así alternaba sus miradas con la contemplación del paisaje urbano. Una vez llegaron al hotel, Braulio acompañó a *Madeleine* a la habitación que tenía reservada y ayudó a la chica a instalarse. A la joven le gustaba Braulio desde el día que se conocieron, pero ahora, además, parecía sentir por él un lastimero temor cuando le miraba. Era como vivir la sensación de estar junto a un ser querido, soñado y deseado, del que acababa de enamorarse y a quien, en un momento inesperado, podría perder trágicamente. Quizá por este sentir, le acariciaba con ternura mientras se amaban y solo en el clímax había momentos en que ella se aferraba fuertemente a su cuerpo. La joven gustaba de lucir uñas largas y bien cuidadas pero, en el momento álgido de su deseo, temía hundirlas en la espalda del amado, aunque tenía cuidado de no dañarle... Para *Madeleine* todo parecía ahora diferente a las veces anteriores, y también más confuso. Confusión protegida por el nuevo sentimiento de amar y sentirse amada, muy diferente a lo antes vivido. Satisfacción combinada con la sensación de riesgo ante lo inesperado y, a la vez, de seguridad al sentirse protegida estando entre los brazos de quien le daba aquel amoroso placer que turbaba su conciencia.

Anocheceía, salieron del Seventh Heaven y tomaron un taxi para dirigirse al centro de la ciudad. Durante el recorrido, Braulio apenas habló con *Madeleine*. Contemplaba la ciudad sintiéndose tan distanciado e insensible que lo visto no le decía nada. Se dio cuenta de que nunca había contemplado de ese modo Bilbao, así, con esa frialdad y desde esa distancia emocional desligada de lo que por la ciudad sentía, pues, siempre fue percibida por él como campo de batalla: lugar de investigación o zona de persecución del crimen. Aquella tarde, sin saber el porqué, la sentía fría, lejana y como muda o en silencio. Su interior solo lo poblaba el placer de haber estado con *Madeleine* tendido en la cama y dedicado a hacer el amor con ella. Si algo le inquietaba era asumir que, posiblemente, pronto él sería designado para pasar la frontera del país vecino a fin de investigar e informar de los posibles movimientos de ETA, cosa que entre los compañeros se comentaba.

¿Amaba realmente Braulio a *Madeleine*? Ésta era una cuestión que últimamente se preguntaba, y con relativa frecuencia. *Madeleine* era una chica atractiva, no sofisticada ni fascinante, pero sí de una beldad armónica e integral donde todo en ella se conjuntaba: la negrura de su pelo con el color de su piel y de sus ojos, la forma o curvas de su cuerpo con sus gestos y, éstos con su voz. Todo en ella definía con exactitud lo que para Braulio era la belleza en una joven mujer. Pero, aun así, él no podía afirmar si eso que sentía por ella era amor. Tampoco él sabía si ella le amaba realmente. Sí, él presentía que la joven necesitaba tenerle a su lado —ya le había pedido ayuda para que le acompañase en algunas de sus visitas comerciales— y, también, se sentía adulado por esas suaves palabras que como amante le susurraba al oído sin recato. Pero esto no le bastaba.

El taxi se detuvo. El tiempo había pasado sin enterarse, como un instante, y, de repente, Braulio se dio cuenta de estar en el centro de la ciudad. Miró a la joven y la vio contemplando los luminosos escaparates a través de la ventanilla del automóvil. El taxi paró en la zona de Abando, al comienzo de la calle Ledesma. Se apearon, necesitaban caminar, llovía y, a petición de la chica, visitaron una de las más conocidas tiendas de ropa femenina de Bilbao. Después, paseando, dejaron que la fina lluvia humedeciese sus rostros y les hiciese desistir de tanto cavilar. Así fue como, charlando mientras caminaban, aquella tarde consiguieron conocerse un poco más.

Aquel verano el problema vasco comenzó a vivirse con indudable desconcierto. El Gobierno descubría que el conflicto separatista que parecía ser algo nuevo, se estaba transformando en un enorme y auténtico problema. Entre tanto, ETA intentaba dialogar con el grupo comunista, pues pretendía conseguir que la organización conociera y adoptase las distintas modalidades de lucha subversiva. Lo realidad era que ETA avanzaba en la subversión, pues conocía los modos de actuar y proceder tanto de la Policía como de la Guardia Civil y pretendía atacarles. En cambio, estos cuerpos policiales prácticamente desconocían al contrario, a su enemigo. Tal falta de información estaba causada por un problema a la hora de interpretar la lucha y conocer al enemigo, pues creer que solo los comunistas eran los malos fue un error. La obsesiva persecución del comunismo por parte las fuerzas policiales, al que consideraban ser el único generador de las incesantes revueltas, alteraciones del orden público y malestar que se vivía en Vascongadas era un desacierto, tal idea les hizo olvidarse que debían de mantener el seguimiento de los movimientos nacionalistas, tal lo fueron en su día los peneuvistas de EGI (Fuerza y Juventud Vasca) y los activistas de EKIN (Actuar), ambos representativos de las juventudes del separatismo vasco. Pues de uno de estos grupos tal lo era EKIN, dedicado en sus comienzos a impartir “formación nacionalista” a la juventud vasca e infundirle el odio contra España, nació ETA.

En el año 1963, la organización etarra estaba dispuesta a iniciar una serie de preparativos y reformas fuera del territorio español que fue dirigida por la cúpula de ETA. Todo tuvo lugar en territorio vasco-francés, y los mandos dirigentes de ETA se trasladaron a *Iparralde*. La idea era concentrar allí al mayor número de seguidores y prepararlos para la lucha, y, así, poco a poco, fueron acudiendo numerosos independentistas *euskaldunes*.

Braulio, tal como esperaba, fue llamado por el Mando. Sus conocimientos de la lengua francesa le hacían elegible como candidato a prestar servicios de seguimiento a sospechosos etarras en el extranjero. Para llevar a cabo esta misión solo se necesitaban dos razones fundamentales: una, que el candidato aceptase esta propuesta y, la otra, poder justificar legalmente ante las autoridades francesas la estancia en *Iparralde* y no ser detectado por el enemigo en el extranjero. Las demás cualidades serían objeto de selección, aunque secundarias.

El joven guardia consultó con su tío Abilio lo que ya tenía decidido hacer. A su tío, las ofertas ofrecidas por el Mando parecían ser poco atractivas pues, al parecer, se limitaban a promover el ascenso o percibir compensaciones económicas. Por lo cual, respecto al guardia Braulio, un joven que aspiraba ser Oficial de la Guardia Civil, su tío Abilio consideró que la vocación de su sobrino de servir a la Patria desde otro país debía ser recompensada de otro modo. En consecuencia, dado que Braulio necesitaría en su día pasar destinado a prestar los servicios propios del Cuerpo a la Comandancia de la Guardia Civil de Zaragoza, en cuya residencia de estudiantes pretendía quedar alojado para así preparar el ingreso en la Academia General Militar; ante esta situación, y a fin de facilitar que lo pretendido por Braulio se produjese, Abilio pidió a su Comandante que, dentro de las compensaciones ofertadas a los peticionarios que servirían a la Patria desde fuera de España y que se elevarían a la Superioridad, se incluyesen la exención del plazo de mínima permanencia en el destino actual o, al menos, la preferencia de destino al pasar destinado a la Unidad que fuese peticionada.

Consecuentemente, las lógicas peticiones sugeridas por el guardia Abilio, una vez llegadas al Mando fueron aceptadas sin compromiso alguno afectando al personal de la Comandancia. Así pues, solo quedaba por solucionar cómo poder justificar la permanencia en Francia de la fuerza sin ser interferidos por las autoridades francesas. Braulio pidió una semana de tiempo a fin de intentar, por su parte, darle una adecuada solución al problema.

Aquel lunes Braulio quedó con *Madeleine*, la acompañaría en su labor durante aquella semana como ella se lo había pedido. Iniciaron su periplo visitando Posada de Llanes (Asturias) y tras continuar por Zamudio acabarían el día, a ser posible, una vez hubieran pasado por Guernica y Luno. La finalidad de los viajes era visitar las localidades conocidas por sus tradicionales clubes de ciclismo o por su gran número de aficionados a este deporte, en consecuencia, visitaron los comercios especializados de la zona ofreciendo las tan conocidas marcas de bicicletas europeas.

Después de un largo recorrido en automóvil, de más dos horas, y de las correspondientes entrevistas con concesionarios y vendedores de bicicletas, la pareja decidió tomarse un descanso.

La mañana, hasta aquel momento, no se había dado mal en peticiones de bicis y la joven parecía estar satisfecha. Mientras disfrutaban el aperitivo previo a la comida, Braulio sugirió a *Madeleine* la idea de trabajar juntos.

—Entonces, *Madeleine*, dices que te sientes satisfecha con mi compañía... ¿Qué te parecería si lo hecho lo repitiésemos con mayor frecuencia? ¿Llegarías a admitirme como único colaborador personal para este trabajo? —sonrió—. ¡Tú has comentado que suelo darte buena suerte! ¿Qué tal resultaría si te acompañase en este trabajo como ayudante?

Estaban los dos solos, eran dos personas persistentes y empeñadas en recorrer la travesía amorosa que apenas hacía diez semanas que habían comenzado. Desde el principio, ambos contaban con ese ánimo o secreta intención de enamorar una al otro y viceversa. Aunque fue cierto que estuvieron a punto de perder el rumbo amoroso que se habían marcado en la primera noche que estuvieron juntos, algo que pudo ocurrir en el tiempo que estuvieron separados tras su primera despedida, dado que ninguno de los dos llegó a creer que volverían a verse con su acompañante de cama, después, nada fue así, porque íntimamente se echaron de menos a pesar del tiempo y la distancia, algo que a veces sucede en la vida, dado que no existen barreras que el amor no pueda salvar. Por eso, en esta ocasión, ya queriéndose más, replantearon con mayor claridad el propósito inicial de amarse y retomaron la búsqueda de un soñado horizonte.

—Lo decías en serio, *mon amour*... ¿Serías capaz de hacer eso por mí?

—Por ti, por mí, por tu trabajo, por mi futuro y por muchas y diversas cosas más de la vida que a los dos nos afectan. Pero, sobre todo, porque te quiero.

Ella sonrió. Él le habló de un nuevo cometido a desempeñar como guardia civil y otras cuestiones más, cosas que se planteaban para un futuro próximo. Brevemente, Braulio explicó a *Madeleine* que el objetivo principal de su nueva misión le obligaría a actuar en *Iparralde* (Francia) y Vascongadas, indistintamente. Por eso creía que lo ideal para estar juntos el mayor tiempo posible, sería poder justificar su estancia en la región vasco-francesa por medio de un contrato laboral o documento que acreditara estar empleado en una empresa francesa, o sea, evidenciar que legalmente trabajaba en Francia, aunque su empleo fuese solo temporal. Mucho mejor para ambos sería si tal empresa fuese la misma en la que *Madeleine* trabajaba. De esta manera la acompañaría en su trabajo y se prestaría a ser su ayudante.

—Podría ser posible, *mon amour*. Solo que, *la question de l'argent*, no sé si será un obstáculo.

—El asunto pecuniario no sería problema alguno. Pues, podría adaptarme al contar con la ayuda oficial que se me asigne para esta misión. Lo fundamental está en que yo tenga libertad para moverme y, de requerirlo la autoridad francesa competente, poder justificar mi permanencia en Francia con un trabajo.

Fueron dos razones de amor —la chica y el servicio—, las que determinaron que Braulio propusiese a *Madeleine* ser su colaborador o ayudante; una labor que le permitiría justificar sus

movimientos por *Iparralde* y viajar con ella en sus recorridos de trabajo. De ser aceptado por la empresa, estaba seguro que tal empleo facilitaría mucho el cumplimiento del cometido que por el Mando le fuese asignado. Por lo tanto, era *Madeleine* quien tenía que aceptar y proponer a sus jefes tal posibilidad laboral y esperar que lo pretendido fuese factible; pues, de no ser así, él no cejaría y estaría dispuesto a buscar otra alternativa. De todos modos, tal como Braulio le confirmó a *Madeleine* en su momento, él habría de pasar a Francia a cumplir la misión que el Mando le encomendara.

Ambos siguieron conversando y como cualquier pareja de enamorados que miran a un futuro común comentaron también sobre sus orígenes, la tierra de donde ellos procedían, de sus padres, familia y amigos. Se confesaron sus deseos y esperanzas, y evocaron sus temidas frustraciones ante aspiraciones o anhelos que, en otro tiempo codiciados, nunca llegaron a cumplirse. Una vez hubieran acabado el almuerzo les invadió el silencio. Entonces, cada uno de ellos miró de modo distraído el rostro del otro y detectó el gesto expresivo habitual de quien está sumido en sí mismo o, lo que es igual, en profunda reflexión. Sin embargo, después, los dos parecían estar dispuestos a compartir por amor el riesgo de aquel extraño plan, circunstancia excepcional y solo posible en ese tiempo que les había tocado vivir.

Capítulo XXVIII

El Teniente Coronel, Primer Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Vizcaya, convocó a los Capitanes de las respectivas Compañías de la Unidad que él mandaba. Reunidos los mencionados Oficiales, les explicó sucintamente lo que había acordado con el Comandante Segundo Jefe de Comandancia y Jefe del Servicio de Información. Se trataba de la propuesta de un especial servicio a llevar a cabo en el extranjero y que sería presentado a la Superioridad para su aprobación. Este servicio tenía que ver o estaba relacionado con la reestructuración de ETA y sus preparativos, cambios que se estaban produciendo en esta organización en territorio francés.

Según información proveniente del SIGC, al gobierno francés de Charles De Gaulle no parecía gustarle el hecho de que se trasladasen a Francia los separatistas vascos, tanto peneuvistas como etarras. Por los informes recibidos, una vez que se establecieron los “refugiados” en suelo vasco-francés, comenzaron a presionar a determinados ciudadanos de esa parte septentrional de *Euskal Herria* en un intento de imponer sus ideologías nacionalistas y conseguir su colaboración. Este territorio que los vascos llamaban *Iparralde*, comprendía la zona francesa situada en la parte occidental de los Pirineos Atlánticos, la región conocida por Nueva Aquitania, y las provincias de Labort, Baja Navarra y Sola. En consecuencia, el gobierno del país más democrático del mundo y defensor de las libertades, daba acogida a los perseguidos vascos y se veía obligado a intervenir contra estos refugiados *euskaldunes* que amenazaban a sus propios ciudadanos. No obstante, ante cuanto sucedía, las disposiciones tomadas por las autoridades francesas no fueron demasiado duras. Puesto que la mayor parte de las órdenes de expulsión dadas contra los refugiados vascos no se cumplieron y éstos siguieron permaneciendo en territorio francés, a pesar de todo.

La propuesta de aquel secreto servicio, elevada por el Primer Jefe de Vizcaya a la Dirección General de la Guardia Civil, fue aceptada. El sobre que contenía el documento que daba aprobación a lo propuesto, llevaba el sello calificativo de SECRETO a fin de proteger y dar seguridad a su contenido. El objetivo de lo solicitado era tan sencillo y complicado a la vez como autorizar a determinados miembros del SIGC a mantener el seguimiento de un sospechoso, etarra o peneuvista, más allá de la frontera francesa.

Las crípticas palabras finales que el Jefe de la Comandancia dirigió a sus subordinados convocados a aquella reunión, fueron:

«[...] Es por eso que les he llamado, por creer que la situación actual en que se ven envueltas las provincias Vascongadas comienza a ser amenazante tanto a lo que afecta a la unidad de España como a la seguridad de los ciudadanos que viven en estas provincias. Por ello, independientemente de lo que hemos venido haciendo mientras prestábamos los servicios propios del Cuerpo, vamos a precisar otras formas de actuación ya conocidas por la Superioridad, las que en su momento se determinarán. Quiero decir con esto, que habremos de echar mano a todo tipo de recursos disponibles en las Compañías que ustedes mandan. Así, los jefes de las mismas, habrán de actuar de forma acorde con lo que hoy demanda el problema actual que acabo de exponer. Por tanto, en todo momento en que un miembro del Cuerpo esté implicado en un tipo servicio como los que acabo de citar, su actuación exigirá la atención inmediata y personal del Jefe de la Unidad a la que pertenece. Por ello, no cabe delegar tal deber a subordinados intermedios, sino que ustedes, los Capitanes de Compañía, serán responsables del apoyo al actuante y del éxito o fracaso de la misión. Se entiende que quedan exceptuadas de estas exigencias, algunas labores de ayuda al

comisionado que ustedes consideren, las que llevarán a cabo secretamente personal cualificado, pero sin entorpecer la misión ni se desvelar la identidad del miembro del Cuerpo encargado de cumplirla...».

Finalizada su alocución, los oficiales sentados en torno a la mesa en silencio asintieron a lo ordenado moviendo ligeramente la cabeza. Después, el Jefe del Servicio de Información pasó a explicar en qué consistiría la fase preparatoria del personal a designar. Por principio, cada participante elegido no habría de resultar conocido por el resto de sus compañeros del curso de formación: un reducido grupo de guardias civiles seleccionados para esta misión, entre varios guardias de las distintas Unidades. Los componentes de una Unidad, no habrían de saber qué guardia de la misma es el designado o se preparaba para tal cometido. Los componentes de un grupo en preparación no se verían en dicha fase y se cuidaría para que el listado de participantes no se conociese. Solo el Capitán de la Compañía a la que el guardia civil elegido perteneciese y el Jefe del SIGC conocerían la identidad del subordinado que hubiera de actuar. El nombre de este grupo operativo se conocería por SADEV (seguimiento de activistas, delincuentes y etarras vascos).

Braulio fue llamado por su Capitán para que le acompañase a una entrevista que habría de mantener con el Comandante Jefe del SIGC. Según el Oficial, Braulio había sido propuesto para un servicio de localización y seguimiento a una persona que supuestamente a él le era conocida. A esta persona se la creía residiendo en Francia, posiblemente en Bayona o en alguna granja de acogida de refugiados ubicada en los alrededores de dicha ciudad. El individuo a encontrar era conocido por su apodo *Katu* (Gato).

Antes de tener más información sobre la identidad de la persona que habría de buscar Braulio se preguntó de quién pudiera tratarse. Aunque, para conseguir deducir el nombre de la misma solo le bastó con un indicio: ver el informe que su Comandante mantenía en las manos. Tal escrito no era otro que aquel que en su día él entregó a sus superiores, esa especie de trabajo de fin de curso en donde daba cuenta de la investigación llevada a efecto auxiliado por su tío. En dicho documento, solo se aportaban sus sospechas y en él hacía referencia a un individuo, el supuesto jefe de una cuadrilla y cuyo nombre era Montxo. Este grupo, compuesto por cuatro jóvenes, fue visto por él saliendo de una iglesia y poco después incorporarse a una manifestación ciudadana que transitaba por la Gran Vía bilbaína, en la cual sus componentes se perdieron entre la multitud. Entonces, en esa tarde, apenas hubieron pasados veinte minutos desde que aquellos jóvenes desaparecieran entre el gentío, se produjo la voladura con explosivos de una gran grúa cerca de la Plaza Circular, lugar en el que se daría por acababa la reunión pública y una vez finalizara el discurso del orador de turno.

El Comandante Jefe del SIGC explicaba a sus dos subordinados cuál era el objetivo del servicio a realizar en Francia. Resumidamente consistía en detectar al llamado Ramón Gataría Zaragüeta, supuesto cabecilla del grupo y sospechoso de ser autor de la voladura de una grúa propiedad del Ayuntamiento de Bilbao con cierto riesgo para los ciudadanos. El identificado mantenía cierta amistad con un seminarista de Derio, Joseba Txakarita, quien, a su vez, era amigo de una joven novicia vecindada en Mondragón, Marutxi Zaragüeta, prima carnal del tal Montxo. Estos amigos resultaron ser naturales del barrio de Abiña de Sukarrieta (Vizcaya), circunstancia que se averiguó tras investigar al tal Joseba y a Marutxi.

De Ramón Gataría Zaragüeta, Montxo o *Katu* (Gato), conocido experto en el manejo de explosivos, y de su grupo etarra se hablaban historias increíbles en *Iparralde*, hechos que se le atribuían al mencionado y de los que informaban *los escuchas* del Cuerpo destacados en ciudades

francesas como San Juan de Luz, Biarritz y Bayona. De las tantas leyendas conocidas acerca del comando, una de ellas afirmaba que éste estaba compuesto con prosélitos del Opus Dei o partidarios de la Obra, los que habían sido ganados por ETA. Aunque otras informaciones sobre ellos aclaraban ser seminaristas jesuitas dedicados a servir a la colectividad vasca-independentista.

El grupo o comando que Montxo o *Katu* dirigía, era conocido por el *GAT* (Grupo de Acción Terrorista) y en realidad lo formaban él y dos aprendices de terroristas. Aunque en principio se hablaba de que solo era *Katu* quien actuaba y que los dos “opusdeistas” formaban parte del comando como alumnos o ayudantes ocasionales, después, se comentó que al *GAT* se le añadió un cura, un seminarista y hasta incluso una monja. Por tanto, al hablar la gente de *Katu* y de su comando, daba la sensación de estar *charrando* de un grupo cómico o pintoresco cuya forma extraña de actuar tenía como objetivo sorprender a la fuerza policial o la guardia civil, y que utilizaba casi siempre en sus *ekintzas* dinamita o goma explosiva.

De pocas cosas más le informaron a Braulio sobre el susodicho Montxo. Agentes del Servicio de Información averiguaron, sin ser comprobado, que había sido localizado en Bayona, lugar a donde marchó en el año 1961. También se supo que anteriormente, durante su estancia en Mondragón, estuvo trabajando en los clásicos talleres de cocinas existentes en dicha ciudad, en donde, al parecer, se especializó en el uso de productos químicos tal lo eran las pinturas para aplicar en laminados, chapas y placas de dichos enseres culinarios. Asimismo, se llegó a comentar acerca de él, haber sido catequista con un tal Pakito, cura de la iglesia de Santa Marta de Mondragón, y que estuvo afiliado a la hermandad JOC.

El resto de lo hablado en aquella entrevista trató del sistema de comunicaciones a establecer entre Braulio y sus superiores: tipo de cifrado para mensajes escritos; palabras clave a usar para ser reconocido por los propios; horarios fijados para comunicar cualquier noticia; lugar o lugares refugio a donde acudir en caso de urgencia, etc.

También se habló de *Madeleine*, la chica con la que él trabajaría en calidad de ayudante y conductor del automóvil de la empresa comercial. Persona que le acogería en Bayona, de momento. Tal oficio a desempeñar por Braulio se consideró acertado por la Superioridad, puesto que le permitiría conocer el territorio donde tenía que actuar y, a la vez, contactar con determinadas personas en las sucesivas visitas a ciudades señaladas. Proceder que llevaría a cabo de un modo justificado para así no levantar sospechas. Igualmente, al contar con este supuesto empleo, podría explicar debidamente ante quien lo demandase su estancia en Francia.

Días después de celebrar con su Comandante la mencionada reunión, Braulio partió para Bayona. Su acompañante le dejó en un hostel de carretera, próximo a la ciudad de destino. Nada más ocupar la habitación concertada se mantuvo en la misma esperando la llegada de *Madeleine*. Mientras aguardaba, se dispuso a repasar lo últimamente vivido hasta ese momento. Recostado en un sillón, fijó su mirada en el techo del recinto y comenzó a preguntarse: «¿Por qué he aceptado éste servicio? y ¿por qué he involucrado a *Madeleine* en éste mi problema?...». Hablaría con ella, se dijo, y le haría saber que estaría a su lado solo el tiempo imprescindible, para de este modo no perjudicarla.

Madeleine había alquilado para él una habitación en Bayona. Por lo tanto, harían lo posible para no ser vistos juntos, salvo en el trabajo, y así evitaría en lo posible que estuviese envuelta en conflicto alguno o cosa que pudiera afectar a su seguridad personal. Encontraría el modo para que nadie pudiera relacionar a la chica con él, salvo en lo que fuese cuestiones laborales y nada más. Por lo cual, en su misión, trabajaría en solitario, sin confiarle a ella nada que estuviese

relacionado con el servicio. Planearía el modo de actuar a su manera y siempre en consonancia con las instrucciones recibidas de sus superiores, pero jamás implicándola a ella. Respecto a sí mismo, solo en caso necesario haría uso del pasaporte y demás documentos identificativos que a él le fueron entregados, trataría de pasar ante la gente como un ciudadano francés. Su comportamiento, pues, con ella y en público, sería el propio de un ayudante y a la vez conductor. Evitaría en lo posible dar ocasión a la más mínima sospecha.

Braulio, también tuvo en cuenta aprovechar esa ventaja de la que disponía a la hora de realizar su quehacer: conocía el rostro del supuesto terrorista, su verdadera identidad y sobrenombre. En tanto, el investigado ignoraba que se le buscaba y quién era su perseguidor. Aun así, calladamente, él, para sí, se dijo: «Braulio, si *Katu* viene en conocimiento de cuanto sabes de él antes de que sea atrapado, puedes darte por muerto». Y a continuación, en voz alta, repitió de nuevo la última frase de tan frustrante y temido pensamiento: «¡puedes darte por muerto!».

Atardecía cuando *Madeleine* llegó al hostel donde él la esperaba. Nada más entrar en el cuarto donde Braulio se hallaba, ella se desnudó, duchó y tumbó sobre la cama. La sombra del ventanal proyectada sobre la pared de la habitación iba huyendo lentamente y, silenciosamente, abandonaba la sedosa colcha cubrecama, como si al caer sobre ella resbalara. En un momento quedó oscurecido el rosado vestido que la chica dejara colgado del pie de cama y lo mismo ocurrió con la blanca blusa y el sujetador que yacían sobre una alfombra en el suelo. En sombra quedaron los cuerpos de aquellos enamorados que, reposando desnudos sobre el lecho, fueron cubriéndose de negrura.

Madeleine, tendida, miraba al techo de la habitación. Mantenía sus ojos abiertos y fijos en la apagada lámpara del ventilador, cuyas aspas zumbaban suavemente. Mientras, como jugando, con los dedos acariciaba la cabeza de Braulio que reposaba sobre su vientre. Removía sus cabellos siguiendo el lento movimiento de las aspas y, gozosa, sonreía mientras descansaba. La tarde por fin concluyó y, en el cielo, lucía alguna que otra estrella. La chica, cuando miró el reloj, aún sentía dentro de sí ese férvido calor que, minutos antes, la había inundado. Eran más de las veinte horas. Tomó entre sus manos la cabeza de Braulio, le besó en la boca y saltó de la cama.

—¿A dónde vas? —replicó el amante que, aún adormilado, la miraba.

—*Mon amour*, tenemos que marchar, y tú debes volver a tu *petite chambre*. ¡Vamos, *mon cher*!

Braulio captó el mensaje. A la mañana siguiente ambos habrían de madrugar, era la primera actuación de *Madeleine* y Braulio juntos. Ahora, ella le acompañaría hasta su nueva habitación la que, de momento, le acogería una vez llegasen a Bayona.

La chica se vestía, Braulio la contemplaba y la joven tras mirarle sonrió. Antes de abandonar aquel transitorio dormitorio él se acercó a su lado y ella acarició su nuca y besó sus labios. Después, ambos salieron de aquel hostel de carretera y juntos en el automóvil de *Madeleine* se dirigieron a la ciudad.

Capítulo XXIX

Alaia Zaragüeta, madre de Montxo, estuvo triste varios días y sin decir palabra. Pues, tras la última visita de su hijo, ella empezó a sospechar que si él había vuelto a casa, ¡desde Dios sabría qué lugar de Francia!, tal como pensaba, para pasar a su lado simplemente un día de aquel fin de semana, esto debía ser, según Alaia, por algo nada bueno. Un presagio que, al cabo de unos días, tras leer la prensa provincial creyó haberse cumplido.

En aquella visita, lo que Montxo le contó a su madre sobre su nueva vida en el extranjero fue lo mismo que, en su momento, le dijo su prima Marutxi: que él trabajaba en una granja agrícola del distrito de Bayona y que todo marchaba felizmente bien.

La visita a la casa materna duró solo una mañana. Apenas madre e hijo habían acabado de comer, un automóvil ocupado por dos jóvenes se detuvo ante la casa a recoger a Montxo y éste partió con ellos. En nada de tiempo, Montxo se encontró en la ciudad objeto de su visita, Bilbao. Se despidió de su madre con un beso e, insólitamente, hizo un gesto cariñoso al dormido gato negro que ella mantenía en su regazo. Poco antes de partir, en la corta sobremesa, estuvo hablándole a Alaia de sus historias y proyectos, llegándole a prometer que cuando finalizase sus estudios de química en *Iparalde* volvería a Álava, para trabajar en esta ciudad en alguna de sus fábricas de explosivos. Algo similar a lo que le comentó a Marutxi antes de proponerle establecer un *zulo* en el convento de las franciscanas concepcionistas.

Cargado con su mochila se marchó con aquella gente, ¡vete tú a saber a dónde!, pensó la madre. Todo parecido a como lo hiciera hace ya dos años, cuando acompañado por aquel curita partió a trabajar a Francia. Entonces, tanto Joseba como Montxo habían vuelto a casa desde Mondragón porque, según ellos dijeron, se habían tomado unos días de vacaciones. Nadie imaginó que aquel descanso sería para siempre. E, incluso, puede que ellos tampoco lo creyeran. Luego de estar su hijo viviendo en casa con ella, apareció aquel sacerdote al que llamaban Pakito y éste les organizó a los dos amigos la vida, de tal manera que cada uno tomó el rumbo más acorde con su vocación. Montxo al igual que su difunto padre (minero barrenero de profesión) sentía afición por la química y los explosivos, por eso marchó a *Iparalde* decidió trabajar y ganar dinero para poder realizar los estudios de química necesarios y lograr lo que aspiraba. Mientras que Joseba, en cambio, ingresó en un seminario, eso que tanto deseaba su abuela Nerea y que parecía ser lo que más le iba a él, bueno, hasta que conoció a Marutxi.

Evidentemente, antes de su primera partida a Francia, Montxo pasaba los días con cierto desasosiego, encerrado en su habitación y sin querer hablar ni salir de casa. Alaia también percibió que, estando ella presente, tanto su hijo como Joseba conversaban muy poco. Es más, si Montxo hablaba o hacía algún comentario sobre cualquier cosa era cuando Joseba le visitaba.

Era cierto que juntos los dos, pero distanciados de los presentes, dialogaban entre ellos. Parecían decirse secretos que nadie pudiera escuchar, pero las más de las veces eran quejas por el favor que ellos habían hecho a Pakito. Ese encargo que les pidió que confeccionaran, sí aquellos complicados circuitos que le requirió a Joseba o la elaboración de un compuesto deflagrante que le pidió a Montxo, y todo sin dar explicación alguna ni cuenta del uso que habría de darle a lo encomendado. Hecho con el cual les había complicado la vida y motivo por el que ahora, según Pakito, ellos aún eran buscados como posibles responsables de unos atentados de los que nada sabían ni habían intervenido.

Por todas estas razones, cuando cierto día a Alaia se le ocurrió preguntar a Montxo: «¿por qué tras andar cuchicheando con tu amigo Joseba quedas entristecido, encerrado en ti mismo y sin apenas querer salir fuera de casa?». Éste le respondió enfurecido, gritando una serie de reproches e insultos dirigidos a los *faxistas* y *txakurras*, acusándoles de ser ellos quienes no le dejaban trabajar en lo que él quería, de ser fuerzas de ocupación por las que se sentía perseguido y los enemigos del pueblo vasco, al que tenían oprimido... Y, al mismo tiempo que manifestaba por su boca todo lo que le venía a su cabeza, pateaba cuanto se le cruzaba por delante y, con el mayor ensañamiento, al gato de la casa.

Alaia, a solas, no paraba de murmurar y santiguarse sin soltar al minino de sus brazos. Presentía la ocurrencia de graves disgustos si no venía alguien y le daba una milagrosa solución a lo que padecía su hijo, eso que para ella era vivido como un verdadero problema. Entonces se acordó de don Elías y a él recurrió de inmediato. El sacerdote pronto se entrevistó con Montxo, pero no antes de que el cura hablase con el coadjutor de Santa Marta, Francisco Etxabe. Después, todo quedó resuelto para tranquilidad de Alaia, al hacerle saber don Elías que los desatinos de su hijo Montxo no eran otra cosa que el resultado de estar ocioso y porque, cuando salía de casa lo hacía con malas compañías, tal como lo era el hijo del barbero, un joven que no iba nunca a misa y visitaba a las prostitutas de la ría. El mismo que estuvo a punto de acabar encerrado por alterar el orden e ir borracho de *txikiteos* por la capital.

En cuanto a Montxo, el párroco, tras reunirse con él le advirtió que se mantuviese sosegado si no quería que empeorasen las cosas y, a ser posible, sin dejarse ver por quienes aún parecía estar buscándoles, tanto a él como a Joseba. Asimismo, le pidió que recogiese las revistas, carteles y todo tipo de propaganda que guardaba en su cuarto y se deshiciera de tal material, pues de haber un registro domiciliario podría ser peligroso para él e implicar en ello a su *ama*, puesto que de encontrar los *txakurras* en su casa tal bulto subversivo éstos procederían a su inmediata detención. Además, le recomendó muy seriamente que escondiera la esotérica figura del hacha y la serpiente, el símbolo que algunos militantes de la organización proponían para que representara a ETA. Don Elías le despachó prometiéndole que pronto, posiblemente antes de una semana, él se encontraría a salvo en su nuevo destino.

Entre los agentes policiales encargados de investigar el caso de la estación de Amara, aún predominaba la sospecha de que los materiales encontrados procedían de los talleres de Mondragón, en especial, el mecanismo que hizo deflagrar la bomba incendiaria instalada en la maleta que en la estación estalló. Máxime cuando, según el parecer policial, había fundados argumentos para confirmar que el temporizador utilizado en los equipajes incendiarios era del mismo tipo que el usado en una clase de cocinas fabricadas en los talleres de dicha ciudad.

Montxo no tardó mucho tiempo en partir. Un viernes por la mañana fue avisado y aquella misma tarde, una vez recogidos sus atavíos, se despidió de su madre y marchó a San Sebastián. En la estación se encontró con Joseba y juntos viajaron a *Donostia*. Allí les esperaba Pakito, quien les llevó al lugar que habría de albergarles: un edificio ubicado en un barrio extremo de la ciudad, donde existía un piso que dijo ser de un amigo de confianza, ahora ausente. El objeto de alojarse allí era para que descansasen durante unas horas en tal vivienda, pues, antes de amanecer, Montxo acompañado por Pakito y usando el automóvil de éste, saldrían hacia el lugar acordado donde se entrevistarían con el *mugalari* que ayudaría a Montxo a cruzar la frontera francesa. Una vez en Francia, alguien llegaría al punto de espera concertado, sitio donde Montxo sería recogido por el conductor de un vehículo que le trasladaría a una granja de acogida.

Marutxi había acudido desde Mondragón a Abiña para visitar a su tía Alaia. El motivo de este

encuentro, amén de verla, era saber de su primo. Por Joseba, Marutxi se había enterado del improvisado viaje de Montxo e, interesada por saber qué había sido de él, decidió lo más acertado, preguntar a Alaia.

Las dos mujeres tomaban un café con pastas mientras charlaban. Aquella tarde Alaia, entre sorbos y lágrimas, le contó a su sobrina que había recibido una carta de su hijo hacía ya algunos días. Previamente, le aclaró a Marutxi que, aunque la carta venía dirigida a ella, quien en verdad la recibió fue don Elías, el párroco. Según éste, la encontró depositada en el asiento del confesionario y, en el sobre de la epístola, no constaba remitente. La letra sí era la de Montxo, según Alaia, pero en ella tampoco aparecía la firma de su hijo. Sí, le decía que la quería y que estaba contento en donde se hallaba, pero no mencionaba el nombre del lugar.

—De ser todo así, *izeba*, no tienes por qué estar preocupada, pues Montxo es listo y sabe lo que hace —dijo Marutxi.

—Yo estoy tranquila, *polita*, tan solo me hubiera gustado saber dónde vive para poder visitarle. Aunque, como él me dice, por ahora no tiene residencia fija por motivos de su trabajo, del que, por cierto, en su carta no hace mención de la clase o tipo de oficio al que se dedica.

La joven sí imaginó la actividad en la que, muy probablemente, Montxo pudiera estar implicado.

Era opinión de Marutxi que Montxo y Joseba acostumbrados a manejar material eléctrico, de relojería y productos químicos (alguno de ellos de fácil ignición y combustibilidad), sin llegar a pensarse una segunda vez la petición que les hiciera Pakito, atendieron a éste y le confeccionaron el artilugio que podía producir en el momento determinado una explosión y la deflagración de la carga utilizada. Es decir, los elementos materiales y químicos cuyos restos fueron encontrados por las fuerzas policiales en los lugares donde se produjeron los atentados, rastros que, una vez analizados e identificados, permitieron dar con la localidad en donde, posiblemente, los artificios fueron fabricados. Igualmente, el día que se produjo este atentado en la estación de Amara, Marutxi, encontrándose en San Sebastián, vio a Pakito entrar en la estación citada portando dos maletas y salir después sin ellas... Así, fueron todas estas circunstancias el motivo por el que la chica, ante tan inexplicables coincidencias, no tuvo la menor duda en pensar que el curita había participado en el atentado que aquel día se produjo y que, por tanto, le preocuparan cuantas pesquisas se venían haciendo en Mondragón por parte de la policía. Motivos más que suficientes para que Pakito decidiese que debían desaparecer de Mondragón los dos posibles sospechosos.

Montxo tenía sus propias ideas. Nada de refinadas ideologías ni paradigmas intelectuales sino modos de ver la vida según él la entendía, sin más preocupaciones. Sus ideas patrióticas respecto a *Euskadi* se vieron reforzadas por la oposición que mostraba la iglesia vasca contra el Régimen de Franco. Sus objetivos primarios: como lo eran una patria vasca libre, la unión de Navarra a las provincias Vascongadas y la expulsión de la Guardia Civil y demás fuerzas policiales del territorio vasco, se ampliaron con la labor de concienciación nacionalista que ya, desde 1960, venía haciéndose en favor de ETA. Fue, pues, el clero vasco quien influyó en Montxo y del clero aprendió la básica formación del militante que aspiraba a pertenecer a dicha organización, esto es, a difundir su doctrina y a prestar apoyo incondicional a la misma. El pertenecer a organizaciones obreras como la HOAC y la JOC completó su acervo religioso, social y político.

El recorrido que hizo Montxo en su huida a Francia fue bastante largo. El supuesto guía, aunque estaba avisado, parecía ser un hombre que no se fiaba mucho de quienes no conocía. Fue él quien, apareciendo de improviso entre las sombras del bosque, saludo a Pakito en euskera y, mientras les hablaba para identificarlos, escudriñaba con su mirada el oscuro entorno que les rodeaba. Entonces, Pakito le entregó un sobre al desconocido conteniendo dinero y un croquis en el que

estaba marcado el sitio a donde se habría de dirigir para dejar al refugiado, luego de la despedida. Pakito les dio la mano a ambos y les deseó mucha suerte. Hecho esto, dio media vuelta, tomó el camino por donde había venido y desapareció en la oscuridad. Apenas amanecer, Montxo y compañía llegaron al lugar señalado. Poco después, un tractor que circulaba por un camino cercano y arrastraba un remolque vacío se detuvo próximo al escondrijo, lugar donde ellos se ocultaban. El conductor de aquel vehículo, tajante y sin dudarle, gritó:

—Arriba muchacho. Te están esperando.

Tras subir al vehículo, Montxo miró hacia atrás y percibió como el *guladari* que le acompañó se había esfumado. El conductor, siguiendo el camino, le trasladó a un paraje distante un par de kilómetros del punto donde le había recogido, sitio en donde se encontraba una granja. El tractor se detuvo ante la puerta de aquella casa de campo. El granjero se hizo presente y saludó diciendo:

—Llegáis más tarde de lo esperado. ¡Bajad los dos y empecemos a cargar!

Les condujo hasta un almacén próximo a la mencionada vivienda y Montxo quedó sorprendido ante lo que le pareció ser una montaña de sacos de arpillera llenos de mazorcas de maíz.

Comenzaron con la tarea de trasladar los sacos al remolque y, así, hasta completar la capacidad del mismo. Después, acoplados en el tractor, el conductor y Montxo se dirigieron hacia un pueblo cercano. En los extramuros de esta localidad, en el interior de un cobertizo, se hallaba una enorme desgranadora de mazorcas, allí descargaron el remolque. Esperaron sentados hasta que aquella máquina extrajese los granos de maíz de toda la carga y, una vez hubieron cargado de grano el remolque, volvieron a la granja.

Comieron a media tarde, cuando regresaron y descargaron el grano. Al entrar en la casa vieron cómo, sentado a la mesa, junto al granjero, había un individuo. Montxo fue presentado al desconocido por quien le parecía ser el dueño de la finca.

—Y éste es el *katu* —dijo—. El último que faltaba para estar todos reunidos en la granja, o sea, hasta el gato...

Aquel tipo le estrechó la mano y se interesó por Francisco Etxabe. Parecía tener modales más refinados que *Eustache*, el granjero.

Montxo le respondió:

—Pakito está bien. Al menos lo estaba esta madrugada pasada, último momento en que le vi.

—Entonces, ¿podremos contar contigo para los próximos fuegos artificiales? —dijo mostrando una forzada sonrisa.

—Aún tengo mucho que aprender, pero estoy dispuesto a hacer lo que se me mande si es para conseguir una *Euskadi* libre.

El visitante le indicó cuándo y dónde se verían de nuevo. Les recordó a todos la nueva contraseña a utilizar y se despidió deseándoles suerte.

Montxo Gataria Zaragüeta, a partir de este día, sería conocido por los militantes de ETA por el apodo de *Katu*

Capítulo XXX

Eran las ocho de la mañana. Braulio aguardaba en el bar *La Petite Cabane* la aparición de *Madeleine*. Desde el establecimiento donde él solía esperarla observaba el edificio en el que la chica vivía, en un piso propiedad de sus padres. Mientras Braulio desayunaba, prestaba atención a la puerta de salida por la que la joven surgiría y, a la vez, dialogaba con el propietario del local.

—*Alors*, ¿esperando para iniciar la tarea, no?

—Como siempre —dijo el joven—. *Ma résidence est loin d'ici*, he de madrugar forzosamente...

La espera fue solo de minutos. *Madeleine* surgió del inmueble y, desde la puerta de salida miró al frente, hacia el lugar donde solía estar estacionado el vehículo automóvil en el que habrían de viajar. La camioneta cargada de bicicletas de diferentes modelos y marcas europeas, fue localizada por ella próxima al lugar donde se encontraba. Braulio salió del bar, saludó desde lejos a *Madeleine* y se dirigió hacia el vehículo, una vez aposentados en el interior del mismo la chica extrajo de la guantera la documentación relacionada con la tarea a llevar a cabo: lista de la mercancía que portaban; poblaciones y comercios a visitar y, además, un croquis indicativo del itinerario a seguir. En ese día, el recorrido se reducía a una serie de visitas a efectuar en determinadas localidades próximas a Bayona.

Como hicieron en otros pueblos del recorrido, se detuvieron en Ahetze para verse con un cliente cuyo comercio estaba situado justo enfrente al edificio del ayuntamiento. Este local se hallaba en la plaza mayor, en el centro de dicha localidad, frente al cual atravesaba una calzada, la antigua ruta del Camino Francés de Santiago. Aquel espacio era llamativo por el número de ciclistas que hacían un alto en tal punto en su peregrinar hacia España. En el comercio que la pareja visitó, *Bicyclettes Saint-Martin*, se exponían diversos modelos de *vélos* a la venta y para alquilar. Al parecer, éste era el único comercio donde se hacía compraventa de bicis usados en tal itinerario o algo parecido. De ahí, la razón de que visitaran tantos ciclistas esta localidad. La pareja había estado en localidades como la de Guétary y Arbonne, en donde habían encontrado alguno que otro ciclista alquilando, reparando o cambiando alguna de estas máquinas, pero no tantos viajeros como hallaron en Ahetze.

Sin embargo, fue en esta localidad donde sucedió algo curioso con *monsieur Martin*, el propietario del comercio que visitaban. Este cliente, después de saludar a los visitantes, se dedicó a observar el material que le ofrecían. De entre los modelos mostrados le llamó la atención un tipo de bicicleta de la marca italiana Bianchi. Hacía ahora un año, según *monsieur Martin* le dijera a Braulio, en el verano de 1962, había vendido una Bianchi como la que en la camioneta se exhibía. Fue la única bicicleta de esta marca que él había tenido a la venta en su comercio, pues, debido a su precio, demasiado alto para la clientela local, se hacía difícil su salida. Recordaba esto el comerciante y le manifestó a Braulio, porque tuvo que venderla a plazos a un refugiado vasco.

Este cliente, tal él explicara, era un trabajador agrícola de la granja *Les Maizales* que convino con el vendedor en pagar la bici adquirida en cuatro plazos, uno por trimestre. Pues bien, el comprador no cumplió lo convenido. El tercer pago no lo satisfizo y desapareció del lugar abandonando la bicicleta en la granja donde trabajaba, sin despedirse ni decirle nada al granjero. Cuando *monsieur Martin* fue a reclamarle a *Eustache*, el dueño de la granja, los pagos pendientes

por hacer de su empleado, dado que él se había prestado a ser avalador en dicha compra, en principio, *Eustache* se negó rotundamente a satisfacer desembolso alguno. Pero, al final, tuvo que hacerse cargo de la deuda no satisfecha y saldar lo pendiente a pesar de sus protestas. El comerciante, le propuso al granjero que denunciara al supuesto delincuente, pero el avalista se opuso, no quería conflictos con la gendarmería por causa de haber acogido a aquel refugiado de dudosa reputación y hacerlo empleado suyo. Además, añadió que no conocía su identidad, dado que solo sabía de él que le apodaban *Katu*.

Para Braulio, la misión encomendada parecía ir por buen camino a pesar de ser corto el tiempo transcurrido desde que comenzara la búsqueda en Francia de aquel sospechoso. Las visitas de trabajo con *Madeleine* a localidades del contorno de Bayona le permitían indagar acerca del objetivo a él señalado. No obstante, sus pesquisas las solía hacer con cierta prudencia, a fin de no levantar sospechas. El hecho de saber que Montxo era usuario de una bicicleta Bianchi fue tenido muy en cuenta por Braulio y esta imagen llegó a mantenerse de forma persistente en su mente. Al cruzarse con cualquier ciclista que usaba una máquina de esa misma marca, intentaba reconocer el rostro que buscaba e identificar si era Montxo el conductor del biciclo. También, y con igual fin, procuraba que en el expositor de bicicletas del vehículo hubiese siempre una Bianchi del mismo tipo de la que *Katu* poseyera, como si fuese un posible reclamo.

Proporcionarle a Braulio información y detalles de la clase de bicicleta que conducía Montxo en Abiña, fue un acierto por parte del SIGC de Bilbao. Datos facilitados por los agentes del Servicio de Información tras conocer que Montxo, en alguna visita que hiciera a su madre, fue visto conduciendo una Bianchi, permitió a Braulio mostrar una bicicleta de la misma marca y características por las localidades que visitaba y tener la fortuna de obtener una serie de pistas relevantes en la localidad de Ahetze, como lo fueron: saber que el término territorial de esta localidad, afecto al distrito de Bayona, era zona de entrada y refugio de independentistas vascos; que dichos huidos o refugiados eran recogidos en granjas por un tiempo hasta que la organización a la que pertenecían, establecida en Francia, se hacía cargo de ellos; que en una de estas granjas cercana a Ahetze, la conocida por *Les Maizales*, estaba dirigida por un vasco-francés conocido por *Eustache*, un colaborador de la organización etarra, razón por la que se negara a declarar la identidad de *Katu* y no quisiera denunciar a éste como supuesto delincuente, es decir, que a este trabajador ilegal, según *Eustache* confesara, lo mantuvo contratado en su granja durante meses.

Por todo lo dicho, días después de la visita a Ahetze, Braulio se presentó en *Les Maizales*. Acudió a dicha granja caminando, portando una pequeña mochila a la espalda y vestido con unos vaqueros raídos salpicados de manchas y camisa de manga corta a rayas de varios colores. Su aspecto era desaliñado, sin afeitar, con incipiente barba y bigote, cabello revuelto y sucio bajo una gorra americana con visera. Sus pies calzaban unas botas de lona desgastadas por el uso de color azul oscuro y a juego con la gorra. Al aparecer de esta guisa por la granja, alguien de la misma le preguntó qué deseaba, advirtiéndole previamente, que no había intención por parte del dueño de contratar a bracero alguno. Braulio expuso su deseo de hablar con *monsieur Eustache*, era un asunto personal, dijo. Cuando estuvo ante la persona por él requerida, el joven manifestó que el objeto de su visita era comprar una bicicleta marca Bianchi, máquina que se hallaba depositada allí, en la granja. La bicicleta le había sido recomendada por un compañero y amigo, alguien a quien ambos conocían, *Katu*. El visitante le aclaró al granjero que encontrándose de paso por Ahetze, dado que estaba realizando el Camino de Santiago, y siendo su intención entrar en España y recorrer previamente el país vasco en bicicleta, se acordó de lo advertido por su amigo y, de ahí, el deseo de adquirir la bicicleta de la que *Katu* le hablara y con ese fin.

—¿Quién le ha engañado, *mon ami*? *Je ne connais rien aux bicyclettes.*

—Pues le diré, *monsieur*. La persona que me recomendó esta adquisición fue un bracero suyo, un joven que trabajó para usted no hace mucho tiempo. Él fue quien me informó y quien me dijo ser pagador de la mitad del coste de tal *vèlo*.

—*Votre nom s'il vous plait?*

—No suelo dar mi nombre a desconocidos, ni tampoco diré el de nuestro amigo. Solo le diré que a mí me conocen por *Ezpata* y a él por *Katu*.

La respuesta final que obtuvo Braulio de boca de *Eustache* fue, que tal bicicleta había sido vendida hacía ya varios meses y que el tal *Katu* había engañado a Braulio, como hiciese con él, su patrón, en su día. Dicho esto, ambos se dijeron adiós sin añadir palabra alguna.

El objetivo de esta farsa urdida por Braulio era conseguir que *Eustache* se moviese, esto es, que saliese en busca de alguien o del propio Montxo, con intención de informarle de haber sido entrevistado por una persona un tanto sospechosa, la que decía estar interesada por algo de su propiedad; y, de este modo, de ocurrir la mejor de las opciones posibles, lograr dar con el paradero de Montxo. Braulio, pues, esperaba haber despertado en *Eustache* por medio de aquel absurdo encuentro ciertas dudas sobre de quién pudiera tratarse el tal *Ezpata*, ese personaje que le acababa de visitar. La esperanza de Braulio, pues, era que *Katu* y *Eustache* se encontrasen y, por lo tanto, su misión sería aguardar el tiempo que fuese necesario y observar los movimientos del granjero hasta que le condujera ante *Katu*.

Su salida de la finca la hizo andando, tomó el camino cercano a la granja con dirección sudoeste, la conocida ruta o Camino de Santiago. A poco más de un kilómetro del caserío, en un recodo boscoso, Braulio se ocultó en este paraje, lugar donde había dejado camuflado el Citroën con el que llegó hasta allí, un automóvil *dos caballos* que alquilara *Madeleine* y con el que Braulio viajó aquella mañana desde Bayona a Ahetze. Una vez en el vehículo, cambió su atuendo y tras tomar los prismáticos busco un lugar desde donde se dominaba la granja y allí se mantuvo vigilante, en espera de la salida de *Eustache* u otro posible mensajero.

Era ya media tarde cuando *Eustache* puso en marcha la furgoneta, abandonó el caserío y salió con dirección a Arbonne. Habían pasado unos minutos desde que inició Braulio el seguimiento del vigilado, cuando pudo leer con claridad la matrícula del vehículo que seguía, de la que tomó nota. Después se mantuvo tras él guardando una distancia prudencial para no levantar sospechas, aunque siempre al alcance de la vista. Antes de llegar a una estación de servicio, la furgoneta avisó con el intermitente su pretendida salida de la calzada hacia el lugar donde la gasolinera se hallaba. Braulio interpretó que, posiblemente, el conductor tuviese necesidad de repostar combustible, por eso, tras sobrepasar la gasolinera, disminuyó la velocidad y detuvo el automóvil fuera de la vía, al cobijó de una frondosa acacia. Por medio de los prismáticos vio como *Eustache*, después de estacionar el furgón, saludaba a *Katu*, quien esperaba en la entrada de la cafetería y, seguidamente, los dos penetraron en dicho establecimiento. Braulio supuso que este lugar era el punto de encuentro que habrían acordado para verse y se mantuvo en guardia hasta que volvieran a salir.

El tiempo que duró la supuesta entrevista entre *Eustache* y *Katu* no fue más de quince minutos. Braulio se mantuvo expectante hasta que dichas personas salieron del local, ante la puerta de entrada ambos se detuvieron un instante y se despidieron. Efectivamente, el joven que salió primero de la cafetería era Montxo o *Katu*. Su rostro fue identificado por Braulio de inmediato. Le seguía el granjero quien, una vez en la calle, estrechó la mano de su antiguo bracero, subió a la furgoneta y partió dirección Ahetze.

Montxo, antes de partir, escudriñó el entorno de la cafetería y los vehículos que se encontraban ocasionalmente estacionados. Seguidamente entró en un Fiat 500 y tomó dirección hacia Arbonne.

Instantes antes de salir *Katu* de la gasolinera lo hizo un camión dedicado al transporte de muebles, vehículo al que el Fiat conducido por Montxo de inmediato adelantó. Braulio aprovechó la cobertura que el camión le ofrecía para dejar su escondite y salir a la calzada con el Citroën sin ser visto por el conductor del Fiat 500 citado, al cual siguió. Pasados unos minutos, Braulio pasaba cómodamente al camión y se situaba a suficiente distancia del vehículo de Montxo, continuando tras de él sin perderle de vista ni levantar sospecha alguna.

Dejando atrás la localidad de Arbonne, el *cinquecento* tomó una carretera local que comunicaba con Bassussarry, circunvaló esta ciudad y entró por la parte noreste al barrio de *Saint-Barthélemev*. El vehículo se detuvo ante un edificio situado en la *rue La Liberté*. Allí, Montxo bajo del automóvil. Desde una ventana del primer piso, alguien le vio y saludó preguntando:

—¿Ya estás de vuelta?

Katu no respondió. Abrió la puerta de aquel inmueble y desapareció una vez entró en el mismo, era el número nueve de la calle mencionada.

Montxo y Joseba, una vez se separaron siguiendo los consejos de Pakito, se vieron en contadas ocasiones. Una de ellas fue el día que llevaron a cabo aquel *ensayo pirotécnico*, ese que los servidores del Régimen franquista llamaron atentado, el efectuado contra la grúa del Ayuntamiento de Bilbao, una sonora explosión que sirvió para poner el punto final a una manifestación.

También en otro momento, Montxo, con ocasión de visitar a su madre, se citó con Joseba en el piso de una pariente de Alaia, en Bilbao. El motivo real del encuentro era invitar a Joseba a que dejase el seminario y se uniese a ellos, a su cuadrilla de *Iparralde*. Entonces Montxo le habló de su vida, del piso franco donde la organización les había alojado y donde él decía sentirse bastante cómodo y, por todas estas razones, le proponía a su amigo que colgase los hábitos y marchara con él, lejos del seminario, a Francia. Según Montxo le contaba, en aquella vivienda que a él le ofrecía se alojaban tres personas, dos de ellos los alumnos “opusdeistas” por el conocidos, expertos en pintadas, tumultos, lucha callejera, cócteles incendiarios, petardos y demás; gente “cachonda” y, además, creyentes en Dios y en *Euskadi*, como decía Joseba que debían ser los *gударis*, militantes que al saberse identificados y buscados por los *txakurras* decidieron dejar *Nafarroa* e huir a Francia, como solieran hacerlo otros tantos más.

—Bueno, Joseba, tú mismo viste como se portaron mis muchachos, cuando lo de la *ekintza* en Plaza Circular.

El tercer huésped asignado al piso de Bassussarry, fue Montxo, aunque esto sucedió después de trabajar una larga temporada como bracero en una granja agrícola y de asistir por las tardes a clases de especialización en el “manejo de explosivos y fabricación de artefactos”, conocimientos que le fueron exigidos por los dirigentes de ETA. También, conviviendo con la cuadrilla, estuvo un cuarto huésped, una persona más intelectual que ellos, quien les instruyó en relaciones públicas y modos de comportarse en público, algo que les valdría para pasar desapercibidos. Dicha persona había sido asignada al grupo directamente por la organización para formarles en cómo debía de actuar el militante operativo.

Según Montxo, tal personaje le recordaba mucho a Pakito, porque, realmente, durante el tiempo que estuvo conviviendo con la cuadrilla era quien dirigía y representaba a la misma en la organización. Él era quien debía de buscar alojamiento para todos cuando se les pedía salir de la ciudad donde residían; quien traía las dotaciones que el *talde* necesitaba para llevar a cabo cualquier acción; él contactaba con los superiores inmediatos a través de los correspondientes mensajes o en las señaladas entrevistas que con ellos mantenía; comunicaba las instrucciones

necesarias a la cuadrilla en lo referente al modo, forma y lugar donde se llevaría a cabo una acción y, también, él simbolizaba la cabeza de la organización, pues era quien explicaba al resto de los compañeros, uno a uno, para qué estaban allí y cuál era su misión en cada momento. Este consejero asignado solía repetir que, ante cualquier actividad a desarrollar debíamos exigir siempre ocultación y secreto, esto es, mantenernos en absoluta clandestinidad, decía. Tanto el anonimato como tener un sobrenombre eran elementos esenciales como medida de protección de la identidad, por eso, Montxo había adoptado definitivamente el apodo de *Katu*. Según aquel representante de la cúpula etarra, la normativa era clara y no se podía consentir que por ligereza se fallase en alguna de estas cuestiones y que por ello pagasen todos los demás. Todos habían dado ya el paso trascendental al realizar el curso exigido, las prácticas de tiro con diversos tipos de armas y tenían experiencia en el manejo de explosivos. Por lo tanto, ahora debían de contribuir, para bien de *Euskadi*, con todo aquello para lo que habían sido preparados, o sea, llevando a cabo el tipo de *ekintza* que se les ordenase y en el día que se les pidiese...

De esta clase de vida que le comentaba, Montxo se quejó ante Joseba solamente de una cosa, de algo que tanto a él como a sus compañeros se les hacía insoportable, y esto era, el tiempo de espera previo a cualquier acción. Es decir, mantenerse escondidos en un piso franco asignado durante un tiempo indeterminado y aguardar en él hasta que se les comunicara el día y la hora en que el comando habría de actuar, esto les exacerbaba. Por eso, cuando les anunciaron que tenían que intervenir por vez primera en Bilbao sin espera alguna, dado que estaba previsto y estudiado el punto donde actuar y modo de hacerlo, y que, además, tan solo salir del punto de refugio irían directos al objetivo marcado para realizar la acción prevista, los tres terroristas brincaron de alegría en su escondite.

Capítulo XXXI

Según el parecer de Braulio, la misión que se le había encomendado estaba cumplida y así se lo hizo saber a *Madeleine*. Por fortuna *Katu* fue detectado y, de momento, todo se reducía a mantener la vigilancia de aquel piso franco, seguir al buscado y observar sus movimientos para evitar su posible desaparición.

Los informes remitidos a su Capitán de Compañía, según este Oficial le contara al guardia Abilio, habían sido elevados al Mando. Ante esta novedad, una vez conocidos las incidencias y resultados del servicio, el Primer Jefe de la Comandancia de Bilbao convocó de nuevo a sus Capitanes.

—Señores —les dijo—, la última vez que nos reunimos para tratar del asunto que hoy nos afecta, admitimos como buena la propuesta presentada por el Comandante Segundo Jefe, según la cual, si el conocimiento del paradero e identidad de cualquier supuesto delincuente era, la más de las veces, un tipo de servicio de investigación y seguimiento desde el secreto, ahora, tal tarea y con ETA como enemigo, debía ser misión del SIGC, dadas las características propias de tal Servicio. Pues bien, hoy, y considerando el tiempo transcurrido desde la mencionada reunión, he de reconocer el acierto que tuvimos al tomar aquella decisión, en particular, ante el hecho de haber logrado, en menos de dos meses, la identificación y refugio del comando que dirige el etarra conocido por *Katu*. Contar con el servicio prestado por un Guardia Civil del Servicio de Información destacado en Nueva Aquitania, suroeste de Francia, ha sido fundamental. Así, a pesar de los cambios de residencia y de profesión llevados a cabo por el citado delincuente en los últimos años, el Guardia Civil *Ezpata* asignado a esta misión logró dar con dicho terrorista y supuesto autor del atentado ocurrido el pasado mes de mayo en Bilbao.

Al llegar a este punto, giró la cabeza para mirar al Comandante Jefe del SIGC. Éste, con un gesto, indicó que no tenía nada que añadir. Entonces, el Primer Jefe continuó diciendo:

—A partir de ahora nos atañe continuar con el seguimiento de este sospechoso y proceder a su detención en el momento más oportuno, para lo cual, hemos de pensar el modo de infiltrar en la organización terrorista a nuestros guardias. Y, aunque lo que sugiero ahora sea solo un proyecto, creo que debemos ir planteándonos cómo llevar a efecto lo sugerido. De momento se han conseguido nombres, fotografías, datos biográficos y direcciones tanto de los componentes del comando de *Katu* como de otros militantes. Debido a la información que poseemos, nos urge y sería deseable que, de entre la fuerza que está bajo el mando directo de cada uno de ustedes en sus respectivas Compañías, existiera un mínimo de voluntarios dispuestos a cumplir la arriesgada misión de infiltrarse en un comando detectado cuando proceda. Este personal, de ser posible, deberá ser conocedor de la lengua francesa o mejor del *euskera* y, en su momento, estar perfectamente preparado y concienciado para pasar a formar parte de la organización terrorista, de ser necesario.

El Primer Jefe de la Comandancia continuó expresando su felicitación personal al Comandante Jefe del SIGC allí presente, la que en privado se haría extensiva al Guardia actuante por el servicio que había llevado a cabo. A este mencionado Guardia Civil, se le felicitaría oficialmente por escrito a través de su Unidad de modo reservado y se haría constar tal felicitación en su Hoja de Servicios.

Una vez Braulio regresó a su Unidad, el Jefe de la Comandancia le felicitó personalmente y le

fueron concedidos cinco días de permiso. Días que pasó a disfrutar con su familia en la localidad de Santa Olalla. Durante estas cortas vacaciones que Braulio pasó en la casa paterna, parecía sentirse feliz. Los padres estaban muy contentos de tener por unos días a su hijo en casa. Especialmente su padre, el Guardia Primero Federico Ferro, que era conocedor del servicio que su hijo prestaba en Francia por comunicárselo su hermano Abilio, persona que le mantenía informado. Su esposa, Adelina Langa, el tiempo que duró la misión fue desconocedora de ese acontecer en la vida Braulio. El Guardia Ferro le ocultó la misión que desempeñaba y el país en donde su hijo se encontraba, pues, no quiso que su esposa estuviese preocupada.

Finalizaba julio de 1963, Santa Olalla conmemoraba con fiestas el día del santo patrón de España, Santiago Apóstol. Braulio quiso celebrar con su familia y amigos lo que para él era motivo de felicidad, haber sido felicitado por su Jefe de Comandancia tras considerar ser un éxito el especial servicio que se le había encomendado. Asimismo, a un nivel más íntimo y reservado, celebrar estar enamorado y sentirse querido por una joven maravillosa, *Madeleine*, sin la cual le hubiese resultado costoso cumplir con la misión encomendada. Tras lo dicho, para sentirse completamente feliz, Braulio esperaba que fuese satisfecha su esperanza de poder solicitar y pasar destinado a Zaragoza a finales del año actual, ciudad en donde haría realidad su sueño, preparar la oposición e ingresar en la Academia General Militar.

Braulio, a estas circunstancias propicias que le acaecían y a las que él esperaba deseoso que acontecieran, no estaba acostumbrado. Por eso llegó a pensar que quizá esa venturosa dicha que sentía se debiese a que los humanos éramos seres fáciles de contentar con el fulgor de un momento favorable y nos olvidábamos de que el brillo de nuestros vividos éxitos aumentaba, por el efecto contraste, al visionar íntimamente la negrura interior del lugar donde guardábamos nuestros penosos recuerdos, en particular, los más dolorosos, esos que no lográbamos hacerlos desaparecer ni olvidar.

Cumplida con exceso la hora del vermut en el bar de costumbre, local donde concurríamos a tomar una copa y a charlar con los amigos, hube de ausentarme y lo hice afectado y cavilando. Mientras caminaba, pensaba preocupado que llegaría a casa cumplida la consabida hora de comer y, sobre todo, en lo que Braulio me había preguntado... Por eso, buscando la escasa sombra habida en aquel día tan soleado, deseé hacerme invisible ante cualquier conocido que pudiera encontrar en mi camino, todo motivado por la falta de puntualidad en mí llegada a casa y por ser la hora estival en que uno no debiera asolearse y menos detenerse con nadie. Aunque, mi principal e ineludible anhelo era estar en la umbría soledad que deseaba. Puesto que, dentro de mí, aquello que Braulio me había contado durante el tiempo que estuvimos hablando en la refrigerada sala del bar, aún ronroneaba. Él fue quien, como si se tratase de algo sin importancia, trajo a colación aquel asunto que aportaba pruebas y alegatos en pro de su causa. Una historia que me refirió y que, según él, era la misma que le había contado su amiga y vecina Rosarito tras coincidir ambos en la entrada de la Casa Cuartel, saludarse y platicar durante un momento. Una confesión que Paula le hiciera a la mencionada amiga de ambos. Una confidencia que Braulio decía estar sonándole continuamente en su cabeza, como el rumor de un torrente.

«Braulio se equivocó al marcharse —le dijo Paula a Rosarito—. Así lo pensé nada más saber que partiría y siempre así lo sentí... Nunca me opuse a la decisión que tomó en su día, ni quise mostrar mi disconformidad para que no creyese que lo hacía interesadamente o que solo pensaba en mí. Fue, por esto, que silencié lo que sentía... Sí, también es cierto, que no le dije nada por orgullo... Si él me quería y marchaba a Sabadell para ser Guardia Civil sin consultarme, yo no iba a rogarle que se quedase a mi lado... Aunque después comprendí mi error, el que yo había

cometido, pues me sentí sola y deseada por alguien que quería mi compañía, alguien que anhelaba estar conmigo y se sentía apoyado por mi familia... Sí, Arturito Cortés. No pensé lo que podría significar para mí y lo que estaba por venir, por eso acepté su compañía... ¿Qué hacer entonces si no? Debía decidirme ante mi soledad por Arturo o Braulio, el enamorado presente o el de incierto futuro...».

—¿Y mis cartas?... ¿Por qué no respondió a mis cartas comentándome sus dudas? ¿Qué de las misivas que le envié?, ¿a cuántas les dio respuesta?, a ninguna... ¡En ellas estaban escritos los motivos de mi partida y mis sueños! —gritó mi amigo Braulio mirándome, como esperando de mí una respuesta...

Quizá él le preguntara al cielo, no sé, pero yo quedé sorprendido... Puede que se interrogara a sí mismo o que me inquiriese a mí, como si yo conociera algo de dicho asunto... Sí, era cierto, yo soy su amigo y la persona a quien confiaba sus cuestiones amorosas, pero no sé... La realidad era que yo no sabía qué decirle y... así sucedía todo, a plena luz y en un día de verano, justo estando en el bar y a la hora del vermut, en uno de esos tórridos días en que se le agradece al cielo que, aun con estruendo, se produzca el derrumbe de una nube tormentosa en forma de gran chaparrón, aunque con consecuencias menos trágicas que las que en aquel momento Braulio y yo estábamos viviendo. Porque Braulio, un tanto ido, me demandaba con insistencia una respuesta estando ambos en un lugar público e inadecuado para tratar lo que le sucedía, o sea, en el sitio menos apropiado para hacerme preguntas de tal alcance, por llamar de alguna manera a sus interpelaciones. Dado que allí faltaba el silencio requerido para escuchar confesiones y la intimidad necesaria para acoger un desengaño (secreta lección de amarga experiencia que quita esperanzas, ofrece frustraciones, promueve reproches tardíos y te colma de desilusiones), yo propuse levantarnos de la mesa, salir de aquel bar y despedirnos hasta la tarde en que volveríamos a retomar, de ser necesario, la búsqueda de respuestas a sus interrogantes.

En consecuencia, caminé hacia mi casa al tiempo que intentaba entender y responder a cuanto Braulio me había confesado. Luego comí, medité y concluí que la supuesta ruptura de la pareja no fue la distancia sino el orgullo, y lo que a Paula le pareció irritable fue que Braulio no le comentara ni le pidiera su opinión acerca de su partida a Sabadell tras decidir ingresar en la Academia de la Guardia Civil, centro donde estuvo formándose. De este proceder, Paula luego se vengó, pues, cuando los dos se encontraron, acabada la Navidad, en la noche anterior al último día del año, fecha ésta en que Braulio partiría hacia su primer destino, ambos, entre otros acuerdos, prometieron escribirse, promesa que él le hizo y cumplió, pero que, al parecer, Paula no se molestó en dar respuesta a ninguna de sus cartas.

Si Braulio le hubiese dado cuenta a Paula de los motivos por los que marchaba de Santa Olalla para convertirse en un Guardia Civil, tales como eran: liberar a sus padres de la carga económica de pagar sus estudios lejos del hogar; conseguir un sueldo con el que poder mantenerse a sí mismo, decisión tomada en su día por muchos de sus compañeros hijos del Cuerpo; es decir, buscar la oportunidad de progresar en el entorno militar e intentar lograr las metas a las que él aspiraba, además de otras razones, entonces, según mi parecer, aun explicando así a Paula el porqué de su decisión, tampoco hubiesen mantenido una relación duradera, ni hubiera habido un compromiso de noviazgo formal, ni ella hubiera esperado, como lo hace una enamorada, que él volviera a su lado. Porque Paula siempre fue la dama y Braulio el leal caballero y, a pesar del riesgo a equivocarme, yo afirmo que, de experimentar la dama hacia el caballero sentimiento amoroso alguno, para apagar tan descontrolada pasión ahí estaba su madre, doña Rosa Ortiz. Una señora que jamás hubiera permitido que su hija se uniese de por vida a un Guardia Civil, alguien que “sin tener residencia fija, vivía dando saltos de uno a otro rincón del mapa” o lo que venía a

ser lo mismo, cambiando de residencia y destino a lo largo de los años. Hecho por el que tal señora, despectivamente, tuvo a bien decir que “vivir con un Guardia Civil es llevar una vida similar a la del pueblo gitano, trasladando continuamente muebles y familia de un pueblo a otro...”.

Creo que Braulio, sin desearlo, se esperaba lo acontecido. Pues sabía que, para Paula, amor era un sentimiento diferente a lo que las demás personas entendían o experimentaban, esto es, una emoción distinta a la que los enamorados sentían, es decir, algo parecido a un afecto especial hacia la persona querida, potenciado en su fantasía por las cualidades artísticas que adornaban al objeto de amor y su entorno. Por lo cual, no solo consideraba a la supuesta persona amada centro primordial del sentimiento afectivo llamado amor, sino que, además, debía estar integrada en ese particular mundo artístico que para ella definía a tal afecto.

La necesidad esencial de Paula para amar era encontrar a una persona que encajase en su especial mundo afectivo, exigencia fundamental para ser un hombre amado por ella o para que ella pudiera sentir amor por él. Amor, pues, era una emoción muy distinta al simple querer, al sentir cariño y gozar o al amor concubinario. Sentir amor para Paula era algo más amplio que el natural y conocido vivo afecto o la inclinación por cariño hacia persona elegida, una emoción que, debía experimentarse en ese mundo tan especial que enmarca la belleza de las artes que a ella le fascinaban, tal lo eran la música y la danza. Un conjunto de vívidas cualidades de las que, posiblemente, Braulio carecía para poder acceder al amor de su pareja y formar parte del mundo ideal que ella soñaba. Exigencia sin la cual, aun siendo Braulio el chico apreciado que siempre lo fue para ella, ella no le hubiese amado.

Paula nunca se interesó en saber si era querida por Braulio, puesto que ella sentía que lo era. Tampoco ella confesó a Braulio sentir amor por él. Porque eso era otra cuestión. Ella sí le quería, sí sentía cariño por él y con él gozaba, pero para Paula eso no era amor...

Concluyendo, cuando Braulio marchó del pueblo para ser Guardia Civil se llevó a Paula formando parte de sus pensamientos y guardada dentro de su corazón, a pesar de que las relaciones mantenidas con ella eran motivo suficiente para que él decidiera marchar lejos de su lado. ¿Por qué?, porque Braulio necesitaba sentirse objeto de su especial manera de amar, esto es, de convertirse en el ser luminoso y representativo del amor de ella o poseer algo llamativo para ser investido del aura especial que le hiciera ser aceptado en el mundo de ella, esto es, tener las cualidades necesarias para conseguir o solicitar ese sentimiento que Paula entendía por amor.

Braulio ya prestaba servicio en Bilbao cuando viajó a Santa Olalla a visitar a sus padres. Pretendía pasar con ellos la Semana Santa, pero se cruzó inesperadamente con Paula, un triste encuentro en aquel Domingo de Ramos. Imprevista sorpresa que le hizo saber al instante que Paula era la prometida de Arturo Cortés, novedad de la que nadie le había advertido y que Braulio enseguida comprendió.

¿Que cómo pudo adivinar tal compromiso? Ciertamente, él nunca hubiera imaginado que Paula pudiera sentirse atraída por Arturo Cortés. Sin embargo, desde su enorme decepción ante lo que repentinamente se encontró, es posible que tal suceso le ayudase a pensar: «si Paula se ha comprometido a salir con esta persona, sin sentirse obligada a ello y sin haberme advertido de este proceder o supuesto enamoramiento, es porque así lo han consensuado y, por tanto, queda claro que lo nuestro se ha acabado». En consecuencia, ante esta realidad, Braulio pudo preguntarse: «¿qué clase de sentimientos eran los que Paula sentía por mí?» o «¿qué fui para ella, más que su escudero?». Pero yo creo que él siempre lo supo.

Sí. Todo se cumplió. Paula sabía por Braulio que Arturito Cortés se había propuesto cortejarla

y que pretendía su conquista. Mas, según Paula le dijera a Braulio: «al ser la familia Cortés amiga de la mía, resulta muy embarazoso evitar que Arturito me acompañe o procurar que éste se aleje de mí». Quizá, ante esta respuesta, Braulio pensó que todo estaba ya perdido y que, efectivamente, resultaría ser cosa fácil para Arturito la conquista de la joven. Por lo que, con o sin razón, Braulio dio por acabado su romance con Paula.

No obstante, parecía que Braulio nunca llegó a comprender la aptitud de Paula. No lograba entender por qué ella deseaba acostarse con él, ni sabía cómo justificar el supuesto amor que a Arturo le dedicaba. Así, la última noche que se vieron y despidieron, al final de las navidades pasadas, ella le había confesado a Braulio lo siguiente: «para hacer el amor, solo te quiero a ti..., de él solo estimo su música, eso que me hace soñar y evadirme de este mundo...». Después de aquella despedida navideña, ya no volverían a hablarse más.

Madeleine, la chica de Bayona, ahora era el verdadero amor de Braulio. En ocasiones, cuando Braulio hablaba a sus padres o amigos acerca de ella se sentía transportado, era como si ella estuviese presente o la sintiese a su lado. A solas, cuando tumbado en la cama cerraba los ojos para soñar con *Madeleine*, creía aspirar el aroma de su cuerpo, eso que para él era un efluvio de su fragancia. Aun estando separados, él siempre la tenía presente y su recuerdo le inspiraba a escribir poemas que expresaban tanto su belleza como el agradable placer de tenerse ambos en profunda intimidad. Nunca se le ocurrió mostrar sus creativos poemas a persona alguna, por creer que carecían de valor literario y, sobre todo, por estar repletos de la intimidad vivida con su amada y sentir cierto recato. Él escribía solo para ella, para la mujer que, como él, a veces, vivía la triste soledad que causa la ausencia de la persona que se quiere.

Un remedio real y eficaz que Braulio utilizó para controlar el logro de sus sueños, fue el usado por él para acabar con la frustración vivida tras romper con Paula. Este método no era otro que luchar con tenacidad en la consecución de sus objetivos. Esforzarse en alcanzar las metas que le harían triunfar en el futuro. El primero de estos fines, en su escala de objetivos a lograr, no era otro que pasar destinado a Zaragoza, el siguiente ingresar en la Academia General Militar, después, conseguir ser Oficial de la Guardia Civil.

En los meses que estuvo destacado en Francia, Braulio sintió, más de una vez, brotar dentro de su pecho un furor profundo y a la vez ciertos temores. Todo esto aparecía cuando pensaba que alguien pudiese atentar contra *Madeleine*, la persona más querida por él y ajena a la profesión que él desempeñaba. Él sabía que el enemigo era invisible y difícil de detectar, por eso se mantenía en alerta constante, para no dar pistas ni ser descubierto. Temía, más que por su vida, por la vida de la mujer que por amor había decidido ayudarle en aquella misión. Circunstancia que él, al principio, no tuvo en cuenta ni le prestó la atención y consideración merecida, por creer que cuanto pudiera sucederle en su tarea solo podría afectarle a él. Mas, después, una vez cumplida la misión señalada, unió a su sentimiento de satisfacción por el deber cumplido la constante preocupación por *Madeleine*, temeroso ahora de que, por culpa suya, pudiera alcanzar algún peligro a la mujer amada. Así, por todos estos dislates, en el servicio como miembro del SIGC, actuaba con ahínco buscando a la gente capaz de dar muerte a una niña con una bomba incendiaria o derrumbar con dinamita la estructura y montaje de una grúa en las proximidades de una manifestación.

Mas, ahora, de vuelta de Francia, en su destino y cumplida la misión encomendada en *Iparalde*, Braulio esperaba deseoso la orden del Mando que le permitiera pasar destinado a Zaragoza. Un viaje que llevaría a efecto en compañía de *Madeleine*, la mujer de la que recibía el amor suficiente para sentirse ser el hombre más feliz de la tierra.

Capítulo XXXII

Ahora parecía que Joseba iba aceptando resignadamente la vida carcelaria. A él le ingresaron en la cárcel concordataria de Zamora el 3 de febrero de 1971, tras ser juzgado y con el fin de que cumpliera la pena impuesta. Este centro no era más que un pabellón separado del resto de los que existían en la antigua prisión provincial, en la que, separadamente, vivían tanto presos políticos como comunes. El recinto había sido habilitado para que los sacerdotes y religiosos condenados pasasen el tiempo carcelario que les correspondiera cumplir.

La familia y amigos, según Joseba contaba, cuando por primera vez fueron a visitarle, intentaron animarle y consolarle diciéndole que había tenido mucha suerte en ir a parar a la cárcel concordataria, donde estaría acompañado por otros curas, situación muy distinta a otro tipo de prisiones. Porque de ser encarcelado en cualquier otro centro penitenciario común, se hubiera encontrado rodeado de condenados tanto creyentes como no creyentes y estos le habrían hecho muy dura su vida de penado por ser un cura etarra y enemigo de los españoles. A lo dicho, a veces, también solían añadir otra cosa favorable que decían tenía este modelo de prisión, y esto era, el estar situada en Zamora, o sea, más cerca *Euskadi* y, por lo tanto, de la casa de uno, cosa que en el resto de las prisiones del sur no ocurría.

La realidad era que Joseba no apreciaba tan notorias diferencias y se le hacía cada vez más insoportable convivir con otros “curas rojos”, tal como la gente llamaba a los sacerdotes de tan afortunado lugar. Estar encerrado le había trastocado todo cuanto él había deseado hacer con su vida. Por eso, para darle ánimos y sacarle de su pesimismo, escuchaba las recomendaciones de un compañero del seminario de Derio, un tal *Amuriza*, que, dada su experiencia, le aconsejaba sentarse tranquilamente en la celda y dejar el tiempo pasar, algo que parecía ser lo más acertado. Este condenado había sido ordenado sacerdote en Derio un año antes que él y, pasados los años, por participar en un encierro en el Obispado de Bilbao en protesta por el estado de excepción impuesto en el País Vasco y contra la pasividad del Obispo Gúrpide, fue detenido junto a otros tantos sacerdotes y condenado a cumplir la pena correspondiente en la cárcel concordataria de Zamora.

—¿Sabes, Joseba? —repuse—. Tras escuchar cuanto me dices e interesado por cuanto tú has vivido, me hubiera gustado haber visto cómo en realidad eras durante ese tiempo que llamas de lucha. Me refiero a haber conocido tu modo de pensar y las razones por las que hiciste o dejaste de hacer determinadas acciones a favor del independentismo. Todo concordante con tu modo de ser, me refiero a los hechos por los cuales te trajeron aquí, a Zamora. También desearía saber si te has arrepentido alguna vez de lo que hiciste o si, por estar en prisión, has llegado a pensar que cometiste un error...

—En aquella época, yo no tenía tiempo para pensar ni sentir —me dijo—. Solo en mí dominaba una idea, *Euskal Herria*. Y esta idea era el origen de mi proceder y de mis acciones, motivo y fundamento de mi vida, mi todo. Por eso, en mí no cabía duda alguna y todo cuanto se opusiera al logro de mi ideal era objetivo a eliminar. Yo tenía un sueño, el mismo que otros tuvieron, conseguir una nación con los siete territorios que estaban a uno y otro lado de los Pirineos, la llamada *Euskal Herria*. Un país perfecto, socialista e independiente, sin clases sociales y una sola lengua, el *euskera*. Un verdadero paraíso.

No obstante, según siguió comentando Joseba, conforme pasó el tiempo todo le pareció ir cambiando pero desorganizadamente. En la primavera del año 1964, ETA aún se mantenía como grupo clandestino y sus dirigentes seguían refugiados en Francia. Igualmente, el gobierno galo aparentaba no darse por enterado de lo que se organizaba en su territorio contra España. En mayo de ese mismo año, dicha organización, tras celebrar su Tercera Asamblea, decidió diferenciar a sus activistas. Para tal distinción, tuvo en cuenta los objetivos a conseguir o el tipo de misión que se les señalara. Así nació la conocida Organización Paralela (OPA), destinada a la agitación, acción y dirección de las masas, pero sin tener nada que ver con la conocida *acción armada*. Con la OPA mantenía contacto informativo el Grupo de Derio, formado por miembros y aspirantes al sacerdocio de dicho seminario.

A mediados del mes de julio del año citado, Joseba y Montxo mantuvieron una entrevista en Abiña. Entre las novedades que Montxo comentó a su amigo se encontraba la de haber pasado a formar parte de un nuevo comando armado, el cual estaba a las órdenes directas de un *órgano informativo y de acción* de ETA, con el cual contactaba por medio de un *enlace*. Montxo, entonces, le informaba de todo esto para incitarle a unirse y participar con él en su grupo, en el cual, de desearlo, sería incluido sin más. Además, *Katu* le aclaró acerca del citado *enlace*, que este era quien les indicaba el objetivo u objetivos sobre los que actuar y les proporcionaba los medios necesarios e información precisa para cumplir la misión señalada con la mayor seguridad.

Tras mencionar la palabra seguridad, Montxo por un momento se calló y, tras reflexionar un instante, le comentó a Joseba ciertas sospechas relacionadas con el hecho de haber sido él objeto de interés de un individuo que decía apodarse *Ezpata*, alguien que hablaba francés siendo español, un sujeto aún no identificado por la organización y del que se sospechaba ser miembro del PNV o quizá un *txakurra* infiltrado en Francia. Respecto a esto último, a la organización le parecía cosa muy poco probable. En fin, un asunto que, a veces, a él le inquietaba. Respecto al hecho de encontrarse los dos amigos, a Joseba le quedó claro que el motivo era proponerle Montxo que ambos se uniesen y formar un nuevo comando. Porque ETA, desconfiando de lo que pudiera haber detrás del tal *Ezpata*, había decidido que Montxo cambiase de residencia y de grupo, que dejara la antigua cuadrilla a la que pertenecía y que se disolviera el naciente comando. Ante lo expuesto, Montxo había planeado que ellos, los dos amigos y compañeros, los que juntos un día intervinieron por primera vez en Bilbao, se uniesen y acoplasen a otra nueva cuadrilla donde quedarían a la espera, apartados de toda actividad y, así, los dos estarían y actuarían de nuevo, como antes, una vez fuesen asignados o constituyesen un nuevo comando.

Joseba hizo mención a aquellos atentados habidos en estaciones de ferrocarril con maletas incendiarias y de cómo, desde que él entrara en el seminario, nada acerca de aquellas pesquisas que entonces les implicaban había llegado a sus oídos. Por lo tanto, él había decidido continuar en Derio hasta ser ordenado sacerdote, sobre todo, por su seguridad. Aunque *Katu*, comentando sobre la seguridad propia y modo de proteger su persona, mostró a Joseba el arma de fuego que le había facilitado la organización. Aclarando que hacerse con una pistola era cosa fácil de conseguir en *Iparralde*, pues la legislación francesa permitía que un extranjero pudiera adquirir hasta cuatro pistolas en territorio francés.

En lo concerniente a la evolución de la organización, tema por el que Joseba preguntó, Montxo confirmó que si ETA subsistía era gracias a las subvenciones de sus simpatizantes y al dudoso *apoyo económico* de determinados empresarios, esos que “voluntariamente” aportaban dinero para lograr el independentismo vasco.

Sin embargo, fue a mediados de octubre del mismo año cuando la cúpula de ETA, establecida

en Francia, quedó prácticamente inoperante. Las autoridades francesas descubrieron lo que acerca de ella se sabía, que la cabeza de la mencionada organización residía en territorio galo. Ante dicha realidad, decidieron actuar contra sus miembros más representativos. Aprovecharon la denuncia de un colaborador financiero de la organización, el que dejó de pagar a ETA al sentirse amenazado e informó a la policía francesa del material que ETA disponía en una empresa de Biarritz, la denominada Ikar. Tras un registro inesperado de la misma, llevado a cabo por las fuerzas policiales, encontraron, además de armas, numerosos documentos robados a otras diferentes entidades y cantidad de información que implicaba a los dirigentes más representativos de la organización etarra. Por lo cual, *Irigaray*, un destacado dirigente a cuyo nombre estaba la empresa, así como un tal *Madariaga*, fueron encausados. Al veredicto del correspondiente juicio, se les sumó otro proceso abierto con anterioridad y, por estos hechos, entre finales de 1964 y principios de 1965, fueron expulsados por las autoridades francesas los dirigentes de ETA, entre ellos *Benito del Valle*, que marchó a Venezuela; *Txillardegui*, que pidió refugio en Bélgica e *Irigaray* y *Madariaga*, que pasaron a vivir a Argelia. Así, tras lo acontecido en la citada organización, se produjo un vacío de poder.

No obstante, aun habiéndose producido tan llamativo bajón propagandístico, ETA no se durmió. El balance de aquel año 1964, que recién acababa, fue considerado favorable. Primero, porque la organización contaba con unos quinientos militantes, cuyo número, según se esperaba, habría de aumentar sin cesar y, segundo, porque la actividad de OPA dirigida a los jóvenes vascos, sobre todo, a aquellos que vivían en las zonas rurales, incrementó la concienciación nacionalista de tal modo que se consiguió que bastantes de ellos simpatizaran con ETA. La prédica de estos activistas se solía llevar a cabo en la salida de colegios e iglesias y, con este proceder, consiguieron que la población en general comenzase a colaborar aportando dinero. Por otro lado, el apoyo de la mayoría del clero del medio rural se hizo patente ante ETA, pues, ayudaban a la organización escondiendo a sus militantes y divulgando sus consignas y panfletos propagandísticos.

Ante hechos tan favorables, la dirección de ETA comenzó a tomar en serio el preparar la lucha armada. Sus pretensiones, en principio, eran las de crear un cuerpo especializado y proveerse de armas y explosivos suficientes con los que combatir y expulsar a las fuerzas franquistas de *Euskal Herria*. Su primer objetivo sería la formación de una unidad operativa especializada, la que ETA incluso constituyó y llegó a presentar. Para la dirección de este grupo de acción fue elegido un personaje llamativo, un guerrillero, escalador, experto en armas y adiestrado en la lucha en montaña, alguien que había prestado el servicio militar como voluntario en el Tercer Regimiento de Cazadores de Huesca. Éste fue *Xabier Zumalde*, más conocido por *El Cabra*.

El citado combatiente, guiado tal vez por cierto sentimiento romántico, estaba dispuesto a militar en ETA y por eso *Petrus*, un cura de Amorebieta conocedor de los sentimientos del soldado *Zumalde*, le concertó una entrevista con un dirigente etarra. Ambos personajes dialogaron y cuando se despidieron *El Cabra* era ya un miembro más de la organización.

El Cabra formó un grupo que actuaba en Oñate y Mondragón la mayoría de las veces, sus intervenciones eran propias de la guerra de guerrillas. Formó a su gente en el uso de las armas y en la táctica del *golpe de mano* y la *emboscada*, y contaba con el apoyo de toda clase de armamento que la organización disponía. En el Santuario de Loyola, en Azkoitia, *Patxi Iturrioz* le nombró Jefe del Frente Militar, de reciente creación.

Las fuerzas policiales de la nación comenzaron a despertar. Habían detectado en las intervenciones delictivas que llevaban a cabo los etarras —atracos a sucursales bancarias,

requisas a empresarios no voluntarios a pagar, tomas de pequeñas localidades por grupos de guerrilleros, sabotajes a compañías eléctricas, daños en algunas vías de comunicación...— con esos medios que tenían a disposición, variedad de armamento y cantidad de explosivos. La pregunta del Mando policial y en concreto la del Jefe de la Guardia Civil fue: «¿De dónde procedía tanto material bélico?». Pronto miraron a Francia como posible lugar de origen o de paso de los medios que para la lucha ETA recibía. La infiltración en la nación vecina de agentes policiales y guardias civiles españoles aumentó y se obtuvo el éxito esperado. En febrero de 1965 fue detenida por fuerzas policiales *Christianne Echalus*, la enlace en Francia de la Rama Sexta o Militar. Cuando fue sorprendida esta persona transportaba en su vehículo un importante cargamento de explosivos de procedencia checa.

Mientras esto estaba sucediendo, Montxo se mantenía expectante a cuantos acontecimientos se producían en el entorno de ETA. Desde finales del año 1964 hasta principios de 1965, *Katu* estuvo esperando que la organización se acordase de él y le diese la oportunidad de participar en la lucha. Así, y tal como él lo deseaba, un día fue sorprendido al recibir un aviso por el conducto habitual, en él se le indicaba que debía entrevistarse en un lugar y hora señalados con alguien por él conocido, una persona que le comunicaría dónde, cuándo y cómo debería actuar.

En *Le Chrysanthème*, una cafetería de Bayona, encontró al personaje con quien Montxo debía de tratar y que resultó no ser otro que Pakito. Con la mayor discreción se saludaron dentro del local y, con el sigilo debido, el curita le planteó al joven llevar a cabo una *ekintza*, sin más instrucciones. Se pretendía que tal acción fuese la respuesta apropiada a la detención de *Echalus*, la que se había producido apenas una semana. Y, además, que tal atentado sirviese de aviso al Gobierno y de propaganda a los jóvenes vascos de los caseríos y municipios rurales existentes en torno a Mondragón, esto es, como una invitación dirigida a éstos a participar en la lucha armada etarra y a incorporarse al grupo guerrillero de *El Cabra*.

La petición de *Zumalde*, vía *Petrus*—Pakito, fue recibida y aceptada de inmediato por *Katu* como una orden. Montxo soñaba con tener a su cargo la dirección de un *talde* y lo que se le ofrecía ahora era una excelente oportunidad.

—¿Te imaginas cuál será el obstáculo a abatir? —preguntó Pakito.

—Creo que sí. El más apropiado y seguro que yo elegiría de poder actuar: la Casa Cuartel de la Guardia Civil de Mondragón.

La Casa Cuartel era un viejo inmueble alejado del centro de la ciudad, ubicado en un barrio del arrabal y próximo a un convento de monjas —convento donde asistía Marutxi, prima de Montxo, como cuidadora de niños—, lugar al que no le afectaría en nada la explosión, salvo el susto de las religiosas al despertar por tal estruendo.

—Los medios a utilizar estarán depositados en el interior del convento. Los encontrareis en la caseta donde el hortelano guarda sus aperos. Dentro de un saco de abono de los denominados nitratos y fácil de identificar, éstos estarán a cubierto de las vistas por dicho producto químico, para no ser localizados.

—Hay algo que no me convence del todo —dijo Montxo—, Marutxi. No me fio de cuál será su respuesta tras producirse la acción. Recuerda que ella se opuso a ayudarnos y, por tal causa, pronto me relacionará con la posible autoría del suceso...

—No debes preocuparte —respondió Pakito—. Esa cuestión estará solucionada antes del día de los hechos. Lo importante es no fracasar. La organización pide que se dé una réplica adecuada a las fuerzas de ocupación con el fin de que no se sientan seguras tanto estas, como el resto y sus correspondientes familias, y eso haremos.

Con acciones como la que ETA pretendía realizar, se buscaba el aumento de la militancia

independentista y el acercamiento y apoyo de la población vasca a la organización. En este afán era importante la colaboración del clero, especialmente, el de las parroquias de las pequeñas poblaciones. Por este motivo la organización pidió ayuda para la difusión de sus mensajes a las publicaciones apostólicas, como lemas encubiertos y favorables a la causa de ETA. No obstante, la ubicua publicidad, tanto en el Boletín de HOAC como en la revista Juventud Obrera, se ocupó prioritariamente de la problemática laboral y social del momento y, a la vez que atacaban al Gobierno franquista, demostraban mantener, en cierta medida, una determinada vinculación y aceptación de las ideas de ETA.

Capítulo XXXIII

La propuesta de *Katu* fue aceptada por los restantes miembros del grupo. El momento de actuar sería a las cuatro horas, antes de que amaneciese el lunes señalado.

«Acabado el domingo, las fuerzas represivas, por lo general, suelen recogerse en sus acuartelamientos pasada la media noche. De modo que, una vez cumplida la hora señalada, el número de agentes practicando servicio será mínimo y casi nulo el número de controles en las vías de circulación que nosotros utilizaremos de regreso. Igualmente sucederá con la fuerza residente en la Casa Cuartel, la que presta servicio de vigilancia en torno al acuartelamiento. Pues, aun en el caso de que se hubiera establecido para esa noche un servicio nocturno con tal fin, lo habitual es que, a la hora prevista en que hemos de actuar, se haya retirado. Por lo cual, dado lo fácil que es acceder al objetivo, una vez en nuestro poder el material explosivo escondido en el convento, el que recogeremos sin problemas cruzando el huerto —dado que la puerta trasera del mismo se mantendrá abierta—, pasaremos a apostarnos en la arboleda más próxima a la Casa Cuartel. Escondidos allí, nos mantendremos vigilantes del recorrido que habremos de realizar hasta llegar a los puntos donde se colocarán las cargas. Estos son las dos garitas más desprotegidas, las ubicadas en dos de los vértices del terreno sobre el que se asienta el acuartelamiento y más alejadas de la puerta principal.

Previamente al momento de actuar, a cada carga se le acoplará el correspondiente mecanismo de relojería que las hará explotar. Por ello, una vez colocado el detonador en el artefacto tras llegar al sitio señalado, bastará con pulsar el botón rojo y poner en funcionamiento al temporizador que hará explotar la carga a la hora marcada. En cuanto a la retirada, se realizará rápida y en silencio, a ser posible volviendo por el mismo camino que nos condujo al objetivo. En el lugar y hora acordados nos estará esperando para recogernos el cuarto miembro de la cuadrilla, *Pitxin*, a quien he designado para actuar como conductor del automóvil, dados sus conocimientos de mecánica y por su habilidad para sustraer cualquier tipo de vehículo, caso de ser necesario. Este, pues, será quien nos llevará a Mondragón y nos volverá a traer a *Donostia* siguiendo el itinerario que la organización le haya marcado. Una vez en dicha ciudad, tomaremos los medios previstos para pasar a Francia».

Todo parecía estar correctamente planeado. Por eso, Montxo y sus acompañantes se sorprendieron grandemente cuando fueron detenidos por un pelotón de guardias civiles que cayeron sobre ellos tras ser rodeados y sin posible escapatoria. En el momento de la detención, los terroristas se encontraban, según lo fraguado, apostados cerca de la Casa Cuartel y con las manos en la masa, como vulgarmente se dice, esto es, los explosivos estaban dispuestos para ser colocados en las respectivas garitas. El único que escapó de aquella redada fue *Pitxin*, el conductor. El vehículo que este debía conducir para el regreso, fue encontrado por la Guardia Civil en las afueras de la localidad oculto entre los arbustos y matorrales de un soto, un lugar no muy lejano al objetivo. El comando apresado pasó detenido a Intxaurrondo donde fue interrogado y, después, puesto a disposición de la Autoridad Judicial.

La prensa nacional se hizo eco de la detención del comando etarra de *Katu*. Para *Zumalde* esta noticia, tan próxima a un hecho como había sido la detención de *Christianne Echalus*, fue vivida con cierto reparo, algo temeroso y muy desagradable. El primer intento de voladura de una Casa Cuartel, inmueble que servía también de alojamiento para las familias de los guardias civiles,

resultó un torpe fracaso. Las circunstancias que explicaban aquel fiasco parecían confusas. Ningún *gudari* experto entendía cómo una acción planeada con nocturnidad y por sorpresa, no solo no consiguiera el objetivo previsto sino que el comando que actuaba fuese detenido al intentarlo. Parecía como si los guardias civiles supiesen lo que iba a acontecer y estuvieran esperándoles. Por esta y otras razones que *El Cabra* había pensado, no fiándose de nadie, comenzó a plantearse el modo de constituir un grupo de guerrilleros con experiencia y actuar libremente, y todo, debido a la serie de desaciertos que él llevaba contabilizados y que se estaban produciendo en algunas acciones que eran determinadas por la organización etarra, como lo era el reciente fracaso ocurrido.

No pasaría mucho más de un año para que *Zumalde*, tras haber creado lo que él llamó Comando Autónomo, rompiera su relación con la Oficina Política de ETA y decidiera actuar por su cuenta. Sus hombres, adoptaron el carácter de guerrilleros y pasaron a ser miembros del llamado Grupo Autónomo de ETA. Los motivos de su enfrentamiento con la cúpula surgieron a partir del *Aberri Eguna* de 1966. En aquel año, el PNV convocó en Vitoria una concentración con motivo de dicha celebración, la que resultó ser todo un éxito. En cambio, en ese mismo día, en Irún-Hendaya, tenía también lugar otro *Aberri Eguna* pero con escasos concurrentes, pues los pocos que respondieron con su presencia pertenecían a la llamada de la Oficina Política de ETA. Dichos asistentes, para llegar al lugar de la convocatoria, fueron objeto de controles por parte de la Guardia Civil o de la Policía e, incluso, en uno de ellos resultaron heridos dos militantes. En consecuencia, el responsable de la Rama Militar, *Zumalde*, decidió no ir a Irún e, igualmente, los hombres que le seguían. ¿Por qué? Porque aquella convocatoria le pareció a *El Cabra* una trampa preparada, como pudo serla la de Mondragón para el *talde* de *Katu*, o sea, una artimaña preparada por *alguien*, no se sabía quién, para capturarlo y acabar con él.

A partir de entonces, *El Cabra* desconectó con la Oficina Política de ETA y tanto él como sus hombres se consideraron en verdad una unidad independiente. Ellos decidieron vivir definitivamente en las montañas arrogándose la condición de Unidad Autónoma. La demostración de fuerza de esta Unidad no se hizo esperar y consistió en tomar la localidad de Garay (Vizcaya). Con esta acción, su jefe intentó mostrar al pueblo vasco lo que era capaz de hacer. Fue, pues, una exhibición de fuerza que la dedicó a las fuerzas del Régimen y también a ETA, tal como, lograr la ocupación de la localidad mencionada; interrumpir toda posibilidad de comunicación telefónica del sitio ocupado; desfilar por las calles del pueblo; pintar las paredes con frases como *¡ETA herria zurekin!*; colgar *ikurriñas* en los cables eléctricos que cruzaban las calles y repartir propaganda.

Marutxi nunca lo hubiera imaginado. Se encontró su sueño al alcance de la mano cuando menos lo esperaba. Le ocurrió este acontecimiento fortuito al tropezarse con Pakito y, desde aquel momento, ella notó que su alma comenzaba a llenarse nuevamente de felices ilusiones. Ambos se vieron *casualmente* en el convento y, tras saludarse, hablaron. Él le comentó el objeto de su visita al centro religioso y, según le dijera, había sido convocado por la diócesis de Guipúzcoa y se le había encomendado, tanto a él como a otros sacerdotes, que iniciaran la búsqueda de voluntarias para ayudar a las Misioneras de la Caridad. Era, por tal tarea, el haber acudido a hablar con la Reverenda Madre Directora del convento, para que informase de esta oportunidad tanto a las hermanas novicias como a otras jóvenes de la localidad que ella conociese ser poseedoras de la vocación misionera. Al escuchar tal ofrecimiento, Marutxi quedó de inmediato cautivada por la nueva y pidió a Pakito que contase con ella para formar parte del voluntariado. A través de Pakito, Marutxi presentó su solicitud de misionera y expresó su libre voluntad y disposición a partir para

Calcuta, antes de que diese fin la primera quincena del mes de marzo.

Pronto su petición fue aceptada, lo mismo que la de las otras jóvenes aspirantes. De manera que, por un corto tiempo, dejó de asistir al convento y pasó a San Sebastián, a una residencia donde realizarían las voluntarias un curso de preparación relacionado con las tareas propias de la misión a la que irían destinadas. Su salida para la capital del estado indio de Bengala Occidental sería un indeterminado día de aquel mes. Por esta circunstancia, antes de partir, habló con Joseba por medio de conferencia telefónica y tras llamada previa al seminario de Derio.

—¡No puedo creerlo! ¿De modo que dejas el convento y marchas para la India? —preguntó Joseba.

—Así es, *maitia*. El domingo pasado supe que mi solicitud había sido admitida y, durante nuestra despedida, no quise decirte nada hasta estar verdaderamente segura de que quería marchar. Me dolía entristecerte y preferí callar hasta conocer lo que ya sé, cuál sería mi destino... Bueno, tú bien sabes lo que ha sido mi ilusión de siempre, eso que tanto he deseado para los dos... Pero no te preocupes, volveré y estaremos de nuevo juntos...

—Entonces, si es esta semana cuando sales de viaje, yo no podré verte y... lo siento mucho y me duele, porque sabes que te quiero... Para mí también resulta algo muy triste perderos a los dos tan de repente, después de lo que ha acontecido..., pero me alegro que, al menos tú, consigas lo que siempre has soñado..., ¿me entiendes, no?...

—No. Joseba, no entiendo. ¿Ni sé de qué me hablas! ¿Quién es la otra persona a la que te refieres? ¿Acaso ha ocurrido algo que yo debiera conocer?

—Sí. Creía que tú sabías lo de Montxo, perdona. La noticia ha salido publicada en toda la prensa española. Montxo y el resto del comando que dirigía han sido detenidos esta pasada madrugada. Fueron sorprendidos cuando intentaban volar la Casa Cuartel de la Guardia Civil de Mondragón.

—¡No es posible! ¡Qué locura, Dios mío!... Ahora entiendo su propósito. ¿Recuerdas Joseba? ¿Aquello que hace unos meses me pidió? Cuando me propuso que le ayudase a ocultar en el convento armas, explosivos o a un posible comando... ¡Qué locura!

—No es eso solo. Sino que la prensa dice que pudiera estar implicado en el atentado ocurrido en Bilbao, la voladura producida próxima a Plaza Circular, un hecho del que ahora le acusan...

—¡No es posible que todo esto esté sucediendo! ¿Cómo estará su madre, mi tía? La suerte es que no hubo víctimas. ¿No?

—Efectivamente. Pero, ahora, yo temo por lo de Bilbao y lo acontecido hace años en la estación de Amara... Recuerda, Marutxi, lo que viste en dicha estación, lo que tú me contaste de Pakito y del hombre que marchó con las dos maletas que él portaba. ¿No sería Montxo? Tú le viste. ¿Pudo ser él?

—No. De haber sido Montxo, lo habría reconocido al instante, Joseba.

—Pues bien, hasta el momento no se ha sabido quién pudo ser el autor o autores de la explosión en la consigna, pero la policía, en su momento, estuvo investigando en Mondragón por tener indicios de que el material con el que se confeccionaron los artefactos que contenían las maletas, procedía de los talleres de cocinas que existen en la localidad... Como tú sabes, Montxo y yo hicimos el trabajo que nos pidió Pakito y, yo no supe de aquello nada más. No sabíamos el fin concreto para el que se nos pidió trabajar, ni nos interesamos por lo que Pakito pudo hacer con aquel material. Sí te confieso que, para prestar mi ayuda a Pakito, me bastó con saber que nuestra colaboración haría a avanzar un paso más el logro de nuestra independencia. Por eso fue que Pakito no nos informó del fin dado al mecanismo y calló mientras pudo nuestra situación tras las investigaciones acerca del atentado. Así, hasta que, las indagaciones policiales en busca del autor

o autores de tan trágico crimen, le obligaron a disolver la cuadrilla y logró separarnos.... Es por esto mi temor y por lo que pienso que, si los *txakurras* obligan a cantar a Montxo y este lo hace, podría complicarnos la vida a todos... Razón ésta por la que, a pesar entristecerme tu partida, me alegre de la decisión que has tomado y desee que marches lo más pronto que sea posible.

—Gracias amor mío. Así lo haré. Es en este instante cuando comienzo a ver la luz y queda claro para mí que, yéndome lejos, es Pakito quien gana tranquilidad con mi marcha. Porque siendo conocedor de que yo me opuse a las peticiones de Montxo negándome a convertir el convento en un *zulo*, preveo que él tenía conocimiento de los planes sobre este atentado. Y, es por eso, que con mi partida, aleja de su lado a la única persona que, sin estar implicada en nada, pudiera acusarle... Sí, ahora lo entiendo todo. Pero si he de marchar, antes de partir haré lo posible para que también él pague por sus culpas... *¡Ondo pasa, maitia!*

—*Muxu, polita.*

En la tarde de aquel martes 9 de marzo de 1965, Marutxi, junto con el reducido grupo de voluntarias misioneras concentradas en San Sebastián, salió de viaje en tren hacia Barcelona, en cuyo aeropuerto tomarían el primer vuelo que les acercaría un poco más a su destino. Pero antes de partir, por la mañana de dicho día, la joven salió de la residencia donde las mujeres misioneras se alojaban y decididamente encaminó sus pasos hacia la Diócesis de Guipúzcoa con la idea de presentarse y hablar con la autoridad religiosa responsable de la misma. Su propósito era informar de cuanto ella sabía y creía estar relacionado con la muerte de una niña: la víctima de un atentado de ETA. Asesinato del que se habló mucho en su día, por ser el primer atentado con resultado de muerte llevado a cabo por la citada organización. Un suceso acaecido en la estación de Amara en el año 1960.

Ante la lejanía temporal del acontecimiento, el sacerdote que recibió a la chica le sugirió que formulase denuncia de lo que ella relataba ante la policía. A lo cual, Marutxi respondió que deseaba exponer lo que sabía sobre aquel crimen precisamente allí, por considerar que uno de los posibles implicados en el atentado era un sacerdote de esa diócesis. Entonces, el religioso le pidió que se mantuviese a la espera mientras consultaba cuál era el correcto proceder ante tales circunstancias. Pasados varios minutos, la joven fue recibida por un Superior Eclesiástico encargado de atender, según ella supuso, este tipo incidencias y, tras presentarse ante él, le expuso cuanto conocía. Igualmente, le aclaró a dicha autoridad religiosa que sus sospechas recaían en quien, según ella, era el principal colaborador en la autoría del atentado, una persona conocida, el sacerdote Francisco Etxabe coadjutor de la parroquia de Santa Marta de Mondragón, un miembro de ETA.

Capítulo XXXIV

Las decisiones tomadas en su momento por el Jefe de la Comandancia de Vizcaya dieron los resultados esperados como la detención de *Katu* y su cuadrilla, tras frustrar la voladura con explosivos de la Casa Cuartel de la Guardia Civil de Mondragón. Esta detención llevó al jefe del comando actuante Montxo Gatariá Zaragüeta y a sus secuaces ante el Juez de Instrucción correspondiente como presuntos autores de un delito de terrorismo y que, además, a *Katu* se le imputase la autoría de otro hecho ocurrido en abril de 1963, en las inmediaciones de la Plaza Circular de Bilbao, como fue la voladura con explosivos de una grúa propiedad del Ayuntamiento de dicha ciudad.

La satisfacción sentida por el éxito conseguido al atrapar al citado comando y frustrar sus criminales intenciones, obtuvo la merecida felicitación del Director General de la Guardia Civil dirigida al Jefe de la Comandancia y a las fuerzas a sus órdenes, parabién que iba acompañado de otro escrito. En este documento se pedía que fuesen felicitados en su nombre dos Guardias Civiles por los especiales servicios prestados que permitieron detectar al comando, evitar una dolorosa tragedia en la Casa Cuartel de Mondragón y asestar un duro golpe a ETA. Uno de estos mencionados era el Guardia 2º don Braulio Ferro Langa, *Ezpata*, felicitado por llevar a cabo la misión de detección, seguimiento e identificación del sospechoso Montxo Gatariá, conocido por *Katu*, jefe de un comando de ETA localizado en Francia. Guardia que, con su pertinaz labor, consiguió descubrir a *Katu* y la ubicación del piso franco en el que dicho comando se ocultaba. El otro miembro del Cuerpo, también felicitado, era el Guardia 2º don Pedro Iturralde Chinchón, *Pitxin*, quien se trasladó a *Iparralde* entrando en la nación vecina como refugiado vasco y, una vez allí, fue informado por su compañero Braulio Ferro hasta lograr contactar con *Katu* y hacerse pasar por un *abertzale* perseguido. Más tarde, tras lograr ser admitido por Montxo, formaría parte del comando que este mandaba. Sus actuaciones permitieron a *Pitxin* ser conocedor de la planificación del atentado a efectuar en Mondragón y proporcionar la oportuna información al Mando, gracias a lo cual se obtuvieron los resultados conocidos.

Ante este éxito logrado, el Jefe de la Comandancia insistió a la Superioridad que se considerara la propuesta de crear una Unidad Especial, secreta y compuesta por miembros de la Guardia Civil con misión exclusiva de actuar contra ETA y similares, e intervenir tanto en territorio español como fuera del mismo.

Don Camilo Alonso Vega, Ministro de Gobernación, antes Director General de la Guardia Civil, fue conocedor de los hechos acaecidos en Mondragón y, asimismo, de las peticiones formuladas por el Jefe de la Comandancia de Vizcaya a su actual Director General del Cuerpo. Pues, la Dirección General, por medio Nota Informativa, le sugirió al Ministro, entre otras cosas, la conveniencia de tener en cuenta el pedimento de crear esa pretendida Unidad Especial, por ser necesaria para el servicio que prestaba la Guardia Civil en la lucha contra ETA. Leída por don Camilo la citada Nota, lo peticionado no cayó en saco roto. Y, así, en el año 1965, con ocasión de un viaje del Ministro de Gobernación a Washington, esta autoridad aprovechó la visita para trasladarse Langley (Virginia), sede de la Agencia Central de Inteligencia (C.I.A.) donde fue informado acerca de los desempeños de esta Agencia, como eran: recopilar información sobre extranjeros, organizaciones delictivas y delincuentes; análisis de la información adquirida y contraste con la procedente de otras agencias o filiales; valoración de todo lo hallado para, de

este modo, fortalecer la seguridad y anticipar acontecimientos, logrando así una respuesta acertada por parte de las fuerzas policiales. Igualmente, mostró su interés por la Oficina Federal de Investigación (F.B.I.), dedicada al descubrimiento de delitos contra los Estados Unidos. En ella captó su atención las misiones específicas de sus agentes, en especial, las de proteger a la nación de ataques terroristas y la actuación de los mismos en operaciones en el extranjero de espionaje y de inteligencia. Además, el Ministro tomó nota de sus técnicas contra la subversión y modos de combatirla, así como de las acciones a utilizar para impedir crímenes violentos y atentados de conmoción pública.

Por entonces, los seguidores de la organización etarra, tras las detenciones llevadas a cabo, parecían más atenuados en sus actuaciones, en tanto que el clero en las provincias Vascongadas parecía mostrarse bastante díscolo, en particular los curas de Vizcaya, quienes seguían enfrentándose al obispo Gúrpide. Según Joseba, una vez nacida en el seminario de Derio la idea de formar un sindicato de curas, este proyecto se fue consolidando de modo continuado con el paso del tiempo, hasta el extremo de llegar a ser los curas y religiosos rurales quienes ahora defendían públicamente el tener un sindicato libre. De entre ellos, destacaban por sus protestas, los conocidos en principio como “curas obreros” quienes, sin dudarlo, mostraron su descontento a la postura que adoptó el obispado ante este asunto. De esta situación ETA se aprovechaba y por ello comenzó a aplaudir este proceder de la mayoría de la iglesia vasca. Así ETA, en sus publicaciones panfletarias, alentaba al clero por medio de mensajes y consignas para que se uniese al pueblo y participase en la lucha armada contra los opresores. Y, ante la actitud tomada por la autoridad episcopal, el clero respondió con protestas y encierros que llegaron ser constante noticia, en especial, los llevados a cabo por determinados grupos de religiosos y curas vascos que renegaban del franquismo, censuraban las ayudas del Estado español que recibían las autoridades eclesiásticas y criticaban ferozmente lo que llamaban la ocupación de *Euskadi*. De lo acontecido, pues, se podría decir que, el apoyo del clero y curia vasca a ETA, fue definitivo. La serie de comunidades religiosas afectas a la organización etarra como jesuitas, dominicos, benedictinos, capuchinos y demás, incrementaron su colaboración con el clero vascofrancés de al otro lado de los Pirineos, un elemento cuya ayuda era esencial para la actividad terrorista por ser un apoyo y refugio importante para los etarras al no estar sometido a la vigilancia policial, como sucedía en las provincias vascas.

También otro hecho llamativo que afectó a la actitud de ETA fue percibir o entender que el nacionalismo vasco no deseaba ser comunista. Por esta causa la organización, al apreciar lo dicho, comenzó a tomar distancia de este partido. El mencionado distanciamiento se fue traduciendo en una especie de distinción entre dos tipos de religiosos seguidores de ETA: unos, los provenientes del *clero comunista* y, otros, los que meramente eran *clero etarra*. Sin embargo, pronto el movimiento clerical de ETA empezó a crecer de tal de manera que el aumento del número de sus afiliados permitió que, prácticamente, fuesen desapareciendo de la organización los *curas comunistas*.

La decisión de ETA de captar e incluir en su organización a cuantos sacerdotes y demás religiosos estuvieran involucrados en actividades independentistas tenía, entre otras diversas razones, un fin concreto: poder contar con una red de lugares sagrados como iglesias, ermitas, conventos, seminarios, colegios parroquiales, sacristías y capillas a su disposición. Recintos protegidos, por ser propiedad de la Iglesia Católica, que permitían celebrar reuniones, planear atentados, celebrar asambleas, concertar encierros, guardar las armas a utilizar en cualquier acción terrorista o esconder a los comandos etarras.

Dentro del seminario de Derio, Joseba vivía como algo singular la lucha independentista del momento, aquel ambiente turbulento que desde fuera les estaba inundando. Él iba apreciando como un estimable número de sacerdotes y otros religiosos pasaban a engrosar las listas de seguidores etarras. Pero, por la misma razón, también percibía como las fuerzas policiales vigilaban con inquina al estamento eclesial. Respecto a ETA, en el seminario bullían opiniones para todos los gustos. Se escuchaba decir que a medida que ETA creciese aumentarían los problemas, no tanto los policiales, pero sí aquellos que llevarían a la organización a enfrentarse contra el pueblo. El motivo clave de este enfrentamiento era que a ETA no le importaba matar. Para ETA, eliminar a alguien para así lograr sus objetivos no representaba obstáculo alguno. Pero esto sí parecía ser un serio inconveniente para el pueblo vasco, el cual, debido a la carencia de medios de ETA, estaba sometido a un impuesto que ya se exigía bajo amenaza a los ricos y como ayuda necesaria para la lucha independentista a los pobres; o sea, algo diferente a lo que antes era llamado donativo o colaboración. Exigencia que, bajo los efectos del miedo, se convirtió y pasó a ser una forma de forzar al ciudadano vasco a contribuir con su dinero para mantener la organización. Proceder este que, prontamente, dio lugar a la confección listas con nombres de personas pudientes: empresarios, banqueros, propietarios de comercios, dueños de restaurantes y demás, esto es, gente a la que se le aplicaría un tipo de impuesto tras valorar sus bienes, esa especie de “donativo forzoso” o ayuda a la causa. Ante esta futura decisión a tomar, los seguidores de la idea subversiva comunista hablaron de realizar atracos, de ser necesario, ya a capitalistas, sucursales bancarias y dueños de empresas; en tanto, los separatistas etarras propusieron lo que ellos llamaron y dijeron ser, un necesario “impuesto revolucionario”.

En consecuencia, mientras esto se vivía en la calle, Joseba, con su sigilo habitual, se mantenía en el seminario con la idea de siempre. Su noción de la lucha independentista no era dedicarse a acabar con los disconformes sin otro motivo ni atracar a los que eran los dueños del capital o por ser simplemente españolistas, sino que su fin era actuar contra quienes abiertamente se oponían a la independencia de *Euskadi Askatuta* a la que él sentía tener derecho. Joseba vivía aquel momento como un desconcierto total. Se sentía solo como un huérfano: Marutxi ya había partido y se encontraba en la India; Montxo había sido detenido y sería condenado y, en cuanto a Pakito, pensaba que quizá ya habría sido acusado por colaborar en varios delitos, aunque lo cierto era que de él nada sabía, ni parecía interesarle. Así, ante dichas fatalidades, Joseba optó por esperar futuros acontecimientos y escuchar a los versados compañeros del seminario con mayor experiencia para, de esta forma, dar tiempo al tiempo hasta que algo cambiase. Él se sentía seguidor de *Amuriza*, un partidario de GOGOR, antiguo movimiento de sacerdotes contra la represión del régimen franquista y defensor de la lengua y cultura vasca. De él escuchó las protestas y fue testigo de sus encierros. A él le vio participar en uno de ellos que tuvo lugar en el seminario, por cuyo motivo cumplió un mes de arresto en la cárcel de Basauri. Joseba contaba de *Xabier* que, siendo ya ambos sacerdotes, tuvo conocimiento de que éste tomó parte en otro encierro en el Obispado de Bilbao, esta vez en protesta por el estado de excepción impuesto por el Gobierno en el País Vasco y que, por esta forma de actuar, fue condenado a cumplir la pena señalada en la cárcel concordataria, centro en donde, más tarde, los dos coincidieron.

En el seminario, Joseba vivía con rabia hacia el enemigo la lucha por la independencia del pueblo vasco, ese acontecer diario en el que él no podía participar. Sentía temor por aquello que él un día pudiera hacer en bien de su pueblo y a lo que por tal acción tuviera que pagar. Sin embargo, estos reparos no le hacían cambiar en nada su sentimiento independentista, él creía que luchaba por algo justo. Pero, aun así, seguía recordando a sus amigos defensores de la causa, Marutxi y Montxo, sintiendo tristeza y miedo, y se mantenía en la esperanza de sentirse libre

cuando saliera del seminario y así poder decidir para lo cual, solo tendría que pasar un año más encerrado y ser ordenado sacerdote. Después, solo Dios sabía lo que sería su futuro.

El Guardia 2º Braulio Ferro Langa, en enero del año 1965, pasó a prestar los servicios propios del Cuerpo a la Comandancia de la Guardia Civil de Zaragoza, Unidad a la que había solicitado ser destinado. Igualmente, tras superar los exámenes de oposición pendientes, el día uno de septiembre de ese mismo año ingresó como Caballero Cadete en la Academia General Militar. A partir de entonces, *Madeleine* ocupó un lugar preferente en su vida por considerarla Braulio especial colaboradora en sus triunfos y única causa por la que merecía la pena vivir.

Una vez Braulio se incorporó al mencionado centro militar, lugar en donde sería preparado para ser Oficial, descubrió que las actividades a realizar en él tenían la cualidad de ser diversas y sucesivas, prácticamente sin solución de continuidad, de manera que todo parecía acontecer sin detenimiento y, como en el reloj de arena al que se le da la vuelta, el tiempo venidero parecía discurrir a mayor velocidad que hasta entonces él lo había vivido. Allí comenzó a sentir el peso de la responsabilidad, propio de quien en el futuro habría de ser un Oficial de la Guardia Civil. No volvió a sentir agobio por alejarse de su pasado y olvidó la dolida experiencia amorosa que en él quedara como un recuerdo, algo vivido y aceptado para siempre como parte integrante de su persona. Tampoco volvió a recordar el viejo reloj de la abuela, cuyo péndulo oscilaba en la sala mientras acompañaba a la anciana, imagen que le hacía pensar en el irrecuperable paso del tiempo. Ahora percibía el pasado como si tiempo y memoria se hubieran divorciado. Solo mantenía esperanza en lo que habría de ser su futuro y en vivir felizmente los días venideros junto a *Madeleine*, lo demás parecía haber quedado atrás, era solo una remembranza.

Madeleine asistió al acto de Jura de Bandera de la Promoción de Braulio. La tarde anterior al día de celebración de esta ceremonia, Braulio esperaba en la estación de Campo Sepulcro su llegada en tren. La joven quedó sorprendida al verle vestir el uniforme de Caballero Cadete de la Academia General Militar. Aquella vestidura, que para él era ya normal, le resultó a la chica ser cosa nueva y atrayente. Tal percepción fue detectada por Braulio cuando, sonriente, se acercó a saludar a la joven y a ayudarla a portar el equipaje. Sucedió en un instante, cuando ambos frente a frente se miraron y vivieron la sensación de escuchar lejanos tañidos de campanas anunciando lo que creyeron ser un feliz presagio.

—¿Qué es lo que ha cambiado? —le preguntó ella.

—Cariño, soy el mismo de siempre —le respondió él.

Sonrieron y, amorosamente, se besaron.

Capítulo XXXV

La detención de Montxo y la marcha de Marutxi —astuto plan este, tramado por Pakito para evitar el riesgo de que la chica pudiese hablar acerca de cuanto sabía sobre los explosivos a ocultar en el convento o del supuesto posterior atentado que se pretendía efectuar contra la Casa Cuartel de Mondragón— llevaron Joseba un desconcierto anímico total. Se sentía solo, preocupado y con temores de ser implicado por Montxo en la *ekintza* en que ambos participaran en Bilbao. Por eso, durante un tiempo, tomó la decisión de no salir del seminario, no ser por motivo muy necesario, y esperar acontecimientos sin dar paso alguno y, así, hasta ver que cambia la situación o se diese todo por olvidado.

Por lo cual, allá en su seguro *refugio*, el centro religioso, comenzó a dedicar su tiempo a repasar lo vivido y a rememorar la actividad que antaño desempeñaba cuando era miembro de la primitiva cuadrilla, la que dirigía Pakito y en la que entró con Montxo por mediación de Marutxi. Pronto acudieron a su memoria los primeros pedidos que les hiciera el sacerdote, esquemas que el curita traía diseñados y que tenían como fin conseguir un mecanismo de relojería capaz de producir el encendido, explosión o deflagración de una carga en un momento previsto de antemano. Igualmente, la relación de productos para fabricar un compuesto químico deflagrante, tal como aquella combinación resultante que al ser mezclada en una botella de vidrio llena de combustible, convertía a esta en un artilugio incendiario al ser estrellada contra un obstáculo. En tales bocetos que Pakito les mostraba, la carga estaba representada por una lamparita de linterna que, más tarde, podría ser sustituida por un detonador aplicado a un explosivo o a un continente incendiario al que se le hubiese añadido la necesaria mezcla de productos químicos listos para deflagrar, esto es, todo según la intención de quienes pretendiesen utilizar tales artefactos.

Entristecido, pues, recordaba los atentados ocurridos tanto en San Sebastián, en Amara, como otros similares acaecidos en consignas de otras estaciones como las de Barcelona, Madrid, y también en Bilbao. Luego, repetía en su memoria el relato que Marutxi le contara y ella decía haber visto. Esa inesperada aparición de Pakito en la estación de Amara y la entrega de unas maletas a alguien cuyo rostro ella no pudo ver. Hecho que sucedió el mismo día y, tiempo antes de la deflagración que después se produjo, en el que ese hombre desconocido portador de las dos maletas, según ella, supuestamente las depositara en la consigna de la estación.

Joseba, sin pretenderlo, se imaginó trágicamente a Montxo llevando las mortíferas maletas a las respectivas consignas de las estaciones de San Sebastián. «Pero, no —se dijo—. ¡Montxo no pudo ser el autor! Lo hubiera reconocido Marutxi». Aunque, luego pensó que, de llegar a serlo, sería totalmente ignorante de lo que Pakito tramara. Como si cumplierse un encargo encomendado... Sí, algo así de posible, pero muy raro...

Sin embargo, sí recordó la intranquilidad mostrada por Pakito durante aquellos días, cuando le informaron de la existencia de rastros de las deflagraciones: vestigios recogidos por expertos policiales, restos que podían servir de pruebas o indicios con los que identificar a los posibles autores. Pistas, en fin, que, después de ser analizadas e investigadas por ser dignas de sospecha, llevaron a las fuerzas policiales a concluir que pudieran pertenecer o ser materiales sustraídos de los conocidos talleres de cocinas que existían en Mondragón. Fue entonces, a partir de estas noticias, cuando Pakito comenzó a gestionar la disolución de la cuadrilla, lo que dio como resultado que Joseba ingresase en el Seminario de Derio, que Montxo hubiera de cruzar la frontera

con Francia, donde pasó a trabajar en una granja agrícola hasta ser aceptado como militante de la organización llamada ETA y Marutxi fuese acogida en el Convento de las Franciscanas Concepcionistas de Mondragón, lugar en donde serviría como hermana lega, o sea, lo que aún se consideraba beata.

Llegado a este extremo Joseba volvió a lamentarse, tanto por él como por sus amigos de siempre, los tres, ahora, más lejanos que nunca. Pues, Montxo permanecía recluido en la cárcel de Basauri, Marutxi servía como misionera en Calcuta y él, en el seminario de Derio, esperando el día en que sería ordenado sacerdote.

Referente a la vida actual de Pakito, Joseba apenas sabía nada. La última vez que ambos se vieron fue días después de ingresar Montxo en prisión y el motivo de tal encuentro fue la visita del coadjutor de la iglesia de Santa Marta al seminario de Derio. Pakito había acudido a este centro a presentar la petición de ingreso e informes que le fueron requeridos a unos jóvenes de su parroquia, chicos que aspiraban ser candidatos al sacerdocio. Este asunto fue la causa de encontrarse con Joseba y de que ellos hablasen durante unos minutos. Mientras charlaron, Pakito le informó a Joseba de que, según la cúpula de la organización etarra, Montxo había sido traicionado por uno de los componentes de su comando, el *talde* que él dirigía. En concreto, se sospechaba del militante conocido por *Pitxin*, conductor del vehículo en que el grupo se trasladó a Mondragón, un sujeto que desapareció la noche de autos y del que hasta la fecha no se había sabido más de él.

En su día, Montxo, obedeciendo órdenes de la dirección de ETA, tuvo que disolver el primer comando que él lideraba y seguidamente abandonar la localidad de Bassussarry. Previamente a esta determinación, él consideró que debía dar una explicación de lo ocurrido a los componentes de su *talde* o, al menos, aclarar a sus compañeros la razón de esta medida preventiva adoptada por la cúpula. Para ello, hubo de mencionar el día en que se entrevistó con *Eustache*, su antiguo jefe y dueño de la granja *Les Maizales*, finca próxima al pueblo de Ahetze. A penas hacía de aquel encuentro algo más de un mes y los presentes recordaron su salida de la casa refugio con este objeto, cosa que, según Montxo dijo, fue para ser informado por *Eustache* de la entrevista que mantuvo en su finca con un supuesto caminante o peregrino, alguien que se presentó ante él diciendo ser amigo de *Katu* —pues, así él visitante llamaba a Montxo— con la pretensión de comprar la bicicleta marca Bianchi, la que, según el visitante dijo, se encontraba depositada en la granja y por la cual, según tal individuo decía, *Katu* había pagado parte del costo de la misma. El extraño individuo, que argumentaba haber tratado con *Katu* esta compra, decía estar dispuesto a abonar al granjero la cantidad de la deuda que Montxo mantuviera pendiente con él. En concreto, tras hablar con *Eustache*, Montxo dijo quedar perplejo acerca de lo que este contaba, puesto que ambos sabían que ya no existía tal deuda. Igualmente, *Katu* le aclaró a su interlocutor, no haber negociado con persona alguna dicha venta ya que la bicicleta en cuestión se hallaba en *Euskadi*, depositada en casa de su madre. En fin, que nada de lo que expuso aquel individuo a *Eustache* era cierto. Montxo nunca había hablado con ningún supuesto comprador, ni conocido a persona alguna que estuviese interesada en comprarle la *vélo*.

Aclarado, pues, este asunto, Montxo dio debida cuenta del suceso a los representantes de ETA y estos, como medida preventiva por cuanto pudiera sucederles tanto a *Katu* como al resto del comando, elevaron lo expuesto al responsable de la organización o ante quien, por su cargo, debiera conocer lo acontecido. La orden de desarticulación del comando, separación de sus componentes y abandono de la localidad donde se hallaba el piso refugio, no se hizo esperar.

Sin embargo, una vez capturados Montxo y los miembros del nuevo comando que lideraba, se

produjo una petición al directorio de ETA por parte de dos militantes del comando primario de *Katu*, los conocidos por “los opusdeistas”, aquellos que convivieron con Montxo en Bassussarry hasta que el *talde* fue disuelto. Estos solicitaron a los dirigentes de la organización que se les autorizase a buscar y localizar al tal *Pitxin*. Solo pretendían hacer justicia caso de dar con él, o sea, hacerle pagar con su vida, si fuese necesario, la traición llevada a cabo contra Montxo. Estos “justicieros” no eran otros que los dos seminaristas navarros que, junto a Montxo y Joseba, participaron en la *ekintxa* con explosivos llevada a cabo en Bilbao.

Pasados unos días los mencionados militantes fueron comisionados para localizar al desaparecido *Pitxin*. Decidieron iniciar las pesquisas, acorde con lo que Montxo les había contado al disolver el *talde*, en la localidad de Ahetze. Por tanto, dirigieron sus pasos hacia la granja *Les Maizales* con el propósito de hablar con *Eustache*. Al encontrarse con el granjero a los recién llegados les pareció que este ya esperaba su visita, pues su actitud de acogida hacia ellos daba la sensación de haber sido advertido con antelación de su llegada. Los mencionados, tras identificarse, fueron invitados por el dueño de la granja a pasar al interior de la vivienda y, nada más sentarse y sin perder más tiempo, se interesaron por la historia de Montxo o *Katu*, por la bicicleta de la marca Bianchi y por las características personales de aquel presunto comprador con el que *Eustache* habló. Así, casi sin mediar otra palabra, *Eustache* respondió relativamente tranquilo acerca de lo que se le preguntaba y fue narrando, sin prisa alguna, como se llevó a cabo la compra del referido biciclo, el que adquiriera *Katu* en un comercio de Ahetze, *Bicyclettes Saint-Martin*, y, también, les hizo saber cómo el comprador, Montxo, debido al alto precio de aquella máquina, convino con *monsieur Martin*, dueño del establecimiento deportivo, un acuerdo para pagar la deuda que originó la compra de tal bicicleta y que concluyó en que fuese amortizada en cuatro plazos, realizándose el primer pago nada más serle entregada la bicicleta. No obstante, y para dejar definitivamente cerrado aquel contrato de compraventa, el vendedor *Martin* exigió a *Katu* ser avalado con la firma de una persona de reconocida solvencia, petición que *Katu* hizo a *Eustache* y a la que éste accedió. Así, pasado un tiempo y poco antes de tener que hacer efectivo el tercer plazo, *Katu* marchó de la granja al ser requerido por la organización, aunque dejó en la finca la bicicleta. El vendedor, ante el retraso del correspondiente pago pendiente, acudió al granjero que había avalado al deudor y le exigió que satisficiera la cuota trimestral correspondiente. En principio, el granjero se negó a pagar tal cuenta, pero, tras localizar a *Katu*, le amenazó diciéndole que caso de no saldar la cantidad de dinero pendiente, él, como avalador, pagaría lo restante y pasaría a ser el propietario de la bicicleta. Ante lo cual, Montxo se personó en el comercio y satisfizo todo lo debido.

Respecto a otras preguntas de los visitantes, cómo quién pudiera ser el supuesto peregrino que quería comprar la bici, ese que visitara a *Eustache* y que le dijo conocer a *Katu*, el granjero manifestó no conocerle. Pensó que sería uno de tantos individuos que suelen hacer el Camino de Santiago. También creyó que podía ser un conocido de *Katu* a quien se le estaba gastando una broma o alguien que necesitaba este medio de transporte y al que habían informado mal en el pueblo diciéndole que el biciclo estaba a la venta en la granja. A pesar de lo dicho y por parecerle que el hecho en cuestión era un tanto extraño, *Eustache* decidió pedir a *Katu* que se entrevistaran para, así, contarle lo ocurrido y que él decidiera lo más oportuno. Tras quedar con *Katu*, este le afirmó no haber hablado de su *vélo* a nadie, ni para venderla ni para otro asunto que con ella se relacionara. Aclarando que, nada más saldar los pagos exigidos, llevó la bici a Vizcaya, la que quedó depositada en casa de su madre... Sí, es cierto que pensó, como cosa posible, que alguien en su pueblo le hubiese visto pasear en ella como lo hiciera cualquier otro ciclista y, también, pudo ser visto en Ahetze y que, por esta razón, alguien interesado en su compra

acudiera a la granja, pero nada más. Aunque, lo llamativo de todo lo narrado era que el desconocido comprador, el que dijo hablar con *Katu* y llamarse *Ezpata*, conociese el problema surgido con el pago del velocípedo.

Los dos comisionados por ETA para esta investigación, una vez escucharon lo expuesto, le propusieron a *Eustache* que se entrevistase con *monsieur Martin*, la única persona que siendo ajena a lo que investigaban sabía la verdad, tanto de la adquisición de la Bianchi realizada en su comercio como de los inconvenientes surgidos con posterioridad a la hora de realizar los pagos. Así pues, pidieron al granjero, que preguntase al citado vendedor de la Bianchi si recordaba que algún vecino de la localidad, peregrino o forastero de los que llegaban últimamente a Ahetze, se hubiera interesado por el tipo de bicicleta de igual marca y modelo que la que Montxo en su día le compró.

—*Non, monsieur Eustache*. Bicicleta de la marca Bianchi como la adquirida por *Katu*, *je ne l'ai plus jamais eu à vendre* (jamás la he vuelto a tener a la venta) por ser demasiado costosa para los clientes que pasan por aquí —respondió el comerciante.

Aunque, a continuación, siguió hablando de cierto día en que visitó su comercio la joven y bella representante *Madeleine Edet*, de la empresa *Cyclistes de France*, ubicada en Bayona, comercial que ofrecía, entre los diversos modelos de bicicletas que llevaba expuestos en la camioneta, una Bianchi como la que en su día adquiriera el joven *Katu*. Por esta circunstancia, *monsieur Martin*, nada más verla se dirigió al ayudante de *mademoiselle Madeleine* y le hizo saber que *une machine ou vélocipède* como la que allí se mostraba jamás la volvería a exponer en su comercio, dada su difícil venta y la mala experiencia vivida con un comprador, un tal *Katu*.

Los dos etarras encargados de indagar, al escuchar lo manifestado tomaron buena nota de lo referido y, aquel día, decidieron suspender sus actividades en Ahetze. Aunque, previamente, se formularon el propósito de desenmascarar al referido ayudante de la bella comercial, el que, de ser *Pitxin* sería juzgado y, de resultar reo de traición, ejecutado.

Capítulo XXXVI

Dos meses después de ser ordenado sacerdote, el doce de diciembre de 1966, Joseba pasó destinado a La Pola, un pueblecito de la cuenca minera asturiana. En ese mismo mes, se iniciaba en Gaztelu (Guipúzcoa) la V Asamblea de ETA, celebración en la que se produjeron excitantes enfrentamientos entre los asistentes, tanto marxistas como no marxistas, circunstancias que dieron lugar a la pronta finalización de dicha Asamblea. Tres meses más tarde, en marzo de 1967, volvió a reiniciarse la V Asamblea de ETA (segunda parte). Esta vez convocada por la Oficina Política de la organización etarra, reunión que fue celebrada, secretamente, en la Casa de Ejercicios Espirituales de Guetaria. En ella, se dio por sentado que en el País Vasco, además de existir una clase social compuesta por gente acaudalada, mayoritariamente empresarios capitalistas vascos, también había otra serie de ciudadanos no tan agraciados por la diosa fortuna como lo eran los citados. Por lo tanto, en aquel conciliábulo se determinó que aquellos poderosos adinerados fuesen considerados por la militancia etarra como extranjeros o, lo que es lo mismo, que fuesen vistos como caciques españolistas, por pertenecer a esa clase de personas conocidas por el pueblo como *los ricos de Euskadi*, gente que pasaba de los enfrentamientos nacionalistas y de otras disensiones y que, al no sentirse implicados en la causa vasca, debían dejar de ser considerados vascos. Fue por esta razón, y ante aquel revuelto ambiente, que el nuevo sacerdote Joseba Txakarita optara por tomar distancia física y alejarse de su pueblo y, en cierta medida, de la actividad política. Prefirió no quedarse en su tierra y esperar que se produjesen los cambios planteados y que se estabilizara el país.

Al mismo tiempo que esto sucedía, el Frente Militar, rama renovada en esta Asamblea, preparaba un plan de lucha que debería de llevar a cabo la organización etarra. Plan que constaba de dos fases: una, tenía por objeto darse a conocer, captar militantes y recaudar fondos para la adquisición de armamento, periodo éste que ya se había iniciado y que continuaría realizándose a lo largo tiempo; en tanto que, la otra fase, estaría dedicada a la acción, operación que ETA pretendía realizar y en la que se llevarían a cabo una serie de atentados. Todo tenía un único fin: llamar la atención y reivindicar sus pretensiones. En resumen, la cabeza representativa de la organización etarra estaba dispuesta a realizar atracos a sucursales bancarias, *ekintzas* contra monumentos públicos del régimen franquista, ataques a acuartelamientos, oficinas del Gobierno Civil, centros policiales y demás. La novedad de estas acciones estaría en los medios empleados. Pues los métodos, ahora, habían cambiado y aparentaban ser más refinados, dado que se había pasado del cartucho de dinamita encendido y colocado a mano al uso del explosivo plástico, acción que suponía, como único esfuerzo, colocar en cualquier objetivo una carga fácil de manipular que podía ser activada a una hora o de un modo previamente elegidos. También hubo mejoras con otra clase de armas, como las usadas contra-personal provistas de silenciador. E, incluso, otras que fueron adoptadas para ser utilizadas contra edificios públicos y que permitían ser usadas a distancia, tal lo eran morteros y lanzagranadas. Es decir, armas de procedencia extranjera cada vez más sofisticadas y que les eran facilitadas a la organización por diversas vías.

Sin embargo, apenas había pasado un mes desde que concluyera la segunda parte de la V Asamblea, varios militantes veteranos, dirigentes de la primitiva formación nacionalista EKIN, estudiaron y valoraron el plan señalado por la Rama Militar y decidieron darse de baja como

miembros de la organización. Algo que animó a Joseba a salir de *Euskadi*, pues él estuvo en consonancia con dicha decisión desde el mismo momento que se sugirió y se iniciaron los enfrentamientos en Gaztelu. Los disconformes alegaban no ser marxistas-leninistas, ni estar de acuerdo con las pretendidas acciones terroristas que se pretendían realizar bajo la firma de ETA. Sus alegatos seguían siendo las principales razones que movieron al enfrentamiento primario y los que, más tarde, provocaron la dimisión del mencionado grupo. Porque, para estos disidentes, sus opositores habían convertido a ETA en una organización movida por el lucro y el odio; odio que se expresaba en agresiones hostiles contra emigrantes que acudían en busca de trabajo a *Euskadi* debido al crecimiento industrial que, en dicha época, existía en las provincias vascas; y porque, añadido a lo mencionado, pretendían realizar extorsiones, amenazas de muerte y secuestros de empresarios vascos que se negaran a contribuir con su dinero al mantenimiento de la organización etarra... Fue la oportuna mediación del clero etarra, la que consiguió transformar la agresividad dirigida al inmigrante nacional en odio y enfrentamientos contra el Estado español y sus representantes en los diversos estamentos. De esta manera, aquellos curas vascos, lograron dar un carácter *más justo y piadoso* a las criminales acciones de ETA.

La salida del grupo EKIN debilitó a ETA. La organización empezó a sentirse más desunida, menos informada y tendente a la inoperancia. De tal manera fue vivido el impacto ocasionado que, sus comandos, volvieron a actuar como si fuesen grupúsculos autónomos e independientes. Lo cual llevó a los nuevos mandos emergentes, poco a poco, a acercarse a la ineficaz cúpula en busca de un puesto directivo en la organización y sin más fin que, desde ella, intentar conectar con los *taldes* e imponer a sus componentes la permanencia obligatoria en ETA. Esta fue la decisión tomada por aquella nueva cúpula etarra: recordar a sus militantes que una vez se pertenecía a ETA no se la podía abandonar y que, de intentarlo, podían esperar la cárcel o la muerte.

Para mostrar ETA su falsa recuperación, dio inicio a una serie de acciones como lo fueran las agresiones a las fuerzas policiales, manifestaciones en espacios públicos, encierros en las iglesias, huelgas en determinadas empresas, extorsiones a empresarios, atracos a entidades bancarias y otras. De modo que, una vez hubo pasado el uno mayo de 1967, ETA comenzó a amenazar primero y a secuestrar después a aquellos empresarios que se negaban a apoyarla con su dinero. Con estas actuaciones intentaban advertir a los militantes de la organización y a todo el pueblo vasco que ETA aún existía y que debían de estar de acuerdo con su lucha y en colaborar con ella.

Los comentarios de entonces, lo que decía la gente y pensaba Joseba, eran: «que ETA no volvería a ser lo que, a cerca de ella, en principio habían soñado». También se dudaba de la eficacia de los nuevos jefes. De modo que, la aparición del Frente Nacional Vasco con el lema B.A.I. y el efecto de su mensaje, resultó tan eficaz como un destello deslumbrante en una problemática situación en la que solo hay oscuridad, o sea, a penas una expectativa para aquellos vascos que esperaban que acabara la presión en que vivían. Su significado *Batasuna, Askatasuna e Indarra* (Unidad, Libertad y Fuerza), se hizo tan popular que tuvo una gran aceptación entre los que aún sentían algo por ETA, esa esperanza esencialmente independentista de ser liberados, caso de cumplirse cuanto significaban dichas siglas.

Pero lo cierto era que ETA estaba tocada, muy debilitada por las disensiones internas, exilios y detenciones de sus seguidores. Económicamente no hubiera sido capaz de subsistir sin los atracos y el impuesto revolucionario. Sus medios económicos, en el último trimestre de 1967, eran escasos. A esto, se añadía el resurgir en el seno de la organización dos nuevos grupos etarras inconciliables: los partidarios de *más acción* y los que aspiraban a *más poder*. También se hacía notar, afectándole notablemente, la persecución de sus militantes activos por parte de las fuerzas

policiales y en especial por la Guardia Civil, algo que obligó a que la mayoría de sus representantes o jefes se refugiasen en el País Vasco Francés, territorio donde eran bien acogidos por el clero en sus santuarios.

Cuando Marutxi decidió volver de Calcuta, había pasado suficiente tiempo para saber con exactitud cuáles eran sus fundadas razones para regresar. A la hora de retornar, previamente, contó con la posibilidad de poder vivir al lado de Joseba, el sueño que desde antaño ambos habían planeado. Joseba y Marutxi habían acordado, cuando la chica decidió marchar a la misión, que, hasta que él fuese ordenado sacerdote y estuviese asignado a una parroquia en la diócesis de destino, ella no procedería a tramitar su vuelta. Marutxi, pues, esperó hasta que Joseba le pidió que volviese, mas, una vez estuvo en España, ella fue quien decidió cuándo y cómo presentarse en La Pola sin informar a Joseba del día de su llegada.

La Pola era un pueblecito del Valle del Nalón cuya parroquia pertenecía a la archidiócesis de Oviedo y la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción fue el templo donde Joseba comenzó a ejercer su misión sacerdotal. Al poco tiempo de iniciada su labor, una joven que decía ser misionera, se presentó en la casa parroquial. La visitante, que decía venir de la India y ser recién llegada a Asturias, pedía un puesto de trabajo desde donde poder servir a esta nueva comunidad local. Por esta razón rogó al sacristán que atendía la parroquia, que comunicase al señor párroco su deseo de entrevistarse con él, para que le fuese asignado, tal como parecía estar previsto, el lugar desde donde ella pudiera ayudar a los desvalidos del pueblo. Servicio que ya había sido propuesto a la Autoridad religiosa correspondiente y que, tras ser aceptada, le permitiría actuar como catequista voluntaria ayudando en la parroquia a la instrucción de los niños, cuidar a los párvulos de guardería y enseñar a leer y escribir a mujeres adultas en la escuela nocturna.

El mencionado encuentro sorpresa con Marutxi hizo feliz a Joseba, hombre que, tras haber esperado el tiempo necesario, volvía a recuperar a la mujer que amaba. La propuesta de aquella persona recién llegada de Calcuta, Marutxi, dispuesta a trabajar para la iglesia y a ayudar al prójimo, prontamente fue aceptada y, por tal motivo, se determinó que quedaría alojada en el edificio adjunto a la casa parroquial, una especie de vivienda anexa a la escuela, lugar en donde ejercería las faenas sugeridas y, a la vez, estaría encargada de proveer lo necesario para el servicio del templo. De esta manera, tal como ella se ofreció a ayudar al prójimo, le fue concedida la autorización para proceder y, así, dio comienzo su nueva vida al lado de Joseba.

Tras el pretendido atentado dirigido por Montxo o *Katu*, cuyo fracaso dio lugar a su detención y de cuantos le acompañaban en tal acción, la organización etarra decidió indagar y detener al supuesto traidor que delató ante la Guardia Civil la acción terrorista que los actuantes pretendían cometer contra la Casa Cuartel de Mondragón. Meses antes de que acaeciesen estos hechos, el comando primario dirigido por Montxo, conocido por el *talde* de Bassussarry, había sido disuelto por sospechar que un desconocido, un tal *Ezpata*, se había interesado por su jefe. En consecuencia, ante tal incidencia el jefe *Katu* fue ocultado durante un tiempo y dos de sus militantes pasaron a integrarse en un nuevo y naciente comando, al que se incorporaron de inmediato. Estos dos militantes, los “opusdeistas” amigos de Montxo, tras el fracaso y detención de este, se presentaron ante los dirigentes de la organización etarra ofreciéndose a desenmascarar al felón que denunció a su compañero y, tras ser aceptados por la cúpula, se prepararon para llevar a cabo dicha tarea. Así pues, recibieron secretamente de la organización una corta relación de nombres y direcciones de sospechosos y posibles autores de tal traición. De entre todos los relacionados, decidieron investigar y encontrar al que para ellos era el supuesto traidor un tal

Pitxin, amigo de Montxo, miembro de su cuadrilla y conductor del automóvil que les llevó a Mondragón en la noche de autos. Persona desaparecida desde entonces de la que no se sabía si fue detenido como el resto de sus compañeros, si logró escapar del lugar y se mantenía escondido o si estaba libre y protegido por ser el traidor que denunció al comando.

En la nota que recibieron de la cúpula los rastreadores se detallaban los rasgos fisonómicos del buscado, yendo ésta acompañada de una fotografía donde aparecían Montxo y *Pitxin* juntos en una fiesta y, salvo por la vestimenta, era muy difícil identificar quién era quién, dado que aparecían los dos cubiertos con respectivas gorras y sus rostros con abundante barba y bigote.

Aparte de lo dicho no contaban con más instrucciones, salvo la de ponerse en contacto con *Eustache*, un granjero de Ahetze que conoció a un tal *Ezpata*, individuo que bien podría ser *Pitxin*, circunstancia que no se descartaba, y por la cual se trasladaron a dicha localidad. Así, cumpliendo con lo reseñado en el plan, fueron presentados por *Eustache* ante *monsieur Martin*, un vendedor de bicicletas, con quien hablaron y recogieron cuantos datos les fueron facilitados.

Contrastada toda información que les proporcionó el vendedor de Ahetze, optaron por trasladarse a Bayona como primer paso, dado que, al parecer, Montxo había conocido a *Pitxin* en esta ciudad. El fin prioritario sería indagar allí hasta encontrar y seguir a la joven comercial de la empresa *Cyclistes de France*, de la que esperaban que les llevase hasta su ayudante o colaborador y, caso de ser el hallado el tal *Pitxin*, proceder según ordenase la dirección etarra.

Dar con *Madeleine Edet* fue cosa sencilla. En la empresa para la cual la joven trabajaba, además de ella, solo había dos chicas más dedicadas a su misma actividad, agente representante de la casa comercial, pero las mencionadas no respondían a la belleza que se le atribuía a *Madeleine*. Por lo cual, fueron descartadas y pronto localizaron a la persona interesada. La joven fue objeto de seguimiento por tales indagadores, quienes sin dificultad detectaron la dirección donde ella vivía, esto es, el domicilio de sus padres. Igualmente, conocieron los lugares que ella solía frecuentar, los itinerarios de sus desplazamientos más habituales, horarios de sus salidas y el importante detalle de no ir acompañada. Ante lo descubierto, sus pertinaces vigilantes acordaron que solo uno de ellos participaría en la tarea de seguimiento, alternándose en esta misión para evitar llamar la atención o ser reconocidos por la chica. De modo que, mantendrían la vigilancia durante un tiempo prudencial, hasta conseguir conocer a aquel acompañante o ayudante que buscaban.

El primer rastreador de turno, tras conocer la dirección de *Madeleine*, decidió buscar una habitación para alojarse que estuviese próxima al edificio donde la joven vivía. La halló en el bar *La Petite Cabane*, a cuyo dueño preguntó sobre la posibilidad de encontrar una habitación para alquilar en aquel barrio. El barman le ofreció un cuarto existente en su establecimiento, un habitáculo del que podría disponer durante el tiempo que él necesitase.

Reunidos los husmeadores, decidieron informar a sus superiores de cuanto sobre de la chica habían averiguado, esto es, de trabajar representando a una empresa distribuidora de bicicletas de diferentes marcas europeas, por cuyo motivo ejercía su trabajo visitando a comerciantes tanto de los distritos del sur de Francia como de las provincias del norte de España. Como tal comercial, su trabajo exigía cambiar con frecuencia de itinerarios según los puntos de venta y, dada la cantidad de lugares a visitar, efectuaba sus recorridos en automóvil con remolque o una camioneta de la empresa, soliendo viajar ahora sin ayudante alguno. Acostumbraba a salir a una hora temprana de su domicilio para ir al trabajo y no tenía un horario fijo de regreso. Cuando salía de su hogar, se dirigía caminando hasta una parada de autobús, la que se hallaba próxima al edificio en que vivía, en él era transportada prácticamente hasta la entrada de la empresa para la que trabajaba; una vez allí, la chica recogía el vehículo que hubiera de conducir y salía a los pocos

minutos, iniciando así el itinerario a realizar. Hasta aquel momento no habían encontrado dato alguno relevante.

Aproximadamente, desde la puerta de entrada del edificio donde *Madeleine* vivía hasta la parada de autobús, habría unos cien metros. Por lo cual, los perseguidores de *Pitxin* habían estimado que sería fácil abordar a la pareja, preferiblemente por la noche, cuando la chica volviese a casa. De ir en compañía del buscado traidor, desde la parada de autobús a la esquina más cercana parecía ser el sitio más apropiado para liquidar al susodicho acompañante; bastaría con un solo disparo en la nuca y sin apenas riesgo, pues la citada calle, a las horas en que la chica solía regresar a casa, apenas era transitada por gente alguna y la circulación de vehículos era escasa.

De lo investigado por los sabuesos, lo que a sus perseguidores más les había llamado la atención era el hecho de que *Madeleine*, los días que libraba en su trabajo, apenas saliese. No iba con amigas a discotecas, ni visitaba cafeterías, ni concurría a fiesta alguna. Al parecer, meses antes sí solía hacerlo acompañada por un joven de la empresa en la que ella trabajaba, un chico que viajaba con ella en calidad de ayudante o algo parecido. Lo reseñado, fue comentado por el propietario de *La Petite Cabane* a su desconocido huésped. La causa de explicitarlo fue el mostrado interés que su alojado sentía por tan llamativa vecina. De esta manera, según continuó diciendo el dueño del bar, la chica y aquel joven compañero de trabajo debieron intimar, pues, como él le aclarase, les veía a menudo juntos tanto al volver la muchacha a casa al regreso de su trabajo como cuando el joven la recogía por la mañana para iniciar la jornada.

—Él la esperaba siempre aquí a la hora de salir, junto a la barra del bar, tanto por las mañanas en las que ambos salían para trabajar como en los atardeceres del fin de semana cuando salían los dos de fiesta... Al parecer, debieron romper.

El barman, pues, estimaba que desde los primeros meses del año actual, sin poder determinar fecha alguna, había dejado de ver juntos a los componentes de dicha pareja.

—¿Probablemente pudo ser desde primeros de marzo? —preguntó su atento oyente.

—*Probablement.* —Respondió el barman.

Capítulo XXXVII

Muchas veces había oído decir que las personas obligadas a afrontar una gran pena tras ver frustrados sus anhelos, precisaban tanto el consuelo de una persona amiga como su simple compañía y apoyo, puesto que, en ocasiones, los afectados sentían la necesidad imperiosa de romper el silencio de su inmensa soledad y expresar, tras un *¿por qué a mí?...*, lo que su alma dolida estaba sufriendo. Ese dolor, como el que inundara a Braulio al quedar sometido a la cruel tortura de la infinita distancia, era el que yo trataba de paliar con mi presencia, manteniéndome a su lado y a la espera del momento oportuno en el que poder ayudarle a desahogarse y a aliviar así su sufrimiento mientras le escuchaba.

»La Navidad fue de quebranto y desolación, deseando que el final del año que agonizaba concluyese —me dijo—. Anhelaba retroceder en el tiempo y retomar de nuevo mi académica actividad disciplinaria, ese quehacer que no me deja pensar mientras te preparas para la lucha ni tienes en cuenta que puedes morir en el empeño. Pero, aunque yo no lo deseaba, su palabra, de modo ahogado e impreciso, volvía a resonar dentro de mí como el retumbar de una tambora que, en el silencio, golpeada por la maza sin acorde ni medida me repitiese persistente su despedida, un adiós. Ese que, tras oírle, me dolía al tener que admitir la triste partida de *Madeleine* de ese modo tan vertiginoso y, a la vez, aceptar que nuestro sueño se había acabado.

»Callado lloraba y mi mente repetía: «no me escucha, no puede decirme si sufre ni aclararme lo ocurrido aunque sea yo quien le habla; se ha ido inesperadamente y me siento culpable». Ya nunca más procedería a decirle «esto nos podría ocurrir», como otras tantas veces le sugerí cuando temeroso sentía la posibilidad de lo que nos pudiera acontecer. Sino que, ahora, solo podía afirmar «ha sucedido» y dolido soportar el hecho irremediable. La soñada senda florida y feliz de nuestra vida futura fue cubierta por una duna que trajo el viento frío de la desdicha y desapareció sepultada por el desierto de la adversidad.

»Saber que partió con nuestros sueños era como sentirla elevarse hacia el cielo llevando entre sus brazos nuestros deseos y aspiraciones y, así, ascendiendo hacia el ignoto edén, llegaría a ese lugar en donde no existe el tiempo y en el que quedaría gozando el sueño permanente de estar juntos los dos, con nuestros proyectos y nuestros anhelos. Así, hasta que yo volviese a su lado para, juntos, ser eternamente felices al fundirse nuestras almas... Mas, cuando despertaba y volvía en mí, cerraba mis ojos y sollozaba ante la realidad de haber presenciado como fue descendida a lo profundo y su cuerpo quedó bajo la tierra.

»Después de «Jurar por Dios y prometer a mi Patria, besando con unción la Bandera, defenderla y serle siempre fiel...», en los tres siguientes días, disfruté con *Madeleine* la dicha de terneros y celebramos nuestro propio compromiso de amor, sin sospechar siquiera que viles servidores de la muerte la seguían y vigilaban sus pasos. Así la ratifiqué mi sentir besando con devoción sus labios y le expresé que mi cariño sería para siempre, una promesa que fue truncada en un exiguo espacio tiempo. «Pronto nos casaremos mujer y estaremos juntos hasta el final de nuestros días», le dije en la estación a punto de partir el tren, nos despedíamos, y ella marchó feliz...

«Al verme comunicada la noticia de su muerte, en mí alma no caló la idea de su fallecimiento, solo me traspasó el dolor. No podía aceptar lo ocurrido cuando apenas habían transcurrido unas horas desde que ella, feliz, se separase de mí. Me dijeron la causa del novísimo, eso que nunca

hubiera querido oír. ¿Acaso no habíamos imaginado repetidamente lo que podría sucedernos y, tras comentarlo, temerosos y angustiados, negábamos tal acontecer? ¿Cuántas veces lo hablamos?... Me consoló saber que no había sufrido... Porque no concebía ni habría soportado conocer que tuvo un agonizar envuelto por el dolor mientras yo la creía feliz y lejana de la muerte. Para mí, de forma súbita, ella había pasado a un mundo inasible cuya infranqueable frontera separaba su vida de la mía. Había iniciado el triste viaje sin retorno hacia ese lugar donde jamás se sufre...

»Asistí a su funeral. Me acompañaron a Bayona dos compañeros Caballeros Cadetes comisionados a concurrir a tal acto. No quise ver el cuerpo de *Madeleine*, preferí mantener en mi memoria la imagen feliz de la persona amada que ella poseía en el momento de despedirnos... La ceremonia del entierro la viví desde mi tristeza como una combinación de diferentes formulismos teñidos de luto, llanto y desesperanza; exequias destinadas a la persona que jamás yo podría recuperar. Era esta la razón por la que sus compañeras de trabajo, *Brigitte* y *Alizée*, vestidas de luto lloraban tanto al verme y por la que, tras cogerse de mi brazo para consolarme, me hicieron llorar a mí.

»Aquella misma tarde, después de dar tierra a su cuerpo, regresamos. Nos detuvimos en Irún, ciudad donde *Madeleine* fue asesinada y hallado su cadáver. Al siguiente día, en Intxaurren, visitamos la Jefatura Comandancia de la Guardia Civil de San Sebastián, donde me informaron de lo que supuestamente había acaecido. Los entrevistados, agentes policiales que llevaban el caso, me hablaron de una venganza. El supuesto autor o autores habían seguido a la chica hasta Zaragoza. Lo confirmaban dos fotografías halladas sobre el cuerpo de la muerta: en una, ella y yo aparecíamos juntos ante la Basílica del Pilar y, en otra, estaba solo mi imagen vistiendo el uniforme militar al uso. La nota escrita al reverso de esta foto, la que intencionadamente fue dejada sobre el cuerpo de la víctima, lo aclaraba todo: «De esta muerte, *Pitxin*, solo tú eres culpable. ¡Traidor, pronto volveremos a por ti! ¡Gora ETA!».

»Para mí, todo resultó evidentemente aclarado. No me hubiera importado en absoluto pasar por *Pitxin* y esperar su intento de acabar conmigo, pues de hacerlo tendría la oportunidad de matarles más que intentar capturarles. Mi deseo era tal, que, aunque esto me supusiera estar la vida persiguiéndoles, andaría los pasos precisos y necesarios hasta encontrarles y acabar con ellos. Por lo dicho, después de cuanto había visto y escuchado, mi conclusión fue que los asesinos buscaban a *Pitxin*, el compañero guardia civil a quien le entregué el testigo de mi investigación en Bayona el día que me relevó. Pero los asesinos se equivocaron de hombre al seguir una pista errónea, *Madeleine*. Sí, a ella lograron llegar al buscarme partiendo de la información que les diera Montxo o tal vez por la que proporcionara *Eustache* o puede que a partir de las indicaciones dadas por vendedor de bicicletas de Ahetze. Los etarras asesinos debían ser gente adicta a Montxo que querían vengar la detención éste acabando con *Pitxin*. Me reafirmaba en esta hipótesis porque para conseguir dar con *Katu*, yo levanté intencionadas sospechas visitando a su antiguo patrón *Eustache* y haciéndome pasar por un burdo amigo de Montxo, un tal *Ezpata*. Pretendía, de esta manera, provocar en *Eustache* la duda y, también, la necesidad de entrevistarse con Montxo para informarle de que alguien sospechoso había preguntado por él. De este modo logré que *Eustache* y Montxo se vieran y, siguiendo al primero, llegué a donde ambos habían de verse. Pude, por lo tanto, dar con mi objetivo, Montxo, y seguir a éste hasta descubrir el piso franco donde la cuadrilla se refugiaba. Desde aquel momento me convertiría en su sombra hasta que fui relevado. Y, aunque aquel piso fue desalojado, quizá por disposición de los dirigentes de la organización etarra, y quedó disuelto el grupo que allí se albergaba, yo continué vigilante hasta *Pitxin* me sustituyó en el seguimiento de *Katu*.

»Para mí fue fácil aceptar que, tras la detención de Montxo y de los demás componentes del comando, hubiese militantes de ETA con el encargo de buscar a *Pitxin* o al sospechoso de Ahetze, o sea, a mí, el acompañante de la agente comercial *Madeleine Edet*. Lo pensé así, dado que para la organización ETA ambos pudiéramos ser la misma persona. Es posible que fuese a mí a quien los asesinos buscaban, la persona que quiso comprar una bicicleta de la marca Bianchi, propiedad de Montxo, a *Eustache* tras acudir a la granja *Les Maizales*. Por lo cual, y equivocadamente, los secuaces etarras pudieron estar buscándome a mí, a Braulio Ferro, creyendo que *Pitxin* y yo éramos la misma persona, alguien que no conocían, difícil de identificar y quien, según ellos, debía ser el delator ante la Guardia Civil del pretendido atentado que el comando de Montxo intentó llevar a cabo en Mondragón. Por todas estas circunstancias los asesinos siguieron a *Madeleine* hasta Zaragoza y, tras verme acompañado por ella, creyeron firmemente haber encontrado en mí a la persona que buscaban. Sobre todo cuando, vigilando a *Madeleine*, ambos fuimos fotografiados por ellos, vistiendo yo el uniforme militar.

El error que condenó a muerte a *Madeleine*, fue el cometido por sus perseguidores, al considerar que esta joven era la compañera de *Pitxin* y por creer que este personaje era Braulio Ferro. Tales equivocaciones la hicieron sospechosa de estar implicada en la lucha contra ETA y por este motivo fue asesinada. Los etarras que seguían a la chica descubrieron al llegar a Zaragoza que ella era novia de un militar, un miembro de la Guardia Civil y, por tanto, creyeron que éste era el traidor con quien, supuestamente, ella estaba colaborando desde hacía tiempo para detener a Montxo; propósito que realmente logró el guardia apodado *Pitxin*, tras infiltrarse en ETA y conseguir ser la mano derecha de Montxo, el jefe de un comando.

Respecto a lo que a Braulio se refiere, infortunado hombre que inesperadamente fue golpeado por tan doloroso y trágico acontecimiento causado por la ineptitud de dos etarras que creyeron ver en él a *Pitxin*, este pasó a ser considerado por sus compañeros del Cuerpo como un precursor de las futuras actuaciones que se habrían llevar a cabo por la Guardia Civil en su lucha contra ETA fuera del territorio español. Su leyenda hablaba de él, como el guardia civil que habiéndose trasladado al País Vasco francés con la misión de dar con el paradero de Montxo, se hizo pasar por ser un amigo de *Katu* y entrevistarse con *Eustache* un colaborador de ETA; asimismo, fue quien vigilando a este granjero logró localizar a Montxo y a su cuadrilla, tras dar con la casa refugio del comando de Bassussarry; fue quien informó e instruyó a *Pitxin*, compañero guardia civil que habría de relevarle en la misión por aquella iniciada, indicándole el modo de actuar en aquellos lugares que solía frecuentar *Katu* y la dirección del piso franco del nuevo comando. Todo lo dicho, le permitió a *Pitxin* contactar con dicho cabecilla y trabar amistad con él, pasar por ser un militante vasco refugiado y ser considerado amigo de Montxo o, al menos, como uno más entre aquellos que lo eran. Circunstancias mencionadas que favorecieron poder integrarse en el *talde* de este como un componente del mismo y ser conocido amistosamente por todos los miembros por su apodo.

La trascendencia que tuvo el atentado que costó la vida a *Madeleine*, la joven francesa asesinada en Irún por unos atracadores o posibles etarras de un disparo en la nuca, fue escasa a nivel nacional y muy poco más por parte de la prensa francesa, a pesar de tener la víctima dicha nacionalidad. Por lo cual, como noticia, desapareció de los diarios a los pocos días de ocurrir el trágico evento. Aunque parezca extraño, se podría decir que la corta vida de una noticia como ésta era lo normal en aquella época, a finales de 1965. La explicación estaba en que se seguía influyendo en los medios de comunicación por parte del Gobierno de España a fin de evitar que se diese publicidad a cualquier expresión del activismo de ETA, igualmente, algo similar ocurría en el país vecino, no dándose por enterado el Gobierno francés de la existencia de terroristas entre

los refugiados en *Iparralde*. Sin embargo, en tanto que esto se producía, los dirigentes de la organización terrorista aspiraban a dar la mayor trascendencia a cualquier hecho como el ocurrido. Entonces, el fin de ETA, era conseguir que el clamor de sus acciones despertaran el terror más allá de su natural alcance. ETA ya había asumido o superado el impacto, si es que lo hubo, que le ocasionó el primer derramamiento de sangre en los atentados ocurridos el 27 de junio de 1960, los tristes hechos ocurridos en San Sebastián en las estaciones de ferrocarril de Amara y del Norte de dicha ciudad, así como en las de Barcelona y Madrid. Acciones que, en su momento, no fueron reconocidas por ETA como suyas, quizá debido al rechazo total de la execrable muerte de una niña abrasada y la importante trascendencia a nivel popular que tuvo aquel hecho. No obstante, una vez alcanzó ETA su nueva estructura, en julio de 1961, volvió a golpear para demostrar su experiencia en el terror. En esta ocasión la acción fue intentar hacer descarrilar un tren que trasladaba a un gran número de veteranos franquistas a un acto conmemorativo de la Guerra Civil. En esta agresión se causaron menores daños de los que podían haberse producido porque, según ETA publicó, a tenor de lo acontecido el año anterior en estaciones, consignas y vagones de ferrocarril incendiados con el empleo de artefactos explosivos, esta vez la organización había decidido tomar máximas precauciones para evitar la muerte de persona alguna. Con este proceder quiso demostrar que el poder terrorista alcanzado en la utilización de explosivos era absoluto y que sus efectos eran posibles de controlar para poder, así, conseguir la aceptación del uso del terror en la mayoría de sus seguidores vascos y, también, en los ambientes nacionalistas y demás grupos clandestinos comunistas y antifranquistas. Sin embargo, en esta ocasión y a pesar de todo lo publicado, la acción violenta contra los veteranos franquistas sí tuvo una respuesta por parte del Estado: el arresto de un ciento de personas conocidas por las fuerzas policiales por ser propagandistas, agitadores, amotinadores o activistas, siendo algunos de ellos encarcelados. Ante esta postura “indiscriminada”, modo o manera con la que los militantes independentistas y simpatizantes de ETA llamaron a la respuesta dada por el Gobierno, se produjo una gran protesta que contó con el apoyo popular del militante vasco en favor de una nueva acción futura. Así eran, pues, los comportamientos o modelos de actuación terrorista que iban implementándose dentro del grupo ETA, esos que iban constituyendo su conciencia criminal, base para la guerra revolucionaria.

Nunca olvidaría Braulio la muerte de *Madeleine*. En sus idas y venidas a Santa Olalla, al encontrarnos, no dejaba de hablar de su desgracia. De tal modo que, sin proponérselo, los dos siempre acabábamos conversando sobre este tema o haciendo referencias a tan luctuoso hecho. Pero conforme fue pasando el tiempo nosotros, siguiendo con nuestro modo de proceder habitual, fuimos saturando nuestra conciencia, poco a poco con sucesos de aquella índole: los nuevos atentados que se iban produciendo y que la prensa diaria dejaba entrever como dolorosas acciones de las que era autora ETA. Sí, con hechos que nos hacían sentir la misma emoción de siempre, una mezcla de pena, rabia y rencor. Así, cuando Braulio visitaba Santa Olalla y salíamos a pasear y charlar, como de costumbre y sin proponérselo, nos sorprendía algún recuerdo que nos movía a comentar cualquier acontecimiento acaecido después de la muerte de Madeleine, triste suceso que se había convertido en punto de referencia en la vida de Braulio, evocación ésta que la mayor de las veces solía tener la particularidad de que al ser recordada por Braulio éste se esforzaba en reconstruir y poner cierto orden en el conjunto de elementos azarosos de su vida ligados al evento evocado, éstos que él guardaba muy dentro de sí. El objeto, pues, de esta labor suya, como siempre, era deducir de lo acaecido una conclusión o hallar una respuesta explicativa al cómo y por qué un hecho pasado podría derivar en causa, inicio o consecuencia dolorosa de

otro suceso anterior que, cierto día, llegó a hacerle sufrir.

Tal como antaño hiciera, él siempre intentaba encontrar razones inimaginables que esclareciesen el origen del sentimiento doloroso que ahora le afectaba y, por esta cuestión, al recordar el fin de su amor con Paula se decía que, de no haber escrito las cartas prometidas a esta persona, él se hubiese librado de sentir el dolor y la rabia padecidos pensando en la ridícula posición en que él quedaba cuando ella leyera aquellas amorosas misivas estando enamorada de otro hombre. Es decir, lo mismo antes que ahora, repetía su interés en saber dónde se iniciaba la causa que produciría su penar en cierto momento futuro o qué hechos pasados influyeron en el frío dolor que ahora soportaba y le hacía sufrir. Cuestión ésta que, según mi entender, Braulio se planteaba para incrementar la culpa o rechazo que sentía contra sí mismo y contra aquellos que de uno u otro modo participaron y destruyeron su vívida relación amorosa con *Madeleine*. Puesto que resultaba suficientemente claro que, tan pretendido conocimiento, no daría solución alguna a su tristeza, ni con ello él sabría mucho más de la vileza de unos asesinos, ni tal saber le aportaría ayuda alguna para lograr avanzar un paso más en las investigaciones llevadas a cabo por los encargados de este caso criminal: ya se tratase de agentes policiales, guardias civiles compañeros, amigos de Braulio, conocidos y demás. Sino que, por el contrario, tal persistencia indagatoria sobre este tema solo justificaba el secreto deseo que Braulio parecía sentir, algo tan descabalado como querer predecir a partir de hechos actuales lógicamente razonables, las posibles consecuencias que éstos pudieran producir a través del tiempo, o sea, ver un acontecer no ocurrido o presagiar un acontecimiento más allá del presente actual con la mayor claridad posible, esto es, aquello que el futuro en su día pudiera depararle.

Capítulo XXXVIII

Joseba estaba contento con el resultado de su destino parroquial. Pues de haber solicitado cualquier parroquia de la diócesis de Bilbao, se vería obligado a proceder del mismo modo que se venía haciendo en la mayoría de ellas, esto es, dirigir en la sacristía o en el salón parroquial, caso de no gozar de otro espacio, las conocidas reuniones de jóvenes orientadas a convertirles en militantes independentistas o seguidores de ETA, todo según el párroco o predicador fuese *abertzale* o simpatizante de la organización mencionada, algo que era factible. Enseñanzas que, según la persona que las dirigiese y las conexiones o apoyos con los que se contara de parte de los comunistas, poblarían las mentes de los jóvenes locales de ideas subversivas con temas tan manidos como *la lucha de clases y el capital* y teniendo como fin principal dividir a la sociedad vasca en burgueses y proletarios, en poderosos y gente del pueblo, en opresores y oprimidos. Y todo con un propósito, hacerles ver que los malos, a lo largo de la historia de las naciones de las que se tratara, siempre fueron los poderosos, aristócratas, burgueses, ricos patrones o propietarios... y, después, generalizando mientras hacían alusión a *Euskadi*, los enemigos de la patria vasca, es decir, los que siendo vascos se sentían españoles e incluso los miembros y seguidores del Partido Nacionalista Vasco. Por lo tanto, Joseba sabía lo que en ese momento de inicio de su carrera sacerdotal era más acertado para él y, por eso, logró alejarse de aquellos conocidos conventículos en los que se tendía a convencer a los asistentes a colaborar con las organizaciones para lograr el objetivo propuesto por sus representantes del momento, esto es, para provocar un incremento del impulso revolucionario y, a la par, aumentar las acciones etarras contra los opresores del País Vasco.

El 30 de noviembre de 1966, se inició en Basauri (Vizcaya) la huelga más larga habida hasta entonces en *Euskadi*, paro provocado por los trabajadores de las fábricas de laminaciones de bandas en frío que secundaron cientos de obreros, lo que se constituyó en un símbolo de lucha y un desafío directo al régimen de Franco. Ante esta situación la Guardia Civil, como encargada de mantener el orden, tardó dos días en desalojar a los huelguistas de las empresas ocupadas y fueron despedidos más de quinientos cincuenta trabajadores. La influencia de las doctrinas comunistas se hizo notar en el mundo obrero y dicha huelga duró casi seis meses. Quedó patente que la concienciación del pueblo vasco a través de las enseñanzas recibidas en algunas parroquias había logrado sus propósitos, pues se llegó a la creación de fondos de solidaridad constituidos con aportaciones de muchos ciudadanos, logro que permitió al movimiento obrero subsistir hasta el mes de mayo. Aunque, también es cierto que, ante los modos y exigencias de los movilizados a la hora de petitionar estas ayudas, ningún vecino se atrevió a significarse ni a negarse a colaborar con su donativo.

A partir del año 1967, el mundo que constituía la iglesia vasca pareció cambiar, particularmente el clero. Curas y religiosos vascos que secretamente se sentían contestatarios y nacionalistas, tras contactar con la gente que manifestaba soñar con el independentismo vasco y con los movimientos de liberación, consiguieron entenderse con ellos y llegaron a establecer una comunión aceptable. Entre tanto, la Jerarquía Eclesiástica, que parecía estar de acuerdo con las medidas adoptadas por el Gobierno de Franco y que apoyaba el orden establecido por el Estado, hacía lo posible intentando promover cambios pastorales para reorientar o cambiar aquella situación, pero no consiguió triunfar con sus ideas reformadoras.

Ante lo dicho, la Unión de Juventudes Rurales de Acción Católica, movimiento que actuaba juntamente con ETA, apoyada por curas vascos descontentos y más polémicos que nunca, enfocó su lucha manifestando su oposición contra la jerarquía religiosa y el sistema político. Así pues, iniciaron sus actuaciones convocando una manifestación de protesta contra el Obispado de Bilbao regido por monseñor Gúrpide; protesta que se mantuvo permanente durante casi todo un año. Entre los numerosos manifestantes que participaron en Bilbao, el día 12 de abril de 1967, estuvieron ochenta sacerdotes. No obstante, días después, teniendo en cuenta el antecedente de la gran manifestación sindical que había tenido lugar el pasado mes de enero de ese mismo año — protesta de excepcional trascendencia a nivel nacional y con repercusión internacional—, el Gobierno de Franco declaró el estado de excepción en Vizcaya.

Joseba, como *independentista* vasco, vivía todos estos vaivenes de ETA desde su retiro en el principado de Asturias. Tenía a su lado a Marutxi Zaragüeta, persona entregada a la actividad social que ella desarrollaba en La Pola y por la que se sentía recompensada con el cariño de la gente; por lo tanto, la pareja era feliz con el acontecer diario, como cualquier otra pareja de recién casados del lugar, atendían sus cotidianas actividades y, una vez acabadas sus obligaciones, mientras Marutxi se dedicaba a la tarea culinaria de hacer la cena, Joseba, como un ciudadano más, se permitía visitar algún que otro *chigre* donde tenía lugar el acto social de encontrarse y reunirse con personas de la parroquia para beber, como ellos solían hacer, un *culín* de sidra. En estos *chigres*, por lo general, Joseba alternaba con gente del concejo, la mayoría mineros.

Estas sidrerías eran establecimientos donde la gente obrera solía celebrar sus alegrías y lamentaba sus tristezas y, mientras esto sucedía, el cliente minero de cada día comentaba con gente de su gremio los problemas del trabajo que a él le afectaban y, a veces, aquellos otros que, por trascender en prensa, se hacían notar a pesar de ocurrir en otros lugares distantes de La Pola. En especial, en provincias lejanas al principado, esas consideradas por algunos de los concurrentes ser el resto del mundo. Así, mientras bebían, los reunidos también comentaban sucesos laborales que se producían más allá de donde estaba su propio problema real de cada día: altercados sobre la falta de trabajo y huelgas laborales; manifestaciones organizadas por los sindicatos clandestinos y los paros inesperados; las continuas controversias por conflictos de trabajo que afectaban de modo continuado a las Provincias Vascongadas las que, sin comprenderlas del todo, parecían estar a la orden del día. Ante estas circunstancias, no era extraño oír expresar sus quejas a algún que otro de los presentes, protestas basadas en el hecho de que trabajadores portugueses procedentes de las tierras vascas, acudieran a las cuencas mineras del principado en busca de trabajo. Era, entonces, cuando se hacía mención de la seguridad en el trabajo, de los derechos laborales adquiridos y de los sindicatos clandestinos USO y CCOO creados para defenderles.

En otras ocasiones, la reunión de mineros en el *chigre* parecía estar convocada más para señalar el día y hora de inicio de una simple protesta en la entrada de la mina como para celebrar una manifestación popular. Los motivos para tales actos, solían ser múltiples y variados, desde un simple desacuerdo laboral hasta la trágica y reciente muerte de un compañero en la mina, producida por el derrumbe habido en una galería. Un accidente cuya respuesta era manifestarse para expresar el dolor sentido y pedir mayor seguridad.

Efectivamente, Joseba pensaba que vivir en Asturias era muy diferente a hacerlo en *Euskadi*. Dado que, en el principado, no se daban situaciones tan absurdas como las que se habían desencadenado en el País Vasco en tales fechas, sobre todo, una vez concluida la interminable V Asamblea. A Joseba le parecía increíble imaginar que los asambleístas estuvieran discutiendo si la poderosa y dominante clase vasca debía ser excluida socialmente para, así, que dejara ser parte

del pueblo. Pues según noticias emitidas por la radio y escuchadas por Joseba, los etarras manifestaban ser *españolistas* todos aquellos ciudadanos vascos acaudalados que hacían uso de los derechos que les otorgaba tanto el estado español como el francés, derechos que beneficiaban a sus empresas. Por esta razón, a la Asamblea se le había propuesto que a dichos ciudadanos no se les reconociese como *vascos*, gentilicio propio de los patriotas *abertzales*, y se les tratase como a traidores. De modo que, por estas complicadas y estúpidas propuestas, las iluminadas mentes de los responsables de la cúpula etarra se enfrentaban, discutían y no se entendían entre ellos.

A veces, Joseba no comprendía nada. Sabía que alrededor de ETA aún existía un grupo de curas y religiosos vascos que apoyaban incondicionalmente a esta organización. Estos independentistas, eran enemigos del franquismo y contrarios a los apoyos que la Autoridad Eclesiástica prestaba al Régimen. La mayoría miembros de aquel grupo de religiosos que, en marzo de 1967, colaboraron en determinadas tareas para hacer posible el restablecimiento de las bases estructurales de la organización etarra; los mismos que se volcaron en la prestación de servicios primordiales para el mantenimiento de ETA y los que después con su esfuerzo lograron llegar al fin y dar por terminada la segunda parte de la V Asamblea; ahora, siendo justos, también eran gente del clero los que trataban de modificar y reconducir la extrema agresividad que sentían los militantes vascos contra aquellos emigrantes del resto de España que, desplazados por necesidades económicas, solo pretendían trabajar en y para *Euskadi*. Estos extraños curas y religiosos consiguieron convertir y reconducir la animadversión contra los emigrantes en odio y enfrentamiento contra el Estado español y sus representantes. Por lo tanto, según Joseba, se podía decir, sin temor a cometer error alguno, que la influencia que el grupo de curas y religiosos ejercía sobre en ETA era importante y que, por eso, su acción no tardó en hacerse notar. Así, en abril de 1967, se produjo una importante escisión entre militantes del grupo primario EKIN que aún pervivían en ETA desde que esta se fundó y los seguidores de las doctrinas comunistas; pues, parte de aquellos, pidieron ser baja en la organización alegando diversos motivos. De entre estos, el caso más primordial fue manifestarse contrarios a las directrices marxistas-leninistas. Y, en consecuencia, una mayoría de miembros históricos de EKIN, de siempre conocidos por ser considerados religiosos practicantes, fueron objeto de diversas críticas y comentarios por rechazar cualquier tipo influencia comunista y por oponerse al no estar de acuerdo con las nuevas tácticas de lucha ni con *la acción directa* que ETA proponía.

En tanto esto sucedía en *Euskadi*, el padre cura Joseba Txakarita trataba de vivir feliz en La Pola o, al menos, lo intentaba. Ocasiones tenía para estarlo, pues satisfecho con el cumplimiento de su función sacerdotal sin encontrar contrariedad alguna en el desempeño de estas actividades, además, como premio, tenía a su lado a Marutxi, mujer que vivía el sueño que siempre ella había deseado.

A la ayudante parroquial, durante el día, se le permitía expresar su entusiasmo misionero dedicándose a ayudar a los demás, niños incluidos. Para luego, casi llegada la noche, incorporarse a la casa donde Joseba la esperaba como el esposo que aguarda a la mujer que ama. Ambos anhelaban lo mismo, estar juntos en su supuesta morada, cobijados bajo el mismo techo y descansando en el mismo lecho, al lado de la persona que quieres.

Mientras, pasaban los días y Joseba, de no tener que atender tarea parroquial de importancia, se refugiaba en el interior del templo sentado ante el altar o esperando en el confesionario. Este comportamiento que él llamaba meditar, consistía en realizar una retrospectiva sosegada de su vida por medio de regresiones al pasado. Así conseguía llegar hasta su infancia para, ya en ella, encontrarse con Nerea en el recuerdo. Era entonces cuando él volvía a escuchar la vieja *doctrina*

de la *amona* y todo cuanto ella decía que debía de conocer y hacer el buen vasco. También, otras veces, él imaginaba oír declamar a su abuela con entonación adecuada, mirándole fijamente a los ojos y exponiendo, solo para él, aquellas predicciones que solía hacerle acerca de su futuro, esas que constituían, según ella decía, su deseado sueño: «¡Tú serás un buen cura vasco y un buen *abertzale*, hijo mío!». Palabras que Joseba rumiaba por considerarlas un dudoso acierto.

Tras su singular meditación, Joseba aceptaba los motivos por los que el destino determinó que él se encontrara en el escenario actual, porque, aunque hubieran sido sus propias decisiones las que le guiaron hasta donde él estaba, en ellas influyeron de manera decisiva haber conocido y convivido con personas como Marutxi, Pakito, Montxo y don Elías, además de su abuela. Conclusiones, pues, que le hacían dudar ser alguien *bueno* como cura y como patriota. Es decir, serlo en el mejor sentido de dicha palabra.

Aquella tarde le vino a su magín, sin poder explicar *el cómo y el porqué*, el nombre de un seminarista de Derio, *Xabier Amuriza*, alguien que había sido ordenado sacerdote el año anterior al que lo fue Joseba. *Xabier* era la persona a quien Joseba gustaba escuchar cuando el aludido exponía sus ideas sobre cómo liberar *Euskal Herria*, modos de actuar que Joseba aplaudía y con los que se identificaba plenamente. *Amuriza* explicaba su manera de entender la lucha iniciada por el pueblo vasco, la que para él era el movimiento de un pueblo que quería ser libre y por lo que se enfrentaba contra la represión franquista, siempre en pro del resurgir de la lengua y cultura vascas. Esa era la idea que Joseba defendía y en la que él deseaba participar. Pero, pasaban los años y, entre los grupos que aparecían y se organizaban para alcanzar la independencia, cambiaban las ideas y los fines marcados según los intereses políticos de los dirigentes. Ante estos hechos, Joseba solía decir que a él no le gustaba la política. Ya, ante Marutxi y Montxo, aquel lejano día en que los tres decidieron marchar a Mondragón en busca de trabajo, él se pronunció de esta manera. Fue cuando Marutxi sugirió que cooperando con un tal Pakito sería más fácil encontrar un puesto de trabajo en los nuevos talleres abiertos en dicha ciudad. Tras escuchar lo que la chica decía sobre la actividad que desarrollaba aquel cura llamado Pakito, Joseba respondió que él, si dejaba el caserío, era para estar al lado de la *neska* que quería y de Montxo, su amigo, sin comprometerse en nada sobre servir a un político por muy cura que fuese, ni cambiaría su modo de pensar en lo que respecta a la independencia de *Euskadi* que él tenía.

—Yo únicamente ludo por una *Euskal Herria* libre y nada más. Y una vez consigamos la independencia, lo demás vendrá por añadido. Entonces, aparecerán los partidos políticos y habrá elecciones y se arreglará todo. Los elegidos nos gobernarán democráticamente. Nuestra lengua, el *euskera*, será declarada la lengua propia de la cultura vasca y...

Pronto volvió el silencio a su mente, le bastó escuchar los pasos de Marutxi que aproximándose al lugar donde en ese momento se hallaba. Tras posar su mano sobre el hombro, le dijo:

—Te recuerdo, Joseba, que es hora de anunciar el rezo del santo rosario. Ordenaré que se dé el primer toque de campana.

De las Hermandades Obreras de Acción Católica (HOAC) y de las Juventudes Obreras Católicas (JOC), el padre Joseba Txakarita sabía lo suficiente. Su estancia en Mondragón bajo la dirección de Pakito le permitió conocer al padre jesuita José María Arizmendiarieta, defensor de Acción Católica y el creador de la primera cooperativa conocida por Talleres Ulgor, hecho que fue posible con el apoyo de las dos organizaciones católicas mencionadas. Empresa que, pocos años después, sería conocida por la acreditada marca Fagor. Defensor del cooperativismo, el padre José María dio este gran paso. Pero, tras el nacimiento de ETA, el proceder de las organizaciones católicas comenzó a disentir con cuanto significaba autoridad y, por lo tanto, con

cuanto disponía la jerarquía eclesiástica. Hasta tal punto fue así, que la *Unión Sindical Obrera* (USO), nacida de núcleos católicos de clase obrera, pasó a ser un sindicato clandestino y de este modo siguió durante unos años, aún después de ser aprobada su Carta Fundacional en 1961. Algo similar sucedería con la *Confederación Sindical de Comisiones Obreras* (CC.OO), en principio organizada por miembros de los movimientos católicos JOC y HOAC, la que luego se convirtió en una agrupación con componentes políticos al tomar como referencia al sindicato clandestino *Oposición Sindical Obrera* (OSO). Estas circunstancias que dieran lugar a la nueva confederación resultante, pronto permitirían que se hiciesen cargo tanto de su dirección como de los demás puestos de responsabilidad una serie de activistas y comunistas e, igualmente, otras entidades relacionadas con el Partido Comunista de España. Las primeras *comisiones* aparecieron en 1960 en Asturias, León, Madrid, Cataluña y en las provincias vascas Vizcaya y Guipúzcoa. Sin embargo, fueron las cuencas mineras, las zonas industriales y las siderúrgicas de las provincias mencionadas, los lugares más propicios para su aparición. En 1962 quedaría fundada CCOO como sindicato, aunque, en noviembre de 1967, el Tribunal Supremo declarase a CCOO asociación subversiva e ilícita.

Capítulo XXXIX

Aquella mañana de julio del año 1967, el Caballero Cadete don Braulio Ferro Langa, vistiendo uniforme de Alférez, formó junto a sus compañeros de la XXIV Promoción en el solariego patio de armas de la Academia General Militar, lugar donde le fue entregado el despacho acreditativo de su ascenso a Oficial de la Guardia Civil. También, durante esa larga espera en formación, el joven militar recordó a *Madeleine*, la mujer de la que siempre estaría enamorado, la joven que, como él presentía, permanecería observando el desarrollo de la ceremonia militar en forma incorpórea desde cualquier tribuna preparada al efecto para el público invitado. Extraña vivencia que Braulio quería experimentar como una realidad y por la que escudriñaba a los asistentes al acto, esperando se hiciese realidad el instante feliz con el que antaño los enamorados soñaban. Ensimismado, pues, en estos pensamientos, Braulio buscaba su figura, una señal o algo milagroso que confirmara su presencia, el reflejo de su ánima o espíritu. Deseaba revivir el alucinante y temeroso encuentro que mantuvo con *Madeleine* aquella vez, esa visión sobrenatural de su ser que experimentó hacía ya algún tiempo. Sí, aquella aparición se produjo una noche en la que el dolor y la desesperación trizaban su cordura y, ante tal estado de padecimiento, acudió su amada a consolarle. Fue un suceder de imágenes confusas e inexplicables escenas, las mismas que, en ocasiones, aún se atrevía a rescatar de los umbrales del olvido.

«Han pasado más de dieciocho meses que *Madeleine* falleció, quiero decir, fue asesinada. Y yo no he dejado de recordarla uno y otro día. Habían acabado las fiestas navideñas de 1965, los días más tristes que he pasado en mi vida, cuando me incorporé a la Academia General Militar. Llegué a Zaragoza y tras descender del tren, caminé por el andén de la estación de Campo Sepulcro y localicé el exacto lugar donde *Madeleine* y yo nos despedimos, sitio en el que por última vez la vi, lugar adonde apenas había transcurrido un mes desde que nos dijésemos adiós. Sí, allí... ¿Cómo olvidar sus lagrimados ojos mientras intentaba despedirse, sin ser su deseo partir? Esa despedida fugaz y para siempre que ninguno de los dos imaginaba... Por eso, abrazados, sin querer deshacer el lazo amoroso que nos unía, nos manteníamos juntos. Mas la fuerza mágica que se oponía al eterno distanciamiento fue vencida por la implacable y dura realidad del adiós y, así, el dulce impedimento a su partida se convirtió en distancia con la llegada del tren».

«Después, apenas transcurrir unas horas de su marcha, se produjo la subitánea conmoción mental, el derrumbe de mi alma, su muerte. ¿Cómo abolir lo acontecido y borrar de mi mente la terrible noticia? ¿Cómo volver hacia atrás, al escaso tiempo pasado? ¿Cómo poder decirlo?: mi amor, no te has ido, todo fue un sueño, estamos aquí juntos para siempre... Esa noche de diciembre fue la más desolada y triste, la más terrible y larga de mis noches despiertas... El doloroso y trágico acontecimiento destapó la sima de oscura soledad en la que me hundí tras su muerte. En su interior cayó mi alma y, a gritos, protestó contra el inacabable adiós que envolvió mi vida... A partir de tan insufrible momento, la tristeza penetró dentro de mí como un frío viento invernal que, sin aviso, irrumpió y atravesó con silbo lloroso y penado lamento todas las estancias de mi alma. Así, con un golpe, cerró a su salida las puertas a la esperanza y con él se llevó, como hojas muertas, la alegría de los dulces recuerdos de los días vividos».

«Solo quedaron dentro de mí locura o falta de juicio y soledad: el lado oscuro del amor perdido que, a veces, se manifiesta con emociones y respuestas inimaginables ante la sensación de

desamparo. Reacciones involuntarias e inexplicables ante aquel infortunio y que a todos los que me conocían les eran costosas de comprender. Yo sabía lo que mis compañeros comentaban cuando se compadecían de mí. Decían que cuanto yo vivía eran efectos del duelo, el dolor y la aflicción causados por la pérdida de *Madeleine*, un suceso nunca esperado... ¡Cómo se equivocaban! ¡Siempre los dos supimos que lo ocurrido nos podría acontecer!... Por eso, para mí, vivir sin tenerla a mi lado era insufrible y deseaba morir... Creo que fue este deseo de acabar con mi vida la causa de que ella viniera a visitarme... Sí, era cierto, yo era el culpable. El error fue mío. No debí implicarla en algo que exclusivamente era de mi responsabilidad. Me equivoqué... Y, por este motivo, aquella noche, cuando acepté mi culpa y la desesperación me inundo, temblando tomé el arma, apunté a mi cabeza y sentí el frío del cañón en mi sien mientras mi cuerpo sudaba..., y, quieto así, la vi surgir de la oscura sombra, allí la descubrí... Sí, *Madeleine* estaba ante mí, vestía el mismo atuendo que llevaba cuando nos despedimos, estaba iluminada por una blanquecina luz de luna inexistente. Sin decir palabra, acercó su blanca y gélida mano hasta tocar la mía y un rotundo ¡NO!, sonó en mi interior. La pistola se soltó de mi mano y cayó al suelo... Tal vez cuanto afirmó fuese una alucinación y puede que tanto mi acción suicida como el deseo de estar con ella, me llevasen a vivir esta imaginaria experiencia, o sea, algo irreal... Pero no. ¿Quién puede asegurarme que no sucedió lo que yo vi y sentí? ¡Ella también me amaba!, así me lo dijo, y estaba allí conmigo. Puede que en aquella noche inolvidable la locura dominase mi persona. Pero a ella, tras un instante de asombro, en el mínimo tiempo de un parpadeo, la vi y confirmé su presencia, apareció frente a mí con sus grandes ojos tristes mirando a los míos, como ocurriera el día de nuestra despedida, e intentaba hacerme saber con su mirada que el dulce lazo de amor que mantuvimos siempre nos uniría».

Braulio, en los primeros días de 1968, se encontraba en Madrid. Como Alférez Alumno de la Guardia Civil cursaba estudios en la Academia Especial de dicho Cuerpo. Su meta era alcanzar el empleo de Teniente de la Guardia Civil. Ciertamente, aún seguía afectado por la *ausencia* de su amada, palabra esta que para él significaba distancia perpetua y que usaba para ocultar el sentimiento amoroso y real de pérdida que por *Madeleine* sentía. Por tanto, con tal vocablo, procuraba no admitir ni pronunciar el nombre del primero de los novísimos ni relacionar tal postrimería con su amada, horrible situación por la que él tuvo que pasar cuando acabaron con la vida de la mujer que quería. No obstante, como un repiqueteo persistente a pesar de la lejanía impuesta por la muerte, Braulio, cuando pensaba en *Madeleine*, nunca dejaba de sentir en su corazón la sensación de que ella estaba viva.

Tal vez, en sus intentos liberatorios de la tristeza, aquel día los recuerdos llevaron a Braulio a evocar a *Pitxin* y a preguntarse qué habría sido de él y de sus perseguidores, los malditos etarras que acabaron con la vida de su amada. Aparentemente estos asesinos parecían haberse olvidado de Braulio, pues pasada aquella triste Navidad, ya en los comienzos de 1966, Braulio percibió que le había sido retirada la escolta que le daba velada protección durante sus salidas del recinto militar. Posiblemente los sicarios de ETA y sus mandos advirtieran el error cometido al confundir a Braulio con *Pitxin* aún a pesar de que siguieran creyendo que ambos merecían la muerte. Así pues, recordando al guardia Pedro Iturralde Chinchón, alias *Pitxin*, miembro del SIGC de San Sebastián como Braulio lo había sido en el de Bilbao, e infiltrado en el comando de *Katu* tras contar con los apoyos informativos que Braulio le proporcionara, este rememoró el día en que el comando de Montxo fue desarticulado en Mondragón y fueron detenidos todos sus componentes; un servicio que debido a la actuación de *Pitxin* resultó exitoso. También, en sus rememoraciones, llegó a preguntarse adónde pudo ir a parar su compañero después de tan brillante servicio, pues

no volvió a saber de él ni apareció su nombre propuesto para ocupar algún posible destino, aunque, según Abilio, este daba por sentado que *Pitxin* estaría destinado en alguna embajada extranjera, posiblemente sudamericana.

Braulio y Pedro Iturralde se conocieron siendo alumnos en un Curso de Artificieros, el que fue impartido en el Acuartelamiento de Infantería de Loyola por Especialistas del Arma de Artillería venidos de Segovia. Un curso especial para miembros de los cuerpos policiales, dedicado al aprendizaje de técnicas de desactivación y prácticas sobre el manejo y destrucción de artefactos explosivos.

Tras el asesinato de *Madeleine* y búsqueda de los autores, poco a poco, Braulio iba asociando recuerdos. A veces conseguía que el contenido de uno de ellos le llevase a otro y, así, cierto día llegó a detenerse en una remembranza en la que el protagonista era Montxo. En su cavilar pudo revisar escenas vividas en Bassussarry, la localidad francesa donde estaba refugiado el comando durmiente que *Katu* dirigía entonces, y recordó cómo, una vez localizado el piso donde los componentes del comando se alojaban, empleaba su tiempo a hacerles seguimientos y tratando de identificar sitios de reunión o conocer a sus enlaces. Así supo la vida que llevaba Montxo Gataria Zaragüeta, *Katu* en *Iparralde*, persona conocida por Braulio y por la Guardia Civil, sujeto al que debía vigilar, seguir sus pasos y conocer sus actividades diarias. Respecto a los componentes de la cuadrilla del referido, nada más verles, dos resultaron conocidos. Eran los seminaristas jesuíticos que participaron en la manifestación de Bilbao, los que acompañaban a Montxo y a Joseba cuando salían de una iglesia sita en calle Astarloa. Conjeturando, Braulio visionó el encuentro que Montxo y *Eustache* mantuvieron en una gasolinera —circunstancia por la que *Katu* pudo saber que un desconocido se interesaba por él y por su bicicleta— y rememorando la entrevista que él mantuvo con *Eustache*, supuso el tipo de sospechas que urdidas por él pudo suscitar al granjero, razón por la cual, le fue fácil predecir lo que este pudo comunicar tanto a Montxo como a los representantes de la organización etarra. Era lógico que todo sucediese así, tal como Braulio pensaba, también lo era que Montxo participase a sus seguidores y amigos lo que *Eustache* le había comentado y, por este mismo motivo, era de esperar que ETA, por cuestiones de seguridad, preparase de inmediato la disolución del comando de Bassussarry y determinara que sus militantes abandonaran el piso refugio.

No obstante, a partir de entonces, Braulio no se despegaría de Montxo desde el momento en que este fue detectado, ni dejó de vigilarle hasta que, semanas después, llegara *Pitxin* y se hiciese cargo de lo investigado tras recibir la información conseguida por su compañero.

Llegado a este extremo en sus meditaciones, Braulio acalló su mente para formularse una pregunta, cuestión importante a la que él necesitaba dar contestación. Y por ello, para sí, dijo: «Entonces, ¿quiénes fueron los asesinos que me separaron de *Madeleine*?...».

La conclusión a la que llegó Braulio no fue más que la suma de varias respuestas enlazadas, como que los asesinos eran miembros de ETA y que no conocían a *Pitxin*; que eran personas dispuestas a acabar con *Pitxin* por haber informado a la Guardia Civil sobre que un comando de ETA iba llevar a cabo un atentado; que, por esta circunstancia, los etarras decidieron perseguir al traidor para ajusticiarle y que tales etarras debían de conocer antes de iniciar indagaciones, ya por boca Montxo o por informes de la misma organización, que tanto este como los miembros del grupo primario tuvieron que abandonar Bassussarry tras ser disuelto dicho comando, siendo la causa de tal disolución que un desconocido, tal vez un agente de la *txakurrada*, le manifestó al granjero *Eustache* conocer y ser amigo de *Katu*, a la vez que pretendía comprar la bicicleta de este, la Bianchi que el granjero supuestamente guardaba.

Consecuentemente, partiendo de los hechos citados, Braulio dedujo que los designados a

indagar, localizar y acabar con el joven que habló con *Eustache*, dieron por sentado que tanto él como *Pitxin* eran la misma persona. Igualmente, supuso que estos asesinos debían ser miembros del grupo primario disuelto, quizá los dos “opusdeistas” amigos de Montxo, antes que otros etarras cualesquiera comisionados por la cúpula, a quienes se les dio él encargo de la ejecución del buscado. Aunque tales indagadores, ya fuesen unos u otros, eran desconocedores del infiltrado *Pitxin*.

Resumiendo, Braulio concluyó que al acceder ETA a que dos militantes se interesasen en dar con *Pitxin* para acabar con él, sin ser estos conocedores del buscado, cometía un grave desacierto. Pues tal decisión equivalía a reconocer ante sus militantes que la dirección había fallado en su misión de dar seguridad al comando de Bassussarry, error atribuible a la cúpula no solo por no liquidar al *txakurra* que detectó a dicho comando, sino por conformarse solamente con la disolución y ocultación del mismo. Pues, con esta forma de actuar, permitió que, el ahora buscado, siguiese actuando y lograra infiltrarse en el nuevo comando que Montxo lideraba.

Ante lo dicho, Braulio concluyó que la primera decisión tomada por ETA, tras ser detenidos Montxo y sus secuaces, fue ordenar la localización del traidor a los militantes designados para esta misión, los dos miembros del comando primario que en su día fue disuelto. Pues, procediendo de este modo ETA conseguía evitar que el supuesto error cometido por la dirección trascendiese, al ser los dos miembros elegidos conocedores de la existencia del perseguidor de Montxo y del fallo de la organización a la hora de dar seguridad al comando. Así, siendo los elegidos miembros del grupo primario, estos, agradecidos, actuarían con razonable mayor interés, debido al favor o prueba de confianza que les mostraba la organización y por respeto al lazo de amistad que entre los componentes de aquel *talde* existía.

La investigación, pues, se inició siguiendo un guión confeccionado por la cúpula etarra: visitando al granjero *Eustache* y, una vez escuchadas sus respuestas, irían acompañados por éste hasta la localidad de Ahetze en donde investigarían y se entrevistarían con el dueño del comercio *Byciclettes Saint-Martin*; así mismo, una vez allí los designados, hablarían con *monsieur Martin*, tomarían nota de cuantos datos este les proporcionase con el fin de poder identificar al buscado y, conseguido el nombre de la agente comercial, la joven que acompañada de su ayudante le ofreció bicicletas de la marca Bianchi a *monsieur Martín* para ser vendidas en su local, buscarían en Bayona a la chica hasta lograr identificarla para después de conseguir lo mencionado, seguirla hasta que ésta les condujese a donde se hallara el interesado.

Hasta tal extremo siguieron los perseguidores el rastro de *Madeleine* que fueron tras de ella hasta Zaragoza, lugar donde consiguieron fotografiarla con Braulio.

Detectar que *Madeleine* era novia de un militar, determinó su muerte. El odio y la sed de venganza que sentían los asesinos contra *Pitxin* y creer que Braulio era el mencionado, les impulsó a vengarse acabando con la vida de la chica. Les bastó a sus asesinos considerarla su colaboradora y amante, ante lo cual, guiados por el odio, decidieron realizar tan absurdo crimen sin molestarse en averiguar quién era en realidad Braulio y si este era la persona que ellos buscaban.

Braulio, concluiría sus interrogantes, convencido de que los perseguidores de *Pitxin*, confundidos, dieron por sentado que él era la persona con la que debían de acabar. Alguien a quien, tras verle, supieron que era un militar alumno de la Academia General de Zaragoza y, por esta razón, supusieron que antes de ser alumno pudo ser un agente franquista que pasó a Francia clandestinamente y, tras conocer a Montxo, consiguió ser admitido por este como miembro del comando del cual él era jefe. Es decir, que dieron por seguro haber encontrado a *Pitxin* a través

de la chica y que, por serles dificultoso eliminarle por tratarse un militar acuartelado, se vengaron de él acabando con la vida de su amada.

La foto de Braulio y *Madeleine*, la que los etarras dejaron sobre el cadáver de la joven, demostró a ETA que sus asesinos habían cometido un grave error. La cúpula de ETA residente en esa fecha en el santuario de *Iparralde*, días después de que la joven fuese asesinada, hizo pública por medio de la prensa francesa una nota informativa cuyo contenido negaba tener que ver cosa alguna en la participación de dicho asesinato. Nota que, como protesta de ETA, estaba dirigida contra la prensa francesa por considerar esta que la citada organización estaba implicada en la muerte de una nativa en territorio español. En cuanto a la prensa española se refiere, tal suceso apenas tuvo trascendencia, la muerte de una mujer francesa en la ciudad de Irún fue considerada el resultado de un atraco, alegando que los supuestos autores pudieran ser tanto etarras como otro tipo delincuentes que se hicieron pasar por terroristas. Malhechores al fin, según parecer de la policía española, que cruzaron la frontera para ser acogidos en *Iparralde* (Francia) haciéndose pasar por vascos independentistas.

En la información dada por la prensa española sobre el caso, se hacía mención a una fotografía hallada sobre el cuerpo de la difunta, en la cual, la fallecida aparecía con su supuesto novio en la ciudad de Zaragoza, un joven militar. Por este detalle, la prensa del corazón no descartó que tal asesinato pudiera estar motivado por un asunto de celos.

El Servicio de Información de la Comandancia de la Guardia Civil de Vizcaya reconoció al Guardia Civil Braulio Ferro Langa ser el militar que aparecía en la foto y dieron por hecho que los autores del crimen debieron creer que *Ezpata* era *Pitxin*. Por parte del Jefe de la mencionada Comandancia se propuso a la Superioridad que se le asignase una escolta al citado militar durante un tiempo como medida de seguridad personal. En cuanto al Guardia Civil Pedro Iturralde Chinchón, *Pitxin*, sería de nuevo trasladado a otro destino y, previamente, se llevaría a cabo el cambio de su identidad.

ETA, a comienzos de 1968, parecía estar muy debilitada. Pero mutó radicalmente tras iniciarse un nuevo periodo de reactivación, esto es, una etapa que estuvo muy influenciada por los sucesos del *mes de mayo francés*. Lo mencionado fue una convulsión activista que se extendió prontamente por Europa y que se tradujo, para las organizaciones españolas opuestas al Régimen, en un verdadero apoyo de tipo crematístico. Así fue como grupos terroristas, partidos políticos ilegales y sindicatos clandestinos fueron subvencionados económicamente, respiraron y comenzaron a crear un ambiente de agitación colectivo. El momento de tensión llegaría a su apogeo cuando se vieron implicadas a un tiempo varias estructuras de distintas clases: la organización terrorista ETA, la Iglesia, los Cuerpos de la Policía Nacional y Guardia Civil, los Servicios de Información de la Dirección General de Seguridad, los Sindicatos y Partidos políticos clandestinos y sus redes de información y demás. Con lo mencionado se inauguraba un nuevo periodo de conflictos que afectaría a la ciudadanía española y serviría de anuncio de desafortunados acontecimientos, en los que predominarían la sorpresa, la inseguridad y el terror.

Aprovechando este cambio, ETA dio por acabadas sus luchas internas. Los dos sectores enfrentados de la organización finalizaron sus pugnas y desafíos. A partir de este momento dominaría el sector de la cúpula que demostrase tener más poder. El Grupo Militar comenzó a pedir más acción y se opuso al Aparato Político, que era quien por entonces pretendía gobernar. Pero para hacerse con el poder habría de demostrar cuál de los grupos en conflicto era el más fuerte. Para ganar la lucha al régimen de Franco y conseguir la independencia, la acción era necesaria y el Grupo Militar de ETA pedía que manase la sangre. De esta manera fue cómo se

consiguió que los sucesos que ocurrieron durante este año 1968 hicieran que este Grupo de la organización terrorista ETA fuese considerado el principal enemigo del franquismo.

La participación de la Iglesia en la política también se hacía notar durante este mencionado año, mostrando su simpatía hacia el *abertzalismo* radical vasco. Incluso Navarra, con su anterior posición relativamente distante ante la problemática vasca, experimentó un cambio notable con el nombramiento del nuevo arzobispo de Pamplona, monseñor Tavera. Así, despacio pero sin pausa, el clero navarro iba acercándose a ETA. El conocido *problema vasco* cambió de nominación en este año 1968, las Fuerzas de Orden Público se referirían al conflicto vasco como la *cuestión vasco-navarra*. También fue en este año 1968 cuando llegaron los primeros sacerdotes a la cárcel concordataria de Zamora. Estos nuevos presos serían alojados en un ala de la prisión provincial. De entre ellos, como personas dignas de mencionar por sus intervenciones, estaba el sacerdote *Xabier Amuriza*, activista de GOGOR y, al parecer, vinculado a *Herri Batasuna*, quien, durante el mes de agosto del año mencionado, tomaba parte, junto con otros sacerdotes, en un encierro en el Obispado de Bilbao. Su protesta era contra el estado de excepción que el Gobierno había impuesto en el País Vasco y por la pasividad del Obispo Gúrpide. Juzgado por tales hechos fue condenado a cumplir la pena impuesta en Zamora. En el establecimiento carcelario coincidiría durante un tiempo con otro sacerdote compañero del seminario de Derio, Joseba Txakarita.

Fue digno de mención, el paso dado por el clero hacia la radicalización en este repetido año, pues más de un sacerdote acabó integrándose en ETA o, al menos, a colaborar con la banda armada.

En cuanto a asesinatos por parte de la organización etarra, el 7 de junio de 1968 tuvo lugar el primer derramamiento de sangre reconocido por ETA. En un control, el Guardia Civil de Tráfico José Pardines Arcay hizo la señal de alto a un automóvil deportivo que se acercaba a los agentes cometiendo varias infracciones. El vehículo no se detuvo y el agente de tráfico, José Pardines, le siguió en su motocicleta hasta alcanzarle. El Guardia se acercó a pedirle al conductor la documentación del automóvil y, mientras comprobaba los documentos que le fueron entregados, Txabi Etxebarrieta, líder de ETA nombrado por la V Asamblea, disparó contra el agente. El Guardia Pardines cayó herido al suelo, no obstante, el conductor y su acompañante, Iñiqui Sarasqueta, bajando del automóvil remataron al guardia en la cuneta. Con este asesinato dio comienzo una lucha que aparentaba no tener fin. Porque, el día 2 de agosto del repetido año, era asesinado en Irún, Melitón Manzanas, hecho ocurrido cuando regresaba a su domicilio. El autor de este delito, Xabier Izco de la Iglesia, fue quien le dio muerte al hacerle tres disparos al policía en la cabeza. Este proceder de ETA unido a otras diversas acciones, provocaría la declaración del estado de excepción en Guipúzcoa.

Capítulo XL

El nuevo Teniente Braulio Ferro Langa, destinado en la Comandancia de la Guardia Civil de Gijón (Asturias), efectuó su presentación de recién incorporado ante su Teniente Coronel Primer Jefe de dicha Comandancia, el viernes uno de agosto de 1969. Cumplida dicha formalidad reglamentaria, su jefe pidió al nuevo Oficial una explicación sobre el motivo de haber elegido como destino la Unidad que dicho Superior mandaba. Ante dicho requerimiento, Braulio reveló a su nuevo Mando lo que él consideraba ser un asunto personal; una cuestión por la que algunos de sus compañeros de promoción se interesaron en su momento y que se quedaron sin saber. La pregunta que los compañeros le formularon en su debido momento era la siguiente: «¿Braulio, por qué has sido destinado a la norteña región asturiana pudiendo serlo a la región levantina, zona del territorio español en la que viven tus padres?».

La respuesta que Braulio dio a su nuevo Jefe era como explicar una decisión por él tomada. Así, le manifestó que, una vez tuvo acceso al listado oficial de vacantes ofertadas para elegir destino, él optó en primer lugar como destino preferente la Comandancia de Vizcaya, Unidad de la que era conocedor por haber sido su primer destino como guardia civil antes de que ingresara en la Academia General Militar. Mas, dándose la circunstancia de no serle concedida tal petición, eligió como segunda opción o preferencia la Comandancia de Guipúzcoa. ¿Razón?, su proximidad a la anterior. No obstante, pensando que se pudiera producir el infortunio de no serle concedido destino alguno en ninguna de las Unidades por él peticionadas, dejó al libre albedrío de la Superioridad la elección del lugar que, profesionalmente, él debiera ocupar.

Pero, tras insistir el nuevo jefe en querer saber el porqué de tal proceder, Braulio no justificó su decisión con la sabida exigencia moral del Decálogo del Cadete: «*Ser voluntario para todo sacrificio [...] eligiendo siempre el puesto de mayor riesgo y fatiga*». Ni tampoco que, como cualquiera pudiera pensar, él quisiera conseguir un destino en las referidas Unidades porque eso le supusiera obtener algún plus o desconocido beneficio que en su día pudiera disfrutar. Sino que respondió a su Superior diciendo que realizó de este modo la elección de su destino cediendo a un impulso premonitorio, tal vez un absurdo, como lo pudiera ser pensar que una vez destinado en alguna de las Comandancias vascas por él solicitadas, le sería fácil ser encontrado o encontrarse con los dos malditos etarras que le arrebataron la vida a su prometida *Madeleine*. Esa cruel represalia de ETA que debiera haber sufrido solo él.

Consecuente con lo que Braulio le explicara a su nuevo Primer Jefe, la solicitud que él formuló en su día fue trasladada al Coronel Director de la Academia Especial de la Guardia Civil quien, ejerciendo la libertad de elegir conferida por el Teniente Braulio, determinó que la vacante a ocupar por dicho Oficial se ubicara en Asturias. Tan *amable gesto* con Braulio quizá estuvo guiado por un benévolo fin, el de no dar facilidades a los asesinos etarras que buscaban al joven Oficial y, de este modo, dificultar que los mismos encontraran prontamente a su futura víctima. Intención totalmente contraria a cuanto Braulio deseaba o pretendía que se produjera. De modo que, por todas estas circunstancias, el Teniente Braulio Ferro pasó destinado a La Pola, localidad donde estaba ubicada la cabecera de la Línea de la Guardia Civil que habría de mandar, Unidad de servicio perteneciente a la Compañía de Sama.

Pronto se cumpliría el cuarto aniversario de la muerte de *Madeleine* y, Braulio, aún seguía encadenando casualidades que hacían factible lo ilógico y le ayudaban en su existir. Era indudable que su extraña forma de especular no perseguía el deseo de esclarecer la misteriosa identidad de los posibles asesinos de su prometida, pues, este descubrimiento ya lo había logrado evocando recuerdos y relacionando situaciones. Pero sí le servía para mantener vivo el juramento que él hiciera ante el fenecido cuerpo de *Madeleine*, el cual era, encontrar a los asesinos de su amada. Secreto prometimiento que, como otras cuestiones amorosas, solo conocían los amantes. Algo nada de extrañar porque la noche que Braulio habló con el aparecido espíritu de su amada, juró de nuevo mantener en su corazón esta promesa hasta poder cumplirla.

Para aclarar lo expuesto, según Braulio, dicha promesa era la causa principal por la que él seguía asociando ocurrencias, descubría casualidades, detectaba señales e interpretaba signos y coincidencias, esto es, para contar con un aliciente en su íntima soledad que le permitiera el costoso sacrificio de seguir viviendo sin ella. Por dicha razón buscaba acertar, estar en el lugar apropiado para poder dar caza a los odiados asesinos o averiguar adonde el destino les inducía a esconderse, para, así, dar con ellos y acabar con la misión que se impuso ante el cuerpo de *Madeleine* antes de ser sepultada.

Braulio me hizo saber antes de partir a su nuevo destino, en una de aquellas tardes que paseábamos, que él seguía mostrando cierto desánimo y que, desde el trágico instante en que le fue arrebatada la vida a *Madeleine*, los gratos recuerdos de antaño comenzaban a confundirse, a no tener sentido y a desaparecer. Hasta tal punto le parecía ser extraño lo que le ocurría, que el alegre humor de una anécdota llegó a ser interpretado por él como una burla irónica. Tal era el cambio, decía, que los sucesos felices del pasado iban perdiendo su matiz risueño y adquirían el tono triste de una rancia bonanza carente de humor. Yo ante su presumible tristeza y visible seriedad, pensando en su cercana partida a su destino, quise confortarle y, para ello, le recordé algunos de los alegres momentos que vivimos en nuestra primera juventud, esas divertidas historias pasadas con los amigos, las aventuras y fiestas con las que disfrutábamos... Pero, cuando él volvió hablarme de sus mermas emocionales, pensé: «¿cómo serán vividos ahora o dónde habrán quedado escondidas nuestras vivencias de entonces?, quizá su tristeza actual haya borrado de su memoria los recuerdos del pasado». Por eso dudé y, por esta razón, no me atreví a informarle de una noticia reciente, un suceso que, con tal fin, se me hizo saber. La nueva que, de haberse producido antaño y ser conocida por Braulio, le hubiera movido a actuar, esa misma *noticia* que ahora, según me temí, solo le afectaría dolorosamente. Porque la referida primicia estaba relacionada con la persona que fue su antiguo amor, Paula, la prometida de Arturo Cortés, la mujer con quien este pretendía contraer matrimonio en la próxima primavera.

Lo que me contó Rosarito podía considerarse una broma del destino en la que yo, en cierto modo, también me veía implicado. Era una revelación inesperada que le fue comunicada a Paula por su madre en el día en que fue pedida su mano por los padres de Arturo. Un oculto y callado secreto que doña Rosa Ortiz guardaba y que sacó a relucir sin sopesar la posible amargura que podría causarle a su hija, la recién comprometida.

La fiesta de compromiso y petición de mano, promovida en honor de los novios, finalizó con el señalamiento, por parte de los respectivos padres, de la fecha de la boda. Un lujoso acto que tuvo lugar en la casa residencial de los padres de Paula, lugar en donde las familias Aledo y Cortés recibieron a los invitados a celebrar tal compromiso.

Eran ya altas horas de la noche, cuando doña Rosa acompañó a Paula hasta la puerta de su alcoba.

—Cariño, ¿te sientes feliz? ¡Hoy es el día más alegre de mi vida, hija mía! Por fin pronto te casarás y tendrás lo que siempre soñé para ti. Un hombre bueno, guapo, educado. ¡Un artista, hija mía!... Todo lo que tú te mereces.

—Gracias mamá, por todo lo que en mi vida me has dado. Sí, estoy contenta. Aunque, si te soy sincera, me hubiera gustado retrasar la celebración nupcial unos meses más, hasta finales del próximo año...

—¿Para qué retrasar, tontuela? Arturo te quiere. Es por eso que él insistiera a tu padre que se adelantase esta celebración. Serás una esposa feliz, ¡mucho más de lo tú jamás habrías soñado!

—Ya lo sé, mamá. Por eso, me alegro por mí, por ti y por toda nuestra familia...

—Mira, cariño. Quiero hacerte un regalo que te va sorprender. ¿No lo adivinas? Es el collar de esmeralditas de tu abuela. Aquel que tanto te gustaba cuando eras una niña. La presea que la abuela me entregó el día que di el sí a tu padre, en mi petición de mano. Es la joya que papá le ofreció para mí como regalo de pedida. Un obsequio que he mantenido guardado para entregártelo en este día, y el que hoy te ofrezco. ¡Ah!, también junto a él te dejo estas cartas que encontré en el joyero. Debí guardarlas distraídamente en su interior para entregártelas, de esto hace años, pero me olvidé de hacerlo, lo siento mi amor. Ahí quedan por si desearas leerlas, dado que van dirigidas a tu nombre.

Esto era lo que cierto día Rosarito me había comentado. Y que, según deduje, esas cartas que doña Rosa entregara a su hija eran las escritas por Braulio, las esperadas y nunca recibidas por Paula. Las misivas que Braulio, estando en Bilbao, sí le envió. Mensajes amorosos secuestrados que, al no llegar a manos de su destinataria, provocaron el rompimiento de la pareja. Motivo principal por el que Paula comenzó a salir con Arturo y, tal vez, olvidó del todo lo que sentía por Braulio.

Me resultó costoso creer que Paula deseara que yo informase a Braulio de aquella alevosa ocultación de correspondencia, maldad que su madre había cometido, la dolorosa revelación que ella le confesara a Rosarito y la que, supuestamente, yo debía hacérsela saber a Braulio. Infame petición que me hacía a través de nuestra común amiga y de la que me desentendí al instante de conocerla. Pues, ¿por qué debiera ser yo la persona que hubiera de aumentar el dolor de mi amigo ahora y sin objeto alguno? ¿Por qué no hacerlo ella? ¡Me negué a hacerle sufrir! Actué así, de modo similar a como lo hiciera antaño, cuando me negué a preguntar a Paula si había recibido las cartas que Braulio decía haberle escrito. Ese encargo que mi amigo me pidiera y que no llevé a efecto dado que nunca tuve vocación de ser intermediario en asuntos amorosos, actuación en la que siempre uno acaba siendo inculpaado.

Sí persistí en mi intento de ayudar a Braulio en su duelo y conseguir levantar su ánimo. De modo que, cuando tenía ocasión, lo exponía frente una emoción o sentimiento que le sacara del estado de apatía en que vivía. Pero nunca recurrí a hablarle de Paula, persona comprometida con Arturo y con su música, ni jamás le mencioné las motivaciones que ella ahora necesitaba para poder estar enamorada. Tampoco le informé que, posiblemente, a mitad del año venidero celebrarían sus nupcias. Ni opiné ante él acerca de Arturo, el profesor de música que había pedido excedencia y dejado su puesto de trabajo en la capital. ¿Para qué trabajar Arturo, si, con los bienes que cualquiera de los dos, tenían para vivir sobradamente? Como buen hijo de señorito, Arturo nunca se tomó la música como un trabajo y tampoco como un arte vocacional, para mí, lo más acertado era pensar que él vivía la música como un pasatiempo. Cuando interpretaba al piano lo hacía para ser admirado, no vivía la emoción del momento, cosa que a Paula le disgustaba enormemente.

Ahora, Braulio, raramente parecía escuchar cuando se le sugería cualquier tema que pudiera

estar relacionado con Paula o su pareja. Si lo hacía, rápidamente le veía como, ensimismado, desconectaba. Tomaba una actitud similar a la del que busca fijamente en su interior una cosa imprecisa en el movido paisaje de su alma, como si indagara para argumentar una explicación sobre algo costoso o difícil de asimilar. Por eso, llegué a pensar que, con el paso de los años, muchos de los recuerdos por mi sugeridos habían perdido su vestimenta emocional y que ahora, desnudos, pudieran estar ocupando un sitio perdido en su memoria sin calor sentimental alguno. No obstante, dando respuesta a mis esfuerzos por revivir en él sentidas emociones, cierto día me comentó que en él había transcurrido ya excesivo tiempo y acaecido demasiadas vivencias para poder resucitar el ayer y que, por eso, ahora todo lo daba como olvidado o costoso de recuperar. Incluso, concluyó diciendo que, «para qué evocar algo que ya no existe».

Emiliano Delgado Puerto, Capitán de la Guardia Civil, Jefe de la Compañía de Sama, además de ser el superior inmediato de Braulio, era un buen compañero para este, a tenor de lo que su subordinado decía de él. Alguien que le trataba del mismo modo que lo hiciera un padre con su hijo. Este Capitán, un hombre alto, enjuto y envejecido por los años vividos sirviendo en el Cuerpo, era persona querida por sus inferiores, apreciada por sus superiores y muy conocida por todos como “el Capitán Delgado”, un modo de hacer referencia al mencionado no solo por su apellido, sino también aludiendo a su flaca y tersa figura.

Emiliano había ingresó voluntario en el Ejército como soldado de Infantería en el 1936, tres meses antes de dar inició la Guerra Civil y, tras sobrevivir a los diversos rigores de la contienda, al finalizar la misma había alcanzado el empleo de Suboficial. Después, en los primeros años de la posguerra, decidió servir a la Patria en la Benemérita comenzando a hacerlo con el simple empleo de Guardia Civil. A través de los años, siempre se mantuvo prestando servicio en la región astur y fue ascendiendo sucesivamente hasta alcanzar el empleo de Oficial. En la década de los años cuarenta, persiguió a estraperlistas y combatió a los llamados bandoleros, para otros *maquis*. En estos encuentros fue herido en acto de servicio y, por ello, condecorado. Su saber en asuntos del servicio propio del Cuerpo, eso que se llamaba experiencia, y su modo de vivir la milicia estaban reglados por la *Cartilla Reglamentaria del Guardia Civil*, la que el Oficial recitaba de memoria. Según sus subordinados, el Capitán Delgado era un hombre justo.

—Braulio —le decía a su subordinado—, respecto a la demarcación de tu Línea, has de saber que el principal problema que te pueda surgir aparecerá en La Pola y, probablemente, te lo ocasionarán los mineros. La mayor parte de los conflictos en tu demarcación se originarán en la mina y aparecerán en forma de protestas contra la empresa, algunas veces con la razón de parte de los trabajadores; pero lo importante es que estas cuestiones, más políticas que laborales, te afectarán si llegan a transformarse en alteraciones del orden público.

—Entonces, además de estar prevenido, ¿qué habré de hacer, ante lo que me augura, mi Capitán? Usted conoce la fuerza con la que puedo contar.

—Por eso te sugiero que des preferencia a la información. Tú prestaste servicio en el SIGC de la Comandancia de Bilbao y sabes cómo se ha de actuar. Mantente atento a cuanto en tu Línea ocurra. De momento, debes conocer quiénes son los representantes de los sindicatos clandestinos de tu demarcación, USO y CCOO, así como sus intenciones. Estos, apoyados por subrepticios comunistas —en parte, obreros de la mina—, tratarán continuamente de incitar al resto de los mineros ante el menor descontento que en ella se produzca: protestas, manifestaciones o huelgas inesperadas. Alteraciones del orden que tienen por finalidad paralizar la cuenca minera del Valle del Nalón, desde La Pola a la Felguera. Como comprobarás, en el resto de tu Línea, los demás delitos, faltas y demás infracciones suelen ser escasos, quiero decir que su número e importancia

es menor a los que se producen en cualquier otra demarcación de la Compañía.

—Entendido mi Capitán, atenderé al problema principal y orientaré el servicio a recabar información para así prevenir, por lo menos, los conflictos importantes. Para ello, espero poder contar con un grupo de gente del pueblo adicta a nuestro servicio y, de ser posible, vecinos de la misma localidad.

—Tú lo has dicho, Ferro. Tienes al Somatén local. Por eso debes charlar con su jefe y conseguir su apoyo. Reúnete con ellos y hazles saber que tanto los sindicatos clandestinos como el partido comunista tratan de conseguir con sus protestas paralizar el trabajo de cientos de mineros de la cuenca, pues su objetivo es lograr que se convoque una huelga general. Por esta circunstancia, hemos de actuar con la mayor celeridad y sigilo e intentar abortar sus propósitos en bien del pueblo y del servicio.

La plantilla de la Línea que Braulio mandaba era escasa, treinta y cinco hombres distribuidos entre los Puestos que constituían su Unidad. La fuerza se hallaba repartida entre las cuatro localidades de mayor población de su demarcación y su misión era atender tanto las incidencias que afectasen a los municipios mayores donde la fuerza residía, como a cualquier otra habida en las aldeas incluidas en los mencionados términos, dado que todos formaban parte de la Línea de La Pola. Sin embargo, a pesar de la escasez de fuerza disponible y de medios para cumplir con los cometidos exigidos, durante aquel mes de agosto se realizaron dos importantes intervenciones. Una, llevada a cabo en La Pola, en la que participó la fuerza del Puesto de la cabecera de Línea y contó con la ayuda del somatén local. Operación que consistió en la detención de un conocido sindicalista de CCOO cuando transportaba propaganda subversiva y dinero proporcionados por el partido comunista, frutos que él debía distribuir entre sus secuaces, reconocidos agitadores de la mina. Tal individuo era portador de una pistola y se resistió a ser detenido, por lo que siendo perseguido fue capturado cuando intentaba cruzar el Nalón a nado. El otro servicio consistió sorprender de madrugada al cura párroco de La Pola visitando el barrio minero de la localidad y muy dedicado a depositar o distribuir en los buzones de correos de las viviendas de obreros; por las entradas de acceso a paseos y jardines del barrio; en los bloques de oficinas de la compañía minera o dejando en las puertas de los economatos, cantidad de propaganda y panfletos subversivos contra el Régimen. Al tiempo que, entre el material distribuido, aparecían unas cuartillas donde se invitaba a las familias de los mineros a participar en una próxima manifestación que, organizada por CCOO, se celebraría una vez pasadas las fiestas patronales.

Nada hay que aclarar acerca de que no fueron detenidos, ni el sacerdote ni los dos jóvenes que le acompañaban, ambos miembros de la JOC. Bastó con ser identificados por el Sargento Comandante de Puesto y advertidos de la gravedad de tales hechos ya que, de los mismos, solo se daría cuenta al Gobierno Civil y al Obispado. Sin embargo, tanto el material que portaban como el que habían distribuido debía de ser recogido por los infractores, los que acompañados para ello por fuerza del somatén y de la Guardia Civil fue recuperado y luego depositado en el Puesto a disposición de la Autoridad Provincial competente. Después de esta labor, el Comandante de Puesto dejó a los susodichos que marcharan, por consideración a la dignidad religiosa y por respeto que el cargo de párroco local para él representaba.

Verdaderamente, la circunstancia de dar con un párroco que estuviese a favor de un sindicato clandestino o apoyando a la JOC, hermandad obrera de la que se decía admitir entre sus miembros a militantes comunistas o ser un tanto revolucionaria, no sorprendió a Braulio. Porque en esa época estaba en boga que un sacerdote se quitase la sotana para trabajar en lo que fuese y, así, ser calificado “cura obrero” o “cura comunista”. Aunque sí llegó a desconcertarle y, por tanto, le dejó asombrado, fue el inesperado encuentro que tuvo lugar el día de la festividad de la Asunción de

Nuestra Señora y en la iglesia parroquial del mismo nombre.

La sorpresa vivida por Braulio se produjo cuando, por razón de su cargo, hubo de asistir al acto religioso que en honor de la Santa Patrona de la localidad de La Pola se celebraba, evento en el que participaba al haber sido invitado por la Autoridad Local, y al igual que lo hacía la Autoridad Judicial. En ese día y en aquel lugar sagrado, Braulio quedó perplejo cuando se percató de que el rostro del sacerdote que oficiaba la Santa Misa, un joven prácticamente de su misma edad, le era conocido. Pronto identificó que esa persona era, a pesar de ir vestida con los atuendos religiosos, el seminarista de Derio (Bilbao) y amigo de Montxo o *Katu*, un sospechoso que, siendo Braulio miembro del SIGC en Vizcaya, había sido objeto de seguimiento por su parte, al recelar que tal individuo podía ser uno de los posibles autores de la voladura de una grúa propiedad del Ayuntamiento de Bilbao, acción que puso el punto final a una manifestación independentista. Sí, efectivamente, el sacerdote era aquel sospechoso que él estuvo siguiendo en Mondragón y el mismo que, en dicha localidad, era pareja o acompañaba a una joven que le alojaba en su domicilio, una chica que aparentaba ser una novicia y cuyo nombre era Marutxi. Persona que Braulio, unos momentos después, identificaría en el templo durante la misa cuando, a mitad del acto religioso, pasó ante él portando el cestillo de las limosnas o cepillo de donativos.

En plena festividad de la Asunción de Nuestra Señora, Joseba, mientras consumía el exquisito menú preparado por Marutxi en celebración de tan señalado día, escuchaba con atención a su inesperado invitado, alguien que unas horas antes había llegado a La Pola y que se presentó para saludarle en la Casa Parroquial. Esa persona con quien ahora charlaba mientras brindaban por su salud con una copa de sidra.

—Ciertamente, Joseba. En la *ekintza* de Irún erraron totalmente los actuantes. Y si el hecho no tuvo mayor resonancia a nivel nacional fue porque la víctima era extranjera y porque al Gobierno español le interesó, por el motivo que fuese, que se mantuviese la duda sobre si aquel hecho delictivo que le costó la vida a aquella chica fue un robo con resultado de muerte o un atentado de ETA. Lo que sí le quedó claro a la dirección de ETA fue que los intervinientes actuaron guiados por el deseo de venganza más que por la requerida y fría lógica que debía predominar en una intervención de este tipo. En cierto modo, nosotros no somos criminales y los dos “opundeistas”, como les llamaba Montxo, debieron ser más comedidos y no ver pruebas concluyentes donde solo existían tímidos y casuales indicios. Pues, de haber procedido de un modo racional, analizando cada hallazgo y razonando cada paso antes de dar siguiente, podrían haber llegado más lejos en su investigación e, incluso, descubrir que el militar al que vieron pasear con la chica francesa en Zaragoza no era *Pitxin*, su objetivo. Sí, Joseba, posiblemente pudiera ser un compañero de este o, incluso, alguien que hacía seguimiento al comando de *Katu* para saber cómo estaba organizado, pero lo dicho no se probó, son suposiciones, y, en el nuevo comando de Montxo, fue el tal *Pitxin* quien consiguió infiltrarse y no otro.

—Sí, Pakito, como tú dices, en cuanto a lo de la foto que dejaron los dos fanáticos sobre el cadáver de la joven, solo revelaba que esta tenía un amigo o novio de profesión militar, nada más. Fueron las posteriores indagaciones llevadas a cabo por la prensa francesa en el entorno donde la chica fallecida vivía y la entrevista realizada al dueño del bar, *La Petite Cabane*, las que confirmaron que el rostro del militar que asistió al funeral era el del ayudante de *Madeleine*, la comercial de bicicletas.

—Te preguntarás ¿por qué razón ni el Gobierno ni ETA quisieron dar publicidad a este atentado? Pues te lo voy a decir: primera causa, porque si el Gobierno español afirmaba que este asesinato era un atentado de ETA contra una súbdita francesa y novia de un militar, un guardia

civil lo más posible, el caso sería investigado por la prensa francesa y española y con ello saldría a relucir y reconocer que España mantenía militares infiltrados en Francia, posibles miembros de la Guardia Civil que estarían investigando a ETA, eso que todo el mundo hoy sospecha; una fase de su actuación e investigación que es considerada de carácter secreto. En cuanto al segundo motivo, afecta al proceder de ETA, su dirección no creyó conveniente hacerse responsable de la muerte de una ciudadana francesa cuando lo que la organización en realidad pretendía era acabar con un traidor, como lo fue *Pitxin*, la persona que delató al comando. Por la dirección de ETA aún no se ha confirmado que *Pitxin* fuese militar, no obstante ETA cayó en este error al informar que podía serlo a los ejecutores de la chica. Por ello, la cúpula dio cobijo y escondió a los autores de esta muerte, pues, de ser detenidos por los agentes franceses o la Guardia Civil, estos confesarían que quien les señaló tal misión y les envió con tan terminante fin fue ETA. Estas son las razones de haber mantenido ocultos hasta hoy a dichos ejecutores y ahora, una vez que ha pasado el tiempo que habían estimado, la cúpula quiere desentenderse de ellos.

—Entiendo la postura de la organización aunque no la comparto —respondió Joseba— pues, de darse por aludida y defender abiertamente a estos dos supuestos *abertzales*, ETA, probablemente, se hubiera jugado tanto *El Santuario de Iparralde* como el mudo consentimiento con el que el estado francés acoge a los *refugiados vascos* y los protege.

—Es cierto, amigo. Y es por eso que hoy esté aquí —dijo Pakito—, para adelantarte que, muy pronto, tendrás la visita de esos dos peregrinos de los que te he hablado, gente que se dirige a Santiago de Compostela. Sí, se han desviado un poco del camino, pero son aves de paso que pretenden volar hasta Sudamérica. Te ruego que los acojas durante el corto tiempo que estarán en La Pola, tal como has hecho con la misionera Marutxi. Ellos te informarán de cómo realmente les van las cosas. Sé que esto que te pido lo harás por mí, por ellos y por todos.

Capítulo XLI

A las 17 horas del viernes 22 de agosto de 1969, dio inicio la manifestación que el Teniente Braulio esperaba, alteración del orden público que tuvo lugar una semana después de la festividad de la Asunción de Nuestra Señora. El sonar de las sirenas de las minas ubicadas a una y otra orilla del Nalón y el confuso griterío humano proveniente de más allá de la estación de ferrocarril de La Pola, punto de inicio de la marcha y lugar donde se ubicaban los edificios de la empresa minera, le hicieron cerrar los ojos por un instante, y pensar si el modo de actuar que tenía previsto sería el adecuado.

Los manifestantes y sus familias avanzaban por la calzada que, más abajo, cruzaría por la plaza principal de la localidad. Todos los participantes seguían a una gran pancarta que expresaba los deseos inculcados: *¡LA MINA ES PARA EL QUE LA TRABAJA!* Debajo de este lema, envueltos en el resonar de metálicas cacerolas y el runrún de la gente, caminaban los representantes sindicales de cada mina local y delante de estos, como guía de todos, iba el cura párroco escoltado, yendo a su derecha un dirigente local de la HOAC y a su izquierda un conocido síndico de CCOO.

La fuerza de la Guardia Civil actuante, la que llegado el momento habría de contener y disuadir a la muchedumbre en su caminar, permanecía a la espera cortando la travesía por donde esta habría de pasar antes de desembocar en Plaza de España, lugar donde los manifestantes pretendían llegar. Cerraban, pues, el paso de la avenida diez guardias civiles del Puesto, formados en línea, con el arma larga en prevengan y dando vista a la turba. Delante de los guardias, estaban dos cabos primeros, uno por escuadra, igualmente armados. Guardando la espalda de esta fuerza un cabo del somatén y cinco miembros del mismo, provistos todos de su respectivo armamento.

Encabezando este despliegue estaba Braulio, el Jefe de la Línea y, tras él, a unos pasos de distancia, el Sargento Comandante del Puesto y el escribiente del Oficial.

¡LOS DUEÑOS DE LA EMPRESA NO MUEREN EN LA MINA!, repetían en su gritar un numeroso grupo de mujeres al tiempo que el Oficial comenzó a caminar hacia la cabeza de la manifestación. La turba que se dirigía hacia Braulio avanzaba lentamente. Detrás de él, a unos diez pasos de distancia, le seguía el Sargento Comandante de Puesto. Así continuaron en su corto caminar, hasta detenerse a treinta metros de la gran pancarta que portaban los primeros participantes de la manifestación. Braulio lo hizo al distinguir que al frente de aquella multitud estaba el párroco de La Pola con otros dirigentes. Una mujer de mayor edad surgió de entre el tumulto de cabeza y señalando con el dedo índice al Oficial se dirigió hacia él y comenzó a increparle. Prontamente, fue sujeta del brazo por el señor cura, quien corrió tras ella con tal fin, pero la anciana que tiraba logró zafarse y acercarse a Braulio. La mujer ante el Teniente comenzó a gritarle y llegó a golpear con sus puños el pecho del Oficial. Este no se defendió ni se inmutó, más el Sargento, al ver que agredían a su Superior se aproximó a donde este se mantenía imperturbable y junto con el cura lograron separar a la vetusta mujer de su lado. En el forcejeo la anciana cayó al suelo, cosa que aprovechó el fotógrafo contratado por los manifestantes para fotografiar la escena, esa que, supuestamente, parecía ser la agresión llevada a cabo por el suboficial de la guardia civil contra una anciana manifestante. Ante lo ocurrido, el Sargento interpretó rápidamente la intención del fotógrafo, por tanto, le arrebató la cámara de las manos y

se la devolvió de inmediato tras velar previamente la película fotográfica.

—Buenas tardes, padre. Soy el Oficial de la Guardia Civil que manda la Línea de La Pola, la persona designada por la Autoridad competente para pedirle a usted y a cuantos le acompañan que den por terminada esta manifestación no autorizada. Quisiera que, tras escuchar mis palabras, diésemos una solución pacífica a todo lo que está aconteciendo para, de este modo, poder evitar cualquier otro posible y desagradable incidente como el que acabamos de presenciar, cosa que de continuar con lo que pretenden podría repetirse, algo que realmente no desearía que aconteciera...

—Lo que está sucediendo, señor Oficial, es la manifestación de un pueblo que se queja debido a la opresión que sufre de parte de los poderosos, esos que ostentan el poder en las empresas. Por lo tanto, es la clase obrera esclavizada la que debe decidir. Pedimos justicia, libertad, seguridad en el trabajo y un salario digno..., y creemos estar en nuestro derecho.

—¡Míreme señor cura! Posiblemente no me recuerde, pero yo a usted sí. Es por ello, que no me sorprenda por lo que acaba de responder, sobre todo, al no conocerme y porque sé que para usted un Guardia Civil siempre ha sido un enemigo. Por el contrario, padre, yo sí sé quién es usted y por qué lidera supuestas manifestaciones en favor de los que llama oprimidos, cuando la realidad es que usted busca el enfrentamiento de estos contra el poder estatal o sus representantes. No se sorprenda puesto que así es, usted sigue como *abertzale* las directrices revolucionarias de la izquierda marxista de hoy y a su latente e íntimo independentismo. Motivos por los cuales, sospecho, que usted ha acabado aquí de cura, en La Pola, lejos de *Euskadi*.

—Siento mucho señor guardia no conocerle a usted, ni es este mi deseo. Como tampoco me interesa responder a lo que usted pretende que los manifestantes hagamos. Ni me importa el motivo por el que usted se encuentra aquí, frente a mí. Yo solo represento el deseo de los obreros maltratados, de los que soy un portavoz. Y nuestro objetivo es ser escuchados por quienes tienen el deber de gobernar e impartir justicia, fin por el cual nos manifestamos.

—Puede que sea cierto cuanto afirma señor cura, pero yo no puedo creerle. La razón de mi incredulidad son algunos detalles de su propia vida, momentos sobre los que debiera reflexionar y hacer lo necesario para dar por acabada la alteración del orden público que usted lidera. A grandes rasgos, solo voy a decirle que estuvo viviendo en Mondragón antes de ser seminarista, que en esta localidad trabajó en una conocida corporación de talleres de cocinas, donde aprendió y llegó a ser especialista en electricidad y montaje de estos aparatos domésticos. Esto fue antes de ingresar en el seminario, a donde se refugió cuando la policía buscaba en Mondragón a posibles sospechosos de colaborar en un atentado de ETA, el cometido en la estación de Amara de San Sebastián. En cuanto a su pasado en Abiña, lugar en donde nació y vivió, sé que fue alumno de don Elías, párroco del caserío, y que, después, una vez pasó a Mondragón fue seguidor de Pakito, el coadjutor de la Parroquia de Santa Marta, sacerdotes ambos con suficiente historial y no precisamente para ser santificados. Sé que la *vocación* religiosa le atrajo tanto a usted como Montxo y Marutxi, sus amigos. De hecho sus preceptores abogaron por ustedes favoreciéndoles: a usted en su ingreso en el seminario y la chica siendo acogida en un convento. También conozco el gran aprecio que, de siempre, se han tenido entre ustedes, el que aún continúa. Por ejemplo, con Marutxi ha estado usted *muy unido* a ella y creo que aún lo está. Me consta que, durante su estancia en Mondragón, reinó entre ambos una *bonita amistad*. Aún recuerdo sus paseos por dicha localidad acompañando a Marutxi. Sí, aquellos fines de semana en que usted, seminarista, visitaba a la chica y se olvidaba de Derio. ¡Ah!, pero la vocación siempre existió, eso sí, y le hacía volver al seminario. ¡Una lástima!

—¿A dónde pretende llegar? ¿Qué le importa a usted mi vida?

—No se altere, por favor, señor cura. Pronto le haré saber lo que pretendo.

—¿Qué trata de insinuar?

—Nada en concreto, todavía. Solo quería que recordara a sus directores espirituales don Elías y Pakito y, también, a su amigo Montxo... Por cierto, el pobre ha tenido peor suerte que usted, ¿verdad?... ¡Es extraño como a usted y a mí el destino se empeña en hacernos coincidir! Puesto que después de refugiarse en el seminario, nos encontramos el día de la celebración del primer *Aberrri Eguna* habido tras acabar la Guerra Civil española, algo inesperado, ciertamente, y luego, pasados unos días, volvimos a hacerlo en una multitudinaria manifestación en Bilbao, siendo usted seminarista. ¿No lo recuerda?

—¿Acaso está intentando acusarme de algo?

—De nada. Solo rememoro lo vivido y, acorde con ello, le pido que cese o dé por acabada esta manifestación para que podamos charlar tranquilamente, sin tanto agobio, nada más. ¿Recuerda la manifestación mencionada? En nada se parecía a ésta y, después, con aquel final sonoro, ¿lo recuerda? Finalizó con la voladura de una gran grúa del Ayuntamiento de Bilbao, máquina que estaba montada cerca de la Plaza Circular. Sí, hubo un gran estruendo aquel día, todos corrían, y usted iba en compañía de su amigo Montxo o *Katu*, un etarra que actualmente está en prisión.

—¡No sé de qué me habla, ni me interesa!

—Le hablo de su amigo y del atentado del cual Montxo, más tarde, se confesaría autor. Puedo contarle más cosas de su vida y también de la mía, para que me conozca y sepa lo cerca que siempre hemos estado. Pero ahora, solo quiero exponer lo que de usted conozco y recordarle que fue un colaborador de Pakito, al igual que lo fueron Montxo y Marutxi, ese sacerdote supuesto miembro de ETA. Usted sabe que por culpa de Pakito pasó a ser objetivo de investigación en diversos centros policiales, igual que lo fue Montxo, a los dos se les consideraba ser posibles fabricantes de los artefactos explosivos hallados en las consignas de las estaciones de ferrocarril de Madrid y Barcelona. Aunque después se pensó en Pakito como coautor, tras divulgarse la noticia de que una catequista de la parroquia de Santa Marta de Mondragón había denunciado ante la Autoridad religiosa de San Sebastián que un sacerdote, militante comunista de ETA, fue visto en la estación de Amara portando dos maletas de características coincidentes con las que allí explotaron... ¡Para qué he de contarle más! Solo le advierto a usted que, sobre la mesa de mi despacho tengo un amplio informe donde se cuentan estas supuestas hazañas tuyas y, asimismo, hay un parte cursado por el Comandante del Puesto de La Pola, en el que me comunica su actividad nocturna, señor cura: distribución de prensa subversiva, propaganda ilegal y demás. Por eso le propongo que, por hoy y desde ahora, dé por finalizada la manifestación y marchemos cada uno por nuestro lado...

»Permití que el padre Joseba Txakarita me diese la espalda, sin más respuesta. Una vez me hubo escuchado, se alejó hacia donde la cabeza de la manifestación se hallaba detenida y mirando a la muchedumbre que le seguía se dirigió a ella por medio de un megáfono y les hizo saber que el acto multitudinario se daba por finalizado. Previamente resaltó el éxito rotundo del mismo y continuó con un monólogo aclaratorio dedicado a los concurrentes para comunicarles el acuerdo llegado con el señor Teniente de la Guardia Civil de la localidad, por el cual, ambos conformes, aconsejaban a todos los participantes que, para evitar complicaciones, voluntariamente y de modo pacífico volviesen a sus respectivas moradas, evitando así la prevista intervención de la fuerza que dicho Oficial mandaba, en el caso de que fuese necesario. Terminó su discurso pidiendo a los creyentes congregados que le acompañasen hasta la parroquia, en donde darían gracias a Dios y a la Santa Patrona con el rezo del santo rosario.

»Según comentarios habidos en la localidad y que llegaron a mis oídos de parte de algún que

otro vecino no manifestante, el padre Joseba había utilizado la argucia de calmar a sus seguidores para evitar ser detenido públicamente como organizador de aquella ilegal manifestación en unión de otros promotores. De modo que, después de atemperar a la turba allí reunida, debió pensar que al ir acompañado por el gentío hacia la parroquia no se procedería a su detención. Aunque reconozco que, por mi parte, tuve el acierto de no intentarlo y dar por hecho que, de momento, él no intentaría huir de la localidad puesto que no había sido acusado en firme de delito alguno y, por tanto, debido a esta circunstancia, se mantendría en su puesto hasta quedar apaciguada la excitabilidad producida en su ánimo tras escuchar los turbios recuerdos de su pasado, esos que por mí fueron avivados. Razones que, como yo creía, le llevarían a mantenerse a la espera de acontecimientos, tal vez pensando en cómo salvar su relación con Marutxi y en no precipitar su ida, pues, con este proceder, reconocería como ciertas las malas actuaciones cometidas en el pasado.

«Fue sorprendente y absurdo cuanto aconteció en aquella manifestación». Dijo Joseba cuando me relató esta experiencia, «una broma del destino», dijo, refiriéndose a lo vivido en el citado encuentro.

»Entonces mi cotidiano comportamiento, domeñado por la adquirida rutina de hombre de casa, comenzó a cambiar desde aquel día y afectó visiblemente a mi relación con Marutxi. La ansiedad que sentía giraba en torno a un mismo temor: ser detenido, juzgado y resultar culpable. Por esto, la noche siguiente al día de autos la pasamos juntos Marutxi y yo hablando hasta sorprendernos el alba, no pudimos dormir cavilando acerca de las profusas casualidades de la vida, esas que mágicamente enlazadas me habían llevado a enfrentarme con aquel Oficial de la Guardia Civil. La manifestación, un hecho inexplicable que posibilitó la ocurrencia de aquel encuentro y todo debido a mis inadmisibles desatinos. Un error en el que yo participé para hacerme notorio cuando debí hacer lo contrario o, al menos, no ser cabeza visible de aquella *alteración del orden*. Era indudable para mí que, con mi actitud, solo pretendí dar una lección de poder, amedrentar a las fuerzas represivas que representaban el poder del Régimen, encabezando yo la manifestación. Algo que delató mi pensamiento de independentista *abertzale* y que dada la situación no debí hacer, aun deseándolo... Resumiendo, tras revelar a Marutxi lo acontecido, ambos analizamos los hechos y decidimos esperar lo que hubiera de venir o pudiera afectara nuestra vida actual, esa temida amenaza de la que yo me sentía culpable. Así, aunque no deseábamos nuestro fin como pareja ni lo quisimos, el fatídico destino parecía amenazar con asignarnos esta desgracia.

Capítulo XLII

En la mañana de aquel domingo llegaron los dos invitados esperados. Era el día de la festividad de San Bartolomé y ambos venían procedentes de Oviedo. Pakito, tempranamente, le había anticipado por teléfono a Joseba su llegada. Joseba, al hablar con él, le notó preocupado tanto por lo que decía haber leído en la prensa sobre las manifestaciones habidas en los últimos días en la cuenca minera del Nalón, como por las posibles represalias que, según los diarios, se tomarían por parte del Gobierno Civil de la Provincia. Presagios que inquietaron a Joseba hasta el punto de no mencionarle nada a Pakito sobre la manifestación celebrada en La Pola en la tarde del sábado. Si determinó, y así se lo dijo a Marutxi, que una vez llegaran los *peregrinos* quedarían alojados en la casa parroquial y procuraría que estos viajeros pasasen desapercibidos en la localidad. Era por este motivo el haber dispuesto pasar el resto del día de pesca con ellos, en algún paraje de la parte alta del Nalón. Así fue como, portando unas cañas para la pesca y la merienda que les preparara Marutxi, una vez acabada la misa dominical subieron en el automóvil de la parroquia y tomaron dirección hacia la localidad de Campo Raso. Iban en busca de aguas limpias, no contaminadas por lo deshechos de las minas, un sitio en donde poder bañarse y practicar la pesca de la trucha. Pero, sobre todo, para aprovechar la tarde en un lugar soportable, sin ser vistos y poder hablar tranquilamente.

Hacia años que Joseba no había visto a los dos seminaristas navarros conocidos por los “opusdeistas”, esos mismos que en otro tiempo formaban parte del *talde* primero que lideró Montxo. Desde que se conocieran en Bilbao, con ocasión de la *ekintza* en la que Joseba participó, este solo había coincidido con ellos una vez más. Esto ocurrió un verano, en el que los navarros llegaron a Abiña invitados por Montxo y se alojaron en casa de Itziar durante unos días. Venían de vacaciones, según dijeron, dispuestos a practicar ciclismo. Joseba recordaba que Montxo se trajo una bicicleta Bianchi, la que recién había adquirido en Francia y lucía en sus paseos. Sin embargo, ahora, unos años después, todo parecía haber cambiado. Estos visitantes acudían a La Pola siguiendo instrucciones dimanantes de arriba, esperando encontrarse allí con un militante de ETA, al parecer un correo, quien les habría de localizar y les proporcionaría pasaportes y demás documentos para salir de España.

Los dos viajeros hablaban quejándose de ETA. Le dijeron a Joseba que el trato recibido de parte de la organización, después de ejecutar a la novia y colaboradora de *Pitxin* o de quien fuese, había sido desconcertante. Si los dirigentes etarras no les entregaron a las fuerzas policiales francesas o españolas fue porque temían quedar descubiertos e implicados como ellos mismos. Por lo tanto, por haber llevado a cabo los visitantes la tan discutida muerte de una joven francesa, la dirección decidió retirarles de cualquier actividad y los retuvo apartados en una granja agrícola, trabajando y esperando en la misma que aquel crimen se olvidase. Vivieron, pues, meses de incertidumbre sin ser asignados a misión alguna ni mantener otro enlace con el exterior que el granjero que les custodiaba; o sea, sin armas, sin dinero y olvidados. Así, hasta el día en que ETA se dio cuenta que necesitaba gente experta en la confección de artefactos explosivos, ante lo cual los dos militantes sancionados se ofrecieron voluntarios y manifestaron su interés en aprender. Lo cierto fue que tardaron en ser aceptados, hasta que por fin pasaron a trabajar con un antiguo activista de la OES (Organización del Ejército Secreto) quien, como maestro, les enseñó su destructivo oficio y aprendieron modos y maneras de aterrar a la gente y a como dar un golpe

espectacular en cualquier Cuartel de la Guardia Civil o edificio estatal. No obstante, era ahora cuando ETA había decidido que los dos visitantes marchasen a un desconocido país sudamericano para apoyar la subversión en el mismo y completar su formación en tácticas terroristas y uso de explosivos.

Respecto a la muerte de la joven francesa, según los etarras dijeron, esta era colaboradora de un guardia civil infiltrado en la organización. Pero sus ejecutores no se explayaron mucho sobre este tema, solo afirmaron con rotundidad que merecía ser liquidada por ayudar a un agente represor español infiltrado en Francia. Uno de ellos sacó de su billetera una fotografía, la que mostró a Joseba, en ella aparecían dos jóvenes enamorados, una chica y un varón que vestía uniforme militar. Joseba, nada más ver la imagen del muchacho, quedó estupefacto. El joven militar de la foto era el Teniente de la Guardia Civil de La Pola.

El Teniente Braulio retiró la fuerza actuante al acuartelamiento cuando consideró dar por acabada aquella alteración del orden público, o sea, una vez que la multitud manifestante despejara las calles. En compañía del señor Alcalde de la localidad observó como una comitiva de feligreses y seguidores del párroco acompañaban a éste caminando hacia la iglesia y a la vez que cantaban: "*Toma, Virgen pura, nuestros corazones / no nos abandones jamás, jamás...*".

Una vez que el Oficial llegó a la Casa Cuartel, nada más entrar en su despacho contactó por vía telefónica con su Capitán de la Compañía a quien dio cuenta de lo sucedido y sin otra novedad que el deseo de comentarle a su Superior un asunto no acuciante pero sí de interés. Un descubrimiento del que quería informarle en persona, hecho que le anticipaba por medio de Nota Informativa que le sería entregada en mano por un guardia del Puesto. Pues, por temor a la trascendencia del asunto y dado que pronto tendrían ocasión de verse, no le parecía apropiado aportar nada más sobre el tema por vía telefónica.

—Y, ¿por qué no quedamos el domingo para comer y hablamos del caso? —dijo el Capitán Delgado.

—Por mi parte no hay inconveniente, mi Capitán. ¿Dígame hora y lugar?

—Te esperaré en mi despacho sobre las trece horas. ¿Te parece bien? Además, el domingo es la onomástica de mi hija Bartolina, la que es psiquiatra y trabaja en Oviedo, y lo celebraremos aquí en la localidad. De manera que estás invitado...

—De acuerdo mi Capitán, gracias por su invitación. Nos veremos pasado mañana. A sus órdenes.

Reunida la fuerza en la Sala de Armas, una vez se comentaran las incidencias habidas durante el servicio realizado, el Teniente Braulio se despidió de la fuerza felicitando a todos los participantes por la favorable resolución del conflicto y, tras dar las gracias al Somatén por la colaboración prestada durante esa pasada tarde, se retiró a sus aposentos. Horas después, en la soledad de su dormitorio, acudirían los fantasmas a acompañarle. La pregunta que los convocaba, la que rompía la espesa niebla del silencio en busca de una explicación esclarecedora, era ésta y no otra: ¿por qué tanta coincidencia? Desde que vio y reconoció a Joseba se movilizaron en su memoria inesperados recuerdos, fantasmas que emergían, como solían hacerlo siempre, de entre las sombras y el silencio. Entonces, acudieron a su memoria los rostros de Montxo y de sus secuaces, tal como fueron vistos por Braulio en Bassussarry cuando eran objeto de seguimiento por parte de este. Después, surgía *Madeleine* como dormida, insensible, sumida en un hondo mutismo mientras él la miraba. Era en este momento cuando él prestaba atención a cualquier ruido que se produjese a su alrededor o en su mente. Estaba dispuesto a interrogar a su amada, esperaba perplejo que la fantasmal figura imaginada le hablase, mas no logró obtener respuesta alguna. Por

eso sospechó que dormía y descubrió que él estaba fatigado, por lo cual, también quedó dormido.

El Capitán Delgado se sintió intranquilo tras leer la Nota Informativa dimanante de la Línea de La Pola. Hasta tal extremo fue así que, con el fin de mantenerse informado de los movimientos del cura párroco de La Pola y para prevenir una inesperada huida de este, ordenó que se montase un permanente servicio de vigilancia y control alrededor de dicho personaje, misión que llevaría a cabo la fuerza del Servicio de Información de la Compañía. En este servicio los intervinientes no debían de ser detectados, es decir, pasarían totalmente desapercibidos ante el objetivo vigilado, tanto como fuerza de la guardia civil, como de practicar la actividad de vigilancia en el entorno de la casa parroquial. El objeto del servicio era evitar que el sacerdote y su compañera pudieran desaparecer. La decisión adoptada por el Capitán le fue comunicada al Teniente Braulio una vez se entrevistó con este, aunque Braulio no le hizo partícipe a su Capitán sus ocultos temores. Esos que habían comenzado a inundar su mente y alterar su estabilidad emocional por temer la ocurrencia de un mal presagio. Algo que él estaba esperando sin saber, concretamente, de qué se trataba.

Tras ser presentado a Bartolina, el Teniente Braulio la obsequió haciéndole entrega de un ramo de flores, su regalo por ser día de su santo. Uno de esos ramos tan singulares que los enamorados ofrecen a sus damas en los primeros encuentros, es decir, aquel que la empleada de la floristería le eligiera cuando pidió un *bouquet* para felicitar a una chica en su onomástica.

Más tarde, en aquel restaurante, cuando Braulio, acompañando a los padres de la homenajeadada y demás invitados, participaba en aquella comida festiva sentado a la mesa frente a Bartolina — porque hubo alguien que pensó que ambos, además de disfrutar del ágape, podrían charlar y llegar a conocerse —, la joven psiquiatra, durante el yantar, le habló de su trabajo y de sus sueños futuros. Mientras, Braulio, correspondía con alguna que otra divertida anécdota ocurrida en su reciente y académica vida militar o cualquier otra ocurrencia de tipo más convencional. Pues hubo un momento en que él llegó a decirse: «¿para qué contarle sucesos acerca de mi profesión, si ella habrá conocido incidencias de todo tipo vividas por su padre?» o «¿para qué mencionar mis sueños, si estos, desde hace tiempo, me fueron arrebatados?». Era por esto que él le hablase de cosas banales, mientras le parecía imposible que ella por su profesión y estando ya a mitad del almuerzo, aún no hubiese intuido por qué él estaba tan lejos de poder imaginar o soñar, como ella, en las fantasías que el destino le tuviera reservadas en el futuro.

Acabaron los postres y brindis y, una vez en la salida del establecimiento, Bartolina se acercó a Braulio para decirle: «He percibido que estás muy triste, amigo Braulio. ¡Cuídate!». Él extendió su mano para despedirse, pero ella le besó en ambas mejillas.

Transcurría el día de San Bartolomé y los guardias civiles del Servicio de Información cumplían su misión de vigilancia:

. Día 24 de agosto de 1969, a las 8.00 horas. El párroco se traslada desde la casa parroquial a la cercana iglesia, le acompaña una mujer. La referida, es la ayudante o encargada de atender la residencia parroquial e iglesia.

. Son las 11.30 horas. Un taxi de la localidad se detiene ante la casa parroquial. Del vehículo bajan dos individuos portando uno y otro su correspondiente mochila. Es parecer de quien informa que el párroco esperaba la llegada de estos visitantes.

. A las 14.00 horas. Tanto el párroco como los recién llegados provistos de cañas de pescar salen del centro parroquial. Marchan en el automóvil Citroën (el conocido *dos caballos*) vehículo de la parroquia. Toman la carretera local, dirección Campo Raso. El vehículo es seguido por el

Cabo que suscribe y el compañero de pareja. Los sujetos objeto de vigilancia fueron fotografiados por un componente de este Servicio desde un lugar próximo a la vivienda.

. A las 18.10 horas. A una distancia de tres kilómetros de la localidad, los vigilados se bañan en el Nalón. Un cuarto individuo aparece cuando a las 18.40 horas. El susodicho se acerca, habla con los bañistas y entrega un sobre a uno de ellos. Después, el visitante se marcha. Conduce un automóvil Simca 1000, color blanco y matrícula LE – 210543.

. Son las 18.50 horas. Regresan párroco y acompañantes a la casa parroquial.

. Son las 20.00 horas. Se observa a la mujer que asiste la casa parroquial cuando en compañía de los dos invitados, visitan el parvulario-guardería, edificio próximo a la parroquia. Transportan cajas de cartón que aparentan contener material escolar, penetran en el interior del edificio y suben a la planta superior. Ambas plantas quedan iluminadas durante unos minutos. Salen del recinto, en el que han permanecido charlando durante treinta minutos. Después, se reúnen con el párroco a quien esperaban en la puerta de la iglesia.

. A las 21.15 horas, todos entran en la casa parroquial.

. Día 25 de agosto, a las 10.15 horas. El párroco de La Pola traslada a los huéspedes a la estación de ferrocarril de dicha localidad.

. A las 10.25 horas, tras despedirse de los visitantes, regresa el cura a la casa parroquial. Tras su llegada guarda el Citroën en el garaje y abandona este lugar saliendo por la puerta trasera.

. Los visitantes, a las 10.35 horas, suben al tren con destino Gijón. En la estación, uno de estos pasajeros antes de partir ha hecho una llamada telefónica.

Serían 10.30 horas del lunes 25 de agosto, cuando en el parvulario-guardería, local vinculado a la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción y sitio de acogida de niños cuyos padres dejaban a cargo de cuidadores a sus hijos durante el horario de trabajo, una asistente del turno de mañana atendía a una llamada telefónica. El comunicado recibido por esta empleada lo emitía una persona anónima, al parecer un varón, cuya voz le era desconocida a la receptora y cuyo contenido no era otro que avisar a la persona responsable del centro de la existencia de un paquete-bomba colocado en interior del recinto. El individuo que efectuó tal llamada advertía que la carga explosiva colocada haría explosión a las 11.00 horas.

Sobre las 10.30 horas de aquel mismo día, el Guardia de Puertas del Puesto de la Guardia Civil de La Pola, recibía el mismo mensaje por idéntica vía, en él se recomendaba la oportuna intervención de un experto en desactivar de explosivos, con el fin de evitar la voladura del edificio y la muerte de algún niño. Tal novedad fue participada al Jefe de la Línea quien sin tardar se dirigió al lugar indicado, ordenando previamente que la fuerza disponible del Puesto se personase ante el edificio amenazado para proceder a desalojar a las personas que se encontrasen en el mismo e, igualmente, para impedir el paso por las inmediaciones de dicho centro a toda persona. Así mismo, pensando en los niños, solicitó al centro estos fuesen recogidos, tanto de los patios de juego como los que usaban las piscinas, y se llevasen a un lugar seguro como pudiera ser el interior de la iglesia. Al Guardia de Puertas le encargó dar cuenta a las Jefaturas de Compañía y Comandancia, de cualquier otra novedad que fuese surgiendo relacionada con este posible atentado.

Una vez personado el Oficial en el lugar de los hechos, fue informado por Marutxi, como responsable del centro de acogida, que tanto los niños del parvulario como los infantes de la guardería habían sido evacuados por las encargadas de atención infantil, quedando guarecidos en el interior del templo, lugar en donde permanecerían hasta que sus padres se hiciesen cargo de ellos, circunstancia por la cual ya habían sido avisados. Sin embargo, la dirigente añadió que tras

el oportuno recuento del alumnado del día, llevado a cabo con ayuda del listado, la encargada de recepción había echado en falta la presencia de una niña de cinco años, Esperancita, la que según le constaba su madre la había dejado en el centro esa mañana como todos los días acostumbraba hacer y a la hora habitual. Una menor a la que aún se la seguía buscando.

—¿Qué persona o personas ajenas al centro, han entrado en él en las últimas veinticuatro horas? —preguntó el Teniente Braulio a Marutxi, al tiempo que miraba el reloj.

—Hoy lunes, alguno que otro padre de niños a los que, por lo general, no se les suele dejar que crucen el control que existe en la puerta de entrada al recinto. También, ayer, al anochecer, yo misma lo hice acompañada por dos amigos del párroco, los que me acompañaron y ayudaron a subir al aula de la primera planta varias cajas de cartón que contenían libros, cuadernos y material escolar de diverso tipo. El resto del tiempo, el centro ha permanecido cerrado hasta esta mañana.

Braulio se entrevistó con la pareja del Servicio de Información que había permanecido vigilante de la casa parroquial e inmediaciones. Las anotaciones que llevaron a cabo confirmaban lo que había confesado Marutxi. También existía constancia en las mismas, de la llegada de esos visitantes y de la ayuda que prestaron a la responsable del parvulario. Dichos invitados, eran las mismas personas que aquella mañana habían marchado para Gijón, siendo uno de ellos visto por el guardia civil del Servicio de Información que les seguía hacer uso del teléfono público existente en la estación.

Tras estas previas indagaciones, el Teniente Braulio participó a su Capitán sus sospechas y solicitó se efectuara la detención de aquellas dos personas sospechosas que viajaban en tren hacia Gijón. Acto seguido tomó el maletín de desactivación, penetró solo en el edificio e inició la búsqueda de algo desconocido.

Comenzó en la planta baja recorriendo los cuartos de aseo, habitaciones despacho, salitas de juegos infantiles y demás. En su búsqueda removió aceleradamente cuantos objetos encontraba en su recorrido, ya por resultarle rara su apariencia o porque él creyese inapropiado que se encontrasen en el lugar en que los hallaba. Al tiempo que buscaba pensaba en la niña perdida y miraba su reloj para convencerse de lo veloz que el tiempo iba pasando. Decidido, sin pensarlo dos veces, subió la escalera que daba acceso a la primera planta, por ser este lugar en donde la noche anterior subieron aquellas personas con Marutxi, e ignoró por completo la planta baja anterior. Una vez penetró en el aula existente en la misma recorrió con la vista el recinto para observar cuanto allí se encontraba.

«Debo caminar más lento que de costumbre, he de mirar donde piso... Estoy en lo que es el aula..., primeramente miro de pasada los objetos que hay en este espacio... La mayor parte de las cosas aparentan no haber sido movidas de su lugar desde hace tiempo..., ahora es tiempo de vacaciones y los objetos que no han sido usados son identificables, por eso es fácil distinguir entre este grupo de bultos y cajas que aparentan haber sido recientemente arrastrados, movidos o usados de aquellos otros objetos que mantienen polvo alrededor del suelo o lugar donde reposan. Lo más llamativo son esas cajas de cartón a las que se ha referido la persona que dirige este establecimiento, esos abultados paquetes acumulados en este rincón de la clase... Son las 10.50 horas. Recorro el corto pasillo, miro en los cuartos de baño, grito: *¿Esperancita, me oyes? ¿Estás ahí? ¡Esperancita!*... Nadie responde. Llego al final del corredor, hay un cuarto que se encuentra vacío. Vuelvo, buscaré en el aula el explosivo: en interiores de pupitres, armarios, estantes; en los bolsillos de las batas colgadas en los percheros; en el anverso de los cuadros; entre los libros y cajones de la mesa de la profesora... Así lo he hecho y no encuentro nada...».

«El tiempo pasa, sin clemencia. He de decidirme ya. Estoy acosado, me lo juego todo moviendo estas cajas que guardan paquetes... Comenzaré por esta... Registro la primera más

cercana, esta que contiene libros. Tomo uno, lo abro, veloz repaso sus páginas, lo arrojo lejos de mí. Así, otro y otro más. Hasta dejar una por una las cajas de libros vacías. Ahora, tiemblo. Dejo que mi instinto tome decisiones y sea quien me guíe aquí y ahora. Sé que no tengo tiempo para pensar. Debo simplemente acertar. Me siento impotente. Esta caja contiene cuadernos, la tumbo suavemente y todo el contenido se desliza suavemente sobre el suelo. Uno a uno voy sacando los que quedan en el interior de la caja y los hago volar. Diviso el fondo vacío, sin nada más... El tiempo se agota. Sudo, lo noto en mis ojos. Estoy atento a cualquier ruido. *¿Dónde estás, Esperancita?*, grito... Aquí, una caja más. Esta contiene paquetes de tiza, los palpo y arrojo contra la pared. El suelo queda pleno de barritas blancas. Bajo los paquetes de tiza, enfajados, hay paquetes con lápices de colores y cajitas con ceras y, esto... ¿qué es esto? En este instante el tiempo parece volar, la aguja segundero del reloj se mueve a una velocidad de vértigo. Si no salgo de aquí, nadie podrá saber cómo mi absurda sospecha se convirtió en certeza. Porque, de quedarme aquí para siempre, todos cuantos me conozcan pensarán, con toda seguridad, que lo que me ocurra yo lo busqué o que era lo que el destino me tenía reservado y, también, lo que yo quería, morir...».

«Bisturí en una mano y con la otra palpo el suave envoltorio. Desprendo cuidadosamente parte del papel que envuelve un paquete, lo que aparenta ser un regalo. Por la caja, trato de apreciar qué es. Diría que es un regalo. Sí, un perfume. Por detalles de la caja aparenta ser un perfume o cualquier otra esencia... Tiento la caja, noto bajo el envoltorio un cordón que la envuelve. Desgarro el colorido papel que la cubre. Compruebo que este no está adherido al cartón. Lo separo con cuidado de la caja. ¡He aquí lo que aparenta ser un perfume francés!... ¡Oh, no! Lo que creía que eran dos finos cordones cerrando la caja son dos cables que se cruzan, uno de ellos penetra por dos caras opuestas de la caja, el otro lo hace por las caras superior e inferior..., esto es, atraviesan las tapas de cartón e impiden que la caja se abra y ver su contenido... La impaciencia por ver qué hay en el interior me angustia. No tengo miedo, hace años perdí esta emoción con la muerte de *Madeleine*... Desde entonces creo que solo deseo morir, pero no ha sido tan grande mi deseo como el que siento de castigar a quienes la mataron. Por eso, no quiero salir de aquí sin vida... Con el bisturí rasgo el cartón frontal sin cortar los cables, puede que ahí esté la trampa... En el cartón extraído se expone la marca o nombre del perfume *Rêve d'Amour*... Cuidadosamente separo una y otra mitad del embalaje. Dejo a la vista el obsequio dedicado, que dice: *¡Para ti!* Esto me hace suponer, que es el regalo de alguien que me conoce».

«Miro al reloj, faltan cuatro minutos. Ilumino con la linterna el contenido de la caja. No se han esforzado mucho para conseguir lo que yo mismo quise hacer en otro tiempo, matarme. Siempre me faltó la entereza necesaria para apretar el disparador de la pistola. Pero, ahora quiero vivir, renuncio a aquel anhelo con tal de verles sufrir encarcelados... Cartucho de dinamita, detonante eléctrico, pila eléctrica de petaca, aparato temporizador, paquete de cartón suelto y sin anclajes... Dos minutos... Primero, extraigo del cartucho de dinamita el detonador..., compruebo la movilidad del cartucho, examino si está anclado a sitio alguno por la parte no vista... Nada parece sujetar al explosivo, lo levanto y lo saco del cartón que le contiene... Suspiró. Rompo a llorar mientras corto con los alicates los últimos cables que unen la pila al temporizador y al detonante. En el temporizador la aguja roja ha quedado paralizada, solo faltaban trece segundos para la hora fatídica...».

«Has tardado en llegar a mi lado mi amor..., más de lo que creía ser capaz de soportar... Has escuchado los aullidos de mi silencio y viniste para poner fin a mi soledad... Te he sentido muy cerca de mí amor mío, en cada decisión tomada me has guiado y animado en el instante preciso... ¡Mi amor, te estaba esperando para marchar contigo!... Tú sabes que quiero estar contigo a donde

me lleves, quiero estar junto a ti al otro lado de la vida... Te presiento *Madeleine* y escucho cuanto me dices, pero llévame... Dentro de mí, suenan tus palabras de consuelo evocando esperanza... Siento tu íntima proximidad, el abrazo amoroso de tu espíritu me envuelve y presiento que me dices adiós... ¡No, por favor, yo ya estoy contigo, llévame!... como niebla huyes y en mi alma emerge la sensación de distancia, el triste sabor de estar todo consumado... Con tu beso de amor perdí el sentido y me he visto convertido en luz: una estrella en el firmamento dando testimonio de cuanto nos amamos...».

—¡Mi Teniente! ¡Mi Teniente! ¿Se encuentra bien?...

—Sí... ¡Dígame Sargento!

—¡Que ya ha pasado el tiempo estipulado, y que nada!... ¡Que, todo ha sido una falsa alarma, gracias a Dios!...

«El Sargento se había acercado hasta la puerta del parvulario para informarme de que Esperancita, la niña perdida, había sido encontrada... La hallaron encerrada en la cochera de la parroquia. Estaba dormida en los asientos traseros del automóvil del señor cura. Según dijeron, al volver el párroco de la estación y guardar el vehículo en el garaje, la niña pudo entrar en el recinto sin ser vista y, una vez allí, se acomodó en los asientos de la parte trasera del automóvil estacionado y quedó dormida...».

«Ciertamente, pudo producirse la explosión esperada. La voz del suboficial interesándose por mí me sobresaltó como si hubiese sucedido. Sorprendido, salí de mi ensimismamiento tras escuchar lo que él dijera no haber ocurrido y que yo sí había vivenciado... Pero su voz, en mi interior, sonó como el seco estallido que estaba esperando, tal si se produjera en aquel mismo momento, así yo lo viví... ¿Quién puede asegurarme que, en aquel preciso instante en que escuché la voz del suboficial, yo no volé por los aires?... Yo sé que caí al suelo y que vi a *Madeleine* ante mí, fue como un flash o destello instantáneo. Sentí estar en otro mundo, pasé veloz el oscuro túnel que nos separa del más allá, vi el lugar donde la vida parece ser de otra manera, eso desconocido que yo no sé cómo explicar... Sin embargo, cuando desperté, aún permanecía en mi mano el artefacto explosivo, ya desactivado...».

Anochece, cuando Braulio recibió una llamada telefónica de su Capitán. Le felicitaba por su intervención y le participó la detención de los dos etarras amigos del párroco de La Pola, hecho que se produjo en la estación de Gijón, donde les esperaban. El Capitán le comentó a Braulio que, los susodichos, iban provistos de pasaportes para viajar a Colombia, al parecer, pretendían encontrar a *Pitxin*.

—Sabían que tú, el Teniente Jefe de la Línea de La Pola, eras el militar que acompañaba a *Madeleine*. Fue el cura Joseba quien te reconoció, al mostrarle sus invitados una fotografía en la que estabas con tu chica. Así, al saberte experto en desactivación de explosivos, lo que dedujeron por el emblema que lucías en tu uniforme, pensaron que habrías de intervenir en caso de una amenaza de bomba como la habida. Sí, amigo, creo que pensaron en ti y te dedicaron ese “regalo”. En fin, hemos tenido suerte, los malos han sido detenidos nada más bajar del tren en Gijón y al ser interrogados confesaron ser los autores del fallido atentado y del asesinato de *Madeleine*. En cuanto al cura de La Pola, ha sido trasladado ante el Juez de Instrucción una vez se le diera cuenta al Obispado de estos acontecimientos.

—Le agradezco mi Capitán su felicitación. Me siento contento porque han sido detenidos los etarras que asesinaron a *Madeleine*, esta es mi verdadera recompensa por todo lo acaecido. Aunque, si me lo permite, quisiera pedirle un favor mi Capitán. Que me autorice poder ir mañana a visitar a un médico psiquiatra. Es decir, acudir por la tarde a Oviedo al consultorio de la doctora Bartolina Delgado, con quien he acordado cita para visita médica.

—Autorizado Braulio, por supuesto. Y, si me haces el favor, das recuerdos a mi hija de mi parte.

—Gracias mi Capitán, así lo haré.

Ambos se miraron y sonrieron.

F I N

GLOSARIO

(Conjunto de vocablos y modismos procedentes del euskera que aparecen en la novela.)

Aberri Eguna = Día de la Patria Vasca.

Aberri Ta Askatasuna = Patria y libertad.

abertzale = defensor de la idea de una patria vasca independiente, patriota.

aita = padre.

aitona = abuelo.

ama = madre.

amona = abuela.

askatuta = libertad.

aurreku = danza vasca en honor de una persona.

Batasuna Askatasuna ta Indarra = Unidad, Libertad y Fuerza.

batzoki = sede política y social del Partido Nacionalista Vasco.

bertso = verso o versos.

bertsolari = persona que improvisa versos en lengua vasca.

bihotza = corazón (en sentido afectivo).

Bilbo = Bilbao.

Donibane Lohitzune = San Juan de Luz.

EKIN = acción, actuar.

ekintza = atentado, acción.

entzun = escucha, oye (imperativo).

ertzaina = agente de la Ertzaintza.

Euskadi ta Askatasuna = Patria Vasca y Libertad (ETA).

Ertzaintza = policía autonómica vasca.

ETA herria zurekin = ETA, el pueblo está contigo.

Euskal Herria = País Vasco o Vasconia.

euskaldun = persona que habla euskera.

Euskadi = Patria Vasca o País Vasco.

euskera = la lengua vasca.

Euzko Gaztedi Indarra = Fuerza de Juventud Vasca.

ezpata = espada.

gora ETA = viva ETA.

gora Euskadi askatuta = viva Euskadi libre.

gudari = combatiente o soldado de la causa vasca.

ikastola = escuela.

ikurriña = bandera.

Iparralde = País Vasco francés.

izeba = tía.

Jaungoikua ta Lagizarrak = Dios y Ley Antigua.

kafetegia = cafetería.

kaixo = hola.

lendakari = presidente del Gobierno Vasco.

maitia = cariño, amor mío.

maketos = nombre que reciben las personas que emigran de otras regiones de España a Vizcaya.

mugalari = persona que conoce el terreno para pasar la frontera de España a Francia y viceversa

mutiko = joven, muchacho.

mutil = niño.

muxu = beso.

Nafarroa = Navarra

neska = chica, muchacha.

osaba = tío.

polita = guapa, bonita.

suge arriskutsua = serpiente peligrosa (¡sucia traidora!).

talde = comando.

txakurra = perro (nombre despectivo que aplican a los agentes policiales).

txakurrada = perro (en sentido colectivo aplicado al conjunto de la policía).